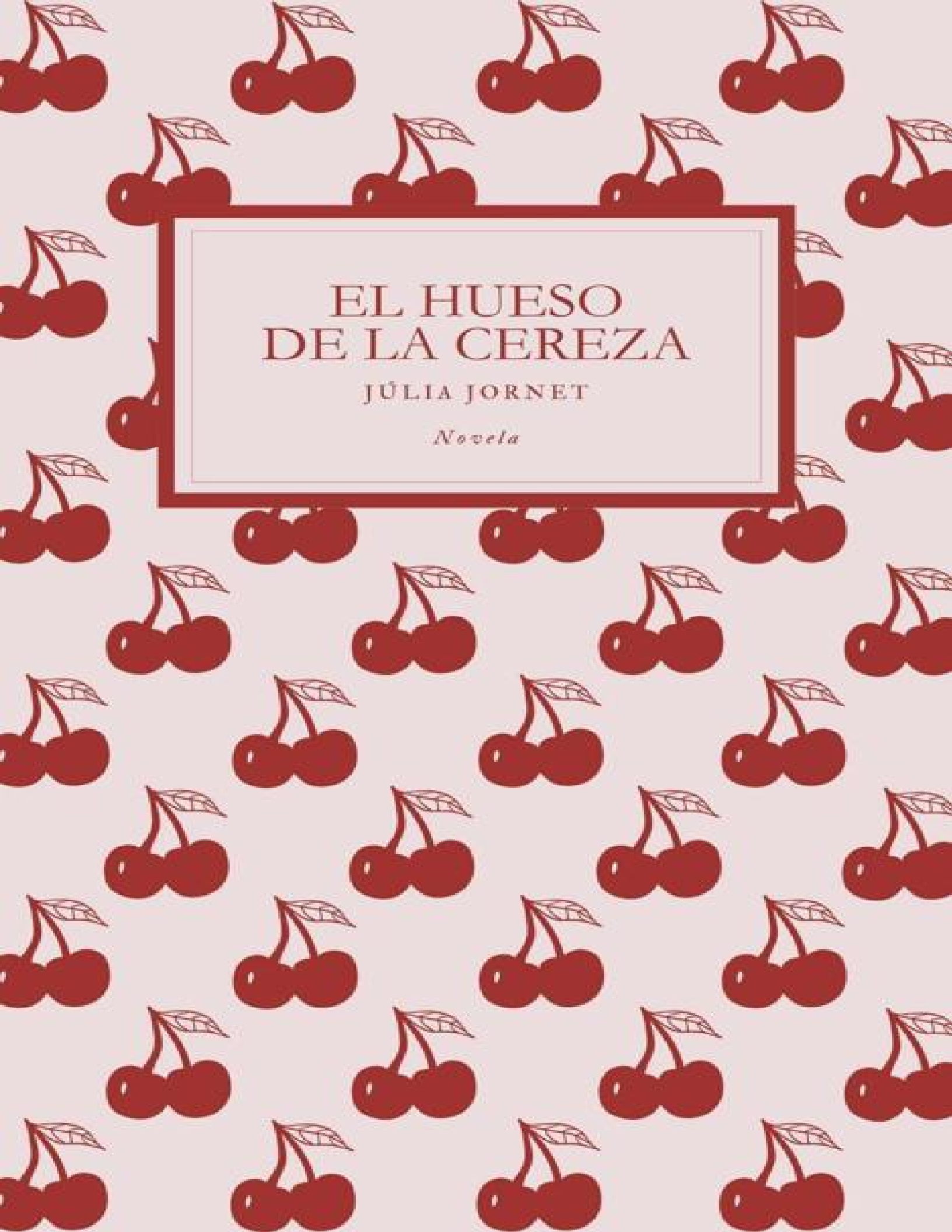




EL HUESO DE LA CEREZA

JÚLIA JORNET

Novela

Contenido

[El hueso de la cereza](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Epílogo](#)
[Nota de la autora](#)

El hueso de la cereza
Júlia Jornet

A la niña que fui

Capítulo 1

MI PROBLEMA CON LAS DECLARACIONES DE AMOR

Perdí la virginidad un veinticuatro de diciembre, debajo del árbol de Navidad. Mi familia y la de Hugo eran cercanas y habían alquilado una casa en los Alpes suizos para pasar las vacaciones. Todo estaba apagado, así que solamente nos iluminaban las luces ámbar que decoraban el abeto.

Mientras empujaba entre mis piernas, él jadeaba. Yo gemía porque lo había visto en un vídeo porno, uno de esos en los que las mujeres parecen estar experimentando el éxtasis constante. Quería entenderlo y encontré respuestas, pero no la clase de respuestas que esperaba. Asimismo, la tarde siguiente Hugo me dedicó su primera declaración de amor. Fue cursi, sincera y, si se me permite exagerar, vomitiva.

Discutimos. Él dirá que lo hicimos porque soy fría e insensible; yo, en mi defensa, alegaré que las declaraciones de amor siempre me han puesto nerviosa. Ya cuando todavía era una niña y salía una escena romántica en televisión me cubría los ojos por vergüenza ajena. *Titanic* casi me hizo marearme.

—*Titanic* es preciosa.

—¿Preciosa? —intervino Sam, divertido—. Por favor, lo único realista que tiene esa película es el hundimiento del barco. «Ganar el pasaje es lo mejor que me ha ocurrido jamás» dice, mientras se está muriendo de hipotermia. Se os va la pinza.

Elia puso los ojos en blanco y volvió a mirarme.

—¿Cómo terminó la historia, Paula?

Sentada en el sillón, terminé de desenvolver el chicle de menta y me lo llevé a la boca. Entonces respondí.

—Discutimos y nos lo montamos otra vez. Después evitamos coincidir cuando nuestros padres se juntaban y no he vuelto a saber de él.

Pareció decepcionada.

—Qué lástima.

—Qué suerte —contestó el otro, sentado a su lado en el sofá—. La chica con la que yo la perdí estaba loca. La tuve pegada al culo ocho meses.

—No hables así. Tal vez te quería.

—Pues ya era mayorcita para saber que el enamoramiento no es equitativo por necesidad.

Elia y Sam intercambiaron opiniones distintas con una mirada y yo aproveché para girarme hacia Víctor. Estaba en la mesa, terminando un trabajo de la universidad.

—¿Y tú, Víctor?

Me miró, quitándose los auriculares.

—¿Eh?

—¿Tú cómo perdiste la virginidad?

—Pues conocí a una chica y ella me...

—Espera, espera —se rio Sam, cogiendo el cenicero—. Ya sé cómo termina esta historia...

—Sssh. Continúa, Víctor.

—Pues se llamaba Amaia. Teníamos dieciséis años y estábamos desesperados por conseguir una casa sin padres, pero no había manera. Acabamos haciéndolo en el aparcamiento interior de su edificio, concretamente en un Ford Fiesta que su madre tenía aparcado hasta que se sacara la ITV. ¿Qué os parece?

Elia hizo una mueca.

—Nah, le doy un siete.

—¿Y tú? —me reí, mirándola—. ¿Tan maravillosa fue la tuya o qué?

—Fue con el primer novio que tuve, en segundo de bachillerato.

—¡Ah, sí, joder! —saltó Sam—. ¿Cómo se llamaba? Aquel tío que siempre llevaba las gafas sucias y tartamudeaba en las exposiciones orales... ¿Daniel? ¿Daniel Blanco?

Ella le miró fastidiada.

—Se llamaba David y, para que lo sepas, tenía la polla más grande que tú.

—¿Y usted qué sabe de cómo tengo yo la polla, señorita?

—Por el tamaño de tus manos.

Sam alzó las cejas con incredulidad. Puso una cara tan cómica que Víctor y yo estallamos en carcajadas.

—¡Pero si las tengo enormes! Las manos y la polla, niñata.

—¡No es verdad! Eres demasiado delgado.

Él le sostuvo la mirada por unos instantes, pero acabó dirigiéndole un gesto de desinterés y miró a otro lado. Elia sonrió, subiéndole las piernas al regazo.

—No te enfades, que eres muy guapo...

—Sí que es guapo, sí —le miré—. De lejos tiene un aire a Leonardo DiCaprio de joven.

—Joder —Sam cerró los ojos, como si aquello no pudiera ir a peor.

—¡¿Ah que sí, Paula?! ¡Es clavado al Leonardo DiCaprio del 96!

—Pues que sepáis que en *Titanic* yo no habría compartido ninguna puerta con vosotras, víboras, que sois un par de víboras —rechistó, quitándosela de encima.

Y a nosotras nos entró la risa.

Capítulo 2

LA MEDIA NARANJA Y YO, CERECITA

A veces pienso en las historias contarían las calles de esta ciudad si pudieran hablar.

Estoy segura de que hablarían de aquella chica, la que se sentía incómoda por su inoportuno capricho de contemplar sin disimulo a las parejas que se comían la boca por las esquinas. Elia, que hasta los quince años creía que los besos tenían un sabor propio; algo así como a manzana, sospechaba. Pero los besos saben a besos y si te saben a fruta es que has tragado más labial de la cuenta.

Era una romántica empedernida (*romanticus empedernius*, digamos). Las personas de su condición se caracterizan por creer en el amor monógamo e idealista que vemos en las películas aptas para una tarde en familia. Al final del cuento él la salva de la bruja mala y la despierta con un beso de amor verdadero. Sin conocerla, sin saber el mal humor que tiene la princesita los domingos ni preocuparse por sus antecedentes penales. La quiere y ya está, porque el amor es eso, ¿no? Abrir los ojos, ver a un tío apuesto babeándote y casarte. Quedarse soltera es de brujas malas.

Hemos oído la misma historia cientos de veces. En las versiones dirigidas a un público más adulto se repite la fórmula de manera similar, pero con más referencias al sexo y a veces incluso demostrando que el amor es verdadero con una escena de suicidio. Supongo que al final del día todo es culpa del famoso mito de la media naranja. Sí, eso de que hay una persona allí fuera diseñada para completarte y ser completada por ti.

En el otro lado de la balanza estamos las cerezas. Nos unimos a los demás como ramilletes y, cuando se descuelgan de nosotros, seguimos teniendo el mismo sabor. Somos el capricho de media tarde, el rojo que acoges en tu boca. Nuestro corazón es ese hueso que no está pensado para el consumo, el que solo juega con tu lengua hasta que lo tiras a la basura como objeto inservible. Y parece indoloro, pero en verdad no siempre lo es.

Recuerdo que mis amigas de secundaria, «las naranjitas», solían preguntarme si lo de ir de boca en boca me venía de algún problema de autoestima o bien paterno filial. Me lo tomé a broma: suelo hacerlo cuando no me apetece discutir. Porque no, nunca se ha tratado de un problema de autoestima. Tampoco era un intento de manipulación o un grito de atención, como suponían los chicos. ¿Un problema paterno filial, quizá? Ni idea.

—Cuando somos pequeños nos meten en la cabeza que los niños nacen del amor, pero no es cierto. Los niños nacen del sexo.

—Sam —rechistó Elia aquella madrugada, tratando de dormirse en el sofá después de los chupitos de más que había tomado.

—¿Qué? Es verdad, es biología. Tú todavía crees que los animales se enamoran.

—Y tú todavía crees que los humanos no lo hacemos.

No obstante, diría que soy una niña nacida del sexo, porque dudo mucho que mis padres se hayan querido de verdad en algún momento. Por lo contrario, el sexo fue la corona de su matrimonio.

De pequeña los oía en la cama. No eran demasiado comunicativos y me resultaba curioso cómo siempre esperaban a la noche, cuando yo estuviera supuestamente dormida, para alzar la voz. A veces para discutir, otras para tener sexo.

Mientras Hugo empujaba entre mis piernas debajo del árbol de Navidad era una de las incógnitas que trataba de resolver. «¿Es esto lo que los mantiene unidos? ¿De verdad esto es suficiente?». Pero la respuesta la obtuve cinco meses más tarde, cuando se divorciaron. No, no era suficiente. De hecho, su relación estaba tan marchita que mi padre se mudó a Valencia, aceptando la oferta laboral que había sido uno de los detonantes de la separación. De ahí que terminara viviendo sola con mi madre, que cocinaba fatal y defendía que llorar es de débiles.

No teníamos una de esas relaciones en las que madre e hija se sienten ellas contra el mundo. En realidad, seguí ese patrón con todas las personas de mi vida y ningún vínculo se sintió lo suficientemente profundo. No hasta que conocí a Sam.

Al principio solo era un castaño casi rubio al que pillé mirándome la ropa interior en el tren. No me importó: yo había dejado las piernas entreabiertas a propósito, y quien me conozca sabrá de mi tendencia a las minifaldas. Además, creo que nos conocimos en mi época menos protocolaria.

Me miró a los ojos y, mascando chicle, sonrió como un niño al que le han hecho un cumplido inesperado. Así que pensé que iba a follármelo. Pensó que iba a follarme. Éramos dos cerezas frente a frente en una calurosa tarde de julio cuando el tren se detuvo en medio de la nada.

La gente puso cara de fiebre cuando informaron por megafonía que tardarían más de una hora en solucionar la avería, acompañado de un clásico «gracias y disculpen las molestias». Sin embargo, para mí fue un golpe de suerte porque, de todas las personas con las que me he cruzado, Sam es la única que se dejaría conocer en hora y media. En serio, sería capaz de explicarte qué hechos inspiraron sus contraseñas bancarias a los cuarenta minutos.

Mantuvimos la mejor conversación que había tenido hasta la fecha y, cuando el movimiento reanudó, bajamos en la misma parada. Me recuerdo paseando con la chaqueta vaquera colgando de una mano, a su lado y buscando un sitio en el que cenar. Terminamos comprando un par de bocadillos calientes y los primeros mordiscos equivalieron al orgasmo que nunca me dio. No, nunca fuimos amantes porque antes nos hicimos amigos. Sam fue el primer chico al que tuve como confidente y cambió muchas cosas.

Aquel verano entablamos una amistad y en septiembre, cuando le vieron conmigo, «las naranjitas» se encapricharon de él. Decían que era muy guapo y, en otras palabras, que su esencia despreocupada y vitalista las excitaba. Y Sam se acostaba con ellas, pero la base de todo esto está en que a él nunca le preguntaron si tenía algún problema de autoestima o paternofilial. Él era simplemente un chico que sabía lo que quería y lo que no, sin matices.

Acompañándole en sus locuras con una mirada acusadora, Elia también sabía lo que quería. Aunque su versión de las cosas era distinta, convencida de que Mr. Perfecto tenía que estar allí fuera predestinado a amarla. No todo sería fácil, claro: sus tres hijos tendrían problemas para aprender las tablas de multiplicar y su *golden retriever* llenaría el sofá de pelos, pero serían felices.

Estuvo mucho tiempo sin oír el galopar de ningún corcel blanco hasta que conoció a Diego, que era encantador porque no le importaba que cantara en su coche (ni siquiera la versión de diez

minutos de *All too well* de Taylor Swift).

Diego poseía una sonrisa de encanto y un mentón marcado. No fumaba y se definía a sí mismo como un fiel amante de los animales, cortando el bistec. Escribía poemas, pero no dejaba que nadie los leyera. Lo cierto es que parecía un chico bastante introvertido, de esos que forran los libros con papel de regalo para que los demás no juzguen su lectura. A Sam, cada vez que lo saludaba, le salía una sonrisa torcida muy cómica.

—Hola, soy Diego. Amante de los animales, ecologista y filántropo —se burlaba—. Me daba miedo lo que los demás pensarán de mí, así que construí una imagen que proyectar. He diseñado cada milímetro de modo que, en caso de que me odies, parezcas un monstruo.

Por supuesto, si las calles de esta ciudad pudieran hablar, también hablarían de Sam. Tal vez sea quien más las haya pisado, amado y manchado. Esta especie, acogida por la psicología popular bajo el síndrome de Peter Pan (*Petrus Panus o eternus niñum*, por decir algo) se caracteriza por ver la juventud como un tesoro divino y tenerle recelo al paso del tiempo.

A Sam le daba miedo mirarse un día al espejo y ver que el pelo se le había ido aclarando hasta cubrirse de blanco. Le daba miedo enfermar, caer por las escaleras o pasarse el día en un sillón mirando por la ventana. Ciertamente, le parecía menos terrorífico tirarse a la chica que salía del pozo en *The ring*.

Pero la idea de que las chicas muertas salen de pozos no es realista. Envejecer sí lo es, es lo más real que existe después de la muerte. Inevitable, ley de vida. Un asco.

Víctor, por lo contrario, no lo veía tan traumático. Pero ¿qué se puede esperar de alguien que le ha fallado a su generación? Lo digo porque creció en una familia estructurada, quería tener hijos y una vez vio un telediario completo. Era lo que se conoce como *homus corazonus* (hombre con corazón).

A términos generales, tenía una novia: Catalina. Víctor era consciente de que había o había habido amor entre ellos, pero también conocía de primera mano y gracias a ella a las de su tipo. Lo confirmó en su primera discusión, cuando alzó la voz como una jefa nerviosa y se lo folló duro: a esa chica le quedaban un par de reencarnaciones para ser Satanás. Después de eso, a Víctor le dolió la cabeza durante cuatro días seguidos. Me consta que Sam le preparó un caldo en el que confundió la sal con el azúcar.

Ellos dos se conocieron en el colegio. Cuando Víctor supo que Sam cursaría la secundaria en el mismo instituto que él y que además irían a la misma clase quiso liarse a puñetazos con una pared. Supongo que es normal, sobre todo teniendo en cuenta que solía quejarse de que un chico de mechones claros se pasaba el día molestándole, irritándole, provocándole y robándole el bocadillo. Después, con el tiempo, se dio cuenta de que Sam puede llegar a ser un incordio cuando está tratando de entablar una amistad contigo.

Ya de adultos terminaron compartiendo un piso en el que Elia y yo pasábamos muchas tardes. Era algo así como nuestro lugar seguro en el mundo. Dejábamos los vaqueros desperdigados por el suelo y nos acomodábamos a charlar en su sofá, en la terraza o en cualquier otra estancia de la casa.

—¿Sabes? —empezó Sam, abriendo una lata en la cocina—. Creo que esa tontería de la ley de la atracción sí funciona.

—¿Mmh? —Víctor le miró, girándose al tiempo que cerraba la nevera.

Con un gesto, Sam señaló la ventana de la vecina, también abierta. Se la veía a través del patio de luces. Llevaba una camiseta de tirantes, recogiendo el pelo largo en un moño desecho antes de seguir cortando fruta, distraída.

—¿Recuerdas aquel ejercicio que hicimos para comprobar si lo de la ley de la atracción era o

no un cuento chino? Pues resulta que al final llegó mi pedido, y a domicilio. ¿Qué te parece?

—Es guapa —comentó, abriendo la cerveza—. Pero, por favor, dime que no vas a intentar ligarte a la vecina.

Sam mostró las palmas, como si fuera simple. Incluso hizo una mueca de inocencia.

—Es un regalo que me ha mandado el universo. ¿Cómo no voy a desenvolverlo?

Víctor le miró con desaprobación, poniendo cara de pocos amigos. No quería batallitas con la vecina cuando descubriera que su amigo era un cerdo. Ya había tenido suficiente con las que no vivían en el mismo edificio, aquellas a las que la actitud de Sam había llegado a desesperar lo suficiente como para presentarse cabreadas en su piso. En lo que llevábamos de año, una les había rallado la puerta; otra le había dado una bofetada a Víctor nada más abrir y la más graciosa había dejado un predictor falso en el buzón, sin nombres, sin especificar para quién de los dos era el detalle. Al recordarlo, Sam se rio y negó con la cabeza.

—Vale, vale... No te preocupes, no voy a ligarme a la vecina —aclaró—. Pero no porque me lo digas tú, que conste. No lo haré porque esa chica está triste.

Víctor frunció el ceño y la miró de nuevo. Ella se secaba las manos con un trapo antes de coger el bol de fruta y salir de la cocina.

—¿Por qué dices que está triste?

—*The eyes*, chico —contestó, imitando a Al Pacino—. *They never lie*.

Capítulo 3

AMIGUESIS Y OTRAS ARTES DE CATALINA

El sábado Víctor abrió los ojos con dolor. Se frotó la cara como si fuera el primer día de guerra y se incorporó, semidesnudo.

Suspiró al ver lo revuelta que había quedado la cama, desplazada unos cuantos centímetros de su lugar original. Perezoso y ojeroso, se tocó el omoplato por inercia hasta que se dio cuenta de que le escocía la piel de la espalda.

Contrastando con su malestar, en la cocina sonaba *Dancing with myself* de Billy Idol. Sam la canturreaba mientras preparaba los huevos revueltos que se le habían antojado para desayunar y, de un momento a otro, oyó el sonido de unos pasos alborotados acercándose por el pasillo. Alzó la mirada, esperando a que Catalina completara el primer acto irritante del día.

—¿Podrías bajar la música, por favor? —inquirió, apoyándose en la pared para colocarse el tacón que le faltaba—. No hace falta que la oiga todo el edificio.

—O podrías pagar un tanto por ciento del alquiler, Cata —sonrió él—. No sé, como parece que esta sea tu casa...

Le miró con fiereza al tiempo que Víctor aparecía, bostezando. Se frotó el cabello y miró a la chica con la que, en lo que llevábamos de mes, había roto cuatro veces. Catalina ya estaba vestida.

—¿Te vas? —Y por dentro lo agradeció.

—Sí. Te llamo luego. —Le sujetó el mentón y le besó la mejilla—. Adiós, Sam.

—Adiós, bonita, adiós... —contestó, echando los huevos revueltos en el plato.

Víctor se quedó apoyado en el arco de la cocina, mirando la puerta por la que Catalina se había marchado. Acababa de levantarse y ya tenía ganas de acostarse. Mientras, Sam cogió un tenedor y se sentó en la encimera para desayunar. Cuando su amigo se sirvió una taza de café le miró la piel.

—Se llama *amiguesis*.

—¿Eh? —frunció el ceño.

—Lo de los arañazos —le señaló—. Tienes la espalda llena.

Víctor se acercó la taza a los labios, desmotivado.

—Son personas que se excitan arañando a su pareja —continuó—. Yo de ti la dejaba, está a un pasito de ser la primera mantis humana.

—Ya la he dejado —aclaró—. Ayer.

—Ah, ¿entonces ha sido sexo de reconciliación o de despedida? Porque ese «te llamo luego» me ha dejado despistado.

Víctor hizo una mueca.

—No seas cruel. No es tan fácil dejarlo con alguien con quien has tenido una relación intensa durante... ¿tres? ¿Cuatro años? Lo vamos a dejar, pero poco a poco.

Sam se inclinó hacia él, más serio.

—Bueno, mientras lo dejáis es importante que sepas que hay una variante de mantis, la *springbok*, en la que el macho actúa antes de que la hembra le arranque la cabeza. La clave está en dar el primer golpe. —Víctor ya había puesto los ojos en blanco, pero Sam continuó—. Así que, cuando folléis, estate muy atento. En el momento en el que veas a Catalina abrir mucho la boca, no lo dudes y defiéndete con los brazos. Los machos que las agarran con las patas delanteras tienen casi un ochenta por ciento más de posibilidades de salir con vida.

—Eres gilipollas.

Sam se partió de risa al tiempo que el otro abandonaba la cocina.

Víctor y Catalina también se conocieron en el instituto. Ella era la cabeza pensante de un grupito que podría haber sido la versión española de Las Plásticas. Con sus ojos verdes, su bruma tropical y aquellos mechones oscuros adornando sus estéticas facciones creía poder tenerlo todo. Así que desde el primer momento se atrevió a acercarse a Víctor, que era inteligente y además parecía haberse escapado de una revista.

A él, al principio, Cata no le gustaba. Era prepotente y tenía algunos prontos agresivos. Pero es culpa de la coincidencia y la lluvia, por haber caído aquella tarde en la que le encontró refugiándose en su portal. Catalina llegaba corriendo con unas bolsas y sonrió. Le invitó a subir. Dijo que estaba sola en casa y Víctor nunca ha olvidado lo bonita que se veía follando con el cabello mojado.

Sí, fue la lluvia, culpémosla a ella. Culpemos el día que Catalina estaba triste y Víctor cogió las llamadas. La tarde en la que la enseñó a utilizar el *skate*, sujetándola con vicio. La noche que coincidieron en aquel bar y se besaron al tiempo que sonaba el estribillo de *Copenhagen*. Cuando la ayudó a echarse suero fisiológico en el *piercing* que se había hecho en el ombligo para molestar a su madre. Las noches que compartieron cama en los viajes escolares, ocultándose de los profesores. Y cómo Catalina, mimosa, se acurrucaba para dormir en su estómago mientras él leía, dejando una mano libre para acariciarle los mechones.

A Víctor, tumbado en el sofá, los recuerdos le sentaron como una pedrada. Cerró los ojos y la echó de menos, pero a la Catalina que se mojaba bajo la lluvia. Ella, tan segura de sí misma que, aunque con cierta impertinencia, podría haberlo tenido todo. Y ojalá hubiera querido el mundo, con él, sin miedo a empaparse. Pero Catalina no quería mundos en los que lloviera.

Si de verdad hubiera sabido ponerse límites a sí misma se habría percatado de todas las formas, verbales y gestuales, en las que Víctor le había advertido que no iban por buen camino. Finalmente lo dejaron mil veces y volvieron mil y una, porque Catalina siempre encontraba la manera de regresar. Lo hacía hasta tal punto que, cuando rompían y ella salía por la puerta, Víctor ya tenía calculado que saldrían a cenar el próximo sábado.

Abrió los ojos de golpe cuando Sam le lanzó una camiseta al pecho.

—¿Qué haces? —se incorporó.

—Póntela. Está subiendo mi madre.

Le hizo caso. Se levantó del sofá y, para entonces, Sam ya estaba cerrando la puerta de la entrada. Mirta llevaba un transportín de gato en cada mano y un bolso enorme colgando del hombro, uno en cuyo interior tintineaba algo.

—Hola, corazones —sonrió, dándole un par de besos a Víctor. Se permitió unos segundos para mirarle con lascivia—. Oh, querido...

—Mamá, por favor. —Sam chasqueó los dedos—. Vuelve.

—¿Adónde vas con los gatos, Mirta? —siguió el otro, hundiendo las manos en los bolsillos del vaquero.

—Bueno, supongo que Sam ya te habrá hablado de la reforma que estoy haciendo en casa. Hoy tienen que terminar las paredes y los pobres se están ahogando con el olor de la pintura. Además, se asustan con los ruidos. He pensado que podríais quedároslos hasta el lunes. ¿Qué os parece?

—Lo sabía, las visitas de mi madre nunca son gratuitas... Mamá, no nos apetece cuidar gatos. Déjalos en el sótano de casa, que por unos días no pasará nada.

Mirta le dirigió una de esas miradas que solo puede emitir una madre. Lo hizo despacio, volteándose con una sonrisa de muñeca diabólica. Después inclinó la cabeza y aclaró:

—Estoy preguntando por educación, pero que los gatos se quedarán aquí es un hecho. Puede ser por las buenas o por las malas así que, mientras os decidís, voy a ir sacando los juguetes del bolso, que pesan.

Una vez, un chico con el que me acosté me llevó a su casa y lo hicimos en su cama. Se me puso encima, marcando un ritmo lento de penetraciones. Me agarró la mano y, en un tono mimoso, me susurró que era preciosa.

Me nació la urgencia de apartarle, ponerme encima y empezar a mover las caderas en busca de placer, arqueándome. No quería nada más que eso, placer. Y nunca me ha apetecido fingir que estoy haciendo el amor.

Porque puedo estar en desacuerdo con muchas cosas, pero sospecho que sí existe una desigualdad entre follar y hacer el amor. Supongo que no hay una verdad universal que retrate la diferencia porque depende de a quién le preguntes. Por ejemplo, Sam cree que hacer el amor, a la larga, duele; Elia defiende que follar es un acto vacío y puramente carnal. Por su parte, Víctor considera que hacer el amor es más placentero, aunque pueda doler.

Parece que los cuerpos están hechos para el sexo, pero lo que sea que tengamos dentro no. Lo que tenemos dentro no busca satisfacer una necesidad física, va más allá de lo instintivo y busca algo que trascienda. En mi caso, creo que lo que tengo debajo de la piel solo pretendía no ser molestado.

Pero a Elia, por dentro, el corazón le latía fuerte: era la gran noche. Sus padres se habían ido de fin de semana con su hermana pequeña y estaba sola en casa, aunque Diego vendría a pasar la noche y estaba convencida de que harían el amor.

Ordenó su dormitorio al milímetro, perfumó los cojines y escogió un conjunto de ropa interior a consciencia. Se dio un baño largo, exfoliándose. Se puso crema hidratante por todo el cuerpo y se onduló los mechones castaños, cortados a la altura de los hombros.

Diego fue puntual y trajo pastas de hojaldre para el postre. A su vez, Elia había preparado *risotto* para cenar porque él le había dicho que era su plato favorito.

—No estoy diciendo que me caiga mal —se explicó, habiendo comentado algo acerca de Sam mientras cenaban—. Tiene sentido del humor, pero no creo que pudiera mantener una conversación con él por mucho tiempo sin sentirme atacado.

—Sam es... especial —sonrió.

—A veces se me hace raro que seas tan amiga de esa gente. Es que ellos se parecen mucho, pero tú eres distinta. No sé, se te ve más centrada.

—Tenemos puntos de vista diferentes, pero con ellos me siento más yo misma que con nadie. Es extraño. —Hizo una mueca, esperando no haberle ofendido—. ¿Cómo son tus amigos? No

me los has presentado.

Esa pregunta hizo sonreír a Diego.

—Están tarados —contestó—. Vente un día con nosotros.

—No sé... —removió el arroz en el plato—. No se me da muy bien conocer gente nueva. Cada vez que me meto en un grupo que no es el mío me siento incómoda.

—Tráete a alguna amiga —se encogió de hombros—. O amigo. A quien quieras.

Ella asintió, contentándose.

Cuando terminaron el postre llevaron los platos a la cocina y los dejaron en remojo. Después se acomodaron en el sofá para ver una película que Diego le dejó escoger. Era una decisión complicada porque tenía que ser interesante, pero no lo suficiente como para quedarse con el gusanillo cuando la dejaran a medias. Así que escogió una que ya hubiera visto, aunque a él le dijo que también era la primera vez.

No era la primera vez que hacía el amor. No llevaba la cuenta de las veces que lo había hecho, pero sí de los chicos.

El primero, David, le dejó una sensación extraña por todo el cuerpo. Cuando terminaron subió las escaleras a toda prisa y se metió en el baño. Echó el pestillo y se miró al espejo, esperando percibir un cambio, una especie de transformación. Pero, por lo contrario, se dio cuenta de que yo le había dicho la verdad: el concepto de virginidad fue inventado por un hombre que consideró que una mujer sería diferente por penetrarla.

El segundo candidato a Mr. Perfecto con el que se había atrevido a llegar a la cama se llamaba César. Era un buen chico, pero sus movimientos desincronizados la hacían gritar por pura sorpresa. Él terminaba rápido, sujetándola y penetrándola con rapidez. Solía llamarla «insaciable» cuando, al cabo de un rato, ella le preguntaba si tenía ganas de hacerlo otra vez. Y no, no es que Elia fuera insaciable. Es que es difícil sentirse saciada cuando no te has corrido ni por mera casualidad.

Por eso, cuando Diego la tumbó en la cama, una parte de ella estaba preparada para llevarse una decepción. No obstante, él se puso encima y se pegó a su cuerpo. La tocó de arriba abajo y ella alargó la mano, palpándole, besándole. Después presionó el interruptor para apagar la luz y deslizó las braguitas por sus piernas.

Diego se puso el preservativo sin prisas y la penetró con suavidad. Cuando lo sintió en su interior, Elia se tendió por completo en el colchón y se mordió el labio. Diego sonrió, excitado. Bueno, en verdad se sonrieron los dos. Finalmente, ella se abrazó a sus hombros y juntos lo hicieron perfecto.

—Fue increíble, todo. Tal y como lo había imaginado —nos contó la tarde siguiente—. Ojalá repetirlo mil veces.

Sam y yo intercambiamos una mirada que hablaba por sí sola. Víctor, desde el sillón, respondió con una sonrisa poco creíble.

Lo cierto es que Diego no nos convencía, pero eso Elia ya lo sabía. De hecho, Sam solía decirle que ese chico era como una moneda: lo lanzabas al aire y te mostraba una cara, pero detrás siempre había otra. Sin embargo, por el momento, Elia parecía haber tenido suerte en todas las tiradas. Además, su repentina felicidad nos quitaba parte del derecho a opinar cosas negativas sobre Diego. Al fin y al cabo, estaba visto que las relaciones tampoco eran nuestro fuerte.

De repente, nuestra conversación en el piso de los chicos se vio interrumpida cuando una gata apareció de la nada y se me subió de un salto al regazo.

—¡Oh, aquí estabas, Mozzarella! —sonrió Sam, acariciándola—. Son los gatos de mi madre.

En principio viene a buscarlos el lunes.

—¿Cómo que «en principio»? —inquirió Víctor—. Tío, se han cargado las cortinas y me han arañado el teclado del ordenador, son un par de malcriados. Encima lo están llenando todo de pelos y me han despertado a lametazos. Dile a tu madre que la situación es insostenible.

—Es que, desde que comentaste que Catalina es alérgica, he pensado que podrían quedarse...

Víctor puso los ojos en blanco y también se acercó para acariciar a la gata. Pero, de pronto, frunció el ceño.

—Oye, ¿no eran dos?

Capítulo 4

LA VECINA

Lara no podía quedarse dormida con los pantalones puestos, simplemente no podía. Así que aquella tarde, cuando abrió los ojos después de una larga siesta en el sofá, lo hizo en braguitas y con las manos cubiertas de pintura.

Un exquisito sol de domingo atravesaba el ventanal de madera del salón y las cortinas blancas se balanceaban con delicadeza. Todo era aparentemente plácido hasta que oyó otro de los maullidos que la habían desvelado y se incorporó, confundida. Cuando percibió algo peludo paseándose detrás del lienzo que había dejado secando, pegó un chillido.

—¡La hostia! —se incorporó, creyendo que era una rata.

Sin embargo, el lienzo estaba arañado y una cola larga sobresalía de su esquina. Una cola de gato... Respiró profundamente y se levantó.

Trató de acercarse al animal, pero al hacerlo este huyó hacia la cocina. Lo siguió y se percató de que la ventana estaba abierta. Iba a cerrarla por si acaso el gato decidía saltar, pero se dio cuenta de que, a través del patio de luces, había un par de chicos.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido dejar la ventana abierta?

—Mira, tío, estaba yo pensando en la ventanita... Ya volverá.

—Tu madre nos mata.

—Ehm... —se asomó, y ellos la miraron—. ¿Estáis buscando un gato?

Lara corrió de regreso al salón y recuperó sus vaqueros. Los desdobló, se los puso y se ató el botón de camino a la puerta. Cuando la abrió, allí estábamos: d'Artagnan y los tres mosqueteros en busca del gato perdido.

—Está por ahí —señaló, pero no señalaba a ninguna parte—. Creo.

—Voy a mirar en el dormitorio —se apresuró Sam.

Víctor abrió los ojos con indignación y le siguió, seguramente para evitar que cotilleara las cosas de la vecina y se centrara en buscar al gato. Lara iba a seguirlos pero Elia la distrajo, paseándose por su salón.

—¡Oye, qué piso más bonito! Por cierto, soy Elia. Ella es Paula —sonrió. El polvo con Diego la había dejado tan contenta que parecía una princesa Disney—. ¿Vives sola?

—Sí. —También sonrió, aunque se la notaba cohibida—. El piso era de mi abuela y estaba vacío. Me mudé para estar más cerca de la universidad.

—Vaya. Sam y Víctor alquilaron el piso de enfrente hará un par de años.

—Sí. Seguramente cuando terminen la carrera se busquen una casa más grande, se casen y adopten una niña —añadió.

Elia se rio y Lara frunció el ceño.

—Pensé que estabais... —empezó, aunque se arrepintió de decirlo nada más abrir la boca—. Bueno... no sé. Elia con Sam y Víctor con...

—¡No jodas! —Elia fingió ofenderse—. ¡¿Me has emparejado a mí con Sam?!

—Solo somos amigos —aclaré, riéndome.

Lara asintió y entonces los chicos aparecieron por el pasillo. Víctor llevaba a Brownie en los brazos, acariciándole.

—Lo tenemos —anunció.

Era de esperar que le echaran aquella mirada a Lara, porque era preciosa. No obstante, los ojos azulado de Víctor se perdieron en dirección al enorme lienzo que reposaba apoyado en la pared. Aquella flor tan detallada, similar a un hibisco rojo, estaba destripada. Y las manchas en las patas delanteras de Brownie no eran de sangre. Hizo una mueca, mirándola a ella de nuevo.

—Ha sido el gato, ¿verdad?

—No importa.

—¿Lo has pintado tú? —preguntó Elia, sorprendida—. Madre mía, es precioso.

—Gracias —sonrió, escondiendo las manos en los bolsillos.

—Sí, tal vez puedas pintarme desnudo. Siempre he querido tener un retrato en bolas o uno así rollo «mandamás», sentado en un trono con un tigre a los pies.

Estoy segura de que Víctor hubiera matado a Sam en aquel momento. Le miró resignado, negando lentamente con la cabeza. Ni siquiera pudo terminar de cerrar la boca después de escucharlo. Por su parte, Lara también se lo quedó mirando y, cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, empezó a reírse.

—En realidad ya he pintado desnudos antes —asintió—. Puedo enseñarte los retratos que hice, aunque todos son de chicas.

Sam alzó las cejas. Fue buscando cobre y encontró oro.

—Creo que podré adaptarme.

De pronto, la risa descarada de Elia nos hizo voltearnos hacia ella, sentada en el sofá.

—Estás en racha, Sam. Una chica guapa quiere pintarte sin ropa y enseñarte amigas desnudas. Al final va a ser cierto eso que dice el *feng shui* de que los gatos son dinamizadores del *chi* y dan buena suerte.

—¿Has oído, Brownie? —Le acaricié la cara, todavía en los brazos de Víctor. Sonreímos—. Buen trabajo, chico.

El gato ronroneó bajo mis yemas y volví a mirarla.

—¿Cómo te llamas?

—Lara.

—¿Te apetece cenar con nosotros? Estábamos pensando en pedir unas pizzas.

Sonrió.

Fue la primera vez en meses que Lara cenó acompañada. Honestamente, no solíamos dejar espacio para invitados, sobre todo porque no queríamos sentirnos cohibidos al sumergirnos en nuestras conversaciones divagantes y absurdas. Sin embargo, Lara no tuvo reparo en seguirnos el ritmo y en más de una ocasión acabó soltando una carcajada.

Cuando se hizo tarde, Sam nos llevó a casa a Elia y a mí. Tiramos las cajas en las que habían llegado las pizzas a la basura y nos subimos al coche. Mientras, Víctor y ella se quedaron hablando en el sofá del piso.

—Vale, pero solo diez segundos. Prométemelo —pidió nerviosa, sujetando el móvil contra el

pecho.

—¿Qué dices? Treinta.

—Veinte.

Víctor ladeó la cabeza poco convencido, pero asintió. Entonces intercambiaron los móviles y la lista de Spotify de Lara fue a parar a sus manos, y viceversa.

Sintió que el corazón se le iba a salir por la boca. Ella misma había sido la que había dicho que compartir música es equivalente a una confesión íntima y allí estaba, descubierta. No obstante, se calmó al comprobar que los gustos musicales de Víctor se movían desde Ben Howard hasta llegar incluso al trap latino.

—*Mamichula* de Trueno y Nicole, damas y caballeros, ¡*Mamichula*! —exclamó, partiéndose de risa—. ¿Cómo puede gustarte si también tienes a Dermot Kennedy en la lista? No me lo explico.

—¿Hablamos? Porque estoy leyendo *The best* de Tina Turner, *Hungry eyes* de Carmen, *Bette Davis Eyes*... Dime, eres una *eighties baby* de esas, ¿verdad? Los ochenta te producen nostalgia.

—¡Oye! Son clásicos. —Alzó un dedo—. Y, antes de que lo preguntes: no, no tengo esa canción por *Dirty dancing*. Creo que nunca he terminado de pillarle el punto a esa película.

—Qué rara eres. Que no te escuche Elia o te gritará.

Todavía se rieron más, sosteniéndose la mirada. Mientras, Mozzarella y Brownie los miraban desde el sillón, acurrucados.

—Toma —le devolvió el móvil—, muy interesante.

Lara dobló las rodillas y se las pegó al pecho, echando un vistazo a su alrededor. Por su parte, Víctor aprovechó el momento para apreciar su cabello, que era largo y castaño. Lacio, pero tomaba unas formas naturales y salvajes que le parecían atractivos.

—Me lo he pasado muy bien. Sois un grupo... ¿encantador?

Víctor hizo una mueca, acomodándose.

—No sé si esa es la palabra exacta. ¿Cómo son tus amigos?

—Mmh... diferentes. No tenemos tan buen rollo.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, ha habido movidas últimamente y nos hemos distanciado, pero no me apetece contarte dramas nada más conocerte.

—Ya han pasado las doce, prácticamente nos conocimos ayer.

Ella sonrió, como si no fuera una excusa válida. Y suspiró.

—Quizá sería mejor que nos fuéramos a la cama. No sé tú, pero a mí mañana me toca madrugar. Tengo que terminar un trabajo de la universidad.

—¿Qué estudias?

—Bellas Artes. Hice un año de Periodismo, pero la idea de cambiarme de carrera siempre fue demasiado tentadora.

Acostumbrada a recibirlo, Lara se preparó para responder al ya conocido discurso de «Bellas Artes es una carrera sin salidas». Pero, lejos de eso, Víctor sonrió. Y fue una sonrisa tan calmada y hogareña que la relajó.

—Mi madre estudió Historia del Arte —le contó—. Tiene una galería.

Lara alzó las cejas, sorprendida.

—¿Lo dices en serio?

Él asintió.

—¿Y tú qué estudias?

—Arquitectura.

—¿Por algo en especial o...?

—Puede sonar absurdo, pero es lo que estudió mi padre y le tengo cariño. Cuando mi hermana y yo éramos pequeños solíamos esconder sus planos por toda la casa como si se tratara de... no sé, mapas del tesoro o algo así. Ahora yo estudio Arquitectura y mi hermana se licenció el año pasado. Yo soy el mediano y Lucas, el pequeño, también apunta en dirección de seguir nuestros pasos.

—Tu padre debe de estar orgulloso.

—Dice que no tenemos personalidad, pero en el fondo está encantado.

Lara sonrió y de pronto hubo un silencio, uno de esos que solo suceden en las madrugadas. Se sintió tan a gusto allí con Víctor que supo que tenía que irse, así que tomó sus Converse desgastadas del suelo y empezó a calzarse.

—Mejor me voy.

—¿Te acompaño?

—Déjalo. —Se levantó y le guiñó un ojo—. Vivo cerca.

Antes de irse se acercó a los gatos para acariciarlos.

—Mañana viene la madre de Sam a buscarlos —comentó Víctor, casi dormido en el sofá, mirándola.

—Qué lástima. Se les coge cariño rápido, ¿eh?

—Sí, supongo que sí. Será porque traen cosas bonitas a casa.

Capítulo 5

TE QUIERO, PERO ES QUE YA NO QUIERO

El despertador sonó a las siete en punto de la mañana, pero no salí de la cama hasta y media.

Perezosa, caminé hasta la cocina y me calenté un vaso de leche. Le añadí unas cucharadas de Cola Cao y la removí antes de pegar el primer sorbo. Después cogí unas galletas dietéticas y les unté Nutella porque sí, señorita, mis desayunos solían ser bastante insalubres.

Cuando me miré al espejo, mis mechones rubios y mi cara evidenciaban la necesidad de una ducha, así que me la di. Después me sequé el pelo y terminé de prepararme para salir de casa. Lo hice al cabo de media hora, con la mochila colgando de un hombro y cerrando la puerta de casa con mi llave, anclada al llavero que Elia me había regalado con la inscripción «perra poderosa», de Noemí Casquet.

Estudiaba Publicidad y Relaciones Públicas. Siendo honesta, no había sido una decisión puramente vocacional. De hecho, recuerdo esa sensación frustrante que me palpitaba cuando todo el mundo se interesaba por algo teorizado mientras yo me pasaba el día intrigada por cosas que no podían estudiarse en una universidad. Al final entré en la rueda, claro, y supongo que es justo decir que la carrera no me desagradaba en exceso. Además, teniendo en cuenta que había llegado viva al tercer curso y que mi madre estaba esperando el momento en el que le dijera «lo dejo» para soltarme su «no, si ya lo sabía yo...», estaba empeñada en terminarla. Y espérate que no me metiera en un máster después, porque esa mujer me prendía fácil la mecha.

Por otro lado, Lara siempre había sido más nocturna que diurna y hacía turno de tardes en la facultad. Le gustaba acomodarse en el tren después de un día largo, escuchando música tranquila a través de los auriculares. Otras veces, en lugar de contemplar el trayecto se dedicaba a dibujar en un cuaderno pequeño que siempre llevaba en el bolso.

Aquella tarde lo mantuvo apoyado en la rodilla mientras trazaba una silueta con su lápiz de grafito sobre las hojas gruesas. Tenía debilidad por las flores y las siluetas de mujeres, pero de pronto estaba inspirada por el rostro de un chico. Una nariz. Unos ojos que ojalá hubiera podido colorear de azul. Sus labios... Porque no es por nada, pero Víctor era muy atractivo. Tenía aquel no sé qué que removía los cimientos con mucha poesía de por medio.

Cuando llegó a casa se puso cómoda y preparó fajitas para cenar. Cortó los ingredientes, los echó a la sartén con especias y abrió la ventana para ventilar, evitando el ruido del extractor.

—Huele a quemado, ¿eh, vecina?

Sonrió y miró a Sam a través del patio de luces. Se oía el agua correr, así que supuso que estaba fregando los paltos.

—Son fajitas.

—Haces fajitas, dibujas tías desnudas... Menos mal que todavía hay gente que sabe disfrutar

de la vida. —Cerró el grifo y la miró, secándose las manos con un trapo—. ¿Por qué no sales con nosotros el sábado? Vamos a celebrar el cumpleaños de Brownie y Mozzarella.

Ella frunció el ceño.

—¿El sábado es el cumpleaños de los gatos?

—Mi madre ha venido a buscarlos y me ha dicho que sabe que son de la misma camada, pero ni idea de qué día nacieron. Al final he decidido que su cumpleaños será el sábado catorce de mayo, y a Elia le ha parecido bien porque dice que así serán tauro. Propone ir de copas. ¿Te apuntas?

Y Lara, riéndose, asintió.

El jueves Catalina volvió a presentarse en casa de Víctor. Lo hizo sin avisar y Sam, nada más oler el rastro de su perfume, decidió que era una buena tarde para salir de casa. Estaba dispuesto a meterse en una biblioteca, hacer la siesta en los asientos traseros de su coche u ofrecerse para limpiar el piso de los vecinos. Cualquiera cosa con tal de no estar allí.

Al final recogió a Elia para ir al cine a ver una película. Tuvo que invitarla a las palomitas y, cuando coincidieron con otra pareja que también aguardaba a que abrieran la sala, decidieron fingir un interés romántico para amortiguar lo pesado de la espera.

—Sí, nos hemos conocido por Tinder. En realidad solo estamos aquí para meternos mano —explicó Sam con naturalidad, y Elia apretó los labios para no reírse de sus caras.

Mientras, en casa, Víctor y Catalina se dejaron llevar. No por los sentimientos, porque ya habían aprendido que eso, juntos, los llevaba a una calle sin salida. Pero sí se dejaron llevar a la cama, besándose sin cariño.

Él se levantó para coger un preservativo del cajón de la cómoda, porque los de la mesita de noche ya se los habían fundido la semana pasada. Supongo que follar es fácil, pero sentirte cómodo amando a la persona a la que amas es más jodido. Ojalá hubiera anticonceptivos para eso.

Víctor lo pensó, apartándose de ella y desenvolviendo la caja de condones. Qué mierda saber que tu novia toma la píldora y no tener ganas de follártela a pelo. Que ella vea que ahora utilizas preservativos y no te diga ni mu, como asumiendo la evidencia de que el sexo se ha vuelto una forma de estar juntos sin estarlo.

—Oye, Cata... —Se detuvo un segundo, de rodillas en la cama—. ¿Por qué no me dijiste nada cuando empecé a usar condones otra vez?

Frunció ligeramente sus cejas perfiladas, incorporada en los enormes cojines de Víctor. No respondió antes de que él añadiera algo más.

—¿Follas con otros a pelo? —preguntó.

Y ella, lejos de ofenderse, sonrió.

—¿Estás celoso?

Era aquella Catalina, la misma con la que prefería no salir de fiesta porque cada vez que lo hacía se divertía poniéndolo celoso. Provocaba su reacción, bailando y restregándose con otros chicos mientras él estaba en la barra con Sam. Y Víctor se cabreaba porque sabía perfectamente que, si hubiera salido de fiesta sin él, no estaría restregándose con nadie.

—No te enfades... —pidió, acariciándole el pecho cuando vio que no le seguía el rollo—. Eres el único.

Su mano bajó hasta la polla de Víctor y le acarició, ayudándole a acomodarse entre sus piernas. Él se sintió como una cerilla que tratan de encender después de bañar en agua fría, pero

Catalina sabía cómo hacerlo y endurecerle, de modo que deslizó el condón sobre su extensión y la acercó.

Lo cierto es que le hubiera dado igual que Catalina se estuviera acostando con otros; es más, una parte de él se habría sentido aliviada. Pero hasta la fidelidad de Catalina le provocaba dolor de cabeza. ¿En serio era el único mártir que había sucumbido a sus encantos? Qué suerte de mierda.

—Ah... —gimió, soltando aire por la boca cuando le sintió dentro.

—Cata...

Meció las caderas y ambos sintieron placer. A Víctor siempre le excitó que Catalina disfrutara tanto con la penetración. Se arqueaba, gemía y alzaba la voz como si estuvieran en una isla desierta, apretando los muslos en torno a sus caderas. Sin embargo, de un momento a otro sus uñas se volvían afiladas. Primero en sus brazos y después en sus hombros, llegando paulatinamente a su espalda.

—Cata... —repitió, aquella vez contraído.

—Sigue, sigue... —Cerró los ojos—. Más fuerte.

Aceleró, pero las uñas de Catalina se le clavaron como si de verdad buscara hacerle daño. De hecho, se lo hizo y terminó apartándose.

—Joder, Catalina. —Se echó atrás, abandonando su interior—. ¿Qué haces?

Ella le miró confusa desde los cojines. Por su parte, él se tocó la espalda, con la sensación de que le había hecho sangre. Un ardor le abrasaba en forma lineal.

—Pensaba que te gustaba...

—¿Cómo mierdas va a gustarme esto? —preguntó, indignado.

—Cálmate. No quería que te doliera, lo siento.

—¿Qué coño? Tú no sientes nada. —Se levantó.

Víctor recuperó su ropa interior del suelo y se la puso en un abrir y cerrar de ojos, habiéndose quitado el condón. Catalina permaneció en la cama. De repente ella también estaba indignada, preguntándose si de verdad iba a dejarla a medias. Pero antes de que pudiera preguntarlo, Víctor salió del dormitorio.

Se dijo a sí misma que no iba a ir tras él. «Ahora volverá» pensó. No obstante, estar allí tan desnuda la hacía sentir demasiado expuesta, así que se incorporó para alcanzar las braguitas y cubrirse. También se puso la camiseta y, una vez de pie, no pudo evitar seguir a Víctor hasta el salón.

—Ya te he dicho que lo siento —se quejó, apareciendo por el pasillo—. ¿Qué más quieres que haga? ¿Me flagelo?

—Joder —cerró los ojos al escucharla, sosteniéndose las sienes con agotamiento—. Esto es un puto infierno, Catalina.

—¡Tú haces que lo sea! ¡Un día me tratas como si fuera el mundo entero y al siguiente soy una basura! ¡¿Cómo cojones quieres que me sienta bien si no te aclaras ni tú, Víctor?!

—¡Por supuesto que no me aclaro! Maldita sea, sé que te quiero, ¡pero no recuerdo por qué! ¡No sé si me enamoré de ti por lo que eres o por los momentos en los que estabas! No sé si eres una idea que me he metido en la cabeza, porque la Catalina que veo delante de mí no me gusta.

—¿Sabes lo duro que es escuchar eso? —Se llevó una mano al pecho, victimista. Y se echó a llorar—. ¡No me lo merezco! Da igual lo que haga, ¡nunca eres feliz si estoy cerca!

Se dejó caer en el sofá y, sollozando, se cubrió el rostro. Víctor aguardó unos segundos, tratando de calmar su respiración antes de hablar.

—Para. No quiero que sea lo mismo de siempre —pidió, en un tono cauto.

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí. Discutimos y empiezas a llorar. Entonces yo me callo, te consuelo y terminamos haciendo las paces.

—¿También te molesta que llore?

—Me molesta la razón por la que lloras, porque es la misma que a mí me tiene hecho polvo. No podemos seguir alargándolo, tenemos que hablar. Hablar en serio, Catalina.

—Tú no quieres hablar... Tú quieres dejarme, Víctor. Ya lo has hecho antes y también repetimos la misma historia: yo te echo de menos; te busco y, además de encontrarte, descubro que me estabas esperando. Siempre quieres que vuelva.

—Sí —admitió, triste—. Es verdad, siempre quiero que vuelvas conmigo. Quiero que, sea lo que sea lo que nos pasa, lo solucionemos. Que haya una razón para todas las cosas que me duelen de ti. Pero es que cuando vuelves, Catalina, quiero que te vayas. Quiero pasar página, pero me da miedo la página en blanco. Me da miedo que te marches y solo me quede el vacío que he sentido después de correrme con otra tía. Me da miedo verte dentro de un tiempo enamorada de otro y pensar «mi Catalina», y preguntarme por qué cojones él sí ha sido capaz de hacer que lo vuestro funcione y yo sigo colgado, en blanco. Pero es que ahora todo lo veo negro, Cata.

Ella se lo quedó mirando, con ganas de abrazarle y hacerle el amor de verdad. Lento, abrazándose a él. Pensó que había pasado demasiado tiempo desde que centró uno de sus encuentros en el placer de Víctor. No recordaba la última vez que le había cuidado y, ahora que lo veía todo hecho pedazos, le entraron ganas de reconstruir lo que había roto.

Sin embargo, Catalina no era especialista en juntar piezas y, en algún momento de la conversación, rompió el jarrón con paniculatas que la madre de Sam les había traído para agradecerles los cuidados gatunos. También volaron algunos libros por los aires. Gritaron y lloraron. Y, para cuando Elia y Sam llegaron del cine, ella ya se había marchado, dejándolo todo revuelto.

Víctor estaba en el sofá con la cara escondida en las manos. Cuando los miró tenía los ojos rojos y se cubría la boca con los nudillos.

Dijo que él y Catalina habían decidido darse un tiempo, un tiempo «de verdad».

Capítulo 6

VESTIDA DE CORTO

Alcé las cejas, sorprendida ante la noticia.

—¿Han roto? ¿Esta vez de verdad?

—Eso dice él. Han acordado bloquearse mutuamente y no contactar a menos que tengan las cosas claras. O sea, nunca.

—Os estoy oyendo —se quejó Víctor, desde el sofá. Nos miró como si la obviedad del asunto fuera insultante—. Estoy a dos metros.

Dejé que Sam siguiera recogiendo los platos de la cena y pegué un salto, acomodándome a su lado. Apoyé la cabeza en su hombro.

—Habéis hecho bien. Era evidente que necesitabais un tiempo.

—Sí. Ahora es raro, pero no te preocupes: estarás mejor sin esa perra del infierno —añadió el otro al volver de la cocina, y le dirigí una mirada de advertencia—. ¿Qué?

—Quizá sería mejor utilizar un poco de filtro.

—Yo, para las rupturas, soy más partidario del vodka. ¿Nos tomamos unos chupitos antes de que venga Lara? En honor a mi querida Catalina.

—Yo creo que paso. —Víctor se hundió en el sofá—. No me apetece salir hoy.

Sam levantó el dedo y negó, tomando asiento.

—No, chaval, no. Tú levantas el culo y te vienes, porque me apetece beber y puedo pegármela con el coche —contestó—. Y sin Catalina se puede vivir pero, sin mí, ¿qué sentido tendría? Ninguno.

Víctor cerró los ojos, irritado.

—Está bien, pero ¿podemos dejar de hablar de ella, por favor? Y os lo pido por tiempo indefinido. No sé cuántas veces habéis dicho ya su nombre.

Sam asintió, prometiéndoselo. Lo cierto es que no podía permitir que Víctor se quedara deprimido en casa porque era un pequeño diablo, uno de mechones casi rubios que se quedaba en tu hombro diciéndote algo tipo «la vida es una y tú así, haciendo el imbécil».

Seguramente, en el otro hombro estaría Elia, con su rostro angelical y la piel tan pálida que delataba los caminos azulados de sus venas. Ella estaría en el lado contrario de la balanza, diciéndote: «A lo que diga Sam, ni caso. Busca un hombre que te regale rosas». Pero ¿qué debemos de esperar las chicas malas que no merecemos rosas?

Yo una vez hice un ramo de margaritas en el parque y se lo llevé a mi madre. Ella me dijo que las flores no deben arrancarse y siguió leyendo, sentada en aquel banco con su impoluto vestido blanco y el labial rojo intacto. Obviamente, me hubiera gustado que apreciara mi regalo, pero creo que «las flores no se arrancan, Paula» es una de las cosas más bonitas que me ha enseñado.

Porque las personas tenemos esta tendencia a arrancar, la tendencia de empezar las cosas despacio y acabarlas rápido. El don de inventar y destruir. La capacidad de crear armas y llamarlo supervivencia; hacer perder y llamarlo victoria.

Somos manos manchadas que limpiamos manchando otras. Somos los nombres que nos pusieron. Cortes profundos que ocultamos o adoptamos como signos de identidad, luciéndolos con orgullo.

No era de extrañar que en el coche de Sam sonara The Stereophonics, y aquella noche la canción escogida fue *Dakota*.

—¿Por qué me miras así?

Yo, sentada de copiloto, sonreí.

—Por nada, pero para ir por allí predicando que no quieres una mujer en tu vida, tu canción favorita habla de una.

—*Drinking with you...* —canturreó, ignorándome a propósito. Me miró de reojo, como si mi comentario no necesitara respuesta—. *When drinking was new...*

Puse los ojos en blanco y me acomodé en el asiento.

—¿Sabes qué, Lara? Aquí no buscamos el amor —le dije, cuando la pillé mirándonos a través del retrovisor.

—Ah, ¿no?

—No. ¡Nos repugna! —me apoyó Sam.

—No les hagas ni caso —replicó Elia, sentada a su lado en los asientos de atrás—. Víctor y yo sí defendemos el amor, ¿a que sí?

—Desgraciadamente —respondió él, mirando por la ventanilla—. Cada sábado un poco más y cada lunes mucho menos.

Ella le sonrió.

—¿Y tú, Lara? ¿Crees en el amor?

—Tengo algo de fe, sí.

—¿Y estás saliendo con alguien?

—Estaba con un chico... —hizo una mueca—, pero rompimos.

—Vaya. —Elia se desilusionó—. Bueno, ya sabes lo que dicen.

—¿Qué dicen?

—Que viniendo a la ciudad siempre se encuentra el amor.

Aquel comentario tan optimista le pareció ridículo. Soltó una carcajada y miró a otro lado.

—¿De momento te gusta estar aquí?

—No lo sé, tiene sus pros y sus contras.

—¿Qué dices? —intervino Sam—. La ciudad es mil veces mejor.

—No estoy segura. Algunos pueblos son preciosos.

—Los pueblos huelen tanto a campo que intoxican. Además, no hay nada para hacer en todo el día. Le eres infiel a tu novia y en menos de cinco minutos tienes a su padre hablando con el tuyo, y ni siquiera puedes ahogar tus penas saliendo de fiesta porque no hay fiesta. Hace un frío de la hostia, y a falta de gente todo el mundo te reconoce. Comes siempre en los mismos bares y caminas por las mismas calles. Hasta que te sacas el carné de coche es una cárcel.

—Pero... —Elia encogió los ojos—. ¿En qué clase de pueblos has estado tú?

—En el de mis abuelos, alias El Infierno.

Solo con imaginar a Sam fuera de su hábitat natural me entró la risa, acomodándome el

escote.

Por cierto, soy una de esas personas que han desarrollado un superpoder cuyo mantra se basa en la idea de que el frío es mental, y se agudiza cuando salgo de fiesta. La cuestión es que siempre me han gustado los vestidos cortos y la sección de minifaldas es mi favorita del armario. En serio, tengo una colección de faldas vaqueras que da para un catálogo, aunque hoy nos centraremos en el vestido azulado que escogí para salir aquella noche.

Era básico pero bonito; ceñido, de tirantes. Te daba ese poder que quieres cuando eres una niña y ves cómo las chicas mayores se arreglan, así que lo lucí con ganas, bailando con Sam. No obstante, pasado un rato me entró sed, de modo que me aparté y me acerqué a la barra para pedir otra copa.

La chica que atendía me la preparó estresada y le tendí un billete ágilmente. Me había pasado el verano anterior trabajando detrás de una barra y la entendía. Si te dedicas a algo semejante, a no ser que seas una máquina que funciona con gasolina, cada madrugada llegas a casa pensando que no te pagan lo suficiente.

El primer sorbo me revitalizó entera. ¡Estaba fresquísimo! Entonces lancé una mirada rápida para localizar a alguno de mis amigos, pero solo encontré a Ander (llamémosle Ander). Sus ojos eran oscuros y su melena tomaba la forma de discretos rizos que me recordaban a los del chico de un anuncio de refresco. Era atractivo y se acercó para darme dos besos educados. Hablamos un rato de lo mal que está el mundo, terminándonos las copas, y nos besamos.

Sinceramente, besaba raro. Pero lo que palpé por encima de sus pantalones era persuasivo, y su interés por meterme mano incitador. Así que terminamos entrando en el baño a sopetones y echamos el pestillo de uno de los reservados.

Me besó el cuello y apretó mis pechos, susurrándome con voz de depredador que iba a «destrozarme el rímel». Apreté los labios para no reírme y me di la vuelta, inclinándome para quedar a su alcance cuando después del magreo me buscó con su miembro, pisoteando el envoltorio del condón. Me apoyé en la pared con ambas manos y recibí sus embestidas. Estas fueron placenteras, aunque follábamos como si tuviésemos prisa.

Siguió empujando desde atrás, sujetándome los mechones en una improvisada coleta que enrollaba a su mano, apretándome. Gemí y dijo que, cuando yo hubiera terminado, quería correrse en mi boca.

No respondí, pero insistió. Quería escucharme. Algo como «sí, por favor, quiero que te corras en mi boca» hubiera bastado, pero sonreí y le indiqué que no con un gesto. Supongo que es más que respetable que no disfrute de ciertas concesiones en mis affaires, ¿cierto? Sin embargo, eso hizo que se nos cortara un poco el rollo y decidió acelerar el ritmo para recuperarlo.

Me tiró del pelo y gemí alto, clavando las yemas en la pared. Incliné la cadera en busca de más. Más fricción, más profundidad, más placer. Más... Y grité. Nos aceleramos juntos y, cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, Ander se corrió dejándome al borde de hacerlo también. A veces pasa, y jadeé un tanto frustrada.

Cuando la excitación abandonó su cuerpo yo también lo hice; es lo que tienen los «aquí te pillo, aquí te mato». Ya no quedaba espacio para el coqueteo. De pronto, aunque sonriente, me vio como la desconocida que era y yo le correspondí con la misma mirada, subiéndome la ropa interior. Intercambiamos un par de comentarios y le dije que tenía que irme.

Caminando entre la gente que seguía pidiendo copas y bailando, le mandé un mensaje a Víctor. «Me voy a casa. No te preocupes, he pedido un taxi. Te escribo cuando llegue» tecleé, dada la imposibilidad de encontrarles entre tantos estímulos.

Por lo contrario, las calles estaban prácticamente vacías. Las farolas marcaban el camino de

los que andábamos en plena madrugada y, a falta de bancos, me fui alejando hasta llegar a una acera en la que pude sentarme a pedir un taxi. Después me guardé el móvil en el bolsillo, dándome cuenta de que había un tío mirándome. Estaba apoyado en el capó de su coche, fumando. Y le sostuve la mirada.

—Empieza a hacer calor, pero ese no es un vestido de primavera. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Sabes qué creo? —contesté—. Que cuando un hombre habla del vestido de una mujer, generalmente es porque quiere quitárselo.

Soltó una carcajada y el sonido me resultó tierno.

—¿Qué haces ahí parada?

—Estoy esperando un taxi.

Asintió, tirando el cigarrillo. Lo pisó y cogió un par de cosas del maletero antes de cerrar el coche, que soltó un pitido. Y, cuando la luz de las farolas le tocó, iluminándole... Buf, ¿por dónde empiezo? ¿Por su altura? ¿Por su cara? ¿Por su cuerpo? ¿Por su forma de andar? Noté cómo se me contraía el vientre ante tal sorpresa, y eso que no soy de las que se impresionan. Por el amor de Dios, si es que toda mi entripierna se contrajo en busca de que habláramos de algo lascivo para escuchar cómo sonaba saliendo de su boca. Supuse que su madre tenía el infierno ganado por crear semejante barbaridad.

O no, o tal vez era culpa de él, que tenía el aura cubierta de sexo. Ni siquiera tuvo que renunciar a esa sonrisa genuina con la que se acercó para convertirse en el tío más sexualmente llamativo con el que me había cruzado. Para colmo tenía los ojos verdes de verdad, como la menta o la marihuana. Guapo a rabiar, y cuando se sentó a mi lado en la acera noté que olía a lo que siempre he imaginado que debe de oler un hombre en una fantasía sexual: a él.

Dejó el paquete de cervezas que había cogido del maletero a un lado y me tendió la sudadera con la que también había cargado.

—Mmh... Vale. —Me la puse—. Esto es raro.

—¿Por qué?

—Actúas como lo haría mi ángel de la guarda o un asesino en serie.

Se le marcaron dos hoyuelos al sonreír, negando con la cabeza.

—Me parece que ni una ni otra.

Le di las gracias, pegando las rodillas al pecho y metiéndolas también dentro de la sudadera, que era negra y enorme. Le miré, de cerca. Necesitaba un nombre, porque si algún día tenía un hijo iba a llamarlo como ese tío.

—¿Cómo te llamas?

—Cristian. ¿Tú?

—Paula.

Casi fue ira lo que sentí cuando vi mi taxi aparecer por la calzada. Me habría gustado que aquella fuera una de las veces en las que esperas y esperas y nunca aparece, pero al parecer estaba ya por la zona. Así que me levanté y Cristian lo hizo conmigo.

Hice ademán de quitarme la sudadera, pero me detuvo colocando sus manos sobre mis muñecas.

—Quédatela. Nos vemos, Paula.

Cogió el paquete de cervezas y cruzó por el paso de peatones hasta llegar a un portal que tenía la puerta entreabierta. Entró y desapareció, subiendo a la fiesta que tenía despiertos a todos los vecinos.

Yo me subí al taxi y le di mi dirección, pero en mi cabeza solamente rondaba aquel «nos vemos, Paula». Me quedé con ganas de saber dónde.

Capítulo 7

¿POR QUÉ ROMPEMOS?

Menos mal que estaba Víctor para conducir de vuelta, porque con lo que había bebido Sam hubieran tenido un accidente catastrófico.

Llegaron a casa a las cinco de la mañana. Elia le ayudó a llagar a su habitación, sentándole en la cama para descalzarle. Cuando se incorporó, le pilló mirándole el escote, mordiéndose el labio inferior. Iba a enfadarse, pero le entró la risa.

—No tienes remedio, Sam.

—Fíjate si he bebido que te veo las tetas enormes.

—Fíjate si sé que has bebido que voy a perdonarte eso —respondió, deshaciendo la cama—. Venga, tumbate.

Sam se desató torpemente el cinturón y los vaqueros, quitándoselos. Se dejó caer sobre el colchón y Elia le cubrió con las sábanas.

—¿Puedo verlas? —preguntó, ebrio.

—¿El qué?

—Tus tetas, tus pequeñas tetas.

—¡Vale ya! —le golpeó en el pecho—. ¿Quieres que hablemos de lo que cada uno tiene pequeño, campeón?

—¡¡¡Que yo no la tengo pequeña, hostias!!! —se quejó, empezando a bajarse la ropa interior para demostrarlo.

—¡Ah, no! —se cubrió los ojos, escandalizada—. ¡Víctor! ¡¡¡Socorro!!!

—¿Qué pasa? —apareció, preocupado—. ¿Estáis bien?

—¡Sam quiere enseñarme el rabo!

Este cerró los ojos y se partió de risa, parando de bajarse la ropa interior. Víctor suspiró y tiró de Elia hacia la puerta.

—Venga, a dormir todo el mundo de una santísima puta vez.

Lara sonrió, escuchándolos desde el dormitorio de Víctor. Estaba sentada frente al equipo de música, toqueteándole los discos. Descubrió un CD de canciones que tenía escrito: «Música para que Sam no llore en cuarentena, Covid 2020».

—Ya se han quedado dormidos —anunció Víctor, entrando con una expresión de alivio.

—¿Los has dejado juntos? Cuidado, que se matan. Son como el perro y el gato.

—No, tranquila —se rio, sentándose en la cama—. Elia se ha quedado dormida en el sofá. ¿Qué miras?

Lara le mostró el disco que había escogido.

—Ah, sí... A Sam la cuarentena se le hizo un poco difícil. El primer mes lo llevó más o menos

bien, pero después entró en la fase Arguiñano. Un día se le quemó un pedazo de carne de pato y se deprimió, así que comenzó a empatizar con los vecinos. Salía cada día al balcón, jugaban al bingo y se contaban cotilleos, pero al final lo único que le animó fue empezar a pedir cosas raras por Amazon. Él y Paula compraron unos juegos de luces y decoraron el salón para que pareciera una discoteca, tendrías que haberlo visto.

—¿Pasasteis la cuarentena juntos?

—Sí, los cuatro encerrados aquí dentro.

—Vaya, habría muchos intentos de asesinato.

—Votamos y aprobamos una legislación para poder convivir en paz el tiempo que durara el confinamiento, y no es broma. Lo firmamos todos por escrito.

Lara se rio y Víctor sonrió, pensando que esa chica tenía algo especial. Imaginó que quienes la hubieran querido debían de haberlo hecho muchísimo. Él todavía estaba embobado con su cabello, que era precioso. Bueno, la verdad es que toda ella lo era, con aquella cara de niña y sus labios gruesos. Desnuda debía de ser un mar en el que perderse, pero Víctor no estaba preparado para pensar en eso a conciencia.

—¿Puedo decirte una cosa?

—Claro.

Ella se mordió el labio inferior, apoyando la espalda en la estructura de la cama mientras seguía en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho.

—Hoy estás más triste que el domingo.

—No me digas eso. —Se esforzó por sonreír—. Solo estoy cansado.

Y es que había muchos temas para mantener conversaciones interesantes con Lara, pero Catalina no era uno de ellos. De hecho, era un alivio que ella no lo supiera. Eso la convertía en una parte del mundo en la que su exnovia era inexistente.

—¿Puedo preguntarte yo una cosa? Pero no me respondas si no quieres.

—Adelante —le animó, calmada.

—¿Por qué rompiste con tu anterior pareja? El chico del que le has hablado a Elia cuando estábamos en el coche.

Pensó si quería o no responder pero, antes de decidir si sí o si no, se encontró a sí misma preguntándose por dónde empezar.

—Se llama Alex. Es del pueblo en el que vivía antes —le explicó—. Es una de esas personas que le caen bien a todo el mundo, de modo que yo me convertí automáticamente en «la novia de». Todos mis amigos eran los suyos y nuestros planes siempre coincidían, pero aun así había algo que no encajaba. Discutíamos mucho, por cualquier tontería. Estuvimos juntos cuatro años y uno tratando de desengancharnos con idas y vueltas. Me dijo que si me mudaba aquí no íbamos a seguir intentándolo y creo que ese fue un motivo de más para venir. Y bueno, cumplió su palabra: desde que llegué no sé nada de él.

—¿Le echas de menos?

—A veces —admitió—. Pero no a él. Tengo asumido que, por más que nos esforzáramos, lo nuestro no tiene solución. Pero... no sé, el tiempo que funcionó teníamos una conexión especial, siempre la hemos tenido. Eso sí lo extraño.

—¿Por eso te distanciaste de tus amigos? —quiso saber—. ¿Por qué también eran amigos de él?

—En parte sí, pero antes de mudarme aquí empecé a pensar que solamente eran amigos de Alex. Nunca los sentí... míos. No eran la clase de confidentes a los que llamas cuando has discutido con tu pareja, ¿entiendes? Porque sabes que él ya ha dado su versión antes y nadie va a

escuchar la tuya.

Víctor se frotó la nuca, pensándolo. Tal vez tenía que agradecer, por primera vez, el desagrado latente que había existido siempre entre nosotros y Catalina. Pensar que podría haberle ocurrido lo mismo que a Lara le provocaba incluso ansiedad, y cuando la miró a los ojos comprendió por qué Sam había dicho que esa chica estaba triste.

Alargó la mano y le acarició uno de los mechones, sin decir nada.

—¿Estás cansado?

—Un poco. ¿Te quedas a dormir?

—Mejor no. —Le entró la risa—. El sofá está ocupado, Sam podría vomitarme encima en cualquier momento y, si me quedo aquí contigo, tendré que confesarte que soy incapaz de dormir con vaqueros o cualquier otro tipo de pantalones. Estás muy bueno y no quiero que pienses que voy a lo que voy.

Entonces se rieron los dos y Víctor negó con la cabeza.

—Estás loca. Anda, quítatelos. Yo no miro. —Se echó atrás, acomodándose en la cama. Le guiñó un ojo—. Así también me ahorro la tentación.

—Oh, ¿te tiento? —fingió sorprenderse, levantándose.

—Bueno, solo ha sido un poco de tirantez en la ropa interior mientras bailabas, pero ya ha vuelto a su sitio.

—¿Te la he puesto dura mientras bailaba?

Víctor sonrió, incorporado en el cabezal. Era extraño porque había algo en aquella conversación que seguía resultando inocente y tierno.

—No sé por qué he tenido que decirlo en voz alta.

—Ten cuidado —se desató los vaqueros con las manos cubiertas de anillos—: si descubro que se me da bien tal vez quiera volver a hacerlo.

Lara llevaba unas braguitas de color hueso con detalles de encaje, a juego con el sujetador que dejó arrugado sobre el escritorio. Víctor fingió no darse cuenta, e ignoró el olor a champú que desprendía su cabello cuando se acomodó en la almohada de al lado. Se cubrió con las sábanas y le miró. Él se puso un pantalón de andar por casa y una camiseta de manga corta antes de volver a tumbarse.

—Buenas noches —murmuró.

—Buenas noches, Larissa.

Y lo último que se oyó fue una carcajada de ella. Pensó que debería haber puesto solo «Lara» en el buzón.

Capítulo 8

MI FAMILIA ES UN CUADRO DE PINTOR NOVATO

Sam y Víctor se conocieron en el colegio, pero no empezaron a ser amigos hasta el instituto. Allí conocieron a Elia, que era la chica condescendiente que todavía dejaba que su madre le escogiera la ropa. Siempre se sentaba en primera fila y lo más atrevido que había hecho era aparecer en clase con trenzas.

Tenía un grupo de amigas, pero solo eran «amigas de instituto». Son esas compañeras que te caen bien, pero a las que no llamarás después de graduarte. Es una amistad mutuamente beneficiosa en la que puedes ocultarte, camuflándote para integrarte y sobrellevar así tus años escolares. Es una cuestión de mimetismo. Como los camaleones, por ejemplo. Es supervivencia en grupo. Una alianza estratégica. Pero no me malinterpretéis, que así nacen muchas amistades de verdad; es el origen de ese «pues cuando empezamos a hablar no me caías bien». Sin embargo, ese no fue el caso de Elia.

A medida que iba pasando el tiempo su amistad con las chicas la fue haciendo sentir cada vez más y más pequeña. Pequeña en el mal sentido de la palabra, claro, porque todas decían que ya habían hecho «eso» y Elia todavía pestañeaba demasiado rápido cuando hablaba con un chico. (Entendamos «eso» como cualquier invención estúpida relacionada con el género masculino, porque esas chicas se comían entre ellas y Elia era el pez más inofensivo).

Cuando llegó a primero de bachillerato estuvo muy tentada a decir que ya había tenido sexo sin ni siquiera haberse dado un beso en los labios. Pero ¿qué nombre iba a dar? Porque era imprescindible dar nombres. Era imprescindible declarar que el chico la tenía enorme y que había sentido placer o dolor, pero nada de «joder, ¿qué es esto, tío?!». Todas sus amigas habían relatado como mínimo un orgasmo al perder la virginidad; a todas les había entrado fácilmente a la primera y se habían sentido indescriptiblemente satisfechas.

Al final fue honesta y no mintió, aunque no hacerlo le costó ser «la virgen». Sin embargo, terminó acostumbrándose al mote y lo agradeció cuando empezó a salir con David, que parecía no estar al día de nada. No obstante, era dulce con ella y, aunque la relación no prosperara, le dio una iniciación al sexo fantástica. Y no porque se cumplieran todas las expectativas, sino porque fue natural y la ayudó a perder muchos miedos.

Cuatro años más tarde, allí estaba. Loca como una adolescente por Diego, presentándose en el restaurante en el que habíamos quedado para comer con una sudadera lila y el cabello apartado de la cara por dos horquillas. Sus tejanos favoritos, las Converse desgastadas y la *tote bag* que le regalaron en la Cruz Roja por donar sangre. Se sentó frente a mí en la terraza cubierta y miró la carta para pedirse los espaguetis a la carbonara de siempre. Yo encargué pasta al pesto y la camarera se retiró tras servirnos el agua y unos pedazos de pan rústico.

—Estaba buenísimo, Elia, *buenísimo* —aseguré, cortando una rodaja con las manos y llenando el mantel de migajas.

—¿Sentiste mariposillas? —sonrió, interesada.

—No, hombre, no. Pero me quedé con ganas de... ya sabes...

—¿Ganas de darle besitos?

—No. Ganas de sexo. Sucio.

Puso los ojos en blanco y siguió preguntando.

—¿Tenía la piel bonita?

—Estaba tremendo. Todo lo tenía bonito.

—¿Color de ojos?

—Verde, un verde que flipas.

—¿Cabello?

—Castaño, de un largo normal.

—¿Altura?

—Buf, altísimo.

—¿Signo del zodiaco?

Fruncí el ceño.

—No lo sé, Elia.

—¡Venga ya! El signo es lo más importante.

Lo dijo tan en serio que me reí. Entonces la camarera volvió a aparecer con un plato en cada mano. Nos los dejó enfrente y se marchó frotándose las palmas.

—Bueno y, siendo tú, ¿cómo es que no os metisteis mano en un callejón oscuro?

—Para empezar, porque los callejones oscuros no me van. Además, había estado con otro chico esa noche y mi taxi llegó demasiado rápido.

—Podrías haberle pedido el número, por lo menos —comentó, enrollando espaguetis en el tenedor.

—Lo de intercambiar números tampoco me va mucho.

—Joder, cómo eres —se quejó—. Al final has dejado ir al tío que más caliente te ha puesto sin apenas saber su nombre.

—Sí me dijo su nombre —recordé—. Cristian.

—¡Paula! —alzó las cejas—. Entonces, ¿dónde está el problema?

—¿Y dónde ves tú la solución?

—En el siglo XXI, con esa información, tienes suficiente para encontrar a alguien. Es un siglo para psicópatas, por el amor de Dios.

La llamé exagerada con un gesto y seguimos comiendo. No la tomé en serio porque sabía que se había pasado el domingo viendo *You*, serie donde el protagonista aprovecha la era digital hiperconectada para enamorar a una mujer por la que se obsesiona enfermizamente.

Más tarde, llegué a mi habitación y dejé la mochila en el suelo. Quería obviar el hecho de que vivía con mi madre, pero esta entró en mi cuarto al oírme.

—Paula, quería comentarte algo.

—Claro, dime.

Llevaba una americana negra y un collar demasiado exagerado para mi gusto. Los botines impolutos. La manicura francesa recién hecha. Antes de decir nada, echó un vistazo en busca de algo que ni ella misma sabía qué era. Después me miró.

—¿Qué tal las clases?

—Bien —me recogí el pelo en una coleta—. Un poco largas, como siempre.

Mi madre, Celia, había estudiado Interiorismo y trabajaba como diseñadora. Sin embargo, yo no sabía si su trabajo la apasionaba o no. Tampoco sabía cómo había sido ella a mi edad. No sabía si su adolescencia había sido difícil; si le había gustado el macarra de clase, si había fumado un porro, si la había cagado cortándose el pelo o cómo se sentía siendo hija de mis abuelos.

En mi cabeza era una de esas jóvenes que aparentan más años por cómo visten, una de esas chicas sofisticadas integrada en un grupo de amigas fieles pero egocéntricas. A veces me la imaginaba jugueteando con el palillo de aceitunas de su martini, sentada en el taburete del bar de un hotel caro de Barcelona, esperando a alguien. Pero mi madre nunca espera y siempre ha sido más de gin-tonic.

—He hablado con tu padre. Va a venir de visita este fin de semana —empezó, sentándose en el borde de mi cama—. El domingo haremos una barbacoa, así que no hagas planes.

La miré, lamiéndome las muelas.

—¿Puedo invitar a Elia?

—Sí, pero no a más gente. Tu padre vendrá con Lidia y yo he invitado a Alejandro y a su hija. Sería buena idea que te centraras en ellos y os conocierais un poco mejor.

Algo que sí sabía de mi madre es que no le gustaban las cosas graduales. Cada vez que traía un hombre a casa quería que yo le considerara el mejor tipo del mundo. Quería que le dejara leerme cuentos y le presumiera a la salida del colegio. Después, cuando ella le echaba de nuestras vidas, quería que yo lo aceptara y le diera la razón al decir que era un capullo y merecía algo mejor. Supongo que, por eso, aunque solo hubiera visto una vez a Alejandro y a su hija, quería que les tratara como a un padrastro y a una hermanastra. Por lo que respecta a mi padre, siempre me había parecido un acierto que no nos visitara acompañado de Lidia, pero por lo visto había llegado el momento de conocerla.

—No pongas esa cara —me pidió—. Tampoco es mi plan ideal de domingo, pero quiero que sea una comida agradable.

—Lo será —sonreí, irritada.

—Bien.

Se despidió con un gesto y salió de mi cuarto, cerrando la puerta. Yo alcé la mirada al techo, suspirando, y le mandé un mensaje a Elia para que no me dejara sola el domingo. Me quité los zapatos y dejé que Spotify me sorprendiera con una de sus listas aleatorias. Sonaba *Míralo* de Rorro cuando me eché a la cama con el móvil, dispuesta a pasar un rato mirando chorradas.

Estaba en ello cuando la sudadera de Cristian me llamó la atención, tirada sobre la silla del escritorio. Y me pregunté quién regala una sudadera así, de jajás... Me pregunté si sería cara y busqué la marca en Instagram. Se llamaba Onda y tenía el logo de dos palmeras cruzadas. No me sonaba de nada.

Fui bajando por el perfil, mirando las fotografías. La mayoría eran en playas, estilo surfista. Descubrí que se trataba de una marca lanzada por un grupo de amigos en cuarentena, pero ninguno de los emprendedores se llamaba Cristian.

Hasta que lo encontré: la fotografía de cinco chicos en lo alto de un acantilado. Pese al sol, parecía ser uno de esos días en los que el viento sopla muy fuerte. Y allí estaba Cristian, con la sudadera negra que ahora reposaba en mi silla.

Al final Elia tenía razón y la era digital hiperconectada tiene ciertas ventajas. Poder seguir un rastro que me llevara al perfil personal de Cristian era una de ellas pero, joder, casi me enfadé cuando descubrí que no tenía ni una mísera imagen publicada. ¡Ni siquiera tenía foto de perfil! Solamente un fondo negro, por el amor de Dios. ¿Y ahora qué le enviaba yo a Elia para

demostrarle que no exageraba al decir que era un Adonis? Al final decidí optar por lo que consideré más práctico y le mandé un mensaje por el chat directo de la aplicación.

«Muy chula la sudadera. Pero suelta pelusas». Fue lo primero que se me ocurrió y lo envié antes de leerlo. Cuando lo hice, dejé el móvil en la mesita y me tapé la cara con un cojín, gruñendo avergonzada.

Follaré mucho, pero tirar la caña no es mi fuerte.

Capítulo 9

LAS ZONAS SENSIBLES

El miércoles llovió muchísimo. Lara llegó a casa tarde y empapada y, nada más entrar, se quitó la ropa y empezó a llenar la bañera de agua caliente. Añadió una de sus bombas de baño de Lush y después se acomodó dentro, envolviéndose en aquella sensación tan cálida que siempre conseguía erizarle la piel.

Al cabo de unos minutos, tomó el pedazo de bomba que no se había disuelto y lo paseó por su pierna, manchándose la rodilla y las yemas de un rastro de azul intenso. Y dibujó sobre su piel, echando de menos trazar siluetas sobre la de otra persona.

De pequeña le pintaba las manos a su madre. Dibujaba flores y enredaderas que se perdían hacia sus muñecas, allá donde iniciaba el camino de las pulseras. A Lara le encantaba hacerlo porque su madre siempre estuvo orgullosa de cómo dibujaba. De hecho, tenían muchas conversaciones largas en las que la pequeña abría su caja de miedos y Miranda la vaciaba, recordándole que tenía talento. Nunca le importó que las profesoras del instituto comentaran en las reuniones que su hija se pasaba el día dibujando en clase y que sus habilidades matemáticas eran escasas, porque Miranda sabía que su hija era especial y que no la trajo al mundo para encajarla en un puzle de mil piezas. Es más, quería acostumbrarla a sentirse desencajada.

Pero Miranda también era una madre de verdad, de esas que cepillan el cabello demasiado fuerte por las mañanas y a veces hacen cosas dignas de madrastras. Sí, discutían y daban portazos. Sin embargo, al final del día siempre sucedía algo, una situación o sentimiento, que las devolvía a la raíz.

Estaban unidas con intensidad y por eso, cuando Miranda murió, Lara dejó de pintar. Fueron los momentos más oscuros de su vida y atravesó mil etapas antes de llegar a la de sanación e, incluso así, una parte de ella siempre seguía dispuesta a llorar un poco. Era la parte de sí misma que canalizaba pintando cuadros que después escondía, la parte que la ha manchado como quien tira una gota de vino en una copa de agua y espera.

En cuanto a su padre, Lara llevaba sin verle desde los seis años. Le recordaba alto, delgado y fuerte. Era cariñoso y solían pasar mucho tiempo jugando en la alfombra. Él se arremangaba la camisa al llegar del trabajo y sonreía, siempre sonreía. Era educado y todo el mundo le adoraba, incluida su hija, que solía recibirle gritando «¡papá!» antes de saltar a sus brazos en un gesto entrañable.

Algunas tardes, Lara presenciaba la imagen: su padre se acercaba mimoso a Miranda y ella le rechazaba. Y se preguntaba por qué, la mejor madre del mundo, no podía ser también la mejor esposa. Hasta que una tarde su madre llamó a la policía y Lara no volvió a ver a su padre. Durante los meses siguientes vio cómo los moretones de Miranda sanaban, pero no podía evitar

preguntarse si su madre había hecho todo lo posible para que su padre se quedara con ellas.

Con el tiempo recolectó piezas que la hicieron distanciarse en todos los sentidos de Adrián. Sabiendo la verdad, no quería que volviera; no quería saber nada de él. No obstante, en cierto modo este volvió a su vida la primera vez que Alex la gritó. Reprimió el impulso de darle una bofetada porque no quería ser como su padre; se contuvo de echarlo porque no quería ser como su madre. No quería que su relación fallara como había fallado la de sus padres y la rueda fue girando y girando, hasta que se dio cuenta de que en cada giro el vaso se llenaba más de agua. Y la única que estaba dentro del vaso era ella.

Al pensarlo, se retiró un par de lágrimas y terminó de ducharse. Se desenredó el cabello y se puso ropa cómoda poco antes de que llamaran al timbre. Al abrir y verle, sonrió.

—Hola, ¿te importa que me quede un rato? —preguntó Víctor, sosteniendo un par de cervezas—. Es que Sam ha traído a una amiga de la universidad y están haciendo temblar las paredes.

—Adelante.

Una vez dentro, Víctor pegó un salto y se acomodó en el sofá, dejando una de las cervezas en la mesita. El piso de Lara era parecido al suyo, pero más cargado de plantas y colores. Cuando ella regresó de la cocina le tendió un abridor y se sentó a su lado. Sus mechones todavía estaban húmedos.

—¿Te ha pillado la lluvia?

—Tengo la ropa de la calle tan mojada que chorrea.

Él sonrió, dándole el primer trago a la cerveza.

—He estado escuchando tus listas de Spotify —comentó entonces—. He visto que tienes una llamada «días de lluvia», con el emoji del paraguas, y no he podido evitarlo. Después de descubrir qué canciones reservas para días así, asumo que eres una de esas personas con una porción melancólica que necesita salir de vez en cuando. Los días de lluvia son la excusa perfecta, ¿eh?

—Bueno. —Sonrió, casi tímida—. Creo que todos tenemos ese momento un poco menos terrenal. A la mayoría de las personas les llega con la noche, cuando se apagan las luces. Nadie mira y solo estás tú, tumbado en la cama buscando un sueño que no tienes. Y piensas y piensas... y te das cuentas de cosas que te importan más de lo que te permites recordar en el día a día. A mí, estar en casa mientras llueve, también me lleva a momentos de «madre mía: esta es mi vida».

Al escucharla, Víctor la miró con un poco más de intensidad y ella se dio cuenta, frotando lentamente el labio inferior con el superior. Estuvo tentada de hacer un chiste estúpido para cortar la carga emocional del ambiente, pero continuó.

—De todas formas, esa *playlist* está pensada para crear momentos intensos. No siempre me refiero a que llueve en un sentido literal —le explicó—. Mira.

Se levantó y abrió el ventanal del balcón, dejando entrar el sonido de la lluvia. Encendió el equipo de música y conectó su lista de Spotify. Tomó las manos de Víctor para que se levantara y le pegó a ella, dirigiéndole al centro del salón.

—¿Qué haces?

—Baila conmigo, venga.

Él puso los ojos en blanco y aceptó, tomándola de la cintura. Bueno, en verdad abrazó su vientre y ella rodeó sus hombros, agarrándose la muñeca a la altura de su nuca. Se movieron despacio mientras empezaba a sonar *Studio 6* de Matt Maltese, rodeándolos con un manto invisible. Este llegó acompañado del delicioso rastro de olor a champú que emanaba el cabello de Lara y Víctor no pudo evitar cerrar los ojos y olerla, apoyando el mentón en su sien.

Su aroma le recordaba al verano. Ella era una de esas tardes tranquilas en las que un amigo de

la adolescencia te invita a su casa, sin padres, y cenáis pizza con los colegas después de un día cargado de anécdotas. Era la melancolía del trayecto de vuelta de un viaje que sabes que te marcará para siempre. Era la primera brisa de junio, cuando los días son más largos y la noche tarda en llegar, pero lo hace calurosa y con ganas de mimarte.

Le transportó a una playa y el eco de la lluvia a una tormenta mediterránea, de esas que hunden barcos. Echó de menos la protección solar y la pesadez de la sal. De pronto quiso lamerla del vientre de Lara cuando saliera del mar, como cuando de pequeño se animó a probar la lámpara de sal de su madre antes de que le cayera una bronca. Y es que Lara tenía la misma luz tenue, incluso cuandoapestaba a pintura y llevaba las manos manchadas.

Aquella vez, limpias y suaves, se perdieron entre los mechones de Víctor. Este sintió un escalofrío y casi vergüenza, porque de eso no se vuelve. Pero ella quería tocarle, de modo terminó colando las manos por el borde de su camiseta para acariciarle la piel de la espalda.

De un momento a otro, ya no bailaban. Víctor llevó una mano a su cuello. Acarició su barbilla y después sus labios, mirándola. Sabían que iban a besarse, pero ni siquiera se lo habían dicho a sí mismos. Era un secreto del que ambos eran conscientes, porque hay cosas que se saben a ciencia cierta solo por sentir las. Y Víctor la sentía colándosele dentro, llenando huecos y creando nuevos espacios. Ansiaba su piel, su olor, la forma en la que su cintura se curvaría al hacer el amor.

Inclinó la cabeza, invitándola, y Lara le besó. Despacio, sintiendo cómo sus bocas encajaban. Sin embargo, se aceleraron y terminaron besándose con vicio contra la pared. Al hacerlo el cabello de Lara se enredó en sus dedos y la camiseta de Víctor en los de ella. Sus lenguas inauguraron un nuevo campo de batalla y la guerra solo era la excusa para volver a verse.

Pero de pronto él paró.

—Espera, espera... —Se echó atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó, abriendo los ojos. Jadeaba.

Víctor se tocó el pelo y se retiró, sorprendido de sí mismo.

—Perdona, es que esto es raro. Yo... —Tragó saliva—. Es mejor que me vaya.

—¿En serio? —Se sintió estafada.

—Sí, mejor.

El camino hacia la puerta le pareció un laberinto. Llegó casi mareado y no añadió nada más hasta que estuvo en el rellano y de su boca escapó un suspiro.

Hacía mucho tiempo que Víctor no se sentía tan idiota.

No esperaba que Cristian me propusiera vernos en persona aquel mismo viernes. Creí que sería diferente, que terminaría enredada en un montón de mensajes que acabarían haciéndome perder el interés, pero no.

Quedamos en la terraza de un bar que los dos conocíamos. Yo llegué antes y me pedí una cerveza. Me la trajeron acompañada de unas aceitunas y me metí una en la boca. Estaba jugueteando con el hueso cuando le vi aparecer bajo aquel sol de tarde, con unos vaqueros y una camiseta de manga corta. Con esa simplicidad me hizo tomar aire, porque me daba incluso rabia imaginar todo lo que ese tío podría haber hecho conmigo si yo hubiera tenido ganas de enamorarme. Pero, como yo era yo y él era él, el bailoteo emocional que sentí cuando me saludó con dos besos se tradujo a una contracción de muslos y a un cruce de piernas a lo «fíjate: he escogido minifalda».

—No, qué va —se rio, cuando le recriminé que no tuviera ni una sola fotografía en Instagram

—. No me van las redes sociales. No sé ni cómo encontraste mi perfil.

—Fue gracias a tu sudadera.

—Ah, ¿sí?

—Sí. La utilicé para un ritual de brujería que encontré en YouTube.

—¿Eres bruja? —alzó las cejas.

—Bueno, por el momento solo he hecho hechizos de principiante.

—Pues te salen bastante bien.

Me nació una sonrisa de lo más sincera.

—El logo de la sudadera —confesé—. Busqué la marca en Instagram y te vi etiquetado. ¿Son amigos tuyos los que la crearon?

—Sí, de toda la vida. Me han llenado el armario de sudaderas, camisetas, gorras y mil mierdas más.

—En las fotos parecíais muy...

—¿Muy...?

—Surfistas. ¿Me explico?

Asintió, dejando el botellín de cerveza en la mesa.

—Crecimos en un pueblo de costa.

Entonces fui yo la que alzó las cejas.

—¿Creciste en un pueblo de costa? Qué pasada.

—No estaba mal. Eso sí, viviendo allí tienes constantemente un poco de arena en las zapatillas y un armario reservado para los neoprenos, las tablas de surf y todo lo que quepa. Acabas de la playa hasta las narices, pero es como una amante de toda la vida a la que siempre vuelves. Un montón de turistas, eso también.

—Oh, turistas. Eso debe de ser un plus.

—¿Un plus? —Me vio venir.

—Rubias, morenas, pelirrojas... Chicas de todas las nacionalidades paseándose con prendas cortas en busca de una noche loca, un chico guapo que les enseñe la zona o un ligue de verano. Seguro que tú y tus amigos estabais ahí, dispuestos a satisfacerlas. Dime, ¿tenías favoritas? ¿Alguna predilección...?

Se mordió el labio inferior, sacando a relucir una sonrisa. Me sostuvo la mirada, evaluando la repercusión que podría tener su respuesta. Sin embargo, Cristian se dio cuenta muy pronto de que no podía asustarme.

—Las italianas —admitió.

Sonreí, alzando una mano como si fuera obvio.

—Maravillosas.

Sí, las italianas. Me los imaginé en una cama de sábanas rojas follando fuerte. Ni siquiera me los imaginé desnudos, solo... follando fuerte. Y sentí otra vez esa pulsión en lo bajo del vientre, la que llevaba provocándome desde que le vi.

—Entonces, ¿has tenido muchas novias? —indagué.

—Vaya —soltó una carcajada—. ¿Ya estamos en ese punto de la conversación?

—¿No puedo preguntar lo que quiera?

Negó con la cabeza.

—No soy mucho de relaciones estables. Me cuesta bastante sentir lo que sea que siente la gente para quedarse mucho tiempo con la misma persona en el mismo lugar. Creo que me ahogaría.

—¿Siempre has estado soltero?

—Sí, me gusta. ¿Decepcionada?

—En absoluto —aseguré—. Al contrario, te entiendo. Yo tampoco he estado nunca en una relación. No podría compartir mi espacio con nadie más, ni dar explicaciones de lo que hago y lo que no.

—Bueno, la gente parece disfrutar haciéndolo.

—No lo creo. Diría que la mayoría de las personas solo cogen un patrón de relación que ya viene con un listado predeterminado de acuerdos y lo firman porque no quieren sentirse solos ni salirse de la norma social. Yo *necesito* estar sola, y es una necesidad casi visceral.

Frunció el ceño.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno. ¿Tú?

—Veintiséis.

Se inclinó hacia mí y Dios, lo impresionantes que eran sus ojos... No hay ninguna forma posible de describirlos que les haga justicia.

—Una cosa más —añadió—, ¿para qué me escribiste exactamente, Paula?

No había un «exactamente» allí. Solamente sabía que quería follármelo muchas veces. Y él también lo sabía.

Pedimos la cuenta y le convidé. Caminamos calle abajo mientras anocheecía y llegamos a otro bar de tapas en el que quiso invitarme a cenar. Acepté encantada, sumergida en una conversación espontánea que hacía que el tiempo pasara veloz.

Cuando terminamos se ofreció a llevarme a casa para que no tuviera que coger el metro. «Es tarde» justificó, pero lo cierto es que habíamos cenado temprano y cuando salimos del local apenas eran las diez. Daba igual, porque hablábamos el mismo idioma y nada más entrar en su coche me incliné hacia su asiento, le toqué la rodilla y trepé hasta su entrepierna, besándole el cuello. Palpé su erección y me di cuenta de que ese tío habría valido para actor porno.

Nos lo montamos en los asientos de atrás, parados en un callejón oscuro y nada transitado de paredes enladrilladas. Parecía que Dios nos estaba diciendo lo que venía afirmando aquel versículo de la Biblia: «Sed fecundos y multiplicaos». Pero Cristian se puso uno de los condones que guardaba en la guantera y primero me probó con sus dedos. Se los humedecí al momento.

—Fóllame, fóllame ya —me quejé.

Se puso el condón con agilidad y me tomó por las caderas, dirigiéndome. Yo estaba a horcajadas encima y era una de mis posturas favoritas. Le fui enterrando en mi interior despacio, recreándome en el gusto de acogerlo dentro. Cristian era perfecto, o me hacía sentir perfecta. Perfectamente sexual.

Empecé a mover las caderas con vicio y el placer se extendió como una plaga. El coche entero olía a su colonia y cada gemido que raspaba en su garganta me encendía más y más. Y no sé qué hice, creo que le tiré del pelo y grité. Creo que le pedí que me tocara por todas partes y lo hizo, centrándose sobre todo en mi clítoris. Dio con el punto exacto, trazando movimientos circulares, y supe que todo empezaría a ir cuesta abajo. Poco después me corrí, contrayéndome a su alrededor. Cristian cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Dios... —gimió.

—Sigue, sigue... Puedo correrme otra vez.

—Eres increíble.

Increíble, sí, pero por estar tan excitada. Estaba echando el polvazo de mi vida, porque Cristian llevaba preparándose para ello desde la primera noche que le vi sin ni siquiera tocarme. Y ahora que me tocaba... buf. Me revolucionaba el cuerpo, como si *Sex on fire* de Kings of Leon

se me hubiera aparecido en persona. Le sujeté la cara y le besé con ansias; después le pedí que aguantara y sonrió, macarra. Joder, quería morderle y devorarlo, pero tuve que ralentizar el ritmo porque después de correrme me notaba más sensible. Sabía que volver a alcanzarlo sería difícil, pero él siguió tocándome. Siguió tirando de mi cuerpo y ayudándome a mecarme sobre él.

—Quiero que te corras otra vez. En mi polla... Córrete otra vez.

Junté su frente contra la mía, jadeando. Le miré la boca. Cada cosa que decía me aceleraba dos pasos hacia el orgasmo. Me sentía como años atrás, cuando dejó de dolerme la penetración y no quería hacer otra cosa.

No obstante, su expresión cambió al cabo de unos minutos. Estaba cerca, hasta el punto de evitar bajar la mirada a mis pechos y a mi cuerpo en constante movimiento. Nos miramos a los ojos y fantaseé con que se correría dentro de mí, con que se tensaría un par de veces antes de que todo mi interior se volviera frío en comparación a su semen caliente, que resbalaría hasta humedecerme más... Y me corrí otra vez, pensándolo, hundiendo la cabeza en su cuello mientras sus manos me apretaban a él, que se tensó y se dejó ir en las últimas sacudidas de mi cadera.

Me eché a un lado, flexionando las piernas y echándome el cabello hacia atrás. No tenía más remedio que respirar por la boca porque el corazón me bombardeaba como si hubiera corrido una maratón. Supuse que, en algún momento, con los años, todos mis huesos podrían volver a su sitio.

Y, con un poco de suerte, todavía tendría el contacto de Cristian para que viniera a desmontarlos.

Capítulo 10

TRAGICOMEDIA DE DOMINGO

El domingo Sam estaba de su habitual buen humor. Víctor, por lo contrario, era peligroso. Sí, peligroso del mismo modo en el que lo son algunas madres cuando limpian. Necesitaba canalizar todo lo que sentía en algo que le agotara físicamente, así que barrió y fregó toda la casa. Después guardó la ropa de invierno en cajas y recuperó la de verano, poniendo lavadoras y secadoras. Organizó el material de su escritorio y, mientras substituía las cortinas del salón por unas nuevas, Sam le miraba desde el sillón con un libro en las manos.

—Víctor, querido... —empezó, pasando la página—, controla tu tendencia al dramatismo. ¿Qué tal si te estás quietecito un rato?

—No puedo —se quejó, subido a la escalera—. Hay algo dentro de mi cabeza que no está funcionando como debería.

—¿Y crees que eso te hace especial? —se rio—. ¿Has salido a la calle?

Víctor resopló y siguió tirando de las cortinas para colocarlas.

—Es normal que te guste Lara —continuó el otro, yendo a la raíz del asunto sin levantar la vista del libro—. Esa tía se la pondría dura a un sacerdote. Estoy seguro de que el vecino del segundo ha tenido que dejar de tomar Viagra desde que la vio arrodillarse a recoger las bolsas de la compra en el ascensor. No tiene nada de malo que a ti te revolucione las hormonas y hayas vuelto a tu plenitud adolescente. Si me permites un consejo, hazte una paja.

—Hace una semana que rompí con Catalina, Sam —le recordó, bajando de la escalera—. Y ya me estoy metiendo en otro jaleo.

—Una semana y dos días, exactamente. Además, no me jodas, Víctor, que tu relación con Catalina llevaba meses muerta. Lo que hicisteis fue enterrarla, así que ponte las pilas porque, según los expertos, el desamor dura entre seis meses y dos años. —Le miró, arqueando una ceja—. ¿De verdad crees que yo puedo aguantarte deprimido tanto tiempo?

—No estoy deprimido, estoy agobiado.

—La paja, hazme caso.

Víctor emitió un gesto de agotamiento y se tensó cuando llamaron al timbre.

—¿Y ahora qué te pasa?

—¿Y si es Lara?

—Tío, esta mañana casi rompe un plato cuando se ha arrodillado en la cocina para esconderse de mí pensando que eras tú, y no ha vuelto a abrir la ventana. No creo que quiera pasarse por aquí a menos que haya un incendio en su casa.

—Da igual, abre tú. Por si acaso.

—La madre que te parió... —protestó, levantándose. Le señaló de camino a la puerta—. ¡A

partir de ahora será yo el que te prohíba a ti liarte con vecinas!

Sam abrió la puerta y sonrió al ver a Elia. Su cabello planchado brillaba y llevaba un vestido que se le ceñía al cuerpo.

—Bonito vestido, *princess*. —Sus ojos se detuvieron en su escote—. Aunque evidencia ciertas carencias...

—¿Por qué tardáis tanto en abrir? —se quejó, entrando—. Y, por el amor de Dios, ¿a qué huele?

—A lejía, es que Víctor está en plan maruja. —Cerró la puerta y la siguió hacia el salón—. ¿Y tú qué plan tienes?

—Voy a ir a comer a casa de Paula. Le toca barbacoa familiar y soy el apoyo emocional. —Se toqueteó las orejas—. ¿Es posible que me dejara por aquí unos pendientes? Los de margaritas.

—Están ahí —Víctor señaló la estantería.

—Ay, ¡qué bien! —Los tomó y empezó a ponérselos—. Por cierto, después he quedado para tomar algo con Diego y sus amigos. ¿Os venís?

Víctor hizo una mueca.

—No tiene pinta. Cuando acabe con la limpieza me toca terminar un trabajo de la universidad.

—Yo no tengo excusa, pero seguro que se me ocurre algo para no tener que presenciar el decadente cuadro de estar tomando algo con los amigos de tu novio. En un rato te escribo mi exculpación formal en un WhatsApp.

—Eres un capullo. —Elia se cruzó de brazos, frunciendo el ceño—. ¿De verdad no vais a acompañarme? Es importante. No conozco de nada a sus amigos y, aunque quiero hacerlo, estoy nerviosa. Yo también necesito apoyo emocional de vez en cuando.

—Es que la invitación no es demasiado tentadora.

—Propónselo a Paula —pensó Víctor—. Algo así como un *quid pro quo*.

Ella suspiró y se colocó bien el bolso de camino a la puerta.

—Vale, vosotros os lo perdéis. Os mandaré una foto de lo bien que nos lo estamos pensando para que os jodáis.

—Buf, ya me estáis dando una envidia... —ironizó Sam, sujetándole la puerta mientras ella salía. Le guiñó un ojo—. Dale un besito a Diego, de mi parte.

Elia le levantó el dedo índice y él cerró, riéndose.

Todavía no habían llegado los invitados y mi madre estaba atacada. Se había puesto un mono largo sin mangas y se aseguraba de que todo estuviera en orden mientras yo llevaba bandejas con picapica al jardín interior, donde habíamos preparado la mesa para la barbacoa.

Cuando llamaron al timbre me llevé un canapé a la boca y me froté las manos en la falda en dirección al recibidor. Sonreí al ver que era Elia, y me ayudó a llevar el resto de las bandejas.

—Casi me daba miedo llegar tarde... Es que he tenido que pasar por casa de los chicos a por mis pendientes de margaritas.

—Tú y tus cosas de margaritas —me reí, cogiendo otro de los canapés.

—Una cosa que quería comentarte...

—Uy. —Me preparé.

—Esta noche —disparó—. Voy a ir a tomar algo con Diego y sus amigos y necesito que me acompañes. Sam y Víctor me han dicho que no y tú tienes que decirme que sí.

—¿Por qué? —protesté.

—¡Porque eres mi mejor amiga! —Me cogió las manos, moñas—. Y las mejores amigas

siempre están ahí cuando la otra lo necesita...

Incliné la cabeza, recordándole con una expresión que no era necesario que me contara toda la historia para que le dijera que sí.

No es que me apeteciera, claro, porque Diego me parecía un chico que no tenía gracia alguna para manifestar su existencia. Sin embargo, Elia había venido a la barbacoa por mí, nuestros amigos se habían escaqueado y sabía que para ella era importante. ¿Qué más podía decir? Asentí y se lanzó a mis brazos para abrazarme. Empezó a besuquearme la cara y, riéndome, tuve que apartarla.

—Cálmate, cálmate, ¡no hace falta tanto beso!

—¡Perdón! Claro, como yo no soy un chico alto de ojos verdes...

Sonreí despacio y con cierto orgullo, mordisqueando otro canapé. Para cuando tragué Elia ya tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Habéis vuelto a veros?

—El viernes. Tomamos unas cervezas, cenamos unas tapas...

—¿Y...? —me alentó.

—En su coche. Fue «el polvazo» —lo dije como si se tratara del título de una película, marcando el espacio de las letras en el aire.

—¡Paula! Qué bien, ¿no? ¿Averiguaste qué signo es?

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—No tienes remedio, joder.

Se rio y se agarró a mi brazo con emoción. Quería saber más.

—Lo mejor de todo es que nos entendimos muy bien. Tenemos versiones similares de las cosas —proseguí—. A él tampoco le van las relaciones estables, ¡es fantástico! ¿Sabes lo cómodo que fue? Nada asfixiante, solo dos personas que follan por gusto y se ríen después de correrse. Sin más, dos orgasmos y te dejo en casa con mi número apuntado por si quieres repetir.

—Entonces, ¿vas a volver a llamarle?

—Tía, con lo cachonda que me puso da gracias que no he puesto su número en marcado rápido.

Elia explotó en una risa genuina, negando con la cabeza. Supongo que, del mismo modo en el que yo me había resignado a sus ataques de romanticismo, ella había acabado aceptando mis salidas de tiesto.

Nos estábamos riendo cuando mi madre salió al jardín acompañada de Alejandro y su hija, Claudia. Se acercaron a saludarnos y ella misma se los presentó a Elia, que sonrió con educación. A mí la sonrisita de las cordialidades no me salía tan bien. En el siglo XIX habría sido una de esas jóvenes escandalosamente poco capaces de superar con éxito cualquier velada aristocrática. Seguramente mi madre se hubiera visto incapaz de encontrarme marido. Por lo contrario, Claudia habría sido una de esas señoritas sofisticadas que se casan con un marqués, haciendo reverencias como si las hubieran enseñado a sostener varios libros sobre la cabeza.

Hablando de su cabeza... lo cierto es que siempre sospeché que faltaba alguna pieza en ella. O tal vez las tenía todas, pero mal encajadas. De todas formas, supongo que no puedo quejarme porque por lo menos Claudia no era molesta. Su padre, Alejandro, tampoco. Aunque si todos los hombres fueran tan sosos como él yo ya hubiera renunciado al género masculino, incluso para el sexo.

Lidia, la novia de mi padre, tampoco me pareció nada destacable. La estuve observando mientras preparaban la barbacoa. Él, vestido con una camisa de lino, se reía porque ella era incapaz de encender el fuego. Lidia también se lo tomaba con humor, quejándose de sí misma

con la voz dulce y demostrando que no tenía reparo en ser inútil si al serlo resaltaba su feminidad. Hice una mueca de desagrado, hinchándome a patatas fritas en la silla.

—Paula, pitufa. —Mi padre siempre me llamaba así, porque era rubia y tenía la costumbre de pintarme las uñas de azul—. Cuéntame, ¿cómo va todo? Dice tu madre que la universidad te está gustando.

—Sí, es apasionante. Lo mejor de mi vida.

—¡No pongas esa cara! —se rio, sentándose frente a mí mientras los demás picoteaban comida de pie, esperando a que se asentara el fuego—. La universidad no le gusta a nadie, pero cuando sales la echas de menos.

—Solo porque a partir de los diez años vamos de mal en peor.

Respondió tocándome la rodilla con cariño y pasó de largo. Mi padre no solía dedicarme su atención por mucho rato seguido, como si al mirarme recordara algo malo y prefiriera dirigirse a otra persona. Por mucho tiempo sentí que era culpa mía, que algo en mí le recordaba a mi madre o que a veces se arrepentía de haberme tenido. Tardé mucho tiempo en comprender que las personas que son conscientes de haber cometido errores con nosotros nos evitan, y no es culpa nuestra.

Comimos escuchando a mi madre y a mi padre hablar la mayor parte del tiempo, de una punta a otra de la mesa. Creo que Alejandro y Lidia, a ratos, se sentían incómodos: fue una de las primeras pruebas que tuve de que realmente eran humanos. Elia comió como un lobo hambriento y sonreí, mirándola limpiarse la boca con la servilleta una vez tras otra. Estaba hablando con ella cuando mi padre se puso de pie. Lo hizo más o menos como cuando se quiere tomar la palabra en una celebración importante, pero sin golpear ninguna copa con ningún cubierto.

Dijo cosas bonitas. Frases peliculeras, poesía barata. Casi estaba desconectando de su discurso pero, cuando anunció que se había comprometido con Lidia, Elia se atragantó y yo le miré como si hubiera dicho que estaba embarazado.

Así me enteré de que mi padre iba a casarse con una mujer con la que llevaba saliendo cinco meses, a la que yo solo había visto una vez. Fue una sorpresa, aunque no una decepción. La verdad es que ya no tenía demasiadas expectativas cuando se trataba de mis padres, pero aun así me giré hacia mi madre en busca de cualquier rastro de sentimiento en su expresión. Por supuesto, no hubo ninguno.

—Vale. Sí, perfecto —sonreía Elia, con la voz dulce—. De acuerdo. Hasta ahora.

Colgó y se guardó el móvil en el pequeño bolso que llevaba. Lo dejó de nuevo sobre el sillón de mi habitación y se acercó a mí, que miraba por la ventana. Ya estaba anocheciendo.

—Diego llegará en unos quince minutos. Ha dicho que me mandará un mensaje cuando esté abajo.

—Vale.

—No volveremos tarde, por si quieres decírselo a tu madre. La mía se ha cabreado cuando le he dicho que iríamos a tomar unas copas la noche de un domingo, pero es que un amigo de Diego solo puede los domingos. Creo que los otros días trabaja.

—Tranquila. Creo que, de todos modos, mis padres están demasiado entretenidos como para pedirme explicaciones.

—¿Por qué lo...? —Pero vio lo que estaba viendo a través de la ventana.

Mis padres estaban en el jardín, solos. Alejandro esperaba en el dormitorio de mi madre y Lidia en el de invitados. Aquella noche se quedarían a dormir, pero por el momento mis padres

discutían a escondidas. No podíamos escuchar lo que decían, pero ella parecía histérica y él harto.

—¿Crees que es por lo de la boda?

—Puede ser.

Me miró con sensibilidad, humedeciéndose los labios.

—¿A ti te ha sentado mal? —me preguntó.

Lo pensé por un momento, frunciendo el ceño. Después hice un gesto para restarle importancia y negué con la cabeza.

—¿Qué más da? Mis padres hacen con su vida lo que quieren y nunca hemos sido tres. Hemos sido él, ella y yo. Así, por separado.

—Es una lástima que algunos matrimonios no funcionen. Hay demasiadas formas de estropear las cosas... —pensó—. Ojalá que a nosotras no nos pase.

Cerré los ojos porque, sinceramente, me molestó un poco aquel comentario tan esperanzador. Tal vez yo estuviera podrida por dentro, pero no comprendía de dónde sacaba ella las ganas de vestirse de blanco y hacer el gilipollas para terminar discutiendo a escondidas en un jardín. Sin embargo, preferí no decir nada porque sabía que Elia no lo había dicho con mala intención, solo tratando de consolarme. Pero ya lo hice yo sola, decidiendo dejar de mirar. Me senté en el borde de la cama y ella echó las cortinas antes de girarse hacia mí.

—Si estás deprimida puedo decirle a Diego que no venga. Ya iremos con sus amigos en otra ocasión.

—No, da igual. Es el mejor día para estar fuera de mi casa.

—¿Quieres venir luego a dormir a la mía? Puedes prepararte algo de ropa y llevarte lo que necesites para ir mañana a clase. Lo dejaremos en el maletero de Diego y después lo subiremos a mi casa. A mis padres no les importará.

—¿Seguro? —fruncí el ceño.

—Claro. Prepárate la bolsa —me animó—. Voy a por un vaso de agua.

Sonreí y asentí. Elia salió del dormitorio cerrando la puerta y la perdí junto al sonido de sus pasos por el pasillo.

Me mordí el labio inferior y me levanté. Cogí la bolsa de deporte que nunca usaba y la abrí para llenarla de mis cosas. Pero, de camino al armario... no pude evitar asomarme otra vez, apartando un poco la cortina.

Tragué saliva cuando vi que mis padres se estaban besando. Lo hacían con rabia, apoyándose en las paredes de la esquina en la que se habían ocultado para hacerlo. Tiraron una maceta e ignoraron el ruido de cómo esta se rompía, apasionados. Sentí decepción y, definitivamente, decidí dejar de mirar.

Capítulo 11

PROBLEMITAS Y DAIQUIRIS

La madre de Sam era un poco cómica y nos caía bien a todos, pero no era amable. Bajo mi punto de vista era una de esas mujeres que confunden la sinceridad con la asertividad. No obstante, a Sam nunca pareció molestarle la honestidad de su madre. Es más, supongo que de ella aprendió el arte de decir las cosas cuando no es del todo necesario decirlas.

Con el paso del tiempo, como tantos otros niños que hablan y se meten en líos, se convirtió en el rey de la clase. Era el primero en preguntar, el primero en llevar la contraria y hacer reír al resto. Cuando todos sus compañeros todavía preservaban aquella vergüenza a destacar, él demostró que nunca la había tenido. Ni siquiera era consciente de cuánto llamaba la atención, solo notaba que tenía muchos amigos y que sabía cómo pasar un buen rato.

Todo un niño divertido que se convirtió en un chico atractivo. Así que disfrutó de su adolescencia tanto como pudo, dividiéndola en noches de sexo raro y mañanas de resaca; conversaciones profundas y bromas pesadas. Tardes de *skate*, rasguños en los codos y comidas en casa de Víctor, quien desde el principio decidió que se convertiría en su mejor amigo. Y lo consiguió, claro, porque Sam es perseverantemente tozudo. ¿Por qué Víctor? Tal vez alguien se lo pregunte y, bueno, yo también me lo pregunto a veces..., pero lo cierto es que Víctor fue el primer ser vivo que Sam no se vio capaz de dejar en libertad.

Aquel domingo, mientras anochecía, decidió merendar un pedazo de la tarta de queso que había comprado en la pastelería. La adornó con unos arándanos y la roció con un poco de mermelada. Le quedó tan bien que casi se puso cachondo consigo mismo, y el sabor era exquisito. Tras el primer bocado decidió llevarse el plato al dormitorio.

Pero, de camino, se detuvo frente a la habitación de Víctor. La puerta estaba abierta y él ya había terminado el trabajo de la universidad. Permanecía sentado en el borde de la cama, dándole la espalda y mirando una fotografía. Había limpiado tanto que, entre las cajas de ropa, había encontrado la que escondía recuerdos de Catalina. Sam tragó saliva y se adentró, sentándose a su lado.

—Esa foto fue en La Provenza, ¿no? Cuando fuimos de viaje de fin de curso —recordó, con la voz pausada. Cortó un pedazo de tarta con el tenedor—. Putos campos de lavanda, todavía recuerdo que Elia me tuvo haciéndole fotos toda la tarde. ¡Y qué calor hacía, chaval!

—Eran unos paisajes preciosos.

—Sí. Desde luego, yo bañándome desnudo en Las Calanques debió de ser una imagen para el recuerdo.

Víctor sonrió, apagado. Después bajó la mirada a la foto que sostenía en la mano. En ella salían Catalina y él, haciendo tonterías con cierta felicidad.

—¿Te puedo decir una cosa sin que bromees?

—Haré el mejor de mis esfuerzos.

Víctor se humedeció los labios y asintió.

—Nunca me creí eso de que hay amores que se pierden. Pensaba que si realmente dejaba escapar a una chica sería porque no la había querido de verdad —confesó—. Y ya sé que Catalina tiene mucha letra pequeña, pero pensaba que iba a estar con ella siempre. Pensaba que podría verla crecer y cambiar sin asustarme, que al final del día solo estaría ella. Y ahora lo que más me jode es que ya no la quiero. No la quiero, Sam, y no sé por dónde seguir ni si podré empezar algo más sabiendo que después dejaré que se acabe.

Sam negó con la cabeza.

—No te cabrees contigo mismo por sentirte así. —Se encogió de hombros—. Permítetelo. Piensa en ella y piensa en las cosas buenas y, si te ayuda, también en las malas. Piensa en lo que quieras, pero dale mil vueltas a todo hasta que lo pienses y no te duela. Volverás a querer a alguien como si fuera la primera vez que lo haces, Víctor, es un don que tienes. Y sé que Catalina fue la primera que te hizo sentir bien y mal y que eso es intenso, pero no significa que tengas que dejar de creer en tu capacidad por construir relaciones sanas. Te mereces construirlas.

Víctor se lo quedó mirando por unos instantes antes de sonreír. No fue una sonrisa de alegría o felicidad, solamente recordó por qué Sam siempre le hizo sentir completo (completamente desquiciado, a veces). Pero al final del día su amistad era una de las mejores cosas que había forjado, de modo que le pasó el brazo por detrás de los hombros en una especie de abrazo.

—¿Ahora es el momento en el que nos besamos?

La intensidad de la conversación se descargó y Víctor se rio, apartándole con un golpe amistoso. Sam sonrió.

—¿Por qué no celebramos que he terminado el trabajo de Urbanística en tiempo récord? Te invito a cenar a ese restaurante japonés.

—Bueno, si insistes... —alzó el mentón como una diva ocupada—, puedes ser mi *Sugar Daddy* esta noche...

Se rieron de nuevo y terminaron lanzándose unos cojines a la cara.

Los amigos de Diego eran... bueno, la verdad es que eran todo lo que me esperaba de los amigos de Diego.

Cuatro tíos, sin más. Eloi, Ángel, Leo y Liam. Tres morenos y un rubio que saltaban de tema en tema como las ranas mientras Diego y Elia tonteaban en la esquina de uno de los sofás que ocupábamos. Finalmente, ella se apartó para darle un sorbo a la copa que había dejado en la mesa de centro y se dirigió a mí.

—¿Sabes qué, Paula? Liam estudia Ciencias Ambientales. Está en su último año. —Le miró y él asintió mientras los demás se perdían en otra conversación—. A Paula le interesa mucho el mundo de la ecología.

—Ah, ¿sí? —arqueé una ceja.

—¡Y tanto! —mintió, sonriendo—. Liam, ¿por qué no nos cuentas un poco de la carrera? Tiene que ser muy interesante.

—Sí, bueno. Lo cierto es que solo la escogí porque fue lo que hizo mi mejor amigo. Yo contaminao, no reciclo... Es que esos temas me dan igual. Y no sé qué más contarte.

Apreté los labios para contener la risa. La cara de Elia era un poema, hasta se le torció la sonrisa mientras asentía. No, no tuvo mucha suerte en su intento por integrarme en el grupo.

Ella estudiaba Veterinaria. Era a lo que había querido dedicarse desde muy pequeña y durante todos sus años de instituto se esforzó al máximo para llegar a la nota necesaria y poder acceder a la facultad. Era un cerebritito y, sinceramente, una de las cosas que más me jodieron de escucharla hablar con Diego fue cómo se callaba para escucharle a él. Diego expresaba las complicaciones de su grado mientras ella le halagaba por su supuesta inteligencia y fortaleza. Ella solamente era una chica con letra bonita que tomaba buenos apuntes y después estudiaba, otra de tantas; él, un futuro genio de la biología marina.

La velada se me estaba haciendo un poco larga, así que decidí que era el momento de ir a por otra copa. Me levanté y me alejé de los sofás, caminando entre la gente hacia la barra. Esperé a que el camarero me atendiera, pero antes de que él pudiera prestarme atención lo hizo Eloi, apareciendo a mi espalda.

—¿Vas a pedirte otra?

—Un daiquiri —sonreí, seca—. Es una ocasión especial.

Me devolvió la sonrisa y se apoyó en la barra. Dirigió una mirada rápida a Elia y a Diego, todavía acurrucados en el sofá.

—Hacen buena pareja, ¿eh? La verdad es que Elia nos ha caído genial, y tú también... —Me miró—. A ver si os animáis a salir más con nosotros.

—Sí —asentí—, pero ¿hoy tardaréis mucho en irnos? Lo digo porque mañana es lunes y...

—No, no creo que tardemos. ¿Quieres que te lleve a casa?

—No hace falta, gracias. Me quedo a dormir en la de Elia y supongo que nos llevará Diego.

—Ah, claro.

Volví a mirar en dirección al camarero, alzando el brazo para que nos viera, pero de pronto Eloi me agarró de la cintura y me pegó a él como un animal. Menos mal que no tenía una copa a mano, porque se la hubiera lanzado a la cara antes de que sus labios se posaran sobre los míos, que lo hicieron. Estaba alucinando tanto que apenas cerré los ojos y, cuando me di cuenta de que no era impresión mía y nos estábamos besando, puse las manos en su pecho y le empujé asqueada.

—¿Qué haces?!

Algunas personas nos miraron, pero después siguieron a lo suyo. Sin embargo, Elia se giró confundida al oírme y se levantó del regazo de Diego para acercarse.

—Perdona —se apresuró Eloi—. No quería molestarte.

—¿Molestarme? —aluciné—. Menuda pieza, tío. ¿Te acercas así a todas las tías o es que te ha dado un bajón de algo?

—Perdona —repitió, algo más tenso. Supongo que, aunque me hubiera manchado los labios, no iba a dejarme cruzar la línea del respeto—. Es que... Diego me animó. Me dijo que tú... Da igual.

—¿Qué te dijo? —insistí, enfadada.

—Joder. Me dijo que podía intentar algo contigo, que no te molestaría. Dijo que eres ese tipo de chica que pone las cosas fáciles. ¿Me explico?

Noté cómo se me marcaban las venas del cuello, hinchando los pulmones de aire e indignación.

—¿Qué pasa? —preguntó Elia al llegar—. ¿Va todo bien?

—¡No! —exclamé. Y miré a Diego, que aparecía detrás de ella. Señalé a Eloi con cierto desprecio—. ¿Qué le has dicho de mí, exactamente?

—Cálmate.

—Pero —siguió Elia, frunciendo todavía más el ceño—, ¿se puede saber qué ha pasado?

No contesté. Salí de allí golpeando mi hombro con el de Diego al pasar, de camino a la puerta del local. Atravesé la terraza exterior y salí a la calle, donde Elia no tardó en alcanzarme. Me detuvo agarrándome del brazo.

—Paula —me giró hacia ella—. ¿Qué ha pasado?

—Eloi. Me ha besado porque tu novio le dijo que soy fácil.

—¿Es eso cierto? —inquirió, mirando a Diego.

Este se acercaba a paso tranquilo por la acera. Se mordió el labio inferior antes de negar con la cabeza.

—Eso es lo que ha entendido ella.

—Oh —exploté—. ¿En serio?

—Vale. No discutáis. Ha tenido que ser un malentendido.

—¿Un malentendido?

—Sí. No me creo que Diego haya dicho eso.

—Tranquila, que ya me lo creo yo por las dos.

—¡Paula!

—No sé por qué narices me guardo lo que pienso de ti cuando tú te sientes en absoluta libertad de decir lo que quieras de mí —gruñí, esquivando a Elia y acercándome a él—. Pero, si la peor opinión que puedes tener de mí es que me acuesto con gente, me da hasta pena decirte que me parece el tío más seco y hueco del mundo. No sé cómo ella te aguanta. De hecho, espero de corazón que termine dejándote.

—Paula.

La voz de Elia me alcanzó tan quebrada que me giré, mirándola. Negó con la cabeza, a punto de llorar.

—Para, por favor —me pidió—. Ya está bien.

Quise abrazarla, pero tuve la sensación de que estaba triste por mi culpa. Yo también lo estaba. Aquel domingo estaba pudiendo conmigo.

Volví a mirar a Diego y él me sostuvo la mirada con superioridad, serio. Oí el pitido que emitió su coche cuando pulsó el botón de la llave que abría las puertas.

—Coge tus cosas de mi coche y lárgate —espetó.

No quería que Elia se quedara allí. Quería demostrarle a Diego que soy peligrosa y mucho más capaz que él de calmarla, pero en lugar de eso caminé hasta el coche, aparcado a unos metros, y cogí mi bolsa del maletero.

Me marché calle abajo sin decir nada más y me dirigí a casa de los chicos con un nudo en la garganta. Pensé en Elia, en mis padres, en mí. Y en el portal me encontré con Lara, que volvía de sacar la basura.

—Paula —me saludó—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a dormir a casa de Víctor y Sam.

—Ehm..., me parece que no están. Los he escuchado salir hace un rato.

Suspiré, pensando que el día no podía ir a peor.

—¿Estás bien?

—No mucho, la verdad. Pero no te preocupes, solo ha sido un día raro.

—¿Quieres subir a mi casa? Puedes quedarte.

—No, no te preocupes. No quiero molestar y... mejor no.

—Como quieras, pero no es molestia.

Le dirigí una mirada al edificio, sujetando la bolsa con firmeza. Me humedecí los labios y la miré. Le dije que sí.

Lo cierto es que necesitaba una conversación con Sam, que siempre sabía arrancarme una sonrisa; o con Víctor, que cuando me abrazaba desvanecía todos los deseos que alguna vez tuve de tener un hermano mayor. Aunque Lara se portó muy bien conmigo.

Me cambié de ropa en el salón, poniéndome cómoda mientras ella preparaba un par de tazas de Cola Cao caliente. Nos las tomamos juntas, hablando.

—Va a casarse con una mujer a la que solo he visto una vez, pero ¿qué más da? Seguro que viven una vida maravillosa en Valencia y tienen más hijos, porque ella es más joven y querrá tener hijos. Entonces mi padre se olvidará definitivamente de que existo y las pocas veces que vendrá de visita seré la excusa que usará para acostarse con mi madre. Hoy los he visto besándose, a escondidas, y me han recordado por qué de pequeña estaba convencida de que los adultos joden las cosas. —Tomé aire y deshinché los pulmones despacio—. ¿Tú tienes hermanos o hermanas?

—No, y mis padres tampoco están juntos. Se divorciaron cuando era pequeña y mi padre se fue de casa. No he vuelto a saber de él, quizá haya tenido más hijos.

—¿Tu madre volvió a casarse?

—No. —Sonrió, recordándola—. Mi madre renunció totalmente a los aspectos románticos de su vida. Era una de esas mujeres solteras muy estresadas, ¿sabes? De las que van todo el día arriba y abajo y no te atreves a pedirles favores. Pero después, en casa, era puro cariño. Es una lástima que no encontrara a nadie que la ayudara a ser un poco más feliz.

—Hablas de ella en pasado.

Lara encogió los labios y asintió.

—Lo siento mucho —y lo dije con toda la sinceridad del mundo. Si hubiera tenido más confianza me habría acercado para abrazarla—. No lo sabía.

—No pasa nada. Bueno, obviamente sí —rectificó—. Pero pasó hace unos años y lo llevo bien. Aprendí a llevarla dentro.

Asentí, y por un momento pensé en todas las personas que estarían en el hospital aquella noche, o aceleradas buscando el teléfono para llamar a una ambulancia. Se me formó un nudo en el pecho y todo se desvaneció. Diego me importó una mierda; con Elia supe que lo solucionaría y aceptaría a mis padres como ya lo había hecho antes. Porque había formas peores de acabar las noches.

Mientras, Elia estaba en otra parte de la ciudad. Diego conducía y ella miraba por la ventanilla. Pensaba, más de lo que debería a aquellas horas de un domingo. No obstante, como Sam le dijo una vez, ojalá que los horarios establecidos nunca nos jodan una noche de desvelo que pueda llevarnos a una respuesta.

Diego aparcó frente a su casa y se la quedó mirando. Ella se quitó el cinturón despacio y, antes de bajar, se detuvo. Le miró.

—¿Es cierto que le dijiste a Eloi que se lanzara porque Paula se lo pondría fácil?

Él tomó aire, mirando al frente. Suspiró.

—Tú misma sabes mejor que nadie cómo es Paula. Solo le dije que no es como tú y, después de esta noche, creo que ha quedado demostrado.

—Tienes razón, la conozco muy bien. Y todo esto sigue sin convencerme porque tengo la sensación de que le habéis faltado al respeto.

—¿Y ella no me ha faltado al respeto a mí? —se indignó.

—Sí, pero..., no lo sé. Da igual. —Abrió la puerta del coche y bajó—. Hablamos mañana.

Diego no añadió nada más, y ella cerró la puerta y caminó hasta la entrada de su casa. Por primera vez, se marchó sin darle un beso de despedida.

Capítulo 12

HABLEMOS, SOBRE TODO DE BESOS

Me desperté con dolor de cabeza y en casa de Lara. Para más datos, acostada en su sofá. Me quité la manta de encima y, a medida que los recuerdos de la noche anterior se reiniciaban en mi cabeza, gruñí frotándome la cara.

Ella dormía, de modo que traté de arreglarme sin despertarla. Utilicé lo que había metido en la bolsa la noche anterior para aparentar un mínimo de decencia y dejé el salón recogido antes de irme a la universidad. Una vez en el rellano coincidí con Víctor, parado frente al ascensor. Frunció el ceño al ver que era yo.

—¿Has dormido en casa de Lara?

—Es que anoche no era Paula. —Me acerqué y le coloqué bien un mechón de pelo—. Era una chica triste que buscaba cobijo, y mis dos mejores amigos se habían largado por allí.

—Menudo par de capullos.

Sonreí y entramos en el ascensor. Víctor pulsó el botón indicado y se giró para volver a mirarme.

—Iba a quedarme en casa de Elia, pero discutí con el gilipollas de Diego y al final la noche no salió como esperábamos. Es más, creo que está enfadada conmigo.

—Se le pasará.

—¿Tú crees? Cuando me fui estaba llorando.

—Es Elia. No puede estar enfadada con nadie por mucho tiempo —me recordó, y entonces me colocó bien un mechón a mí—. No te preocupes.

Media hora después Sam estaba en ese mismo ascensor. Bajó a la calle y cogió el coche. Estudiaba Educación Social a distancia, pero por las mañanas trabajaba en un instituto como integrador. Obtuvo el título un año atrás y, que no os engañe su mala fama, porque fue el mejor estudiante de toda su promoción. De hecho, me consta que ya en el instituto Elia y él competían para comprobar quién sacaba la nota media más alta. Todavía hay disputas al respecto, porque Sam la superó en bachillerato pero ella lo hizo en selectividad. La verdad, no concibo a esos dos sin picarse. Y aquella mañana Elia le llamó a él para contarle lo que había sucedido la noche anterior.

—¿En serio?! —se rio, bajando del coche—. ¿Le dijo eso? Elia, cariño, ve con cuidado. Paula va a quitarte el puesto y dejarás de ser mi chica favorita.

—Tómalo en serio. Esta mañana Diego no me ha respondido a los mensajes y no sé dónde ha dormido Paula. ¿Estuvo en vuestra casa?

—Nop —contestó, de camino a la entrada del instituto—. Por cierto, aclárame una cosa... ¿Eres de esas que mandan todas las mañanas mensajitos de «buenos días, amor» seguido de un

corazón rosa?

Elia gruñó con exasperación. Sam sonrió.

—Sí, ¡y cuando lo hago me gusta que me respondan!

—No te agobies tanto, anda. Diego solo te está echando un pulsito poco inteligente y Paula ya debe de estar pensando en cómo arreglar las cosas. —Miró de pasada a la recepcionista—. Buenos días, Maite.

La mujer le hizo un gesto para recordarle que el uso del móvil estaba prohibido dentro del centro, pero se quedó anonadada cuando Sam pasó de largo y siguió caminando con naturalidad, entre carteles que tachaban el icono de un teléfono con una línea de prohibición.

—Por cierto, el miércoles tengo un partido. ¿Vendrás?

Elia soltó una carcajada de fastidio.

—O sea, que tú no viniste a apoyarme anoche y yo si tengo que ir el miércoles a animarte a ti, ¿no?

—Sí. Porque tú eres tú y yo soy yo.

—Qué lógica tan aplastante...

—Vamos, Elia, no te hagas la remolona. Los dos sabemos que te gustan los uniformes de baloncesto.

Ella, haciendo cola en el bar de la facultad, se ruborizó.

—No se escuchan las conversaciones de chicas.

—¿Vendrás o no? Necesito una respuesta o empezaré a planear una venganza.

Elia resopló y avanzó un turno en la cola.

—Iré, pero no por los uniformes. Si te rompes un tobillo quiero estar allí para verlo en primera fila.

Sam sonrió satisfecho. Ya había subido a la segunda planta y estaba llegando al despacho del Departamento de Orientación, donde tenía una reunión con sus compañeros.

—Tengo que colgar, monada.

—Adiós, mono.

Él puso los ojos en blanco. Se guardó el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros y entró con una sonrisa triunfal a la reunión.

El resto del equipo no tenía demasiado claro por qué, pero Sam les agradaba. Aunque a veces soltara barbaridades era el más capaz de ganarse la confianza de los alumnos, y ni siquiera los chavales más problemáticos se resistían a sus encantos. Había sido todo un fichaje.

A excepción de él, el Departamento de Orientación estaba constituido por cuatro mujeres. La mayoría eran psicólogas que asistían a la reunión con sus ordenadores, libretas y estuches llenos de subrayadores. Sam se acomodaba en la mesa con las manos vacías y las piernas tendidas, mirándolas con un aire de despreocupación y escuchándolas para intervenir de vez en cuando. Algunos de sus comentarios eran inteligentes; otros irónicos y a ratos sarcásticos. Pasada la hora, casi todas se levantaban y recogían rápidamente sus cosas porque tenían que acudir a sus guardias de patio. Y digo casi porque Silvia no hacía guardias y Sam tampoco, de modo que se quedaban solos.

Silvia era una mujer de curvas voluptuosas y piernas delgadas. Solía cubrirlas con medias ceñidas y arropaba sus generosos pechos con un escote que más que esconderlos parecía adornarlos. Un collar en el cuello, siempre. Tenía treinta y dos años y llevaba cuatro siendo madre de un niño clavado a su padre, que jamás hubiera imaginado que el chaval descarado que le atendió el día que preguntó por su mujer en el trabajo pudiera llegar a hacerla correrse tan rápido.

A Sam le daba morbo. Silvia satisfacía todas aquellas fantasías que alguna vez pudo tener de hacer descender su lengua por las piernas de una profesora (que, la verdad, saliéndose de las películas porno habían sido pocas). Pero Silvia era una mujer exquisita y excitante que tal vez no estaba preparada para casarse cuando dijo «sí quiero».

Se acomodó sobre la mesa y Sam lo hizo enfrente, mirándola. Se arrodilló y le separó los muslos. Habiendo retirado sus prendas, la lamió entera. Jugó con sus dedos, con su sexo, con su boca, con su cuerpo. Jugaron juntos, desplazando los asientos de su lugar original y follando a lo bruto, cubriéndose la boca el uno al otro y apoyándose en un archivador que prácticamente desmontaron.

«Siento lo de anoche. ¿Nos vemos después en casa de los chicos?». Releí el mensaje de Elia dos veces antes de contestarle que sí.

Honestamente, que me escribiera me quitó un gran peso de encima. Si hubiera estado enfadada conmigo no hubiera sabido por dónde empezar a disculparme. Sin embargo, Elia no se enfadaba y eso era dulce. Tan dulce que me provocaba diabetes que tampoco se cabreara con el capullo de Diego. Pero bueno, no hay mal que por bien no venga.

Cuando llamé a la puerta fue ella quien me abrió, justo antes de recibirme con un abrazo que borró todos los malos sabores de la noche anterior. Después salimos con Víctor a la terraza y abrimos un par de botellines de cerveza.

—Entonces, ¿te quedaste a dormir en casa de Lara? —me preguntó Elia, abriendo la lata de Coca Cola que había preferido.

—Sí, la encontré en el portal cuando llegué. Me dijo que había oído salir a Víctor y a Sam y que podía quedarme con ella. Por cierto, ¿adónde fuisteis?

—A cenar al japonés, pero pillamos el último turno y volvimos tarde.

—El último turno de un domingo..., qué rebeldes —bromeé.

Víctor alzó el botellín de cerveza con honor y dio un sorbo.

—Lara me gusta. Deberíamos de invitarla a salir otra vez con nosotros.

—Estoy de acuerdo —asentí.

Miramos a Víctor en busca de que añadiera algo. Era su turno, pero él solo nos sonrió y volvió a pegar un trago nada más consumir el anterior. Fruncí el ceño e incliné la cabeza, perspicaz.

—¿Nos hemos perdido algo?

—¿Por qué lo dices?

—Pensaba que de los tres eras el que mejor rollo tenía con ella.

—Y lo tengo. Hay muy... buen rollo.

Y lo comprendí.

—Oh —abrí mucho la boca—. ¿Te has acostado con ella?

—¿Te has acostado con ella?!

—No, par de taradas. Solo nos besamos.

—Pero ¿rollo sucio o rollo pico?

—Rollo porno —contestó, seguro de ello.

Le aplaudí, riéndome.

—Qué monos —le felicitó ella—. Hacéis muy buena pareja.

—No somos pareja. Solo nos besamos, Elia, sin arcoíris ni unicornios. De hecho, me largué abruptamente de su casa y llevo evitándola desde la semana pasada.

Ella pareció decepcionada y yo puse mala cara.

—Estás dejando que se enfríe —le reñí—. No seas así. Es una chica genial y está aquí sola. No se merece que te largaras sin más.

Me miró, serio y pensativo. Víctor era como un niño con un libro al puro estilo de *Destroza Este Diario* que se niega a manchar las páginas aunque estas mismas se lo pidan. Tenía que estar seguro de dónde salpicaría la tinta, de qué partes del cuerpo de Lara quería adulterar y de si estaba dispuesto a ser su lienzo. Pero hay cosas que primero se viven y ya luego, si hay tiempo, se piensan.

El móvil de Elia vibró mientras nosotros seguíamos con la conversación. Ocultó la pantalla y leyó el mensaje. Diego por fin le había respondido.

«Perdona por no contestar, estaba agobiado. ¿Podemos vernos un rato?». Elia se alegró de recibir por fin una contestación, pero no tanto como pensaba. Contuvo la respiración, tecleando. «Es que he quedado con Paula y los chicos» envió.

Vio cómo Diego se desconectaba sin responder. Frunció el ceño, sujetando la lata fría de Coca Cola y presintiendo que le había molestado. Sintió un peso triste en el pecho y nos miró con ganas de compartirlo, pero no tenía el valor de sacar a relucir el nombre de Diego. No cuando sabía que algo no iba como debía y que nosotros no íbamos a consolarla diciéndole que él, al igual que Lara, era un chico estupendo.

Después de cenar, Lara estaba en el sofá dibujando en su cuaderno mientras oía de fondo una serie cualquiera. Cuando llamaron al timbre, pausó el televisor y se levantó para abrir. Al encontrarse con Víctor se humedeció los labios.

—Hola. Ehm... ¿Puedo pasar un rato?

Le invitó a hacerlo con un gesto que desprendía seguridad, pero en realidad no estaba cómoda. Sabía que cuando Víctor volviera a cruzar esa puerta estaría desilusionada o, por lo contrario, recién follada. Y no sabía cuál de las dos le daba más miedo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó, sentándose en el sillón con un pie bajo el muslo de la pierna contraria—. Puedo ofrecerte agua del grifo o tal vez, si te animas a rebuscar en los armarios, puedas encontrar alguna lata de algo. Pero asegúrate de que esté en buen estado, por favor.

Víctor sonrió, tomando asiento en el otro sillón.

—Tranquila, no tengo sed. ¿Te toca ir a la compra?

—Quería ir la semana pasada. Ahora, más que una intención, es una necesidad.

Hubo un silencio corto antes de que él empezara a hablar de verdad.

—Perdona por lo del otro día, por irme como lo hice y por evitarte después. Es que cuando nos besamos me sentí... mal.

Lara se quedó en blanco. Era la primera vez que un chico le decía que besarla le había hecho sentir mal.

—¿Hice algo que no...?

—¿Qué? No, no lo digo por ti —aclaró—. Lo digo por mí.

Ella cerró los ojos y negó con la cabeza antes de volver a mirarle.

—Víctor, ¿me haces un favor? ¿Puedes dejar el discurso e ir al grano? Porque si esto es un «no eres tú, soy yo: no me siento preparado» o un «es que ya me han hecho mucho daño», creo que puedo intuir de qué va.

Eso le dejó un tanto perplejo.

—Eh... —pensó—, es que yo no sé qué he venido a decir. Solo quiero que dejemos de

evitarnos y lo hablemos.

—¿Por qué dices que te sentó mal besarme?

—No he dicho eso. He dicho que me sentí mal después de besarte.

—¿No es lo mismo?

—No. —Frunció el ceño—. Lara, me encantó besarte. Pero no pareces la clase de persona que besa a alguien y después no se hace preguntas, y yo no tengo ninguna respuesta que darte.

—¿Y qué te hace pensar que las respuestas que busco tienen que ser respondidas por ti? Quiero decir que... solo las busco en ti, no de ti.

Se la quedó mirando. Allí sentado, allí sentada. El pantalón de pijama que llevaba era tan corto y liviano que, en su posición, podía sentir el espacio en el que empezaría el encaje de su ropa interior. Trató de desviar sus pensamientos lo antes posible, serenándose.

—Solo digo que ha pasado muy rápido —siguió, sin mirarla—. Y yo soy de ir despacio, ¿sabes?

—¿Te has agobiado?

—Sí. Y si fueras cualquier otra persona borraría tu contacto y desaparecería a lo cobarde, pero no puedo porque vivimos puerta con puerta y me encantas. Me encanta cómo hablamos, cómo eres y lo que haces. Quiero que sigamos compartiendo espacios.

—Pero no saliva —comprendió.

Víctor hizo una mueca, algo incómodo.

—A riesgo de parecer un cerdo incoherente te confesaré que hay pocas cosas que me apetezcan más que compartir saliva contigo, Lara.

—¿Entonces?

—Que en el sentido físico me apetece, y mucho. Pero en lo emocional todavía me quedan muchas incógnitas por resolver.

Ella asintió. Al fin y al cabo, no podía engañarse y decir que no necesitaba lo emocional. Necesitaba sentimientos después del contacto físico para no sentirse vacía, no podía evitarlo. Necesitaba saber que la otra persona estaba con ella en un aspecto no carnal para disfrutar de esa parte, de modo que entendió la imposibilidad de ellos dos.

—No te preocupes, Víctor. Podemos seguir siendo amigos.

—¿Estás segura?

No, por supuesto que no lo estaba. Nunca había creído que pudiera mantener la misma amistad con alguien después de besarle. De hecho, la última vez que besó a un colega se convirtió en su novio durante cuatro años.

No obstante, Víctor había sido el primer pedazo de algo que la había hecho sentir como en casa en aquella ciudad. Así que asintió, aunque ni ella misma se creyó la mentira.

Víctor tampoco pero, mientras no lo dijeran en voz alta, ¿qué riesgo corrían?

Capítulo 13

VOLVER A VERTE

Una vez, en el instituto, estaban en clase de Educación Física cuando Elia perdió los nervios con Sam y, en lugar de tirar el balón en dirección a la canasta, lo lanzó directo a sus partes nobles.

Se arrepintió al instante, cuando le vio retorcerse doliente en el suelo. Empezó a preguntarle alarmada si estaba bien, pero Sam solo podía jadear de dolor y, a medida que este fue menguando, le entró la risa porque le encantaba tener razón. Ahora ya tenía la certeza de no haberse equivocado al pensar que Elia, detrás de esa apariencia de niña comedida, era una loca capaz de agradarle. Y años después seguía gustándole, tanto ella como el baloncesto.

El miércoles por la tarde él y su equipo jugaban un partido en la pista interior del polideportivo y nosotras fuimos a verles. Nos abrimos paso entre las filas de asientos y decidimos acomodarnos en una esquina, charlando a través del eco de voces y balones botando.

—Voy al baño —avisó Elia, levantándose.

Se alejó y miré al frente. El partido todavía no había empezado y la pista estaba ocupada por distintos grupos entrenando, vestidos con un uniforme rojizo. Casi parecían todos iguales, pero había uno en particular... Era alto y, pese a su delgadez, estaba tonificado. Los músculos de sus brazos se marcaban cuando lanzaba el balón, riéndose en un acto genuino. No alcanzaba a verlos, pero sabía que sus ojos debían de seguir tan verdes como la última vez que los vi.

—Hola, rubia —apareció Sam, acercándose desde el interior de la pista. Apoyó las manos en la valla que nos separaba—. ¿Has venido con Elia?

—Sí, está en el baño. —Señalé discretamente al grupito que lanzaba balones unos metros más allá—. ¿Jugáis contra ellos?

—¿Esos? Qué va. Son los que estaban entrenando la hora anterior, supongo que ya estarán terminando.

—¡Eh, Sam! —saludó Elia, apareciendo entre los asientos—. ¿Preparado para perder? Estoy ansiosa por verlo.

—Acabas de desperdiciar la oportunidad de que te dedique mis canastas limpias, pequeño engendro.

Ella exageró una expresión de conmoción, burlándose. Yo volví a mirar a Cristian, que se peleaba amistosamente con un compañero. Sus brazos, sus piernas..., la puta sonrisa más perfecta que había visto en mi vida, porque además de dulce me ponía cachonda. Le recordé empañando los cristales de su coche conmigo y me palpité el cuerpo, ansioso. De golpe me di cuenta del calor que hacía allí dentro.

El partido empezó al cabo de diez minutos, que fue lo que tardé en perder a Cristian de vista. Cuando el árbitro lo pidió, él y su equipo se retiró tranquilamente a los vestuarios y dio comienzo

el juego.

Mientras se iban pasando el balón de un lado a otro, yo estaba inquieta. Notaba que me sudaba el escote, recordando fragmentos de Cristian y yo follando. Mi mano apoyándose en el cristal, las suyas clavándose en mis nalgas. Mis dientes tirando de su labio. Los gemidos retenidos en su garganta. Su voz ronca y aquel «quiero que te corras otra vez». Joder, quería correrme otra vez.

—¿Adónde vas? —me preguntó Elia cuando me levanté, al cabo de unos quince minutos de que empezara el partido.

—Al baño, ahora vuelvo.

—Vale.

Salí de la pista interior y atravesé los exteriores del polideportivo hasta llegar a la recepción. Ya había ido con Sam otras veces, así que conocía las instalaciones y aproveché el momento en el que se distrajo el recepcionista para escabullirme en dirección a los vestuarios.

Esperé allí, en un pasillo lleno de puertas cerradas. Me apoyé en la pared con una pierna flexionada y decidí que le daría diez minutos a Cristian para aparecer antes de olvidarme de la idea. Y tan solo tardó cuatro en salir de una de las puertas.

Lo hizo acompañado de otro chico. Ambos llevaban el pelo húmedo de la ducha y la bolsa de deporte colgando de un hombro. Hablaban, distraídos. Seguramente iban hacia la salida, pero cuando Cristian me vio se detuvo. Le dijo algo al otro chico y se despidieron antes de que se acercara a mí.

—Paula —se sorprendió—. ¿Qué haces aquí?

—Un amigo está jugando en el partido y te he visto.

Asintió, y yo tuve ganas de besarle y estrujarle hasta que me cogiera miedo.

—¿Quieres ir a tomar algo?

—Mmh, no tengo tanto tiempo... —hice una mueca, alargando la mano hacia su camiseta. Jugueteeé sutilmente con la tela—, ¿tú tienes que ir a alguna parte?

Cristian se me quedó mirando un poco atónito hasta que soltó una carcajada, comprendiendo mis intenciones. Miró a nuestro alrededor para asegurarse de que no había nadie más en el pasillo.

—No creo que sea buena idea, cielo.

—Oh, vamos... —me clavé a él, provocándole—. Ni siquiera si nos pillaran sería el fin del mundo...

De pronto estaba lo suficientemente cerca de su boca como para besarle, pero no lo hice. Sin embargo, el calor de la cercanía casi simulaba el tacto y le gustó. Era cálido y desesperante.

Mis dedos serpentearon sobre su abdomen hasta colarse por el borde de su camiseta, acariciándole la piel caliente de debajo del ombligo. Lo hice despacio, pero de pronto sentí el peso de su mano en la nuca. Me apretó contra él y aquella vez me besó de la forma más pasional en la que me habían besado en la vida.

Me indicó un vestuario que estaba vacío y tiré de él para que entrara conmigo. Debía de ser un espacio para monitores, porque pudimos echar el pestillo.

Apoyó mi espalda contra la pared y se puso de rodillas, tirando la bolsa de deporte al suelo. Me alzó la falda, mirándome a los ojos. ¿Honestamente? No le hubiera negado nada de lo que me hubiera pedido entonces. Quería volverle loco. Mucho. Quería ser la película porno de alta producción que convirtiera el resto de sus encuentros en vídeos caseros.

Me besó la piel por encima de la ropa interior y jadeé. Bajó la tela y sus labios siguieron

acariciándome antes de que me quitara las braguitas del todo. Entonces tomó su cartera de la bolsa y de ella sacó un preservativo.

Se levantó. Le desabroché el cinturón y los vaqueros y liberé su erección, por la que deslizó el látex. Y no sé cómo explicarlo, pero cuando le miré me estaba mirando de una forma pausada. Sonrió, sujetándome las mejillas con ambas manos. Sentí que mis mechones estaban tan alborotados que bailoteaban por todas partes, enredándose en sus dedos.

—Eres preciosa, ¿te lo dije?

—No seas cursi —sonreí, rodeándole los hombros con los brazos—. Fóllame.

Y lo hizo. Joder, sí lo hizo. Deslizó su polla por mis pliegues hasta que le acogí en mi interior. Estaba tan húmeda que lo escuché... y gemimos. Entró despacio hasta lo más hondo y, cuando estuvo donde quería, me levantó del suelo y apoyó mi espalda en la pared para follarme a su antojo.

Prácticamente, yo no tenía que hacer nada más que disfrutar, enrollando mis extremidades a las suyas. Al principio intenté reprimir los gemidos por miedo a que pudieran oírnos, pero terminé emitiéndolos bajito, contra sus jadeos. Eso le hizo gruñir y me agarró más fuerte, llevándose conmigo.

Sentí algo de vértigo cuando me echó hacia atrás, tumbándose boca arriba sobre uno de los bancos del vestuario. Después se acomodó entre mis piernas y volvió a guiar su erección.

—Ah, Dios... —gimió, hundiéndose en mí.

—Sigue, sigue...

—¿Así? ¿Te gusta así?

—Sí.

Gemimos con las bocas pegadas. Mientras, la hebilla de su cinturón golpeaba rítmicamente el banco y a mí me temblaban las piernas. No era la postura ni el encuentro más práctico del mundo, así que Cristian aceleró y yo bajé la mano para acariciarme.

No lo alargamos. Al cabo de unos minutos me preguntó si me corría y no pude responder porque ya lo estaba haciendo. Me arqueé, solté un alarido de satisfacción y toda mi piel se sensibilizó. Sus embistes se volvieron más duros y mi expresión al alcanzar el orgasmo le arrastró conmigo, deshaciéndose.

—Ah, joder... Qué bueno, nena.

Terminé tendida sobre el banco del vestuario con el pulso acelerado, jadeando. Hice una mueca cuando se retiró y oí el sonido del látex cuando se desprendió del condón. Entonces me miró y sacó a relucir una de sus sonrisitas.

—¿Bien?

Le miré y casi me dio rabia lo bien que se le daba encenderme, pero me entró la risa. Negué con la cabeza y me incorporé.

—Estuviste mejor la otra noche —sonreí, recogiendo mis braguitas del suelo. Me las recoqué junto con la falda—. Pero bueno, no te mandaría a septiembre.

—Qué bruja. A ti lo que te pasa es que te gusta estar encima.

—*Touché*. Y a ti también, me ha parecido.

—*Touché* —me imitó, atándose el cinturón.

—Considerémonos incompatibles en la cama, entonces.

—Me parece que, evidentemente, somos bastante compatibles.

Le sonreí un poco boba y me acerqué al espejo del lavabo. Me peiné el cabello con los dedos, asegurándome de parecer más decente de lo que era. Para mi sorpresa, se me puso detrás y desenredó con delicadeza un nudo que yo no alcanzaba a ver.

—Recuerda que tienes mi número —dijo, separando mechones—. Sería una lástima que esto se quedara en un coche y un vestuario, o que te quedaras con las ganas de montarme encima otra vez.

—¿Acaso te has quedado tú con ganas de que te monte encima? —provoqué, mirándole a través del espejo—. Porque tu coche limitaba muchos de mis movimientos...

—Otro motivo para llevarlo al desguace.

Solté una carcajada y siguió desenredándome el pelo, apartando mechones y haciendo el nudo cada vez más pequeño.

—¿Y dónde vas a llevarme esta vez? —rompí el silencio, porque de pronto aquel contacto me parecía casi más íntimo que el sexo—. ¿A un descampado?

—¿Un descampado? Nah..., demasiado espeluznante para una chica de tu edad.

—Lo he hecho dos veces en un descampado —contesté—. La primera pasé tanto calor que tuve que parar y la segunda fue mucho más cómica. Era de noche y estábamos echados sobre unas toallas. Íbamos a lo nuestro cuando apareció un perro de la nada y empezó a lamernos la cara. Se escuchaba a la dueña a lo lejos, llamándole.

Puso los ojos en blanco, negando con la cabeza. Con un gesto me indicó que mi cabello estaba listo. Me giré, poniéndome de cara a él.

—En verdad me refería a mi casa —aclaró.

—¿A tu casa? —me confundí—. ¿Y tu familia?

Frunció el ceño, como si mi pregunta le pareciera un escándalo.

—Vivo solo.

Es una tontería muy tonta, pero su cama fue representada en mi cabeza como un colchón interminable cubierto de sábanas de seda en las que desnudarme. Asentí, suponiendo que estaba pasando por algún tipo de descontrol hormonal.

Salimos a los exteriores del polideportivo. Cristian se dirigía a la salida y yo pensaba regresar a la pista interior, pero el partido ya había terminado y visualicé a Elia y a Sam en una esquina. Ella sujetaba mis cosas con la mirada de una madre agobiada, llamándome repetidas veces sin darse cuenta de que mi bolso vibraba por alguna razón. Me mordí el labio inferior y me dio un poco de risa. Sam, por su parte, me sonrió al tiempo que abría una botella de agua fría, despreocupado.

Elia me dedicó una mirada reprobatoria, guardándose el móvil. Pero entonces distinguió a Cristian, que se despidió de mí y les hizo un gesto al pasar. Ni falta le hizo preguntarme dónde había estado.

—¿Ese es Cristian?

Asentí con un pelín de orgullo. Qué estupidez presumir de algo que no era mío, ¿eh? Y me coloqué un mechón lacio detrás de la oreja. Elia se giró hacia el camino que había tomado al irse, como si tratara de seguir algún rastro. Volvió a mirarme.

—No me dijiste que era tan...

—Te dije que era irresistible —me reí.

—Pero no me dijiste que era *tan* irresistible —se quejó—. Pensaba que era una forma de hablar, joder.

—Por favor... —Sam alzó la mirada al cielo—, Señor, llévame ahora.

Capítulo 14

LÁGRIMAS DE RÍMEL EN EL BAÑO DE CHICAS: UN CLÁSICO

Catalina tenía unas pecas en la espalda que a Víctor solían encantarle. Se las besaba y acariciaba antes de hacer el amor o después, cuando ella ya estaba dormida. Solía pensar que eran adorables.

Por lo contrario, en el ascensor se fijó en que Lara no tenía ni una sola peca en la espalda. Su piel era blanquecina y aparentemente suave. Quería reseguirla con las yemas y por eso tragó saliva, conteniéndose. Lo peor de todo era que el vestido que ella había escogido para salir evidenciaba que no habría tregua.

Era uno de esos vestidos simples pero matadores, cortos y negros al estilo noventero. En concreto, este se anudaba al cuello y dejaba su espalda al descubierto. Estaba preciosa porque lo era, pero hacía un poco de daño porque a veces el calor quita las ganas de ser buena chica.

Aquel viernes la habíamos invitado a salir con nosotros a una discoteca. Cuando llegamos, entre música, voces, cubatas y láseres, Sam pidió una ronda de chupitos de tequila. Tras consumir el mío sentí fuego en la garganta. A mi lado, Elia se atragantó y prefirió pedirse una piña colada. Los chicos también encargaron algo más elaborado, pero yo tomé a Lara de la mano y la llevé a bailar conmigo.

Fue una compañera de pista maravillosa. Entre la gente, su mano se arrastraba por mi brazo, apartándose y volviendo a acercarse hasta pegarse a mi cuerpo, a veces de frente y otras de espaldas. Nuestro cabello alborotado y movimientos llamaron la atención, y yo lo disfrutaba todo lo que Víctor no lo hacía, apoyado en la barra con la mirada atenta. Mientras, Elia y Sam debatían.

—¿Qué pasa? Me gusta hacerla sentir joven. —Hizo una mueca—. Tú, por lo contrario, con esa mirada reprobatoria me haces sentir mayor.

—Es que ya eres mayorcito para ir por allí bajándole las bragas a una mujer casada. Deberías de ser más responsable.

—Dijo la niña que vive con sus padres y a la que se lo dan todo masticado.

—Eso quiere decir que no tienes previsto centrar la cabeza, ¿no?

—¿Y a qué edad lo hiciste tú? ¿A los cinco? —se rio.

Ella puso los ojos en blanco y le golpeó el brazo, dejándolo estar.

Víctor pegó otro trago, todavía mirándonos a Lara y a mí. Cuando nos rodeó una nube de tíos se preguntó qué haría si alguno le llamaba la atención a Lara aquella noche. Sonreír y alegrarse, seguramente; pero por el momento se limitaría a rezar para que no ocurriera.

El problema es que Víctor nunca hizo catequesis y jamás ha sabido pasar de «padre nuestro que estás en los cielos santificado sea... ¿tu nombre?». Así que continuó con el principio de

Arquímedes: «Todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta...». Y para fluidos el contenido de su copa deslizándose garganta abajo mientras aquellos chicos nos ofrecían tomar unas bebidas con ellos.

Aceptamos y nos pedimos algo para refrescarnos en la barra que había al otro lado de la pista. Yo me acomodé en un taburete y me reí de los chistes que soltaban dos de los chicos. Cuando quise darme cuenta, Lara estaba en un sofá con uno de ellos, enseñándole las líneas de sus palmas con cierto coqueteo.

Elia y Sam bebieron más y terminaron bailando *Cooler than me*, la versión de Lucky Luke. Él la tomó de las caderas y ella las movió, pegándose a su cuerpo con el cabello revuelto. Después la hizo rodar sobre sí misma y moverse, entre risas. Fue divertido hasta que a Elia empezó a vibrarle el gusanillo de mirar la hora y se sacó el móvil del bolsillo trasero. Tenía mensajes y llamadas perdidas de Diego.

—¿Pasa algo? —preguntó Sam, alzando la voz a través de la música.

Ella le hizo un gesto para que aguardara, desbloqueando la pantalla al tiempo que se alejaba de la pista. Sam se la quedó mirando, confuso, pero no tardó en recibir la compañía de una chica bonita con ganas de bailar.

Para entonces Elia ya estaba en una esquina, leyendo el mensaje que Diego le había mandado una hora antes: «Flipo con que te pases todos los fines de semana por allí con Paula y esos chicos. Sinceramente esperaba que después de lo del domingo encontraras el momento para que pudiéramos vernos, pero ya veo que tienes prioridades muy claras: dos tíos que quieren follarte y una chavala que pretende arrastrarte a sus mundos de... mejor me callo...».

Elia parpadeó un par de veces, aturdida. Estaba en un espacio plagado de estímulos, pero de pronto solo existía su chat con Diego. Y escribió: «Hemos quedado mañana para cenar, ¿qué te pasa? ¿A qué viene esto?». Pero Diego, simplemente, leyó el mensaje y se desconectó sin responder.

—Tienes una piel... —empezó el chico que me había invitado a la copa, apoyando la mano en mi rodilla desnuda.

Sonreí, todavía sentada en el taburete. Mis piernas estaban posicionadas en su dirección, de modo que la mano que había apoyado trepó por mi muslo mientras se inclinaba hacia mí. Olía a colonia masculina, como la mayoría de los chicos con los que me he cruzado saliendo de fiesta. Y era atractivo, o por lo menos se había tomado su tiempo para arreglarse la barba y favorecer la forma de su mentón. Su pelo, sus brazos..., era todo un muñeco. Pero había quedado con Cristian al día siguiente y nunca ha terminado de convencerme lo de compartir fluidos con dos personas en porciones tan pequeñas de tiempo. Además, puestos a elegir...

De todas formas, no tuve otra opción que apartar la mirada de Marcos (así se llamaba) cuando Elia apareció. Lo hizo como una bala y me tomó del brazo de una forma tan repentina que, en lo que tardé en reconocerla, me dieron ganas de pegarle un guantazo. No obstante, fruncí el ceño al ver que tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Qué ha pasado? —me levanté del taburete, dándole la espalda al chico.

—Diego —se echó a llorar—. Me ha mandado un mensaje horrible, nunca me había hablado así. He tenido que hacer algo y no... Yo no...

Tiré de su brazo para apartarla. Estaba entrando en fase de histeria y supongo que eso es mejor pasarlo en la intimidad. Y ¿dónde solucionan las chicas los dramas en las discotecas? *Touché*: el baño.

Atravesamos la sección de chicas repasándose el maquillaje frente al espejo y las pocas que se lavaban las manos con jabón. También cruzamos la sección de amigas ayudándose a vomitar las

copas de diez pavos y, finalmente, llegamos a un reservado vacío. Elia se dejó caer en la taza del inodoro, desanimada. Miraba al suelo, apoyándose en el dispensador de papel con la mirada perdida. Mientras, yo leía el mensaje de Diego.

—¿Es en serio? —me indigné—. ¿En serio te sientes culpable tú después de que te haya mandado esto?

—Tía, tiene razón. —Se hizo con un poco de papel y se limpió las lágrimas de rímel—. Lleva días diciéndome que quiere que nos veamos para hablar de lo del domingo, pero he tenido faena de la universidad toda la semana. Y ahora estoy aquí en lugar de estar con él. A mí también me molestaría.

—¿Y no puede molestarte la forma en la que te escribe? O lo que te ha dicho, al menos.

Hizo una mueca, negando con la cabeza. Le dio la vuelta al papel y siguió secándose las lágrimas.

—«Dos tíos que quieren follarte» —releí, indignada. Y se me escapó una carcajada de rabia—. Y a mí ha vuelto a llamarme zorra, el desgraciado. Qué ganas de escupir en su tumba.

—Entiéndelo. Tampoco es que él os caiga muy bien a vosotros —contestó—. Ya sé que no dice cosas bonitas, pero tampoco lo es eso de escupir en su tumba...

—Ah, no, no. No me pases a mí el problema —advertí—. Este tío es un gilipollas, ¿qué quieres que diga después de leer esto?

—¡Lo ves! —se quejó—. No hay manera.

—Lo que pasa es que necesitas que te digamos que Diego es maravilloso y que el problema lo tienes tú, y que te demos las pautas para que todo funcione. Eres así, siempre siguiendo pautas. Mierda, Elia, este tío no merece que te adaptes a nada.

—Tú no lo entiendes, ¡has renegado de las relaciones! ¿Sabes? Cuando quieres a alguien no lo dejas en *stand by* para irte con tus amigos de fiesta.

La miré todavía más indignada.

—¿Puedes abrir los ojos, por favor? ¡¿O necesitas que te haga un esquema?!

—¡No me grites!

—¡Es que me desesperas! —alcé las manos—. ¡Deja de defenderle!

—Solo estoy intentando equilibrar la balanza, no puedes darme a mí la absoluta razón en todo. Si empiezo a tener tu punto egoísta le perderé. Ya sé que a ti te da igual estar sola, pero podrías intentar que tus consejos me...

—Eh, eh —la paré—. ¿No crees que te estás pasando?

—¡Necesito una amiga! —lloró.

—¡¿Acaso no estoy aquí?!

—Sí, esperando a que Diego y yo lo dejemos de una vez para alegrarte. ¡Pero yo le quiero! ¡Le quiero mucho!

Se cubrió con ambas manos y empezó a llorar desconsoladamente. Yo suspiré, mordiéndome el labio inferior. Maldije a Diego y me coloqué en cuclillas para abrazarla. Entonces ella se agarró a mí y se balanceó para refugiarse en mi pecho, donde permaneció por un largo rato.

—Cariño... —murmuraba yo, acariciándole los mechones.

Se llamaba Oliver y era uno de esos chicos que seguro tienen que funcionar para una noche. A Lara le pareció encantador: no había bebido más de la cuenta y sabía mantener una conversación agradable.

Estaban en el sofá, de charleta, y cuando llegaron los amigos de Oliver los recibió encantada.

Eran un grupo genial, pero se fijó en que Víctor se acercaba para decirle algo. Y allí, caminando entre la gente con el gesto sereno, parecía la clase de chico que tiene que funcionar para una vida.

Lara sentía que deberían de haberse conocido antes de conocer a nadie más. Él era demasiado especial para estar con la chica equivocada y ella habría sabido ser la correcta, tan correcta que cuando presintió que se estaba acercando se levantó, se recolocó el vestido y tras hacerle un gesto a los chicos, caminó hacia él. Se encontraron frente a frente en medio de la multitud.

—Nos vamos a casa —dijo, carbonizando el oscuro deseo que ella pudiera tener de que viniera a apartarla de Oliver, como en las películas—. Elia no se encuentra bien.

—Vale —asintió, extrañada—. ¿Le ha pasado algo?

—Un par de copas de más, creo —resumió—. ¿Vienes?

—Ehm... —Se giró momentáneamente hacia Oliver y los chicos—. Creo que me quedaré un rato más. Total, esto está a veinte minutos de casa.

—Son las dos de la mañana.

—Oliver me acompañará. No te preocupes.

Víctor le dirigió una mirada al tipo en cuestión. Se humedeció los labios con un asqueroso malestar y volvió a mirarla.

—No le conoces de nada.

—No te preocupes —repitió.

Evidentemente se preocupaba, pero ¿acaso Lara era algo suyo? ¿Algo que debiera cuidar? Pensó que tal vez estaba haciendo lo mismo que él había hecho otras veces. Había conocido a un chico que la atraía y quería quedarse con él a solas, de camino a su casa. Le besaría y subirían a su piso para desmontar alguna que otra pared. Le dolió el pecho de pensarlo, pero asintió con un gesto casi chulesco que camuflaba los celos.

—Como quieras.

Lara asintió y dio media vuelta, pero antes de que pudiera alejarse Víctor le agarró la muñeca y la detuvo. Sus dedos no la tomaron con fuerza, de manera que se fueron deslizando suavemente hasta terminar agarrados a sus yemas.

—Mándame un mensaje cuando estés en casa.

Ella volvió a asentir y Víctor la soltó. Cada uno tomó un camino distinto y, para cuando Lara se giró, él ya había desaparecido entre la gente.

Se acomodó de nuevo al lado de Oliver, pero los chistes ya no tuvieron la misma gracia. Todas sus emociones estaban centradas en el detalle de que Víctor la había tocado, de modo que se acarició las yemas. Todavía podía sentir una chispa en ellas, una que llevaba demasiado tiempo sin sentir.

Una que nunca había querido tener que ignorar.

Capítulo 15

INESPERADO

Aquella noche Elia y yo dormimos juntas en la cama de Sam. Mientras, él y Víctor compartían la de este último, que no podía conciliar el sueño.

Tenía el móvil en la mesita y esperaba a que vibrara. De vez en cuando encendía la pantalla para comprobar la hora y descubría que los minutos pasaban muy despacio... Y cuando Sam le pasó un brazo por encima, resopló resignado. Otro tío estaría pasando la noche con Lara y su compañero de cama era Sam. ¿Existe un Dios?

Su móvil no vibró hasta las cuatro y media de la madrugada. «En casa. Todo ok». Víctor se humedeció los labios y no se lo pensó dos veces antes de teclear. «¿Puedo ir un momento?». Seguramente, si lo hubiera pensado mejor no habría mandado aquel mensaje.

«Como quieras» contestó, y su confusión se leía incluso en las letras.

Víctor se repitió aquel «como quieras» mientras salía del dormitorio, cerrando la puerta. Le daba hasta rabia que Lara le respondiera así, porque le recordaba todas las cosas que realmente quería hacer(le).

—¿Todo bien? —preguntó ella nada más abrir la puerta, pero no parecía preocupada por nada. Solo confusa.

—Sí. Es que no podía dormir.

Lara fue a la cocina y entró sin encender la luz. Sin embargo, la iluminación que se colaba a través del patio de luces era suficiente para que Víctor pudiera verla desde el arco. Ella buscó un trapo y mojó una esquina bajo el grifo.

—¿Cómo está Elia?

—Se ha dormido. —Inclinó la cabeza para apreciarla mejor—. ¿Qué haces?

—A una chica se le ha caído la bebida y me ha manchado. No sé qué narices llevaba esa copa, pero tengo la piel pegajosa.

Víctor tomó aire profundamente cuando comprendió que la mancha estaba en la cara interna de su muslo. Y unas gotas se escurrieron por su rodilla cuando se frotó... Se acercó.

—Dame —le ofreció la mano.

Lara se lo quedó mirando. Era lo suficientemente flexible como para limpiarse ella misma, pero se habría tirado adrede la copa con tal de tener a Víctor a la altura de sus piernas media hora después. Así que le tendió el trapo y él la limpió despacio, sin rasgarle la piel. Para ello se colocó en cuclillas y ella mantuvo la pierna flexionada, sujetándose en la encimera.

Empezó a sentir un palpitar... Las manos de Víctor, sus ojos, el contacto. Y él la miró desde abajo. Estaba preciosa, con el cabello algo revuelto después de bailar y los labios hinchados. Entreabiertos, ansiosa. Le miraba expectante.

—¿Vas a hacerlo de una vez? —inquirió, con el pulso *in crescendo*.

—¿Y qué pasará mañana?

—¿Y qué está pasando ahora?

Víctor se humedeció el labio, bajando la mirada.

—Ahora solo existes tú —contestó, acercándose más a su piel—. Llevas existiendo solo tú toda la noche...

Le besó la cara interna del muslo y fue subiendo, arremangándole el vestido. Lara llevó ambas manos a su cabeza y le acarició los mechones mientras él seguía, trepando hasta descubrir la costura de su ropa interior. La acarició, excitándola, paseando las yemas. La tela era tan fina que podía sentir sus pliegues y lo húmeda que estaba.

—Estás empapada.

Ella asintió, jadeante. Y entonces lo agarró del cuello de la camiseta y tiró de él, alzándole hasta tenerle a su altura. Víctor dejó de pensar en el precioso instante en el que Lara, sin dejar de mirarle, se quitó la ropa interior y la dejó tirada en un rincón. O sí pensaba, pero solo en ella.

La levantó y la acomodó sobre la encimera. Le abrió las piernas y, cuando iba a arrodillarse, ella volvió a tirar de su camiseta.

—No. Hazlo con los dedos —ordenó.

Víctor se los humedeció con saliva, pegó la frente a la de Lara y en dos segundos la estaba tocando de la forma más íntima. Ella se arqueó, arrugando su camiseta dentro de su puño. Apretó, sintiendo cómo él acariciaba su entrada con sutileza para finalmente realizar placenteros movimientos sobre su clítoris.

—¿Así?

—Así, justo así... —gimió, cerrando los ojos—. Métemelos.

Los dedos de Víctor se deslizaron hacia su interior, probándola. La masturbó con diligencia y llevó la mano libre al nudo que sujetaba su vestido, desatándolo. Tiró de la tela para liberar sus pechos y, por supuesto, en aquel vestido no había cabida para un sujetador.

—Joder, Lara... —gruñó, antes de tomarlos y llevárselos a la boca.

—Ah... —se removiό, complacida.

—Te gusta, ¿eh? Te gusta que te folle con los dedos...

Ella le besó con ganas y Víctor aceleró. Volvió a tomar su pecho y dejó que el pezón se le endureciera entre los labios cuando, en realidad, quería lamerla a ella. Quería probarla en su boca y recibir su orgasmo en la lengua. Pero Lara le mantenía allí, sintiéndose tan poderosa y sexual que cada segundo que pasaba gemía más y más alto. Se dejó llevar, con los dedos de Víctor revolucionándola hasta que cerró los ojos con fuerza, notando cómo todo su cuerpo reaccionaba.

—Eso es, así... —jadeó él, sujetándola por la barbilla y sintiéndola palpar alrededor de sus dedos.

—Víctor..., me...

—Sí.

Se dejó ir encogida y, cuando recuperó el aliento, empezó a besarle el cuello con devoción. Él sonrió incluso con cariño, apartando la mano de su piel sensibilizada. Le encantó que siguiera siendo tierna, incluso en aquel momento en el que había olvidado serlo. No obstante, él no había olvidado la excitación y Lara lo tuvo en cuenta, tocándole por encima.

—La tienes *muy* dura.

—Me muero de ganas de... —pero se calló a tiempo, tomándola de las mejillas con una expresión desesperada.

—¿De...? —le animó, y antes de que él se diera cuenta se metió en la boca los dedos que

había usado para hacerla correrse. Los lamió.

—Quiero follarte con la polla, no con los dedos.

—Y yo quiero probar tu polla, no tus dedos.

Víctor gruñó, bajándola de la encimera.

—Mierda. Hazlo.

—¿Seguro? —provocó—. Te quiero en mi boca.

—Ahora.

Lara deslizó sus pantalones y liberó su erección. Era gruesa y pesada, tanto que se excitó más al sentirla en la mano. Movió la muñeca con destreza antes de ponerse de rodillas, haciéndole soltar un gemido de alivio al acogerle en su boca. Jugueteó con la lengua y succionó con fuerza.

—Joder..., sabes hacerlo.

Efectivamente, era consciente de dónde tocar y a qué ritmo, tanto que se recreó en ello. Sabía que se le daba bien y le gustaba sentir cómo Víctor se tensaba, cómo blasfemaba cuando lo recorría con la lengua y lo retiraba a través de sus labios apretados, mirándole. Succionó con avidez y él la agarró fuerte de los mechones, contrayendo el vientre cuando no pudo más.

—Me corro... —advirtió—. ¿En tu boca?

Ella asintió sin parar y Víctor la idolatró. Ya estaba: después de aquella mamada las demás serían baladí.

—Córrete...

—Usa la mano. Usa la mano y hazlo rápido.

—Avísame.

Lara lo deslizó hasta el fondo de su garganta una última vez, retirándolo empapado. Utilizó su saliva como lubricante para mover la mano más deprisa y, cuando gimió fuerte, se lo metió en la boca y recibió su semen en la lengua, caliente y acelerado.

Al terminar, se limpió los labios con el dorso de la mano y se lo quedó mirando desde el suelo.

—Joder, Lara, ha sido...

—¿Inesperado? —sonrió.

Sí, inesperado tal vez. Pero no se refería a eso.

—Voy a estar pensando en esto mucho tiempo —admitió.

Capítulo 16

LA CAMA DE CRISTIAN

Para colmo, a Elia le bajó la regla el sábado y me despertó temprano para que bajara al supermercado del barrio a comprarle una caja de tampones. Fui la primera clienta, apareciendo despeinada y vestida con ropa de chico después de una evidente noche de fiesta. El cajero me miró raro, pasando el código de barras por el escáner. Le pagué con monedas pequeñas y creo que le di tanta pena que no le importó que me faltaran veinte céntimos.

—¿Por qué has tardado tanto?! —se quejó Elia, antes de arrancarme los tampones de la mano y encerrarse en el baño.

Después de que me atracara, cerré la puerta y me metí en la cocina. Abrí la nevera en busca de algo dulce para desayunar y, a falta de Cola Cao, me unté unos *croissants* envasados con Nutella y me serví un poco de zumo de brick. Mientras masticaba, Elia apareció contraída.

—Me duele —gimoteó, tocándose el vientre. Cogió una manzana y miró mal lo que estaba comiendo, lavándola—. Te morirás a los treinta.

Ella se preparó unas tostadas con mermelada y se peló y cortó la manzana como si quisiera dársela de comer a un bebé. Se sirvió un poco de zumo en un vaso y lo cargó todo hasta al salón. Yo la seguí y nos acomodamos en el sofá.

—Mira lo que me ha mandado Diego. —Me tendió su móvil.

«Perdona por lo de ayer. Soy gilipollas. ¿Sigue en pie lo de cenar esta noche? Quiero hablarlo».

—Dile que sí —se lo devolví—, que es gilipollas.

—Paaaaula —rechistó. Dejó que el móvil se perdiera entre los cojines—. Diego es un buen chico, ¿vale? Repítelo conmigo. Diego es...

—Diego... Diego es...

—Un buen... —me animó.

—Die... un buen... es un...

Fingí una sacudida, como un robot colapsándose, y Elia terminó riéndose. Sonreí, acercándome el *croissant* para pegarle otro mordisco. De pronto, ella alzó la mirada al techo y se dejó caer al suelo.

—¡Joder! ¡Esta mierda duele mucho! —Se presionó el vientre, de rodillas.

—¿Te has tomado el ibuprofeno?

—Sí —lloriqueó.

Me ayudé de otro sorbo de zumo para tragar mientras ella se balanceaba con la cabeza a poco de tocar el suelo, encogida. Entonces Sam apareció en ropa interior por el pasillo, aparentemente recién levantado. Al ver a Elia, frunció el ceño y le miró el culo con curiosidad, marcado debido

a la postura.

—Esa no es la dirección de la alquibla, *princess*.

—Eres tan, pero tan idiota —gruñó ella.

—Ah, perdón. Pensé que buscabas La Meca.

Sam le robó una de las tostadas y se dejó caer en el sillón. Pegó un mordisco y se extrañó, mirando a nuestro alrededor.

—¿Dónde está Víctor?

—¿No estaba contigo en la cama?

—Está en casa de Lara —contestó Elia, entre ejercicios para controlar el dolor. Casi parecía estar haciendo yoga—. Anoche me levanté a por un vaso de agua y ni me atreví a entrar en la cocina de lo que escuché. No se hacen cosas sucias con la ventana del patio de luces abierta, por el amor de Dios, que este edificio está lleno de personas mayores.

Sin embargo, Víctor se sentía como un adolescente que duerme con una chica por primera vez. La observaba, tumbado junto a ella en la cama. Lara respiraba despacio entre mechones alborotados y, de un momento a otro, alargó los brazos y entreabrió un ojo al toparse con algo. Piel caliente, concretamente la del pecho de Víctor. Esta la separó de sus sueños y él le dedicó una sonrisa apacible.

—Buenos días —dijo, aunque la verdad es que aquella mañana hablaron más bien poco.

Como abogada del diablo, diré que cuando aceptaron levantarse para desayunar todavía tenían buenas intenciones, pero en algún momento las perdieron y terminaron enrollándose en la cocina. El pan se quemaba en la tostadora, *Carolina* sonaba en una cadena de clásicos de la radio y el café se estaba enfriando, pero solo existía la risa de Lara mientras Víctor tiraba de uno de los tirantes de su camisón.

Lo arrastró y acabaron besándose en el recibidor. Más tarde lo hicieron contra la pared del salón, tirados en el sofá, echados en el suelo del pasillo y hasta apoyados en el mueblecito del baño.

Supongo que podemos considerarlo una oda al bálsamo labial.

Cuando me invitó a su casa esperaba encontrarme con el típico piso alquilado de baño pequeño y azulejos horribles en la cocina, pero Cristian era inusual incluso en ese aspecto.

Para empezar, vivía en una casa. Sí, nada de pisos. Una casa de ladrillo visto con un pequeño jardín que daba paso al porche en el que me abrió. Estaba hablando con alguien por teléfono, así que me hizo un gesto y se alejó dejándome la puerta abierta. Lo primero que aprecié al entrar fue un pasillo largo que terminaba en una escalera. Me adentré y miré a través del arco del salón.

Había mucha madera. La decoración era rústica y masculina, lo suficientemente acurada como para deducir que no se había ocupado él solo de comprar los muebles. Oyéndole hablar de fondo, dejé mis cosas en la mesa y le esperé en la cocina, que también era amplia.

—Oye, por curiosidad... —analicé el jardín a través de la ventana, curiosa—. ¿A qué te dedicas? ¿Algo relacionado con el narcotráfico, tal vez?

Soltó una carcajada, abriendo la nevera.

—Esta casa era de mi abuelo, yo solo la he heredado.

—Joder. Mi abuela solo me dejó una moto que mi madre vendió por sesenta euros, y no creo que valiera tanto.

Vi que había sacado un par de botellines de cerveza. Tomó un abridor y les quitó la chapa.

—Ah, ¿no vamos a follar directamente?

—Eres tonta —se rio.

—¿Qué pasa? No quiero que creas que son necesarias las formalidades.

—Me pareces descaradamente atractiva en más sentidos que el físico. —Me tendió uno de los botellines, fresquito—. ¿No puedo invitarte a una cerveza antes de desnudarte, por favor?

—Perdona, es la costumbre. —Lo tomé—. Normalmente cuando digo que solo busco sexo algunas personas deducen por sí solas que por no tener polla no lo digo en serio.

—No te preocupes —dijo, después de un trago—. Tengo cero intenciones de marearte.

Pues con esa cara al final me dejaría bizca. ¿Honestamente? Hubiera preferido que me echara uno de esos polvazos y después me trajera la cerveza. Pero dicen por allí que el orden de los factores no altera el producto, así que me senté en la encimera.

—No me has dicho de qué trabajas. —Fruncí el ceño, tratando de adivinarlo—. Espera, tienes una pinta de ciencias de la salud que no puedes con ella. ¿Farmacia? ¿Fisioterapia?

Hizo una mueca, adelantándose que no iba bien encaminada.

—Derecho. Terminé el máster hace dos años.

—Pues qué suerte. No todo el mundo consigue trabajo de lo suyo con facilidad.

—Oye, cielo, antes me maté cinco años a trabajar de camarero. Puedo llevar seis platos al mismo tiempo y escuchar muchas gilipolleces sin sorprenderme.

—No me ganas —me reí—. Yo también he trabajado de camarera, hasta sirviendo copas en una discoteca. Ah, y de azafata de eventos. También de dependienta en Inditex. Estoy curada de espantos y puedo levantar todos los platos que quieras por un sueldo de mierda.

Sonrió, humedeciéndose los labios. Me vibró.

—¿Ahora trabajas?

—No. Mis padres se enteraron de que el próximo trabajo que iba a aceptar sería sirviendo copas en un club nocturno con mala fama y acordamos que me darían una paga si me estaba quietecita y me dedicaba a estudiar.

—¿Qué estudias?

—Publicidad y Relaciones Públicas.

—Oh, por supuesto —se rio—. De ahí la reprimenda que me echaste la primera vez que quedamos por no usar bien mis redes sociales.

—Por si te interesa, no es vocacional. De todas formas, creo que no te sacas provecho. Con ese cuerpo y esa polla podrías llegar mucho más lejos. Yo de ti me buscaba una *Sugar Mommy* y empezaba a hacer billetes. A los treinta y cinco estás jubilado en Bali, como un rey. Si quieres puedo ser tu representante.

—Vale. Puedes empezar explicándoselo a mi madre.

Nos reímos. Después seguí dándole sorbos a la cerveza y poco a poco me la fui bebiendo, pero no creo que llegara a terminármela antes de bajar de la encimera.

Cristian olía muy bien cuando me acerqué. Me gustaba su ropa, su nariz, su corte de pelo y hasta la forma de su espalda. Todo. Así que le besé en la boca y fui descendiendo por su cuello, despacio y mimosa. Llegué a su pecho y me puse de rodillas, desatándole los vaqueros. Le miré, igual que había hecho él días antes en el vestuario. Y deseé que en aquel momento sintiera lo mismo que yo.

Enterré la mano libre en mis mechones, acariciándome. No nos hizo falta mucho más, solo algunos besos y mordisquitos por encima de la ropa interior y su erección se marcó hasta apretarle la tela a la piel. Dejé el botellín en cualquier rincón y tiró de mí, levantándose.

Me llevó a su dormitorio, que estaba en el piso de arriba. Por el camino perdí la camiseta, los *shorts* y las Converse. Para cuando llegamos a su habitación, que estaba al fondo del pasillo y

prácticamente era una especie de buhardilla, él también estaba en ropa interior.

Caminé sobre la madera, comiéndole la boca. Me desató el sujetador y me echó sobre el colchón, evidentemente excitado. Me retiró las braguitas de un tirón y se acomodó entre mis piernas. Para cuando quise darme cuenta estaba siendo víctima de un delicioso asalto oral.

A mi parecer, ese tipo de sexo da para un capítulo aparte. De hecho, Cristian podría haber escrito un libro. Dios, ¡qué arte! Reconozco que al principio me removí inquieta, porque siempre me ha dado la impresión de que es un tipo de práctica que te obliga a ir despacio. Y lo hizo, despacio, moviendo la lengua entre mis pliegues y convirtiéndose en la excusa perfecta de mi clítoris para hincharse. No obstante, si el sexo oral hubiera sido un capítulo aparte, yo no lo hubiera leído.

No era mi plato favorito del menú. Me había acostumbrado tanto al «aquí te pillo, aquí te mato» que no le daba tiempo a aquel entrante. Además, me parecía íntimo, obsequioso y poco factible en los lugares en los que solía tener sexo. Pero Cristian me echó allí, en su cama, que era enorme. Y, cuando me vio venir, me colocó una mano en el vientre y con aquello me pidió que le dejara hacerlo.

Me tendí por completo, respirando. Dudaba de qué hacer con las manos, así que le acaricié los mechones y cerré los ojos. Sentí su lengua trepar un poco más y se me escapó un gemido. Me mordí el labio y reprimí las ganas de morderme la mano. Mierda, no quería que me gustara tanto. Pero terminó pillándome el punto exacto y gemí alto, arqueándome y tirándole del pelo.

Sentí sus dedos acariciarme y humedecerse de mí, provocándome. Los hundió despacio en mi interior y mantuvo el ritmo de su lengua sobre mi clítoris. Cuando los arqueó me arqueé yo también.

—Así, así...

Continuo, duro, pasional. Estaba tan húmeda que ya ni notaba qué narices estaba haciendo allí abajo, pero todo mi cuerpo experimentaba una espiral insaciable. Lengua, clítoris, dedos, roce, labios, dentro, fuera, placer. Aceleró y mantuvo el ritmo hasta que me corrí en su boca, tensándome y sintiendo que se me aceleraba el pulso. Y cuando terminé, abrí los ojos y le vi mirarme de aquel modo... Solo quise más.

—Más —pedí.

Cristian alargó la mano hasta el cajón de la mesita y sacó un preservativo. Se lo puso de la forma más rápida en la que he visto a un tío ponerse un condón en mi vida y tiró de mí, dándome la vuelta y colocándome a cuatro. Sonreí, sintiendo sus manos reseguirme el cuerpo y terminar en mis caderas, alzándomelas. Apoyé la mejilla en el colchón y dirigió su erección, penetrándome despacio, dilatándome y haciendo que todo se envolviera en placer.

—Joder..., estás tan apretada... ¿Te gusta?

—Sí —gemí—. Házmelo fuerte.

—¿Fuerte? ¿Eh? ¿Te gusta fuerte?

—Por favor.

Se apoyó en mi espalda y me penetró con rudeza, profundo. Aquella vez gemí todavía más alto, sintiéndole. Y... se me soltó la lengua. Empecé a decirle que me hiciera de todo, lo que quisiera.

Cristian jadeó y me folló con ganas, provocándome placer cada vez que se hundía en mi interior. Le notaba tan duro, grueso y grande... Me mordí el labio y bajé la mano para tocarme, acariciándome y acordándome del tacto de su lengua y los movimientos circulares de sus dedos.

De repente, se retiró. Cuando no le sentí cerca se me escapó un gemido de impotencia, pero no tuve tiempo de sentirme frustrada antes de que tirara de mí y me colocara de nuevo boca

arriba. Dijo que quería verme la cara y se hizo hueco entre mis piernas, besándome. Frotó su erección y me penetró otra vez.

—Ah, joder... —cerré los ojos, arqueándome—. Da mucho gusto.

—Voy a correrme.

—No... —gimoteé—. Estoy cerca.

Ralentizó el ritmo y se echó atrás, reteniéndolo. Apoyó una mano en el pedazo de colchón que quedaba junto a mi cabeza y mantuvo el movimiento, mirando el punto en el que se unían constantemente nuestros cuerpos al tiempo que me acariciaba el clítoris con el pulgar de la otra mano.

Lo sostuvo así. Simple y húmedo; un poco más de calor y el segundo orgasmo abrasándome. No sé qué fue mejor, si su polla, el tempo de sus movimientos, las caricias continuas sobre mi clítoris o su expresión mientras seguía follando. Solo sé que aquel orgasmo me hizo pedazos, papilla y hasta católica.

Cristian se corrió poco después, apretándose a mí y hundiendo las manos en el colchón. Se le marcaron las venas y soltó un gemido ahogado para finalmente apoyar los labios en mi sien, dejándose caer conmigo.

Amén.

Capítulo 17

LA VIDA ADULTA REQUIERE DE IBUPROFENO

Elia se metió hasta el culo de antiinflamatorios para ir a cenar con Diego aquel sábado. Habría tratado de anularlo si él no le hubiera mandado aquellos mensajes la noche anterior, pero sentía que no podía alargarlo más sin discutir de nuevo. Además, necesitaba quitarse aquella sensación maligna del pecho.

Cenaron en un restaurante que hacía esquina y caminaron por la ciudad hasta pisar la playa. Apenas estábamos a mediados de junio, pero empezaba a llegar un calor veraniego y ella se quitó las sandalias. Él la imitó con sus deportivas, la cogió de la mano y caminaron sobre la arena.

A Elia le pareció romántico y le incitó a sentarse un rato. Él pensó que era un lugar incómodo, pero cedió y se acomodaron juntos cara al mar. Hablaron y hablaron, hasta que ella empezó a hacerlo un poco de más y Diego alzó las cejas.

—¿En serio se está follando a una mujer casada?

—Bueno... Es que Sam no piensa las cosas antes de hacerlas.

—Claro que las piensa, lo que pasa es que es un cara dura.

—No es eso, que también. Es que... no lo sé. Tiene una filosofía nietzscheana y se ha creído el cuento de la plenitud vital.

—Está destrozando una familia. Para eso no hay excusa que valga.

Elia se frotó el brazo, pensativa. Entonces él suspiró y apoyó las palmas en la arena.

—No lo digo a malas, pero te juro que cada vez entiendo menos por qué eres tan amiga de ellos...

—¿Ellos? —frunció el ceño—. ¿Te refieres a Sam y Paula?

—Sí. Está claro que son un par de tarados.

—No son un par de tarados. Piensan diferente, nada más.

—Son egoístas. Oye, si el problema es que no quieres estar sola puedes venir conmigo y mis amigos, ¿vale?

Y lo dijo en un tono dulce, tratando de no ofenderla si estaba en lo cierto. Pero Elia se lo quedó mirando y no pudo hacer más que reírse.

—No seas estúpido, no se trata de eso. Son mis mejores amigos y los quiero muchísimo. Mi vida sería gris sin ellos.

Diego apretó los labios y la miró poco convencido. Después ella apoyó la cabeza en su hombro y se quedaron un rato mirando al mar, en silencio.

Cristian y yo seguíamos en la cama. Ya no nos quedaban fuerzas para nada que implicara

movimiento, pero sus dedos jugueteaban con un mechón de mi pelo, relajados. Yo le miraba con la cabeza sobre su estómago.

—¿Haces esto a menudo? Traer aquí a tus conquistas.

—La verdad es que no. Primero procuro asegurarme de que no sean unas psicópatas, y no todas se dejan conocer tan fácilmente como tú.

Alcé las cejas, fingiendo dudar de mi salud mental. Sonrió.

—Cuando me mudé aquí sí que me descontrolé un poco —admitió—. Tenía veinte años y la polla dura todo el día. Salía cada fin de semana y siempre encontraba a una chica mona a la que traer a casa, pero terminé metiéndome en tantos jaleos que se me pasó esa ansia sexual. Tal vez por eso ya no traigo aquí a prácticamente nadie.

Miré al techo, pensativa. Aquella habitación me recordaba a Cristian y estaba segura de estar dejando algún rastro de mi aroma en sus sábanas. Si hubiera sido al revés lo hubiera considerado un acto invasivo.

—Yo creo que no podría follarme a ningún tío en mi cama.

—¿Por eso sueles hacer turismo por colchones como el mío?

—No, soy más de baños y asientos traseros. Contigo he cruzado la línea porque ando cachonda perdida desde que te vi.

Nos reímos los dos y, al cabo de un rato, me acurruqué a su lado y apagamos la luz. Sus dedos todavía se movían por mi pelo, hundiendo las yemas en mi cuero cabelludo y masajeándome las raíces. Cerré los ojos gustosa y me fui quedando dormida, hasta que pasadas un par de horas me desperté.

Cristian dormía en el otro extremo de la cama, así que me levanté procurando no hacer ruido y rebusqué entre la oscuridad para encontrar mis braguitas. Me las puse y en algún momento le desperté. Debían de ser las doce y poco.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—No seas tonta, quédate.

—Es que... no soy mucho de quedarme a dormir.

De hecho, no me veía durmiendo con ninguno de los chicos con los que me había acostado. Me parecía íntimo y, con Cristian, una costumbre que sería peligroso coger. Quería llegar a casa, quitarme el rímel corrido y darme una ducha rápida antes de acostarme en mi cama, sola y sin el riesgo de levantarme a la mañana siguiente en territorio desconocido. Era mi forma de decir: «Aunque te me metas dentro, aquí termina nuestro espacio y empieza el mío».

Bajé los escalones con cuidado de no escoñarme y caminé por el pasillo, recogiendo mi ropa desperdigada en el proceso. Me senté en una de las sillas del salón y me calcé. Me estaba atando la segunda zapatilla cuando oí a Cristian bajar del piso de arriba. Apareció vestido y somnoliento, rebuscando en sus bolsillos.

—Espera, te llevo a casa. ¿Has visto mis llaves?

—No hace falta —aseguré, moviendo la cabeza para echarme atrás un mechón revuelto—. Tengo dinero para un taxi.

—No, no... Solo dame un minuto, que encuentre las llaves.

—¿Seguro?

Asintió, y encontró las llaves del coche sobre el mueble del recibidor. Condujo hasta mi casa bajo las direcciones que le indiqué y aparcó en doble fila cuando estuvimos delante. Le comí la boca durante tres minutos y, antes de bajar, le pregunté si volveríamos a vernos.

Me dijo que sí, señorita.

Capítulo 18

COMPLICIDAD

Junio destacó por la llegada del calor y las semanas de exámenes, que fueron dramáticas. Nos quedamos por horas en el piso de los chicos, atrapados con un montón de apuntes.

Víctor subrayaba y esquematizaba cientos de páginas en la mesa. Mientras, Elia copiaba párrafos de su libro de texto para memorizarlos y yo salía a la terraza para repasar el temario en voz alta. Por su parte, Sam fingía no estar mirando el móvil debajo de los apuntes, echado en el sofá. Lo peor de todo es que sacaría la nota más alta de los cuatro.

No obstante, lo bueno que tienen las semanas de exámenes es que terminan. Era tradición salir por allí después de tanto estudio, especialmente si el fin de los exámenes implicaba el inicio de las vacaciones de verano. Aquella vez decidimos celebrarlo con unos mojitos en un bar de copas.

—Oye —empezó Elia, apoyando la copa sobre la barra—. A Víctor ya se le ha pasado lo de Catalina, ¿no?

Sonreí y le miré. Estaba apartado con Lara en una esquina. Ella apoyaba la espalda en la pared y él la retenía allí, besándola.

—Tú no saques el tema, por si acaso.

Sam apareció y le pasó el brazo a Elia por detrás de los hombros. Ella le miró al tiempo que se acercaba la copa a los labios.

—¿Qué tal? —le preguntó—. ¿Todavía no has encontrado a ninguna chica que llevarte a la boca?

—Nah. Hoy estoy de descanso.

—O quizá sea que ahora solo seleccionas casadas.

—Uy, espera, espera... —Se apartó, impresionado—. Ese comentario ha sido malintencionado, ¿me equivoco?

—¿Te sienta mal escucharlo, pero no hacerlo?

—¿Estás buscando pelea?

—Estoy diciendo lo que pienso.

—Pues piensa, hija, que es muy sano.

Lo cierto es que el tono de Elia había sonado un tanto más agresivo de lo que solía. Sin embargo, Sam decidió no prestarle más atención. Le robó la copa y se fue a hablar con unos amigos con los que se había encontrado.

Ella siguió su recorrido con la mirada y yo fruncí el ceño.

—Ehm... ¿Qué ha sido eso?

—¡Es que me saca de quicio! —protestó.

—Elia, mi vida, no te ha dicho nada.

—¿A ti no te parece mal que se esté acostando con su jefa? Una mujer casada y con un niño pequeño. Está destruyendo una familia.

—Tía, es Sam. Le da mil matices al concepto del bien y el mal. —Me apoyé en la barra—. Además, esa mujer ya debe de ser mayorcita para decidir qué quiere hacer y qué no. Será más o menos ético, pero no te metas donde no te llaman.

—Es que es repugnante.

—Elia... —alcé la vista al techo.

Le dirigió una mirada odiosa a nuestro amigo, que saludaba con dos besos a una chica argentina que claramente pretendía coquetear. Empezaron a hablar como si tuvieran algo en común y Elia puso los ojos en blanco.

Al cabo de un rato, y con unas copas de más encima, Sam dejó que la chica le enseñara unos pasos de tango. Una nube de personas se amontonó a su alrededor y Lara los miró, riéndose. Se giró hacia Víctor.

—¿Sam siempre ha sido tan... así?

Él apretó los labios, mirando a su mejor amigo. Asintió.

—Sí. Es así de desesperante.

No tardaron mucho en decirnos que se iban porque estaban cansados, pero el cansancio solo era una excusa. El verdadero motivo de su huida era que no se habían visto en toda la semana por culpa de los exámenes y querían estar solos, metiéndose mano hasta que la piel cambiara de tono.

Víctor se moría de ganas de verla desnuda. Se lo susurró al oído cuando estuvieron en casa y ella sonrió, sintiendo una emoción limpia en el pecho. Todavía no sabía qué era Víctor para ella, pero le daban igual las nomenclaturas. Tenía la extraña certeza de que él no dolería, así como la intención de reservarle todos los asientos que estuvieran a su lado para sentirle cerca.

Llegaron al dormitorio de este riéndose y Lara lo empujó hacia dentro, donde se desnudaron dejando toda la ropa desperdigada por el suelo. Después se tumbaron en la cama y ella se acomodó a horcajadas encima, permitiéndole mimar sus pechos con la boca. Echó la cabeza hacia atrás para que siguiera y las puntas de su cabello le rozaron el antebrazo a Víctor. Aquel roce tan simple le hizo gemir.

—Me encantas... Me encantas de verdad.

Ella sonrió, acariciándole las mejillas con dulzura, pensando que era un chico bueno en el cuerpo de un chico malo. Sus ojos celestes y sus mechones castaños asumían la combinación que la perseguiría por más que corriera, consumiéndola en el recuerdo.

—Estoy un poco... bloqueada —confesó.

—¿Por qué?

—Llevo tiempo sin..., ya sabes. Y solo lo he hecho con una persona.

Víctor asintió, dándole un beso tierno en el hombro.

—Si quieres podemos esperar.

—No es eso. Es que... ¿a ti no te parece muy íntimo? ¿A quién se le ocurriría que diera tanto gusto tenernos así?

Víctor sonrió, mucho. Le pareció un comentario tan extraño y sensible que se la pegó con fuerza al pecho, abrazándola. Tuvo la sensación de que Lara era muy pequeña, pero no en el sentido físico. Era buena, buena de forma honesta, pequeña en comparación a todo lo malo que habitaba en el mundo.

¿Y si fuera real? ¿Y si estuviera hecha de todas las cosas que aparentaba y no pudiera alejarse de ella? ¿Y si fuera su verdad absoluta? Su pedazo de mundo inteligible, de aquel que hablaba

Platón. Pero a la mierda Platón y su vida ascética, porque se moría de ganas de hacerle el amor.

La tumbó en la cama y ella flexionó las piernas a su alrededor, sosteniéndose en sus hombros. Víctor se puso un condón y la tocó con mimo. Estaba excitada pero, aun así, cuando trató de penetrarla se contrajo con un gesto de dolor.

Él se retiró, se humedeció con saliva y volvió a intentarlo, presionando de modo que la piel de Lara pudiera ceder despacio. Ella gimoteó, esforzándose en relajarse, convenciéndose a sí misma de que era capaz de permitir que todo siguiera su curso. Y Víctor le pidió que se tocara. «Despacio, cariño..., despacio» susurró. Y ella lo hizo: coló la mano entre sus cuerpos y se acarició.

—Así..., ya casi. Dios, Lara...

—Me gusta...

Terminaron encajando. Claro, estaban hechos para eso. Víctor se deslizó con facilidad, entrando y saliendo de ella, y gimió. Gimió de la forma en la que Lara siempre había pensado que sería delicioso que los chicos gimieran. Y, cuando entraron en confianza, rodaron sobre la cama y ella se colocó encima.

Se apoyó en su pecho, clavándole un par de anillos. Meció las caderas, en oleadas que le erizaron la piel de la espalda y los pezones. Víctor sonrió. Había ansiado su piel y su olor, y se había preguntado por la forma en la que su cintura se curvaría al hacer el amor.

Ahora ya lo sabía, y estaba desesperado por enamorarse de ella.

Mi habitación era mi espacio seguro en el mundo. Las paredes y las sábanas de la cama eran blancas, pero todo lo demás estaba manchado de mí: discos, adornos, plantas, collares, fotos de mis amigos, libros con frases subrayadas y pintalabios tirados. Todo un caos, aunque en apariencia se veía ordenado.

De todos modos, aquella mañana tiré un esmalte azul que no esperaba encontrar en mi mesita de noche. En mi defensa diré que menos esperaba que Elia me llamara a las seis de la mañana en nuestra primera semana de vacaciones. Estaba tan sobada que ni siquiera me preocupé.

—¿Qué pasa? —me quejé, removiéndome entre las sábanas.

—¡Tía! He sangrado. ¿Es normal?

—¿Mmh? —Me froté la cara, todavía en sueños—. ¿Te has cortado? ¿Te has cortado y me llamas? Qué hija de...

—¡Qué no, escúchame! ¿Es normal que sangre si se me fue la regla hace dos semanas? Es que me ha pasado ya dos veces.

—Joder, Elia, estas cosas se buscan por internet. ¿Yo qué mierdas tendría que saber? No soy ginecóloga.

—Ya lo he buscado por internet. Puedo estar embarazada o premenopáusica, y te aseguro que no es ninguna de las dos.

—Pues pide hora con el médico.

No le di más importancia, pero como no pude volver a dormirme me levanté y me bebí un Cola Cao. Después vagueé y tomé el sol en el jardín hasta la hora de comer. Preparé ensalada de pasta para mi madre y para mí y me di una ducha de las lentas, de esas en las que te pones tratamientos en el pelo.

Pintándome las uñas, pensé en Cristian. Se me cruzó por la cabeza de la misma forma en la que se te cruza un peatón cuando no te lo esperas. Tuve que pegar un frenazo y recordé sus manos, que eran suaves y parecían ser incluso más grandes cuando se agarraban a mi trasero,

remarcando el movimiento de mis caderas cuando follábamos conmigo encima. Cristian era delicioso... y jodidamente diestro.

El resto de la semana transcurrió sin demasiadas novedades. Fui al cine con Elia y compartimos un cubo grande de palomitas de colores; acompañé a Sam a la compra y horneamos un bizcocho. Ayudé a Víctor a trasplantar el girasol que su madre les había regalado para la terraza y bromeé con Sam acerca de plantar marihuana y venderla en el instituto en el que trabajaba. Volvimos a pedir pizza para cenar en casa de los chicos y, de vez en cuando, Sam miraba a su amigo con perspicacia.

—Por cierto, Víctor, ¿qué tal con Lara? Bien, ¿no?

—Mucho has tardado en sacar el tema...

—Solo quiero saber cómo es en la cama, por favor.

—Dios, eres un cerdo.

—Solo soy un amigo curioso, venga.

—Es fantástica —contestó.

Sam arqueó una ceja.

—¿En sí misma o en la cama?

Y Víctor, solo porque estaba de buen humor, levantó un par de dedos. Sam lanzó una carcajada al aire y Elia puso los ojos en blanco.

No le dieron hora con su ginecóloga hasta el viernes por la tarde. Me pidió que la acompañara, así que esperé en la salita mientras la doctora la examinaba y, cuando regresó, se sentó en la silla que había a mi lado. Se la veía afectada.

—¿Qué pasa? ¿Qué te ha dicho?

—Dice que... Tal vez... Bueno, cree que...

—¿Elia?

Me miró con esos ojitos castaños tan simples y a la vez tan bonitos, del color del caramelo. Estos empezaban a humedecerse y a enrojecerse. Se cubrió la nariz con una mano y se echó a llorar. Yo la recibí en mis brazos, asustada.

—Pero... ¿qué pasa? —Le retiré unos mechones de la cara—. ¿Qué te ha dicho?

Miré a la doctora, que aparecía con cara de circunstancias. Se sentó en su mesa y trató de ser amable, pero Elia la ignoró, hundida en mi pecho. Le pidió que no llorara, le dijo que podía hacerle más pruebas. Pero Elia ya estaba convencida de que tenía una malformación uterina que la privaría de ser madre.

Lloró un montón aquella tarde. Cuando parecía estar calmándose, soltaba un grito y volvía a enterrar la cara en las manos para seguir llorando, sentada en el sofá de los chicos.

Yo estaba a su lado y Sam nos miraba desde el sillón con conmisericordia. No hablaba, seguramente por miedo a decir algo que empeorara la situación. Creo que fue la primera vez que le vi tan callado ante un problema, sin saber qué decir. Y ojalá lo hubiera sabido, porque yo tampoco tenía ni idea.

—¡Es muy injusto! —vociferó ella, sollozando.

Aceptó el pedazo de papel que le tendía Víctor. Este nos miró serio a la espera de que dijéramos algo. Me encogí de hombros y miré a Sam. Le hice un gesto para que hablara.

—Ehm... —Carraspeó—. Es una putada.

Abrí los ojos como platos y Víctor se sujetó el tabique nasal con dos dedos. Sam nos miró casi indignado.

—¿Qué?! ¡¿Qué mierdas queréis que diga?! Es una auténtica putada, joder.

—No pasa nada —musitó Elia, tratando de serenarse—. Es que no me lo esperaba.

—Mierda, cariño. ¿Cómo ibas a esperártelo?

—Es que me parece muy injusto. Yo quería ser madre.

Y al decirlo se echó a llorar otra vez. Chasqueé la lengua contra el paladar y volví a abrazarla; Víctor se sentó con nosotras y acarició su rodilla con mimo. Por su parte, Sam la miró preocupado.

—Elia, nena... ¿vas a estar bien?

Ella alzó la cabeza hacia él, retirándose unas lágrimas de las mejillas.

—¿Quieres que traiga un poco de agua? —pregunté.

Asintió, así que me levanté y fui a la cocina. Abrí el armario de los vasos y, como los que quedaban estaban muy al fondo, me puse de puntillas y palpé hasta tirar uno al suelo. Se hizo pedazos y maldije en voz baja, arrodillándome para recogerlo. Víctor no tardó en aparecer, ayudándome.

Cuando regresamos al salón, Elia y Sam estaban en el sofá. Ella tenía las piernas sobre su regazo, encogida contra su pecho, y Sam la mecía con los labios apoyados en su cabeza. No quiso el abrazo de nadie más en toda la tarde.

Admito que en momentos así me llamaba la atención su complicidad. Sí, en el día a día parecían incompatibles. Además, ella nació el primer día de primavera y él a mediados de diciembre, y hay motivos por los que el verano y el invierno nunca han decidido cruzarse. Pero se complementaban, como la tierra se ve beneficiada por el mar y este, capaz de hundir barcos y marineros, siempre deja un espacio para la tierra en lo profundo.

Poco a poco, entre broma y broma, entre pique y pique, entre eres y serás, aprendieron a convivir como un conjunto de ecosistemas. Sin embargo, el fondo del mar sigue siendo un misterio, y Elia y Sam estaban demasiado ocupados viviéndose a sí mismos como para indagar al respecto.

Capítulo 19

SSSH, ESTÁS PENSANDO EN VOZ ALTA

La verdad es que la noticia que le dieron a Elia fue una manera de mierda de empezar las vacaciones. Pasamos gran parte de la semana siguiente en el piso de los chicos, consolándola. Nos tragamos *Titanic*, *Dirty dancing* y *El diario de Noa*. Víctor pasó una tarde entera decorando galletas con ella, yo me la llevé de ruta gastronómica y Sam aceptó que le cortara el pelo. Le regalamos una maceta de violetas africanas para su dormitorio, jugamos a más de veinte juegos de mesa y dejamos que pusiera Taylor Swift a todas horas.

Cuando estábamos nosotros pendientes de ella, Víctor se escabullía para ver a Lara. La madrugada del jueves hicieron el amor en el salón; ella lo echó en el sofá y movió las caderas encima, gimiendo. Hacía un calor de mil demonios y acabaron en la ducha, refrescándose y montándose de nuevo.

A Víctor le encantaba, no podía saciarse de ella. Con una sonrisa, la colocó contra la pared y empujó plácidamente entre sus piernas. Le sujetó el cabello y apoyó la boca en su cuello, sintiéndola. Le dijo que era una puta locura, que quería volverse loco con ella. Y Lara se dejó hacer, en una ducha que duró una hora. Finalmente, se corrieron y decidió que tenía que salir de allí o no lo haría nunca.

Se lavó los dientes mientras Víctor seguía detrás de la mampara, duchándose. Olía a jabón, pero como la puerta estaba abierta no se había acumulado vapor. Entonces, junto a la pila del baño, Lara distinguió la caja de condones que habían utilizado. Era violeta, de Durex, y con la indicación «sin látex». Frunció el ceño, extrañada. Se enjuagó los dientes y preguntó.

—¿Por qué tienes condones sin látex?

—Ehm... —Tragó saliva, incómodo—. Mi ex es alérgica al látex. Los usaba con ella.

—Ah.

Fue una de esas veces en las que lo único que te impide enfadarte es saber que no tienes derecho a reprochar nada. ¿Qué iba a decirle? «No me gusta encontrar pistas tangibles de que has follado con otras chicas. Pero, si lo has hecho, por lo menos no recicles sus condones conmigo. Me da la sensación de que estoy usando algo que no es mío, y no me refiero solo al profiláctico». Pero, al fin y al cabo, eran los condones que él compró. Los que tenía en casa cuando decidieron acostarse juntos, de los que Lara carecía porque tomaba la píldora. Se convenció a sí misma de que solo se trataba de una cuestión de orgullo.

—¿Lara? —inquirió Víctor, cuando ella no dijo nada.

—Sí. Te espero en la habitación.

—Vale.

Se fue al dormitorio, donde pensó.

En su cabeza Víctor no tenía ninguna exnovia. Se preguntó cómo habría sido y la imaginó rubia, de ojos verdes. La imaginó con las mejillas besadas por el sol, comiendo despacio. Seguro que era delicada e inteligente, aunque se asustara con facilidad. Seguro que le caía genial a la familia de Víctor y tenía una sonrisa preciosa, como la de una niña. Y seguro que se habían querido muchísimo.

Quizá todavía se querían, pensó. Quizá terminaron porque ella se fue a estudiar al extranjero, no porque no se amaran. Un día volvería a buscarle y él, en el fondo, la estaría esperando. La abrazaría en el aeropuerto o se la encontraría un día en el tren. Le invadirían los recuerdos y se olvidaría de su vecina, la chica con la que intentó olvidar al amor de su vida.

Lara se tumbó en la cama, dándole la espalda al otro extremo y apagando la luz principal. No obstante, dejó encendida la lamparita de la mesita para que Víctor la encontrara. De hecho, ella pensó que lo haría: algún día la encontraría por la calle, o volverían a coincidir en un rellano. Él estaría acompañado de sus hijos, rubios como la madre, y la saludaría con una sonrisa. Esa sonrisa sería la prueba de que ella nunca le importó, que fue una tiritita. Porque no existen reencuentros cordiales cuando te cruzas con alguien que te ardió en las entrañas.

Trató de encontrar en su interior aquella idea de que Víctor no dolería, pero ya no estaba. Era un recuerdo, del mismo modo en el que lo eran las palabras de Alex la última vez que se vieron: «Crees que otro tío te pondrá las cosas más fáciles, pero no te conocen como yo. Lo que tenemos no sucederá dos veces. Cualquier tío con el que te cruces ya tendrá a otra que signifique para él lo que tú significas para mí. Solo queremos una vez en la vida, y si te vas es que no mereces ninguna».

Víctor se tumbó a su lado despacio, comprobando que no estuviera dormida. Se abrazó a la espalda que Lara le daba y se la besó, dulce.

—Perdona —susurró.

—No pasa nada. —Aceptó su mano, mirando cómo estas se entrelazaban sobre el colchón—. Está todo bien, de verdad.

—No volveré a usarlos contigo. Es que... no lo pensé. Mañana compraré otros, te lo prometo.

—No hace falta —mintió—. No estoy enfadada, solo me está entrando sueño. Son casi las tres.

—¿Seguro? Porque me parece que te estoy oyendo pensar.

—Es que... —Cerró los ojos, imaginando que él no la estaba escuchando decir aquello—. Me he encontrado contigo y me gustas mucho, pero creo que no estoy preparada para tener algo con alguien. Tengo la sensación de que en el momento en el que las cosas se tuerzan mínimamente me joderás muy fuerte.

Víctor la miró, aunque en aquella postura no pudiera verle la cara. Con calma, tomó uno de sus mechones y lo acarició. Adoraba su pelo.

—¿Tú quieres tener algo conmigo?

—Sí, claro. Pero me da miedo pensar demasiado y hacerme daño.

—Si compartes conmigo lo que sea que pienses no dejaré que te hagas daño. Si dudas de algo y me preguntas, yo te respondo. Si lo hablamos todo duele mucho menos, Lara —dijo—. No tengo ni idea de a qué estamos tratando de llegar juntos, pero quiero que funcione. Me das paz.

Lara respiró profundamente. A Alex nunca le pareció coherente hablar de lo que se siente. Decía que esas cosas no pueden expresarse, pero no es cierto. El problema es que no nos han enseñado a hacerlo. No nos han imprimido un vocabulario de sentimientos para tenerlo a mano en las conversaciones importantes, no siempre nos han sido sinceros sin hacernos daño. No nos han dado suficientes espacios seguros para expresarnos ni nos han tocado cuando temblábamos.

Temblamos solos, pensamos solos, hablamos solos. Muchas cosas se tuvieron que decir y no se dijeron, de modo que nos persiguen. Y no lo hacen porque quieran perturbarnos o castigarnos, sino porque quieren que recordemos que, la próxima vez, tenemos derecho a expresarnos.

No regresé a mi casa hasta el sábado por la mañana. Le había comentado a mi madre que Elia no se encontraba bien y que nos quedaríamos en casa de los chicos para que se animara y le pareció correcto, aunque no porque fuera una madre comprensiva y valorara la amistad. Más bien porque desde que yo era pequeña decidió que era más fácil dejarme ir por mi cuenta que pedirme explicaciones de lo que hacía.

Cuando entré en casa no estaba, de modo que supuse que habría salido a tomar café con alguna amiga para aprovechar el fin de semana. Me distraje hasta la hora de comer poniendo lavadoras y recolocando de nuevo todos mis productos de aseo en el baño. Estaba colgando la ropa en el tendedero del jardín para que se secara cuando oí el teléfono fijo.

—¿Sí? —contesté, llegando casi al último tono.

—Hola, Paula, cariño. Soy Lidia. ¿Está tu padre? Es que no me responde al móvil.

—¿Mi padre? —fruncí el ceño.

—Sí. ¿No está? Me dijo que este fin de semana iría a verte.

Tomé aire y lo comprendí. No, mi madre no había salido a tomar ningún café y mi padre no había venido a Barcelona para visitarme a mí. Me humedecí los labios y me quedé en blanco. Menos mal, porque si me hubiera pillado en un mal día le habría respondido que seguramente no le cogía las llamadas porque se estaba follando a mi madre en un hotel.

—Ha salido.

—Vaya, vale. Volveré a llamarle más tarde. Un beso.

—Adiós. —Y colgué.

Dejé el teléfono a mala gana, cabreándome por segundos. Pensé que mis padres eran unos hipócritas y en lo jodido que es el amor, que te convierte en un ser despreciable incluso para la persona a la que le diste la vida. Bueno, amor...

Me molestó tanto que le estuve dando vueltas al mismo asunto por horas, sola en casa y caminando de una punta a otra mientras me hinchaba a cerezas. Al final, me di una ducha y decidí largarme. El porqué de mi decisión de ir a casa de Cristian y no al piso de los chicos sigue siendo un misterio.

Cuando me abrió la puerta eran casi las ocho, y estaba guapísimo. Llevaba unos vaqueros básicos y una camiseta blanca todavía más básica, pero estaba para desatarle el cinturón y chupársela en el porche. Sin embargo, cuando me abrió la puerta fue evidente que debería de haber llamado antes de presentarme en su casa. La segunda cerveza que sujetaba no era para mí y, por más que nuestra relación se basara en disfrutar sin dar ni recibir explicaciones, iba a joderme más el día si me decía que le había pillado justo a tiempo de empalmarse para correrse con otra tía.

—¿Qué haces aquí?

—¿Te pillo ocupado?

—¡Lo encontré! —Un chico salió de la cocina, alzando un abridor. Cuando me vio, alzó las cejas y sonrió—. Hostia, hola.

—Ella es Paula, una amiga.

—Encantado. —Se acercó para darme dos besos—. Soy Iván.

Era el mismo chico con el que había visto a Cristian salir del vestuario en el polideportivo.

Fue claramente tranquilizador comprender que se trataba de un amigo y no de una mujer con las tetas al aire.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó Cristian, cerrando la puerta.

Asentí y se metió en la cocina a por otro botellín. Mientras, Iván me puso la mano en lo bajo de la espalda y me incitó a entrar en el salón. Dejé el bolso en la mesa y me senté en el sofá. Él lo hizo a mi lado, abriendo los dos botellines de cerveza. Me tendió uno y, cuando Cristian regresó con el tercero, se lo abrió para él y tomó asiento en el sillón, frente a nosotros.

Iván tenía la edad de Cristian y era casi igual de alto. Habían crecido juntos en el mismo pueblo de costa y también era atractivo, pero... bueno, es que Cristian opacaba todo lo demás. Lo hizo incluso echado en aquel sillón sin decir nada, escuchándonos hablar como si presenciar de cerca la forma que su amigo tenía de ligar le resultara curioso. Y a mí Iván, con su rostro cuadrado y sus mechones un poco rizados, me cayó bien.

—No es en serio —me reía al cabo de una hora, con los pies descalzos sobre el sofá.

—Es muy en serio —insistía él, relatándome la vez que los padres de Cristian pensaron que ellos dos se habían acostado juntos—. Claro, nos encontraron casi desnudos en la cama de este, llenos de chupetones y revolcados como perros. ¿Qué iban a pensar? No podíamos contarles que nos habíamos escapado para salir de fiesta y que, al regresar, íbamos tan bebidos que ni nos veíamos. Pobres, con lo conservadores que son...

Alcé las cejas y, aunque apreté los labios para evitarlo, terminé carcajeándome mientras le miraba.

—¿Conservadores? Pero Cristian, ¿tus padres te han visto alguna vez?

No contestó, apoyando el botellín en su muslo con un ligero aire de desinterés. Lo cierto es que la conversación se estaba haciendo un poco larga.

—Los tiene engañados. Eso sí, la hermana ha salido igualita a él. Cuando no están sus padres son dos osados.

Volví a mirarle.

—¿Tienes una hermana?

—Se llama Andrea.

—Sí, sí, Andreita —siguió Iván, tras un trago. Supongo que empezaba a tener la boca seca—. ¡Tiene dieciséis años y hace los aros perfectos con un canuto!

Cristian hizo una mueca de desagrado, dejando el botellín vacío sobre la mesa de centro. Se levantó y se alejó en dirección al pasillo.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Tengo hambre. Como este siga hablando no cenamos.

Sonreí y le perdí de vista. Entonces me giré hacia Iván, que bebía un poco más.

—Me adora —sentenció.

—Ya se nota.

No tardó en dejar el botellín junto al de la mesa e irse al baño. Entonces me levanté y fui a la cocina, donde Cristian estaba encendiendo el fuego.

—Perdona por haber venido sin avisar —le dije, paseando los dedos por su espalda para acariciársela.

—No pasa nada, solo llama la próxima vez.

Metió un par de sándwiches en la sartén y la tapó para que se derritiera el queso. Le besé el hombro y miré cómo les daba la vuelta.

—Estaba ligando contigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí, curiosa—. ¿Alguna vez has hecho un trío?

Aquella pregunta tan indiscreta le arrancó una sonrisa que ni él quería. Negó con la cabeza, como si yo fuera impredecible, y me tendió un pedazo de sándwich. Trepé a la encimera para sentarme y pegarle el primer mordisco.

—Pero ¿lo has hecho o no?

—Sí, una vez.

—¿Con chico o chicas?

—Chicas.

—¿Y cómo fue?

—Horrible.

Lo dijo tan en serio que me reí, teniendo que recoger un pedazo de jamón que casi se me escurre. Tragué y me tendió un vaso de agua. Le di las gracias y continué, mientras él se acercaba a la boca el otro pedazo de sándwich.

—¿Por qué dices eso? Pensaba que para todos los tíos era un sueño montárselo con más de una tía a la vez.

—Ya, eso pensaba yo también, por eso dejé que dos extranjeras me metieran en su cama. Ni siquiera las entendía cuando hablaban, y me faltaban manos. Me sentí muy inútil. Nunca más, lo de los tríos no es lo mío.

—¿Podemos considerarlo tu peor experiencia sexual?

Hizo una mueca, planteándose. Pero negó con la cabeza.

—No. En una fiesta me metí en el baño con una chica que la chupaba fatal. Bueno, chupar... más bien arañaba con los dientes y los anillos. Espantoso.

Puse cara de horror, riéndome.

—No te rías —sonrió, dándome un golpecito.

—¿Por qué no se lo dijiste?

—Porque iba tan borracho que no sé ni cómo se me puso dura.

Respondí con un gesto, dándole otro mordisco al sándwich.

—Te toca.

—¿Mi peor experiencia sexual? —me señalé, alzando las cejas—. Ni de coña, es demasiado vergonzoso.

—Oh, venga ya —insistió, divertido.

Me mordí la mejilla por dentro y cedí.

—Vale, fue en un coche. En los asientos de atrás de un coche.

—¿Cómo conmigo?

—No, como contigo no —aseguré—. Se la estaba chupando y no, no usé los dientes como tu amiga. El problema fue que, cuando se corrió, empujó mi cabeza para hacerlo en mi boca. No lo vi venir, ninguno calculó bien y me atraganté, me aparté y acabó corriéndose en mi cara, en mi pelo... todo, y fue muy desagradable porque no me apetecía nada que lo hiciera. Tuve que meter la cabeza debajo de una fuente antes de llegar a casa, y era otoño. —Alcé un par de dedos—. Dos años sin volver a atreverme a hacer una mamada.

—Buf... Deberías de habérsela mordido —sentenció, todavía con aquella media sonrisa que me ponía tonta. Incluso contando lo que estaba contando, pensé en chupársela. Qué puto, qué guapo.

Alargué la mano para acariciarle la mejilla y se acercó. Cristian me encantaba, de modo que le hice carita para que me diera un beso. Sonrió y se inclinó hacia mi boca. Sus labios marcaron los míos, mimosos hasta que Iván apareció por el arco, guardándose el móvil. Al vernos besándonos soltó una carcajada.

—Me parece que se os quema eso —indicó.

Cristian se apartó para voltear los sándwiches que seguían en la sartén y yo le di otro mordisco al mío. Iván se apoyó en la encimera.

—Me ha llamado Rodri. Quiere salir a tomar algo esta noche, con los demás.

—Mmh... Paso.

—Tío, no seas así.

—Estoy cansado. Yo trabajo, ¿sabes? —contestó, tendiéndole otro sándwich.

—Que no te oiga el Cristian de diecisiete años —se quejó, y tras el primer bocado me miró—. ¿Y tú, Paula? ¿Te apetece venir a tomar unas copas con unos amigos?

—No creo. Es que no los conozco.

—Pero si son majísimos, no te preocupes.

—Bueno, es que...

—Que sí, no seas tonta. Venga, acábate eso que salimos.

Ni siquiera creo que pudiera haber dicho nada más. Me lo quedé mirando casi con el ceño fruncido, dudando de haber sido demasiado educada al decir que no, porque para mí aquello había sido un no. ¿No?

Capítulo 20

REHACERSE

Elia tenía la sensación de que se había fallado a sí misma. Había construido toda su vida encima de unos pilares claros y creía en el efecto dominó. Si algo caía, ¿qué salvaría al resto? Lo pensaba tanto que apenas podía prestarle atención a la conversación que su familia mantenía en la mesa.

Removía el plato de la cena sin hambre, mirando a sus padres. Ni siquiera les había contado lo que le había dicho la doctora porque le daba miedo que ellos también la dieran por desahuciada. Ellos, que siempre hablaban de lo bonito y fundamental que es engendrar. Ellos, que siempre la habían ilusionado con la idea de ser madre, desde niña. Y ahora no podía ni mirar las fotos de su infancia porque si lo hacía se daba pena a sí misma.

Se sentía menos mujer que el resto, menos apta. Ya nunca viviría la escena que tantas veces había imaginado, en la que vería un predictor con dos rayitas y se emocionaría. Ya nunca le diría a su madre: «Mamá, tengo que decirte algo. Estoy embarazada». No sentiría amor mientras le hacían una ecografía. No escogería la ropa de su hija, ni la de su hijo. No escucharía aquello de «Elia, tiene tus ojos». No organizaría una fiesta de cumpleaños ni hablaría con las otras madres de nutrición. No iría a las puertas abiertas de los colegios. No hablaría con ninguna profesora acerca de ningún progreso. No aconsejaría a sus hijos cuando se enamoraran, ni se sentaría en las gradas del polideportivo reservadas para las madres. Cuando alguien le preguntara «¿y a ti, Elia? ¿No te llama la maternidad?» querría morirse.

A ratos la pena incluso se mezclaba con el miedo. La aterraba pensar que, si llegado el momento yo llegaba a ser madre, no podría controlar la envidia y dejaríamos de ser amigas. O lo mismo le ocurriría con su hermana pequeña. Se convertiría en un monstruo, pensó, en un monstruo estéril y solo que nadie querría tener cerca. El reflejo de un insoportable deseo frustrado.

A pesar de ello, después de cenar intentó despejarse y salió a dar una vuelta nocturna con Diego. Ahora que había llegado el verano era agradable pasear y recibir la brisa fresca y a la vez calurosa, sujeta de la mano de su novio. Y pensó que contárselo era el primer paso para aceptarlo.

—Oye, Diego... —empezó, paseando.

—¿Mmh?

—Fui a la ginecóloga. ¿Te acuerdas?

A Diego se le heló la sangre. Mierda, Elia tenía cara de decir algo importante. En una milésima de segundo trató de recordar todos sus encuentros sexuales. Lo cierto es que no habían sido muchos, pero recordaba haber utilizado condón en todos. Si le decía que estaba embarazada

iba a desmayarse.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Es que... me dijo algo que me pareció triste. ¿Puedo contártelo?

Frunció el ceño, atento. Asintió, parándose en aquella esquina poco transitada.

—Me dijo que soy... diferente. No cree que pueda quedarme embarazada —le explicó, evitando utilizar el término «malformación uterina».

—Ah —se sorprendió—. Joder, yo... No sé qué decir.

—Solo quería contártelo.

—Claro, vale. Seguro que le has estado dando muchas vueltas.

—Ni te lo imaginas. De hecho, me siento muy rara. Siempre me he imaginado siendo madre y ahora no sé si soy yo.

—Oye, claro que eres tú. Eres tú dándole demasiadas vueltas a las cosas, como siempre. No esperaría menos de ti.

—Pero... ¿a ti no te importa? Quiero decir que... Bueno, lo de tener hijos biológicos no... Que, a ver, también se puede adoptar, pero...

Diego se frotó el cuello, empezando a sentirse incómodo.

—Elia..., no sabemos qué pasará en un futuro.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora estamos juntos y, vale, estamos a gusto. Soy feliz contigo y eres feliz conmigo. Si las cosas siguen funcionando dentro de unos años no te dejaré por no poder tener hijos biológicos, pero me parece un poco agobiante hablar ahora de adopción y esas mierdas.

Elia frunció el ceño, confundida. Solo necesitaba seguir viendo un futuro con Diego, que la ayudara a proyectarlo. Sin embargo, no fue el caso y, aun sabiendo que él tenía parte de razón, se sintió decepcionada.

—Pero es que yo... necesito que lo hablemos.

—Ya, y lo entiendo. Pero no comprendo qué pretendes que te diga.

—Nada, solo necesito...

—Que te pinte las cosas de colores, ¿no? —la interrumpió, agobiado—. Quieres que te diga que todo serán arcoíris y unicornios, aunque no puedas quedarte embarazada. Claro que sí, Elia, hay más cosas además de la maternidad.

—¿Tú no quieres ser padre?

—Pues no lo sé, la verdad. Supongo que sí, pero si llegado el momento me hubieras dicho que no, no me habría importado.

Ella alzó las cejas. Siempre pensó que los príncipes azules desean tener hijos.

—Sinceramente, Elia, creo que estás frustrada. Creo que has despertado abruptamente de una fantasía y pretendes que yo te dé otra meta vital a la que aferrarte, pero hay cosas que se deciden sobre la marcha. La doctora te ha dicho que no podrás quedarte embarazada. Vale, ya me lo has contado. Es lo que tenías que hacer, pero no tenemos que decidir el futuro ahora.

—No es real, ¿verdad? —Le miró de nuevo a los ojos, como si acabara de darse cuenta—. La idea que tengo de nosotros. Tenemos una relación estable, pero no hay futuro. Solo es una idea con la que he estado fantaseando.

—Te estás yendo del tema, Elia.

—¡A la mierda, Diego! —alzó la voz, echándose atrás—. Estoy jodida, y si me conocieras tanto como dices tendrías que saberlo. Te estoy diciendo que no puedo ser madre y te da absolutamente igual, ¿a que sí? Ya cargará con el problema el tío que venga después de ti, porque bajo la superficie no te has comprometido ni un poco conmigo. Podría ser yo como

podría ser cualquier otra.

—¿Te das cuenta de lo injusta que estás siendo? ¿Qué quieres que te diga? ¿Eh? ¿Qué quieres que te diga, Elia?

—¡Pensaba que esto era un tema que nos afectaría a los dos! Esperaba algo más que un «¿y qué quieres que te diga?».

—No es culpa mía que tengas unas expectativas tan altas.

—¡Siempre he compartido mis expectativas contigo! Y siempre me has hecho creer que podrías satisfacerlas, que querías lo mismo.

—Pues siento decepcionarte, pero yo no puedo prometer que vaya a quererte para siempre. ¡Nadie puede prometer eso! Y no voy a seguir discutiendo contigo en medio de la calle, porque estás histérica y nos está mirando todo el mundo.

Elia bajó la vista al suelo, triste. Ni siquiera tuvo la necesidad de comprobar cuántas personas los miraban, no pudo hacer más que sentirse estafada. Porque había creído en su relación con Diego, pero sin hijos y sin la certeza de que él la quería del todo... ¿realmente le quería de vuelta? ¿Le amaba a él, con sus virtudes y defectos, o solamente a la idea de futuro en la que había creído que Diego encajaría?

—Elia —tiró de ella para que caminara.

—No, espera —le paró. Se miraron—. Creo que voy a necesitar un tiempo para mí, un tiempo separados.

Diego se quedó de piedra.

—¿Perdona?

—Es que estoy pasando por un momento complicado. Me siento muy perdida y necesito encontrarme sin buscarme en ti.

—¿Qué estás diciendo? No tiene sentido.

—Para mí sí lo tiene.

—¿Estás rompiendo conmigo?

—Por el momento —afirmó, y se tocó la sien—. Tengo que arreglar cosas aquí. ¿Lo entiendes?

Diego arqueó las cejas, perdiendo la paciencia. Pensó en lo irritante que era que Elia tuviera una versión tan infantil y poco realista de la vida.

—No, por supuesto que no lo entiendo. Pero haz lo que te dé la gana, ya se verá si cuando quieras volver yo sigo estando en el mismo lugar.

—Bien —asintió, irritada por el último comentario.

Después se marchó calle abajo, dándole la espalda y perdiéndose entre la gente. Había sido la ruptura más inesperada y confusa de su vida. No obstante, dentro de su pecho latía una gran intención: aferrarse a algo nuevo que naciera y dependiera únicamente de ella.

El marido de Silvia, la mujer con la que Sam se acostaba, era documentalista y viajaba con regularidad. Aquel fin de semana se marchó a Sevilla y ella invitó a su amante a casa, aprovechando que su hijo dormía en la de un amigo.

No era la primera noche que su aventura profanaba aquellas paredes. Otras veces Silvia había dejado a Nicolás con sus abuelos para tirar a Sam a la cama y treparle encima, aunque aquel sábado se lo montaron en la mesa. Ella se tendió, apartando los platos de la cena, y él se hizo hueco entre sus piernas desenvolviendo el condón antes de hundirse en su cuerpo.

Duro, sexual y natural. Silvia consideraba que si hubiera conocido a Sam en el instituto la

habría arruinado. Seguro que se hubiera enamorado de él hasta las trancas, con esa debilidad que siempre le han provocado los chicos que la hacen reír y no buscan comprometerse. Y para colmo Sam era atractivo a rabiar, como una lluvia de fuegos artificiales en la playa. Delgado pero fuerte; con la mirada intensa y los mechones revueltos, embistiéndola entre jadeos de gusto.

Cuando terminaron, Silvia se acomodó en el sofá y se encendió un cigarrillo, satisfecha. Recordó que su marido no la dejaba fumar y sonrió, dando otra calada. Por su parte, Sam se ató los vaqueros y alcanzó su móvil. Tenía un mensaje de Elia, de doce minutos atrás. «¿Me puedes venir a buscar? Porfiii. Estoy tirada».

—Silvia, me piro. —Se inclinó y le besó la cabeza para despedirse.

—¿Qué? ¿Ahora? Pensé que te quedarías a dormir.

—Tengo que pasar por casa de mis padres. —Y no era mentira—. Se han ido de vacaciones y tengo que ponerles comida a los gatos.

—Espero que te hayan dejado propina —se rio.

Sam fue al baño y trató de quitarse el olor a sexo, aunque tenía la sensación de que Elia lo olería incluso a kilómetros de distancia. Después tomó sus llaves y salió del edificio, caminando hacia donde había aparcado.

Condujo en dirección a la ubicación que le había mandado y la distinguió sentada en el banco de una plaza, de brazos cruzados y con cara de pensamiento. Cuando vio el coche de Sam, se levantó y se subió. Él siguió conduciendo.

—Has tardado mucho.

—Perdón, es que unos italianos querían que los llevara al aeropuerto —ironizó—. ¿Qué te crees que soy? ¿Un taxi? Si te cobrara la gasolina de todos los viajes que me he tragado para recogerte me podría comprar un Maserati.

Elia sonrió, respondiéndole con una mirada. Después se puso el cinturón y se acomodó en el asiento.

—He roto con Diego.

—Espera, ¿qué has dicho?! —se emocionó—. Repítelo.

—¡He roto con Diego! —alzó la voz, y cuando lo hizo les entró la risa—. ¿Qué? ¿Ya estás contento?

—¿Primero Catalina y ahora Diego? Estoy viviendo un sueño. Cuéntame más.

—Mmh, no. Tampoco voy a darte tanto placer. —Toqueteó los botones—. Prefiero poner un poco de música.

—Adelante, *princess*.

Dejó puesto el disco de The Stereophonics y sonó *Indian Summer*, canción que canturrearon durante el trayecto, superando todas las luces de la ciudad hasta la urbanización en la que vivían los padres de Sam.

Lo cierto es que la casa era grande. Abrieron la verja y aparcaron frente a la entrada del garaje. Bajaron del coche y, de camino a las escaleras que llevaban al interior, Elia vislumbró el agua.

—Joder, Sam. No me acordaba de que tenías piscina.

—¿Quieres darte un baño?

—¿Puedo?

—Claro, joder. Hace un calor de la hostia. —Giró la llave en el paño—. Igual yo también me doy un chapuzón.

—¿Me dejas un bañador?

—Claro, nena —se rio, entrando—. ¿De qué color lo quieres? ¿Naranja o azul?

—¿Es en serio?

—Por supuesto que no, esto no es Tezenis. Como mucho puedo ofrecerte un bañador mío, pero la parte de arriba te la tendrás que inventar.

Llegaron al salón y Elia agarró uno de los cojines del sofá para lanzárselo a la cabeza. Él lo alcanzó en el aire.

—Tú lo que quieres es verme las tetas —replicó, divertida.

—Dios, sí. —Fingió un gemido de anticipación—. Quiero comprobar si son tan pequeñas como me las imagino.

—Qué tonto eres. ¿No puedes dejarme algo de tu madre?

—¿Quieres ponerte un bikini de mi madre? Qué guarrada. —Le lanzó el cojín.

Brownie y Mozzarella los miraron, acurrucados en el sillón. Y sí, aquel sillón era solo para ellos y Mirta atinaba a todo aquel que tratara de ocuparlo. A veces, Sam pensaba que su madre lo tuvo porque todavía no había caído en la cuenta de que podía tener gatos.

Les echó una lata de comida a cada uno y estos se acercaron golosos a los cuencos. Después se aseguró de que tuvieran suficiente agua en el dispensador, ordenó rápidamente la cocina y volvió al salón, donde Elia les sacaba fotos con el móvil a las fotos que Mirta y Carlos tenían de Sam de pequeño.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Hay o no hay bañito?

—Mmh... ¿hay o no hay bañador?

—No me jodas, Elia, que te he visto en bragas mil veces.

—Ayyy, vale. Vamos.

Sam cogió un par de toallas y bajaron a la piscina. Las dejó en una hamaca y se quitó la ropa con total naturalidad. Elia pensó que tenía razón: se habían visto en ropa interior infinidad de veces, especialmente en el piso de los chicos, pero no a solas. De pronto se le hizo extraño y se detuvo a apreciar su cuerpo.

—Eres mono. Es una lástima que seas tan cerdo —pensó, e inclinó la cabeza al tiempo que él se acercaba a la piscina—. Se te notan un poco los abdominales. ¿Es de delgado o por el baloncesto?

—Es de follar. ¿Vienes o qué, pesada?

—Tú primero, que igual está fría.

Era una excusa. Quería desnudarse cuando Sam no estuviera mirando, distraído en el agua. Y le vio hundirse despacio, sin llegar a sumergir la cabeza. Se apartó un poco de la escalera y se volvió para mirarla.

—No está fría. ¿Quieres que me dé la vuelta o vas a dejar de tener diez años?

Elia le levantó el dedo índice, quitándose las sandalias. Después se bajó los *shorts* y se desprendió del top de finas rayas rosadas y amarillas, quedándose con un conjunto de ropa interior del color de la lavanda. Se encaminó hasta la escalera y bajó despacio, vigilando que Sam no le mirara el culo. Se dejó hundir en el agua y se sintió refrescada, ayudándose de los brazos para nadar.

—Qué gustito... —se mecía.

—Ya ves. Estoy empezando a pensar que no debería haberme ido de casa de mis padres.

—No, estás mejor así. Si no te hubieras independizado tu complejo de Peter Pan sería más indiscreto.

—Oye, ¿y qué hay de tu complejo de princesa Disney?

—Está frustrado. Las princesas pueden tener hijos.

Sam hizo una mueca que rozó el enfado.

—No digas eso, pedazo de estúpida. Te martirizas aposta.

—Lo digo en voz alta porque estoy intentando mentalizarme.

—¿Por eso has roto con Diego? ¿Se lo has contado?

Entonces la que hizo una mueca fue ella.

—No me apetece hablar del tema.

—O sea, que sí.

—Es que ahora no sé si quiero lo mismo. Me he estado alimentando de una idea que ya no es posible y necesito... rehacerme.

Rehacernos, qué tarea de mierda. Nos jode rehacer un trabajo que se nos ha borrado por un problema informático y pretendemos rehacernos a nosotros mismos, como si fuéramos fáciles. De todos modos, Elia tenía claro su propósito de encontrar un nuevo rumbo, y necesitaba espacio para poder moverse bien durante la búsqueda.

Mientras, yo miraba a Iván apoyada en el mueble de la entrada. Hablaba por teléfono con aquel tal Rodrigo, que estaba llegando con el coche para recogerle. Solo a él, porque yo ya había decidido que no saldría con ellos.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —Y esperé que fuera la última vez que insistiera.

—Otro día —le sonreí.

—Ahg, está bien. ¿Quieres que te acerquemos en coche a alguna parte?

—No, no te preocupes.

Asintió. Se inclinó para besarme la frente y se marchó. Yo cerré la puerta y miré en dirección a las escaleras, por las que Cristian había desaparecido media hora antes para acostarse. ¿Es normal que me pusiera cachonda hasta el hecho de que estuviera cansado de currar? Mierda, es que ese tío era ilegal.

Subí a su dormitorio. Las luces estaban apagadas, pero distinguí su cuerpo entre las sábanas. Me quité los zapatos; me bajé la falda y me retiré la camiseta. Eché el sujetador a un lado y me perdí por su colchón, que cedió a mi peso.

Fue aquel cede lo que le despertó, confundido.

—¿Paula?

—Hola —susurré, y de pronto me sentí una intrusa—. ¿Me voy?

—¿No te has ido con Iván?

—No me apetecía. Se acaba de ir.

—Estoy agotado. No creo que se me levante, nena.

Aquel comentario, con su voz somnolienta, me hizo reír.

—Eres idiota. He subido a dormir contigo.

—Ah, ¿no quieres tema?

—No —seguí riéndome, arrastrándome hasta su pecho—. Duerme tranquilo.

Me rodeó con un brazo y apoyó el mentón en mi cabeza, aspirando de mis mechones. El ritmo de su respiración no tardó en ralentizarse, evidenciando que había vuelto a caer en brazos de Morfeo.

Yo no pude hacerlo tan pronto, cayendo en la cuenta de que realmente había regresado sin intención de que tuviéramos sexo. Solo quería dormir con él, estar cerca y coger un poco de su olor. Lo demás era secundario.

Fue un acto genuino e inaudito para todo aquel que me conozca. No obstante, sirvió para darme cuenta de que la necesidad que tenía por él también podía saciarse sin sentirle dentro de mí, solo compartiendo espacios y aire.

Y era tan tiernamente peligroso...

Capítulo 21

LA MAÑANA SIGUIENTE

El domingo Lara se levantó más temprano de lo que solía. Se dio una ducha y bajó a la panadería del barrio para comprar *croissants* de chocolate. Cuando regresó al edificio, llamó al timbre de Víctor. Este le abrió la puerta sujetando una tostada con mermelada, mordisqueando. Sonrió.

—Hola, cariño. ¿Ya estás desayunando? He traído *croissants*. —Y alzó un poco la voz para que se oyera en el interior—. También para Sam.

—No está —se rio—. Me ha escrito esta mañana. Anoche fue con Elia a casa de sus padres y se quedaron dormidos en las hamacas del jardín. Dice que ya llegará, que tiene que encontrar una farmacia para comprar *after sun*.

Lara también se rio, mostrándole la bolsa de la panadería.

—Entonces, ¿compartimos el suyo?

—Mmh. —Esperó un segundo para tragar otro bocado—. Ha venido mi hermana. Estamos desayunando en la terraza.

—Ah —bajó la bolsa, sin querer molestar—. Vuelvo más tarde.

—No, no. Pasa —la animó, apartándose para que entrara.

Cuando Lara se asomó y vio a Marie sentada en la mesa de teca, ella ya parecía conocerla de algo. Por lo contrario, Lara se sorprendió: Marie no era lo que hubiera esperado de la hermana de alguien como Víctor.

Era preciosa, claro, y tenía los ojos del mismo azul que su hermano. Sin embargo, fumaba Lucky Strike y tenía los brazos cubiertos de tatuajes minimalistas. Llevaba tropecientos anillos y un juego de dos collares. Su cabello, liso pero voluptuoso, adornaba su rostro de la misma forma en que lo hacía el lápiz de ojos, un poco corrido. Parecía que sí, había ido a casa de los chicos para desayunar, pero después de una larga noche de fiesta. Ni siquiera llevaba su ropa, solo las braguitas y una camiseta de Víctor.

—Me ha dicho que pintas, ¿es en serio? —preguntó, untándose la tostada.

—Sí. —Aceptó el vaso de zumo de naranja que él le tendía, aclimatándose a la situación—. Estudio Bellas Artes.

—¡Uy! Tienes que traérsela a mamá, le va a encantar —saltó Marie, mirando a su hermano. Pronto volvió a dirigirse a ella—. ¿Sabes? Nuestra madre andaba desesperada para que algún hijo le saliera con alma de artista. Cada Navidad nos caían tropecientos lienzos y pinturas para ver si había suerte, pero al final ganó mi padre.

—Sí, Víctor me lo contó —sonrió—. A Arquitectura los tres.

—Pero ¿te ha contado que él sí pintaba? Por eso es el favorito de mi madre.

Lara alzó las cejas y se giró hacia Víctor, gratamente sorprendida. Él hizo una mueca,

aprovechando la disposición de su silla para tomar un poco de sol.

—¿Pintas?

—Pintaba —aclaró—. ¿Sabes los niños que se untan las manos con pintura y las echan sobre un lienzo en blanco? Pues eso.

—¡¿Qué dices?! Pero si dibujas genial —protestó Marie—. Lara, no le hagas ni caso. La mitad de los tatuajes que llevo son dibujos suyos. Y una vez, de pequeño, me regaló un cuaderno enorme en el que pintó nuestra propia versión de *¿Dónde está Wally?* Lo hizo porque yo estaba triste por saberme de memoria todos los escondites de los libros de verdad. Por Dios, ¡la de horas que tuviste que tardar en hacer eso! Luego empezó a follar y dejó de ser cariñoso conmigo.

—En Arquitectura también se dibuja. Lo que hace Lara es diferente, Marie. Sus cuadros son preciosos —contestó, y a Lara le brillaron los ojitos.

—¿Puedo verlos? —pidió vehementemente—. Porfa.

—Dile que no. Es una pesada.

—Claro que sí —asintió, contenta—. Lo que pasa es que mi casa está hecha un desastre. Terminé las entregas finales hace poco y...

—Ah, no, no, me da igual. Enséñame algún cuadro, porfa. Vamos, vamos.

Marie se levantó. Se metió lo poco que le quedaba de tostada en la boca y caminó hacia la puerta, sin molestarse en ponerse unos vaqueros. Víctor alzó la mirada al cielo con resignación y Lara le dedicó una sonrisa.

Las sábanas olían a suavizante, pero no a mí. Y los tonos rústicos de la habitación de Cristian no se semejaban a las tonalidades blanquecinas de mi dormitorio. Sin embargo, no creo que fuera nada de eso lo que me despertó.

Lo hice casi confundida, recordando dónde estaba. Comprobé que había dejado manchada la almohada de rímel y resoplé, porque odiaba dormirme maquillada. Después me levanté y, como si estuviera en mi casa, alcé la persiana para que entrara la luz de la mañana. Mis ojos se acostumbraron a su presencia y me giré de nuevo en dirección a la cama, donde Cristian ya no estaba.

Hice una parada en el baño para asearme. Me froté los párpados con delicadeza para retirar el rímel corrido y, buscando algodón en un armarito, encontré un bote de agua micelar. Le di las gracias al cielo y terminé de limpiar el estropicio facial de un modo más apto. A continuación me peiné con los dedos y bajé a la cocina, de la que escapaba un rastro de aroma a café. Y descubrí que a Cristian le gustaba el café americano, sin una pizca de leche.

—Ahg. No sé cómo puedes beber eso —pensé.

—Buenos días, antipática.

—Buenos días. —Me acerqué, masajeándome el cuero cabelludo con una camiseta suya puesta. Se la había robado del armario—. Lo siento, te he manchado la almohada de rímel.

—No te preocupes.

Me mordí el labio, mirando a mi alrededor en busca de algo.

—¿Tienes Cola Cao?

A Cristian por poco se le escapa un poco de café al reírse. Apretó los labios con fuerza para impedirlo.

—¿Cola Cao?

—Sí, Cola Cao. Con sus grumos, su azúcar y su cacao desgrasado.

—Ahg. No sé cómo puedes beber eso —se burló.

—¿Tienes o no tienes? —me quejé, como una niña pequeña.

—No, nena.

Hice una mueca y abrí los armarios en busca de algo dulce, como todas aquellas que desayunan por vicio y no por apetito.

Cristian me miró, distraído por mi actitud y mi culo. Sonrió, acercándose despacio la taza a los labios. Esa sonrisita... No tuve más remedio que acercarme, sosteniéndole la mirada, y admito que fui poco sutil al llevar la mano a su paquete y palparlo por encima del pantalón. Le besé el cuello, mimosa.

—Mmh... —frunció el ceño, con una falsa expresión de duda—. Si me tocas así parece que quieras algo.

—Qué listo eres.

Emitió la risa más bonita que he oído de buena mañana. Genuina, sexi y hogareña. Después dejó la taza y metí las manos por debajo de su ropa, rodeando su amago de erección. No tardó en ponerse dura de verdad.

—Joder...

—Y Dios —añadió, en el mismo tono.

Me reí y bajé hasta ponerme de rodillas. En el proceso también arrastré su pantalón hacia abajo. Era de andar por casa y no había ropa interior, así que tomé su erección para acercármela. La lamí y, cuando la acogí en mi boca caliente, Cristian gimió. Le acaricié con la lengua y se mordió el labio inferior, apoyando la mano en mi cabeza.

Me aseguré de humedecerle por completo y succioné, excitada. Sin embargo, lo comprendí cuando detuve el movimiento de mi boca y le miré, a la espera: me gustaba rudo. Me gustaba que se hundiera hasta el fondo de mi garganta y se quedara allí por unos segundos antes de apartarse, y así lo hizo. Impulsó las caderas y se deslizó sobre mi lengua, gimiendo al comprobar que no me daban arcadas.

—Maldita sea, Paula... —Y así de fácil se nos olvidó ir despacio.

Sentí mis ojos humedecerse, así que los cerré. Nunca en mi vida había querido darle tanto placer a un hombre. Quería que lo disfrutara de verdad, que al cabo de un rato me pidiera que lo hiciera de nuevo. Así que volví a succionar mientras utilizaba la mano para el extremo que no llegaba a acoger en mi boca, entregada. Por su parte, Cristian empujó ligeramente un par de veces antes de enterrarse en el tope de mi garganta, pedirme que aguantara y retirarla empapada de mi saliva. Entonces la mano se me deslizó con mucha más facilidad y seguí succionando y lamiendo la punta.

—No pares...

No paré, claro. Fantaseaba con que se corriera en mi boca y pensara en ello cuando se tocara a solas. Quería que en sus fantasías hubiera mechones rubios y labios hinchados; mis huellas dactilares y el rastro de mi perfume. El color de mi piel, el peso de mis pechos, el calor de dos cuerpos. No era egoísmo, era equidad. Que amara a quien quisiera, me daba igual, pero que una parte de sus deseos sexuales fuera siempre mía.

No obstante, eso era demasiado para imaginar con alguien como Cristian, que había desordenado mechones de todos los colores. Ni siquiera me dejó terminar. En lugar de eso, se puso un condón, me echó bocabajo sobre la encimera y me penetró mientras yo pegaba la mejilla al mármol.

Lo hizo tan rápido que apenas recuerdo en qué momento me quitó las braguitas o si llegó a hacerlo, pero me corrí. Con su polla, con sus dedos, con su lengua, con sus tirones de pelo y sus gruñidos. Me corrí dos veces.

Elia y Sam hicieron una parada en Ikea. Para él, Ikea siempre ha sido y será un pedazo de Infierno que Satanás envió a la tierra por falta de espacio. Para Elia, la oportunidad de estar fresquita mientras paseaba por decorados que la hacían sentir como si estuviera en un plató de televisión.

Esperó a Sam sentada en una de las mesas del restaurante, ya que si este había accedido a entrar en semejantes almacenes era para desayunar. Por lo visto, se habían perdido por una autovía mientras ella se quejaba de hambre y Ikea fue lo primero que encontraron.

Cuando este apareció con la bandeja, Elia se apresuró a hincarle el diente a los panqueques mientras él ponía cara de asco al probar el café.

—Estás guapa así —pensó al cabo de un rato, mirándola.

Elia sabía a lo que se refería. La noche anterior se había mojado el cabello en la piscina y no solo no se lo había planchado, sino que lo había dejado secar al aire y echada en una hamaca. Ahora, sus mechones castaños lucían un poco más ondulados y salvajes de lo que solían. Tragó un sorbo de zumo y siguió cortando otro pedazo de panqueque.

—¿Dónde estuviste anoche? Antes de recogerme, digo. Es que olías a tía.

Sam puso los ojos en blanco, dándole otro sorbo al café.

—¿No vas a responderme? —Arqueó una ceja—. Estabas con la mami, ¿no?

—¿La mami? —se rio.

—Sí, la MILF.

—Ni siquiera sabes qué significa eso.

—Bueno, pero ¿estabas con ella?

—Sí, en su casa.

—¿Y su marido?

—Fuera.

—¿Y su hijo?

—No pregunté.

—Eres terrible.

—Y tú insoportable. Come y calla.

Pero Elia siguió mirándole con el ceño fruncido.

—¿Por qué te gusta? En serio, siempre has podido tener a la chica que quieras. ¿Por qué una mujer casada?

—Porque me la pone dura, y porque no tengo la necesidad de ir buscándole motivos, excusas y razones a todo.

—Razones y motivos es lo mismo.

—Estás quisquillosa, ¿eh?

—Solo te pido que tomes un poco de conciencia. Te lo digo como amiga, Sam. Tu filosofía puede hacer daño.

—Que sí... —arrastró la última vocal como un niño, uno que hace una promesa que no cumplirá—. Quisquillosa.

Elia puso los ojos en blanco y siguió desayunando.

Mientras, Lara le enseñaba algunos cuadros a Marie. En concreto le mostraba una colección de paisajes que había terminado recientemente, siendo cada uno de estos representante del sentimiento que los nombraba.

«Limerencia» mostraba el camino inexacto de dos amantes por la noche, en un prado de flores

blancas agitadas; el que representaba un océano con los destellos de la luna se llamaba «Nostalgia», y el prado de girasoles «Felicidad».

—Es que son todos tan bonitos —se quejó Marie, acercándose para apreciar mejor los detalles. Porque sí, eran preciosos—. No sé cuál escoger.

—Puedes llevarte más de uno —aseguró Lara, a sus espaldas. Víctor las miraba desde el quicio de la puerta—. En serio, ocupan mucho espacio y casi me haces un favor. No sé qué hacer con tantos lienzos.

—No digas tonterías. ¿Cómo no vas a colgarlos?

Aquel comentario la hizo sonreír. Pensó que si tuviera que buscarle espacio a todos los cuadros que había pintado debería vivir en una casa llena de pasillos.

—En serio, Marie. Llévate los que quieras.

—Este es increíble —continuó, acercándose al que Lara había nombrado «Tristeza»—. Es tan blanco y verdoso... Además, nunca hubiera pintado la tristeza con flores verdes. ¿Cómo se te ocurrió?

Lara se humedeció los labios, contemplando el cuadro. Se dejó atrapar por él, recordando todo lo que sintió al trazarlo. Normalmente, sentimientos como la tristeza eran representados por tonos oscuros o azules, pero para ella eso habría sido hipócrita. Sentía la melancolía latiéndole dentro, tan viva que no se veía a sí misma retratándola con colores apagados.

—Es por mi madre. Pensé en ella y le encantaba el color verde.

Marie se giró al comprender que la madre de Lara ya no estaba. Bajo la piel era una chica sensible, y fue capaz de darle el pésame con un gesto que la acarició sin llegar a abrirle ninguna herida. Lo hizo de una forma tan sutil y a la vez tan bondadosa que Lara tuvo ganas de abrazarla. Por lo contrario, Víctor, todavía apoyado en el quicio de la puerta, sintió una especie de corriente eléctrica que le nació en el pecho y se extendió hasta sus dedos.

Se sintió un idiota por no haberlo sabido. Si sufrir nos hace ser alguien, entonces Lara era mucho más humana que él. Y ni siquiera se había dignado a conocerla de verdad. Se había perdido en su cuerpo, en sus listas de música, bajo sus manos... y ni siquiera sabía que había tirado las cenizas de su madre al mar.

Tuvo las mismas ganas de que le dieran una paliza que de abrazar a Lara muy fuerte y consolarla como si fuera una niña.

Pero ella ya no era una niña, y él se sintió como un niño.

Capítulo 22

LA BRUJERÍA DE LAS MUJERES

Se leía en su cara que no esperaba que me quedara todo el día metida en su casa. De hecho, para Cristian los domingos eran muy suyos. Le gustaba salir al jardín, ocuparse de las cosas de la casa y llamar a su hermana para charlar un rato, echado en el sofá con una cerveza. Pero yo no quería irme. No quería ir a casa. No quería encontrarme con mi madre todavía, ni escaparme de la calma que se vivía entre sus paredes.

Por supuesto, no le confesé aquello. Le dije que me apetecía hacer pizza casera y terminamos poniendo la cocina patas arriba. Harina por acá y por allá. La mezclamos con levadura, aceite y agua caliente y nos dedicamos a amasarla sin teoría ni técnica, hasta que nos entró la risa.

—Déjalo estar. Pedimos una a domicilio.

—¡No! —me quejé, riéndome—. Sigue.

—Si es que la cocina y yo somos dos enemigos irreconciliables.

—No creo que se te dé peor que a mí.

—Ah, ¿no? Espera y verás.

Me sequé las manos con un trapo después de limpiar algunos cacharros y me acomodé contra la encimera, mirándole amasar.

—¿Y qué se te da bien? Si puede saberse, claro.

—Conducir, follar, preparar café, madrugar, olvidarme de llamar a mi madre... y algo más, espero.

—Bueno, me desenredas bien los nudos del pelo.

—Cierto. Gracias, nena.

Le sonreí. Después corté algunos trozos de jamón cocido y piqué la mozzarella. Cuando la masa tuvo aspecto de pizza, la bañamos con los ingredientes y la echamos al horno con un poco de orégano. Mientras se horneaba, Cristian limpió la cocina y yo llevé unas servilletas al salón para cenar allí.

Aunque había una mesa con sillas en la zona izquierda, imitando el espacio de comedor, me decanté por preparar la mesa de centro que había frente al sofá y nos obligaría a sentarnos en el suelo. Creo que fue porque me enamoraba la chimenea que había enfrente y el ventanal que daba a su jardín. Además, Cristian tenía algunos libros y, al lado del equipo de música, descubrí varios discos de Cigarettes After Sex.

—Tienes varios álbumes de esta banda —dije, cuando apareció con dos botellines—. ¿Es tu favorita?

Asintió, dándole un sorbo a su cerveza. Después las dejó en la mesa y desapareció de nuevo hacia la cocina. Aproveché para poner uno de los discos y sonreí al escuchar los primeros

acordes. Miré la contraportada y descubrí que la canción se llamaba *K*.

—No te pega —decidí, cuando volvió con las pizzas—. Es demasiado suave... Pensé que eras más de Lil Nas X o algo así.

—Siéntate a cenar, anda —se rio.

Me acomodé a su lado para comer y, todo hay que decirlo: la pizza estaba riquísima. La mordisqueé mirándole de cerca.

Cristian, con sus ojos verdes de ciencia ficción, como cantaba Amaral en *Moriría por vos*. Con aquella nariz perfilada, sus labios finos y unas manos delicadas que sabían ser hábiles. Y lo que no era físico, como su manera de sujetar el botellín o su forma de morder; la sensualidad de sus gestos, su olor o la naturalidad en todo aquello que hacía.

—Eres asqueroso.

Se echó a reír, mirándome.

—¿A qué ha venido eso?

—Lo sabes perfectamente.

Me sonrió a conciencia, terminando de mordisquear el último bocado. Lo arrastró garganta abajo con un trago y dejó la cerveza a su lado, en el suelo.

—Creo que todos los chicos de los que nos advierten nuestras madres son como tú. Nada de tatuados, moteros y malhablados... No, el problema eres tú.

—Lo dices porque te vuelvo loca. Lo que realmente quieren decir vuestras madres es que no os voláis locas por nadie.

—¿Y qué os dicen las madres a los chicos?

—Que seamos buenos —me hizo un gesto, chulesco—, pero sonríen cuando les salimos un poco macarras.

Sonreí. Tragué otro poco de pizza y volví a mirarle.

—¿No te da miedo? —le pregunté entonces—. Pasarte la vida follando y acabar solo. A las chicas nos gustas porque eres guapo, pero eso se acaba. ¿Qué hay del futuro? ¿Lo piensas?

Me sostuvo la mirada por unos instantes, como si estuviera dándole vueltas. Yo incliné la cabeza para incitarle a responder.

—¿Lo piensas tú?

—Me da más miedo suponer que se me cruzará un cable en el último momento y me casaré con quien sea para no quedarme sola, pero la verdad es que no lo pienso mucho. Ojalá todo siga importándome una mierda pasados los treinta.

Se reclinó, apoyando la espalda en el sofá.

—A mí a veces me entra vértigo porque me doy cuenta de que a medida que va pasando el tiempo las cosas me importan cada vez más —contestó—. Hace unos años solo pensaba en desnudar y desnudarme, pero ya me he aburrido de la fiesta. Cada vez me da menos morbo follar con tías a las que no conozco, y la gente en general me agota. Tengo la sensación de que terminaré convirtiéndome en un viejo ermitaño y raro, aunque no me importa. Siempre me ha gustado estar solo y espero que me siga gustando cuando lo esté de verdad.

—¿Nunca lo has intentado? El tener algo estable con alguien.

—No.

—No me lo creo —admití.

Cristian me miró, girando ligeramente la cabeza. Después suspiró.

—Fue hace mucho. Se llama Berta, pero ahora solo somos amigos. Cuando lo intentamos teníamos dieciocho y no duramos más de tres meses; los tres meses más asfixiantes de mi vida. Pero fue culpa mía, creía que quererla era lo mismo que estar enamorado.

—¿No te enamoraste?

—No, porque por más que quería estar con ella no la soportaba. Había una parte de mí que se sentía constantemente vacía y agobiada, porque hacía todo lo que se suponía que tenía que hacer y era un puto esfuerzo, no me salía natural. No podía sentir ni emocionarme como parece emocionarse el resto de la gente cuando está cerca de la persona a la que quiere. Me di cuenta de que eso no era para mí y la dejé. Volvimos a ser amigos y ya nunca hablamos de ese patético intento. Hemos vuelto a follar alguna vez, pero... nada más.

Asentí, y por un momento me pregunté cómo debía de sentirse el ser amada por Cristian. Me pareció un pecado.

—Bueno, que no tengas pareja no significa que vayas a estar solo. Yo tengo unos amigos increíbles y tal vez haya gente que se llene con sus hobbies, su trabajo..., no sé. Pero hay mucha norma social con este tema.

—Lo sé, mis padres son de esos. A mi edad ya estaban casados y me habían tenido a mí. Es lo que ellos consideran normal, y yo les traigo un poco preocupados. Cuando mi madre me llama me suelta eso de «quiero nietos, ¿eh, Cristian?». Pobre, es tan conservadora e inocente que si fuera así de sincero con ella se pondría a llorar. También es mala suerte cómo les ha salido el asunto, porque solo conozco a una persona más impasible que yo con lo de casarse y tener hijos, y es mi hermana. En serio, no he conocido a nadie que piense menos en esas cosas. Además, es un descarado andante y lo suelta sin miramientos.

Lo dijo de un modo que me provocó ganas de conocerla.

—¿De ella aprendiste a desenredar mechones?

—Sí, de cuando me obligaba a teñirle el pelo de rosa en el baño. Tono *rose gold*, decía. Está loca.

—Seguro que es muy guapa.

—Sí, incluso cuando parece una tarta de fresa. —Me analizó y acarició uno de mis mechones rubios—. Tú eres algo así como un *Lemon Pie*, ¿no?

—Idiota —me reí.

La habitación de Víctor era, en estructura, similar a la que Lara había utilizado como estudio en la que fue la casa de su abuela. No obstante, tenía una cama enorme y, bajo el colchón, una base de madera oscura. Una *monstera* enorme en una esquina; el escritorio repleto de planos, lápices gastados y apuntes. Un ventanal que daba a la calle y a un pequeño balcón al que Víctor rara vez se asomaba, solo cuando recaía en el mal vicio del tabaco.

Lara le esperó desnudándose frente al colchón. Se quitó los vaqueros y aquella especie de corsé blanquecino. Echó las sandalias a un lado y se limpió el labial rojizo con una toallita desmaquillante que llevaba en el bolso. También se retiró la goma que sujetaba su recogido y, cuando Víctor entró, estaba terminando de ponerse una de sus camisetas. Deshizo la cama y se tumbó en ella, algo que Víctor no tardó en hacer también, tan pronto como se hubo quitado la ropa.

—Víctor —le llamó entonces, apoyando la mano en su estómago para que la mirara—. No te lo había contado porque no había surgido.

—Ya, es solo que... tendría de haberlo hecho.

—¿Por qué? ¿Qué cambia que lo sepas?

—Nada. Pero tengo la sensación de que debería de haberlo sabido.

—Bueno, ahora ya lo sabes. Y no cambia nada.

Él asintió, acariciándole la barbilla con el pulgar. Estaban tan cerca que se alzó un poco para besarle el rostro. Ella sintió el cosquilleo de sus pestañas en las mejillas y le acarició la nariz, mimosa.

—Eres especial, ¿lo sabes?

—¿Especial?

—Sí, especial. No quiero que te rompas nunca.

—Ya lo he hecho —sonrió—. Por eso te gusto. Las personas que no se han roto nunca suelen ser insoportables.

Ante aquel comentario, Víctor dudó de haberse roto. ¿Cómo no iba a hacerlo? Tenía una familia estupenda, había hecho amigos con facilidad y nunca se había sentido inferior a nadie. Pensó en Catalina, porque quizá ella le hizo daño. Y sí, se lo hizo, pero nunca le rompió. La prueba es que semanas después estaba allí, echado al lado de Lara. Otro cuerpo, otra piel, otra persona que le hacía latir.

Para Víctor el amor siempre fue la fuente del sediento. Una prueba de vida, la semilla del futuro que quería. Desde tal perspectiva y sin perseguirlo, lo había buscado en amores de los que sanaría. Sin embargo, esta vez no quería sanar de Lara. Quería recordarla con la intensidad de una herida, o vivirla. Vivirla hasta extinguirla, tenerla hasta retenerla, amarla hasta romperla. Porque podrás ir muchas veces a la playa, pero siempre recordarás aquella en la que te pilló la tormenta.

Las olas chocaban contra las rocas y la bandera roja aleteaba, prohibiéndote sumergirte. Pero siempre nos pintaron el amor de rojo y tú siempre les creíste. De hecho, te aconsejo que no digas que no crees en su existencia. Di que crees que el amor no se ha dado cuenta de que existes y por eso nunca lo has visto, que es más fácil de escuchar para aquellos que no quieren ver un muerto pero se asoman por la ventanilla en los accidentes de tráfico. La vida y sus continuos atascos, siempre obligándonos a ver de más.

Víctor quería que Lara fuera la excusa del delito, un delito que siempre será amar. El amor que le hizo dejar de creer en el amor. Quería quererla de la forma en la que normalmente queremos que nos quieran. Quería ser su tierra sólida, no poder huir nunca y conservar sus huellas. Por eso dijo que ella era especial, porque todos somos especiales pero Lara lo era para él.

Trepó sobre su cuerpo y retiró las sábanas, besándola. Arremangó la camiseta que la cubría, haciéndola oler a él. Le besó los pechos, descendió por su vientre y jugó con ella, mordisqueándole los muslos. Lamió sobre su ropa interior y retiró la prenda. A continuación, la abrió con los dedos y besó su sexo.

La boca de Víctor era hábil. La acarició con delicadeza y trepó hasta su clítoris, rodeándolo con movimientos rítmicos y lentos. Estos se fueron volviendo cada vez más intensos, acompañados de dos dedos que se deslizaron hasta penetrarla. Entonces Lara gimió más alto, apretando la mano que Víctor había dejado sobre su vientre. Esta ejerció una ligera presión hacia abajo que aumentó la fricción de sus dedos dentro de ella, arqueados en el punto exacto.

—¡Ah, joder! —Abrió los ojos y le buscó—. Espera, espera... Ven, por favor.

Se incorporó y volvió a encontrarse con ella cara a cara, regresando a su altura. Lara sonrió y le besó, bajándole la ropa interior. Desnudos, se frotaron y gimieron. Giraron por la cama y ella, encima, imitó el movimiento de una embestida con las caderas. Víctor apretó uno de sus pechos y gruñó, de modo que ella volvió a hacerlo. Estaba tan húmeda que le coló dentro unos cuantos centímetros, y lejos de alzarse volvió a descender en busca de más.

—Ah, sí...

—Lara..., el condón.

—Un poco —gimoteó—. Solo un poco...

—No es buena idea, cariño.

—Sí. Tomo la píldora. Quiero hacerlo así contigo... ¿Te gusta?

—Joder, mucho. Demasiado. Me gustas entera.

Se besaron y Lara sonrió, sintiendo cómo Víctor empujaba y, fácilmente, se colaba hasta el fondo. Profundo, cálido, íntimo. Retiró su miembro empapado de ella, se frotó entre sus pliegues y volvió a posicionarse en su entrada, así que ella bajó buscando la penetración con las caderas. Fue una colisión deliciosa.

Víctor dejó caer su espalda sobre el colchón y se abandonaron al movimiento, al ritmo, a los gemidos. Se miraban, sintiéndose de la forma más íntima. Las manos de Víctor le arroparon la cintura y las de ella cubrieron su pecho, sosteniéndose. Después se incorporó y se echó el cabello a un lado para seguir folládoselo, cerrando los ojos y concentrándose en cómo su cuerpo reaccionaba a la invasión del suyo.

El simple hecho de que se tocara el pelo hizo que la respiración de Víctor se acelerara, y cada expresión de placer que emitía Lara le atravesaba el pecho.

—Dime que sientes lo mismo que yo... Dime que te gusta tanto como a mí.

—Maldita sea, Víctor... —se quejó, impulsándose más fuerte.

Alargó la mano para acariciarle el clítoris y se precipitaron juntos. De pronto todo dejó de ir despacio y ella gritó, sintiendo que el placer se extendía como una corriente de agua por su columna vertebral, empapándola, azotando en su sexo. Arqueó las caderas un poco más y se corrió.

—¡Ah! Mi vida...

Ni siquiera había abandonado el clímax cuando sintió el brazo de Víctor trepar por su espalda y acabar sujetándole la nuca con los dedos. Se la clavó al pecho y empujó con fuerza, gruñendo más alto. Lo próximo que sintieron fue cómo se dejaba ir dentro de ella, el cambio de temperatura y el deseo de no haber acabado nunca.

Cuando recuperó el aliento la tumbó de nuevo sobre el colchón y salió de su interior, evitando que la cama se manchara de los restos de su orgasmo.

—Dios, Lara... —Apoyó el rostro en el hueco de sus pechos y dejó un beso—. Ha sido la hostia.

Y ella, boca arriba, se lo quedó mirando con una sonrisa perspicaz, incluso un tanto chulesca. En comparación a la dulzura que solía desprender después de hacer el amor, Víctor la miró con curiosidad.

—¿En qué piensas?

Lara paseó los dedos por su pecho, como si estos imitaran los pies de un transeúnte trepando hasta su hombro.

—En que te gusto. Mucho, mucho, *mu*...

—Sssh... —sonrió, cubriéndole la boca—. No me lo recuerdes.

Y, bajo su mano, Lara estalló en carcajadas. Se rio y Víctor no pudo evitar hacer lo mismo, diciéndole que era una bruja.

Capítulo 23

LA HISTORIA DE AMOR QUE NO QUIERO ESCRIBIR

El miércoles volví a tener doce años: entré en una tienda de dulces y compré lenguas ácidas y piruletas. Elia, que me acompañó, pilló algunos chicles de melón, un par de llaves y algunas moras.

Caminamos bajo los últimos rayos de sol de la tarde, regresando a la pista del parque en la que Sam y Víctor jugaban un improvisado partido de baloncesto.

—¿Quién va ganando?

—Yo, obviamente —presumió Sam.

—Sí, bueno, con unas trampas que flipas —apuntó el otro.

—Ni caso, es que tiene mal perder.

—Sí, sí. Cuéntame otra.

Sam sujetó la cara de Víctor con ambas manos y le besó la mejilla. Este se lo quitó de encima con urgencia y le robó el balón.

Sonreí, con la piruleta en la boca. Después me acerqué a las gradas vacías, donde Elia había tomado asiento y toqueteaba el interior de la bolsa en busca de una de sus moras rojas. Me senté a su lado.

—¿Qué tal con Cristian? —me preguntó—. ¿Os seguís viendo?

—Mmh —asentí, y me saqué la piruleta de la boca—. Estuve en su casa este fin de semana.

—¿Follando como posesos?

—Sí, pero también hablando, comiendo y durmiendo.

—¿Tú? —alzó las cejas, sorprendida—. Pero si tú nunca te quedas a dormir. Eso y ducharte con los tíos con los que follas te parece demasiado íntimo, incluso más que el sexo oral.

—Pues con Cristian ya he podido comprobar que las tres cosas me gustan bastante —aseguré.

Elia me miró como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Y no tienes la sensación de que te estás apalancando un poco? No me parece mal, que conste. Solo se me hace extraño porque desde que empezaste a follar con él no me consta que hayas estado con nadie más, y siendo tú... ¿No te estará gustando un pelín? Venga, a mí puedes contármelo.

Y su sospecha solo consiguió arrancarme una carcajada.

—No, Elia, Cristian no me gusta en ese sentido. Pero somos amigos y, sinceramente, funcionamos tan bien en la cama que me da pereza montármelo con otro tío. Prefiero llamarle.

Asintió, cogiendo una lengua ácida de mi bolsa de chuches.

—¿Y qué hay de él?

—¿Él? —fruncí el ceño.

—Sí, él. ¿De verdad no te corta el rollo pensar que ahora mismo pueda estar teniendo sexo con otra? Porque tú estarás invitada cuando quieras, pero la cama es suya. ¿No te da que pensar que puedas estar acostándote con él cuando estuvo con otra la noche anterior? No sé..., yo me sentiría un poco mal.

—Bueno... —Me froté el brazo, pensándolo—. Supongo que si lo dices así a nadie le suena bonito. No es que me dé igual, pero tampoco me enfada o me hace sentir celos como en una relación, ¿sabes? Solo... forma parte de nuestro rollo.

—Vuestro rollo —repitió, asintiendo—. Vale, vale. Entiendo.

Sonreí.

—No, en verdad no lo entiendes.

—Es una guarrada. ¡¿Cómo voy a entender eso?! —protestó.

Me reí y me la quedé mirando a la espera de que dijera algo más. Como no lo hizo, me decidí a sacar el tema.

—Todavía estoy esperando a que me cuentes qué ha pasado con Diego.

Hizo una mueca, abriendo el botellín de agua de Víctor.

—Le conté lo que me dijo la ginecóloga y no me gustó su reacción.

—Uy..., si a ti no te gustó su reacción es que fue un auténtico capullo.

Me miró mal, bebiendo.

—¿Qué? Siempre le defiendes. ¿No justificaste lo que fuera que te dijera?

—En realidad no le dejé porque se comportara como un capullo. De hecho, ni siquiera creo que lo hiciera —aclaró—. Le dejé porque sin mi fantasía de ser madre no sé si hay espacio para él en mi cabeza. Necesito tiempo para saber si Diego encaja en el próximo proyecto de vida que se me ocurra.

Suspiré para no decirle que, a veces, las personas no encajan en nuestros proyectos pero sí nos hacen sentir, que es igual de importante. Sin embargo, sabía que Elia no buscaba vibraciones, solo estabilidad. Daría pasitos hacia el éxito, recorriendo el camino hasta la cima sin detenerse a apreciar las vistas. Así llegaría antes que nosotros, eso seguro, pero ¿a qué precio?

Seguramente Sam habría sabido qué responderle a Elia para recordarle que se detuviera a sentir de vez en cuando, pero estaba demasiado ocupado bailando una especie de danza del vientre para celebrar su canasta limpia. Víctor se lamió el labio por dentro, mirándole. A continuación recuperó el balón.

Lanzó de nuevo, al tiempo que Sam se rascaba la cintura y nos miraba distraído. Nosotras ya habíamos cambiado de tema y nos reíamos, compartiendo anécdotas de nuestros años en el instituto.

—¿De qué crees que hablan las tías cuando ríen así?

Víctor se detuvo un momento para mirarnos, sentadas en las gradas. Después miró a su amigo y sonrió, como si este hubiera nacido ayer.

—Seguro que te están poniendo a parir, Sam.

—¿A mí? Pero si soy un ángel caído del cielo.

—No. Eres un ángel caído, a secas. —Lanzó y marcó—. Te toca.

Siguieron jugando a baloncesto hasta que anocheció. Para entonces Elia y yo ya nos habíamos terminado las chucherías, de modo que nos sentamos a cenar juntos en la terraza de un bar del centro. Mientras, Lara sacaba la ropa húmeda de la lavadora.

La colgó en el tendedero plegable que usaba en verano, oyendo *Soy un aeropuerto* de Mucho mientras sujetaba una pinza con los labios. Después la sacó a la terraza y, cuando regresó al salón, su móvil vibraba entre los cojines. Rebuscó, suponiendo que se trataría de Víctor. Pero

cuando el nombre de Alex apareció en la pantalla el corazón le dio un brinco.

Era Alex. Alex llamando una noche de verano. Alex, su exnovio. Se quedó mirando la pantalla inmóvil, casi asustada. No respondió. Caminó de un lado a otro y apagó la música. Se preguntó para qué habría llamado, qué quería, si su voz sonaría igual. Y entonces el móvil volvió a vibrar, aquella vez en la mesa. Tomó aire.

—Alex..., hola. —Y fue su propia voz la que no reconoció.

—Hola, Lara. ¿Puedes hablar o te pillo mal?

—Mmh... No, no. Dime.

—¿Estás en casa?

—Sí. —Se sentó en el sofá, incómoda—. ¿Tú?

—Sí, bueno, acabo de llegar. He salido a dar una vuelta con el coche.

—¿A por tabaco y gasolina? —adelantó, conociéndole.

—Un poco —sonrió—. ¿Tú cómo estás?

—Bien. —Se toqueteó la falda, tratando de distraerse con algo que fuera más allá de aquella llamada—. Colgando una lavadora.

—Qué emocionante.

—Ni te lo imaginas.

—¿Al final te quedaste en casa de tu abuela?

—Sí. Y se está muy a gusto, la verdad.

—Me alegro. —Fue increíble cómo, incluso a través de la distancia, Lara pudo sentir que Alex se lamía los labios antes de seguir hablando—. Llevo unos días acordándome un montón de ti.

Cerró los ojos nada más escucharle. Joder, no quería saberlo.

—Me preguntaba cómo te estarían yendo las cosas. Es una mierda que lo nuestro terminara tan mal como lo hizo. No me gusta pensar que estás allí, en alguna parte, odiándome o algo por el estilo.

—Yo no te odio, Alex —susurró, de pronto triste.

—Claro que lo haces: fui un auténtico imbécil. Pero te quiero mucho, Lara, y tú a mí. Siempre nos hemos cuidado. Ahora que no estás tengo la sensación de que me toca reconstruirlo todo de cero.

—Yo también lo estoy reconstruyendo todo, Alex. Poco a poco.

—Tal vez podríamos vernos un día, ahora que ya ha pasado un tiempo.

—Es que... no creo que sea buena idea.

Le escuchó tragar saliva.

—¿De verdad no me echas de menos?

—No se trata de eso. Es lo que ya te he dicho, me estoy reconstruyendo. No es el momento para que aparezcas.

—¿Estás con alguien?

Entonces fue Lara la que se humedeció los labios. Cerró los ojos, esperándose a sí misma para responder. No estaba preparada para decírselo, pero aquel silencio fue respuesta suficiente. Y le escuchó resoplar.

—Vale, de puta madre, Lara.

—Esperabas que te dijera que estoy sola, tirada y asustada en una ciudad que se me hace enorme, ¿no es así? —se molestó.

—Esperaba que hubieras esperado un poco más antes de meterte en la cama de otro tío. Por respeto a lo nuestro, más que nada.

—Eres un desgraciado —soltó de pronto, y se tensó tanto que tuvo que levantarse—. Fuiste tú el que lo jodió todo, Alex. A la semana de dejarlo te llamé, ¿o ya no te acuerdas? Estaba dispuesta a quedarme por ti y me dijiste que me largara, que por fin eras feliz sin mí, follándote a todas las tías a las que tuviste que decir que no para quedarte conmigo y hacerme el favor.

—Ya te he dicho que fui un auténtico imbécil, Lara.

—Ya, perfecto, ahora ya lo sabemos los dos. ¿Y qué pasa? ¿Quieres que nos veamos? ¿Quieres que vayamos a tomar un café? ¡¿Por qué tendría yo que querer volver a verte la puta cara?! —se alteró.

—¡Porque me quieres, joder! Mierda, lo sabes, lo sabemos los dos. Nos hemos querido siempre y ahora estamos haciendo el gilipollas. Si estuvieras aquí ya habríamos hecho las paces.

Lara negó con la cabeza, retirándose una lágrima con la palma de la mano.

—Quiero colgar —dijo.

—¿Estás llorando?

No contestó, solo colgó. Lanzó el móvil contra los cojines y se dejó caer en el sillón, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Se mordió el labio con fuerza para tratar de evitarlo, pero se le escapó un sollozo y una lágrima siguió a la otra. No lo entendía. Pero si ya no quería a Alex... ¿verdad? Ya no amaba al chico que la animaba a bailar cuando no le apetecía, que le besaba los dedos después de cubrirle heridas con tiritas. No quería al chico que le hizo el amor por primera vez. No quería saber nada de los brazos que la abrazaron cuando perdió a su madre. No quería recordar las razones por las que le amó, porque llegaban seguidas de insultos. Viajes de fin de curso en los que no pudo ir con sus amigas, vestidos cortos que compró y no usó. Aquello de «nos queremos tanto que nos moriríamos sin el otro» o «solo juntos podemos tenerlo todo». Muy bonito, pero a la vez tan trágico... Irreal en comparación a la realidad: culpa, la culpa de seguir viviendo sin él, de temer no poder tenerlo todo.

Lloró al recordar que se prometió a sí misma que le amaría siempre. Le consideró su familia, la única que tenía. Le dejó entrar por todas sus puertas y él se convirtió en la inspiración de sus cuadros más intensos. Se dijo que nunca se enamoraría de nuevo. Que estaban hechos el uno para el otro, que nadie sabría consolarla igual. Que nadie la hundiría mejor. Que, si el amor duele, Alex tenía que ser el amor de su vida.

Capítulo 24

Y QUE SE ACABE EL MUNDO

Le mandé un mensaje a Cristian y nos vimos el viernes. Me recogió al salir del trabajo y comimos juntos antes de ir a su casa, donde nada más entrar se quitó la ropa sin demasiado protocolo. Dijo que necesitaba una ducha o se moriría de calor, así que le esperé echada en su cama, descalza y durmiéndome despacio. Casi estaba entrando de pleno en una de esas siestas posteriores a una buena comida cuando sentí unas gotas de agua salpicarme la cara.

—Mmh... —refunfuñé—. Tío, tienes el pelo mojado.

Sonrió, sujetando su peso encima de mí. Y, joder, estaba tan guapo, pero tanto... Le acaricié el pecho con vicio y fui bajando por su estómago, mirándole al tiempo que alzaba las cejas un par de veces.

—¿Follamos un rato?

Cristian se partió de risa.

—Eres tan, pero tan sutil y elegante.

—La Reina del Romanticismo —me burlé.

—Anda, ven aquí...

Cuando bajó a besarme palpé hasta llegar al nudo de la toalla, envuelta en su cintura. Me pareció odiosa y la retiré, flexionando las piernas para arrastrarme y frotarme. La falda se me había arremangado, de modo que solo nos separaba la fina tela de mis braguitas y nos miramos con morbo. Cristian me quitó la camiseta y sobó mis pechos por encima del sujetador. Gemí excitada, pero de pronto se apartó y fruncí el ceño al verle la cara.

—¿Qué pasa?

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

Y de repente también lo oí: una voz femenina llamándole desde el piso de abajo.

—¡Hostia puta! —se echó atrás, y en la vida he visto que un hombre deje de estar excitado tan rápido—. Voy, ¡un momento!

—¿Qué pasa? —me incorporé—. ¿Quién es?

No contestó. Estaba demasiado ocupado buscando en el cajón de la ropa interior. Se cubrió rápidamente con un bóxer y, que no me jodan; no recibes así a la mujer de la limpieza a menos que quieras tirártela.

—¿Cristian? —insistí.

—Sí, sí. Oye, hazme un favor. No te muevas de aquí, ¿vale? Dame diez minutos y la echo con alguna excusa.

—Pero ¿a quién?

Se largó cerrando la puerta y me quedé allí, echada en su cama con las rodillas flexionadas, el sujetador tan revuelto que casi se me salía un pezón y la falda tan arremangada que parecía un cinturón ancho. Le odié.

No obstante, de pronto todo encajó. La cama de Cristian era demasiado grande para una sola persona. Había visto algunos productos femeninos en el baño y, quien hubiera entrado, lo habría hecho con llave.

Una novia. Tal vez una novia que estaba fuera los fines de semana, sábados y domingos que él aprovechaba para traer a chicas. Lo vi tan claro y me cabreó tanto que me levanté y me puse la camiseta con toda la rabia del mundo.

Abrí la puerta. Atravesé el pasillo. Bajé las escaleras. Cuando Cristian me vio aparecer abrió los ojos como platos y fue la viva expresión física de un «¿qué cojones haces?». Le dirigí una mirada acusadora, dispuesta a explicárselo todo a su chica. Iba tan decidida que tuvo que sujetarme para impedir que chocara con Teresa, que salía por el arco del salón. Cuando nos vimos cara a cara, ella alzó las cejas y yo sentí que los ojos se me iban a salir de las órbitas.

La mujer rondaba los cincuenta y tenía los mechones envueltos en un recogido. Sus ojos eran claros y olía a perfume caro. Tenía unas facciones hermosas y llevaba un vestido largo, casual pero elegante, a la altura de los pies y con la cintura marcada. Y yo quise que me tragara la tierra, sintiendo que mi sujetador estaba tan revuelto que se me iban a salir las tetas de un momento a otro. La falda tampoco cumplía del todo su función, porque sospechaba que desde atrás se me estaban viendo las bragas. ¿Mis mechones? Mejor que ni me detenga a pensar en lo revueltos que debían de estar. Y el rímel siempre se me corría cuando echaba la más mínima cabezadita...

—Hola, ¿qué tal? —Fue todo lo que se me ocurrió decir, y lo dije tan rápido que ni se notó la coma ni pareció una pregunta.

—Bien... —Miró a su hijo en busca de una explicación a semejante cuadro.

—Ella es Paula. Paula, ella es mi madre. Teresa.

—Ah, encantada —Se acercó a darme dos besos y pensé «qué valor».

—Perdón..., estaba echando una siesta y he oído... Bueno, no sabía que...

—No sabíamos que vendrías —terminó él.

—Te mandé un mensaje. Ha habido un problema en la estación y mi tren no sale hasta las diez y media.

—Qué bien —ironizó.

—Oye, por mi fantástico. Así te veo un rato —sonrió, y volvió a mirarme—. Y así nos conocemos, Paula, cielo. ¿Te quedas a cenar?

—Ehm, no lo sé. Yo solo venía a..., a hacer la siesta...

Cristian cerró los ojos ante mi talento por improvisar. Se sujetó el tabique nasal con dos dedos y fingió una tos.

—Bueno, pero puedes quedarte, ¿no? —Volvió a mirarle a él, alejándose por el pasillo—. Voy a ver qué tienes en la nevera.

Cristian le dedicó una falsa sonrisa y, tan pronto como la perdió de vista, dejó de sonreír. Tiró de mí con urgencia hacia las escaleras, de modo que las subí y, una vez en el piso de arriba, nos miramos.

—¿Qué haces? Te dije que te quedaras en la habitación.

—¡Pensé que tenías novia y se la estabas pegando conmigo! —me señalé, enfadada y discutiendo en susurros para que su madre no nos oyera.

—¿Una novia? ¿Qué novia? ¿Qué dices?

—¡Tienes acondicionador en el baño! Y agua micelar, y...

—¡Todo eso es de mi hermana, loca! ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Cree que eres mi novia!

—¡Pues dile que no! Dile que soy una amiga que...

—Que viene a mi cama a hacer la siesta, ¿no? Con la falda arremangada y yo casi desnudo. ¡Que mi madre tacha la casilla de la Iglesia en la declaración de la renta, Paula!

—¡¿Y yo qué mierdas sabía?!

Se frotó la cara con exasperación. Yo me bajé la falda y me coloqué los pezones en el sujetador, tratando de serenarme.

—Bueno, vale, lo siento... Pero tampoco pasa nada, ¿no? Cenamos con ella y sobre las diez la llevas a la estación —propuse.

—Sí. No pasa nada. Es fantástico. ¿Qué puede salir mal?

—Como sigas ironizando así le digo que solo soy una más de tus queridas.

—Putita Renfe —se quejó, empezando a bajar de nuevo las escaleras.

Me metí en el baño y gruñí al verme en el espejo. Por Dios, ¡qué espanto! Por suerte, entre los productos femeninos encontré un cepillo. Me peiné y me limpié el rímel corrido, preparándome para aparentar una decencia que no tenía.

Hice tres respiraciones profundas antes de salir y bajé de nuevo ignorando mis instintos, que querían que huyera en dirección contraria.

Sam estaba echado en el sofá con los pies sobre la mesa de centro, viendo *Eduardo manostijeras* mientras comía palomitas saladas. En medio de la película, su móvil empezó a vibrar y alargó el brazo para ver quién era. Y era Elia.

—Dime, *princess*.

—Hola, ¿qué hacéis?

—Víctor está con Lara, seguramente poniendo a prueba alguna postura sexual. Me ha dejado tirado en casa con agua y comida, como los perros cuando te vas de vacaciones.

—Déjale que se divierta, que a ti ya te tiene muy visto —contestó, en un tono que desprendía buen humor—. Oye, ¿te apetece salir un rato esta noche? A mí Paula también me ha dejado tirada para irse con Cristian, y me apetece una piña colada.

—Mmh... Has llamado al hombre indicado.

Como iban a salir solos y no estaría Víctor para conducir de regreso a casa, Sam no cogió el coche para poder beber tranquilo.

Fueron a una coctelería de la que habían oído hablar y se sentaron en una mesa que hacía esquina en la terraza interior. Muy de fondo sonaba la versión *vibey* de *I didn't mean it*, del dúo The Belle Bridge. Estaba anocheciendo y el local había encendido sus lucecitas colgantes, pero la decoración consistía principalmente en plantas y sofás de mimbre con cojines blancos. Sentada en uno, Elia se pidió una piña colada y Sam un cóctel que se hacía llamar «La caída del VII». Entre risas, Elia la probó y dijo que no estaba mal, de modo que se pidió otro. Y siguió bebiendo.

—¡Y el de matemáticas! ¿Qué habrá sido de ese hombre? Aquel que te miró a los ojos y te dijo... —Le señaló con un dedo, imitando a su antiguo profesor—: «Samuel, eres un predelincente».

—Sí, me tenía mucho cariño.

—Ni siquiera se aprendió bien tu nombre, ¿te acuerdas? ¡No había manera de que dejara de llamarte Samuel! —Se partió de risa—. «Samuel, te voy a poner un parte disciplinario»; «Samuel, ¿te deja tu madre hacer eso en casa?»; «Samuel, seguro que has tenido algo que ver en

esto».

—Vale, es que también me tenía manía.

—¿Y cómo no iba a tenértela?! Siempre andabas tramando algo. Si Víctor no hubiera estado allí para impedir algunas catástrofes habrían terminado expulsándote. Convertías el instituto en un puto circo.

—Y todavía estoy esperando a que me des las gracias.

—¿Yo? ¡Pero si te odiaba! Y tú a mí, no mientas. Éramos como los niños pequeños de *La princesa cisne*.

—Idiota. Sin mí tu vida sería muy aburrida —afirmó con seguridad—. Soy el tío más cojonudo que has conocido.

—Sí, y el más raro también.

—No es raro, es excéntrico. —Se levantó.

—¿Vas a pedir otra?

—Sí. ¿Quieres?

—Ajá. Que sean dos.

—Pues venga, noche loca.

Mientras, en la mesa que yo ocupaba no había cócteles, pero he de admitir que Teresa no me lo puso difícil. Estoy segura de que si se hubiera tratado de mi madre me habría sentido como uno de esos bichos raros que la gente mira en el zoológico, a la espera de que hagan algo que solo serían capaces de hacer en los dibujos animados.

Cenamos en la mesa grande del salón. Aquella vez, nada de parqué y botellines de cerveza fresca. En lugar de eso, nos sentamos en sillas y bebimos agua. La madre de Cristian era una de esas madres cuidadoras, de las que comen despacio y preparan ensalada de entrante para que sus hijos crezcan sanos. Era una «mamá pollo», de esas que seguro lloran cuando sus retoños abandonan el nido. La mujer más apacible que había visto, con sus uñas esmaltadas de color piel y su sonrisa delicada, como si quisiera indagar en lo que fuera que tuviéramos sin molestar.

En un momento, preparó el pollo al curry más delicioso que he probado en mi vida. Mientras comíamos me miraba con curiosidad, prestándole atención a mis detalles. No la culpo; yo también le habría prestado mucha atención a una chica que se hubiera presentado como la novia de Cristian. De hecho, aparentándolo en aquella mesa me sentí muy extraña.

Teresa me preguntó por mí, por mis estudios y aficiones. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué estudiaba Publicidad del mismo modo en el que podría haberme matriculado en Enfermería y que mi última afición descubierta era montarle encima a su hijo? No, habría sido demasiado bestia. Así que maquillé mis respuestas con frases hechas, de esas que nos sacan de apuros. Poco a poco, fui coloreando mi máscara de «chica buena que quiere agradar a la suegra» y, por alguna alineación astral, a Teresa le caí bien.

—¿Te gusta la playa, cielo? —me sonrió, cogiéndome la mano por encima de la mesa mientras Cristian llevaba los platos a la cocina.

Me extrañó la pregunta.

—Ehm... Sí, claro.

—Entonces, ¿por qué no vienes con Cristian?

Me quedé en blanco. Por suerte, él apareció con el bol de fruta cortada que habíamos preparado como postre y su madre se volteó para mirarle.

—Cristian, veniros los dos a casa. Así conoce a Andrea y a papá. Además, es un pueblo precioso. Le encantará.

—¿Qué dices, mamá? —Apenas la tomó en serio, sentándose.

—¿Vas a ir de visita? —pregunté.

—Sí, las dos últimas semanas de julio. La semana que viene pillo vacaciones.

—¿No se lo habías contado? —Y me miró—. Paula, veinte unos días.

—Mamá..., no la agobies.

—¡Pero si os lo pasaréis genial! Cristian se conoce el pueblo de arriba abajo, ánimate. Unos días de julio en la Costa Brava nunca vienen mal.

Lo dijo con tanto amor que sonreí, mirándola. Me parecía una mujer tan dulce... Se habría llevado fenomenal con Elia, y me hizo gracia imaginármelas.

—Me lo pensaré —asentí.

—Claro —me palmeó la mano, contenta.

—Mamá, que no te ha dicho que sí.

—¿Cómo que no? ¿No la has oído?

Y lo dijo tan en serio que me entró la risa.

Elia y Sam recorrieron la noche hasta hacerla suya. Sobre las cuatro de la madrugada, después de haber bebido y bailado en un local nocturno, regresaban a casa por el camino de carretera, ignorando las aceras. Por suerte, no había coches ni peatones y pudieron seguir bailando, canturreando *Como Camarón*. A los ojos de cualquiera, dos borrachos.

No obstante, sentían el latir de la felicidad en sus pechos; incluso ella, que solía vibrar de forma distinta a los que se permitían la locura de correr por carretera. Pensó que Sam era la persona con la que hubiera escogido vivir el fin del mundo. Con él, el fin del mundo no hubiera dolido. Las suyas eran las manos que la animaban a recorrer hojas en blanco con intención de mancharlas y hacer aquello... ¿Cómo lo había llamado? Ah, sí, rehacerse.

Elia dijo que quería rehacerse. Y Sam, en el fondo, nunca quiso darse por hecho. Quería cambiar, ser volátil. Enamorarse de sí mismo como un marinero que nunca pisa puerto. Escuchar el canto de las sirenas y sumergirse en aguas frías y calientes, a veces templadas. Le daba igual, porque nació para eso. Para dejarse llevar, para ser hoy y dejar de ser mañana, para reírse y darle nombre a tantas cosas turbias.

Hasta el final, se sumergiría en todas esas cosas y las llamaría suyas. Clavaría banderas en tierras que asustaban y prometería amarlas. Es lo que hizo con Elia, que llevaba toda la vida persiguiendo un concepto de amor inexistente y sintiéndose inferior por no ser capaz de alcanzarlo, como la niña que cree en las hadas y se enfada por tener columna vertebral en lugar de alas. Pero el amor está allí, en la persona que te hace bailar en medio de una carretera mientras canta que trepas como una araña y que tus ojos no tienen dueño.

Maldita Estopa, maldita calle. Maldito sea el momento en el que atravesaron el portal y se sintieron a salvo. Maldito garrafón, malditas mezclas dulces, maldito alcohol. Lo destruyó todo y no olvidó hacerlo poético para que te entraran ganas de volver a ver los cimientos caídos, porque así funciona el amor.

Que el amor no está en las alas; que el amor te trepa por los huesos como enredaderas. Así que bendita sea tu columna vertebral y bendecido aquel que logre lamerla. Ama a quien te bese la espalda, porque las mentiras van directas a la cara.

Que no te engañen: estamos jodidos. Somos tormento. Somos la misma agua que nos llega al cuello, la arena movediza que nos hunde en tierra. Sávese quien pueda y que te salve quien quiera. Te salvará quien te ame y algunos que te amen no sabrán salvarte, así que no des nada por zanjado. Siempre hay una segunda parte y la parte positiva de ello es que cuando nos

demolemos podemos pasar página. La parte negativa es que siempre encontrarás un motivo para estar triste y, por cierto, haber amado me parece uno de los más nobles.

Arriesga en el riesgo, lamenta en el lamento. Demuestra que no eres de piedra y exponte a romperte. Si no, no has vivido; si no lo haces, solo has nacido.

Capítulo 25

COMPLICACIONES EN EL HORIZONTE

Lara era una mujer preciosa. Sí, mujer; porque aunque tuviera una piel estupenda, ya no podía considerarse la de una niña.

Víctor adoraba su piel y su cabello largo. La forma de sus pechos, la silueta de su vientre y el tamaño de sus labios. Lara poseía una apariencia hermosa, pero era su personalidad lo que la adulteraba a un estado irresistible. Sus manos manchadas de pintura. Sus anillos, sus collares, su ropa. El arte de Lara se extendía y llamaba la atención como lo hacen los gatos que trepan por los tejados. Y el tejado era de Víctor.

Aquella mañana se despertaron despacio y él fue el primero que mostró interés por salir de la cama. Ella refunfuñó un poco más.

—No..., todavía es pronto.

—Son las diez. Despierta... —Levantó las sábanas y se metió debajo—. ¿Preparo café? ¿Tostadas con mermelada?

Lara empezó a reírse cuando sintió sus dientes clavarse ligeramente en sus nalgas, mordiéndoselas.

—No. ¡Para! —Se volteó, feliz. Él sacó la cabeza y la miró—. Quiero zumo de naranja natural y fresas cortadas con un poco de azúcar.

—Vale, venga. Tostadas.

—Idiota. —Le palmeó el pecho, riéndose—. Dame diez minutos, ahora voy.

Le dio un beso y se levantó de la cama, emprendiendo el camino hacia la cocina para preparar café. Sacó la leche de la nevera y, bostezando, dejó el brick en la encimera y desplazó el móvil de Lara, golpeándolo ligeramente contra el pequeño *poto* que había junto al fregadero.

La pantalla se iluminó y Víctor, que no había mirado un móvil ajeno en su vida, descubrió por qué hay personas que luchan constantemente contra la tentación de hacerlo al distinguir el nombre de Alex. Le había mandado un mensaje: «Siento lo de la otra noche».

Aquella notificación fue más eficaz que cualquier café. Se despertó de golpe, como si le hubiera pasado la corriente. Era la primera noche que pasaban juntos desde el martes, y estábamos a sábado. ¿Dónde habría estado Lara? ¿Qué había hecho y con quién? ¿Y si ella...?

Intentó no darle vueltas de más, porque sabía que Lara no era nociva. No, Lara era buena. Lara era prudente, era sincera. Lara se estaba reconstruyendo, como él. Había algo bonito entre ambos, algo en lo que no había cabida para mentiras ni secretos. Por la noche la sentía arrastrarse hasta su pecho y regresar a él, encogiéndose contra su costado. Alguien que se sigue viendo con su expareja no hace eso, ¿verdad? Pero ¿y si le echaba de menos? ¿Y si el tiempo había curado su enfado y ahora quería ver a Alex de nuevo? De hecho, aquel mensaje daba a entender que

habían vuelto a verse. Y de noche, cuando afloran los sentimientos. De noche, cuando se cometen los crímenes.

Lara apareció colocándose un camisón burdeos. Se acercó a él, que todavía sujetaba la puerta del frigorífico abierta. Sacó el paquete de fresas y empezó a lavarlas. Víctor cerró la nevera y se la quedó mirando, atento al rastro de cualquier pista. Su expresión era tan confusa que ella frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Ehm... —Se frotó el hombro, midiendo sus palabras—. Estaba preparando el desayuno y... sin querer le he...

Ella siguió mirándole, comiéndose una fresa con tranquilidad. Pero cuando no añadió nada se extrañó más.

—¿Víctor?

—Tu móvil. Tienes un mensaje de él.

Lara tardó pocos segundos en comprender a qué se refería. Bajó la vista a su móvil, encendió la pantalla y allí estaba. Es más, Lara le conocía lo suficiente como para saber que el significado oculto de aquel mensaje era: «Dime que volverás, que todavía tenemos algo pendiente». Sin embargo, apenas sintió una reacción emocional, solo miró a Víctor a la espera de que alguno de los dos dijera algo. Y fue ella.

—¿Me has mirado el móvil?

—Ha sido sin querer.

—Ya —contestó, poco convencida.

Le apartó la mirada y, con un gesto beligerante, tiró el tallo de la fresa a la basura.

—¿Te enfadas?

—Me parece raro, solo eso.

—Lara, no te he mirado el móvil a propósito —aclaró, y de repente hizo una mueca—. Además, no me jodas. ¿Os visteis?

—¿Qué? —se sorprendió.

—Te estoy preguntando si os visteis. ¿De qué «otra noche» está hablando?

—El miércoles. No nos vimos..., nos llamamos.

—¿Os llamasteis? —insistió, tratando de comprenderlo—. ¿Eso significa que te llamó o le llamaste tú?

—¿Por qué me miras así?

—Porque me estoy cabreando. ¿De qué hablasteis? ¿Por qué no me lo habías contado?

—No sabía que tenía que hacerlo.

—¿No creíste que tal vez yo querría saberlo?

—No creí que te involucrara lo suficiente.

—Ah... —asintió, evidentemente indignado—. Vuelves a hablarte con tu exnovio y a mí no me incumbe, ya lo voy pillando.

Lara se frotó la frente, sin saber qué añadir. Víctor no pudo evitar chasquear la lengua contra el paladar y salir de la cocina.

Regresó al dormitorio y empezó a ponerse los vaqueros y los zapatos. Lara apareció cuando se estaba anudando el segundo.

—¿Te marchas?

—Sí, mejor.

—Víctor..., solo fue una llamada, ya te lo he dicho. Un «¿cómo te va? Espero que todo esté bien». ¿Por qué tienes que darle tanta importancia?

No contestó. Recuperó su camiseta y pasó por su lado para salir de la habitación sin decir nada. Y aquello la irritó tanto...

—¡Por lo menos yo no uso sus condones contigo!

Se marchó porque sabía que quedándose solo conseguiría que discutieran. Por su parte, Lara tuvo más ganas de discutir porque él se marchó. Cuando oyó el portazo, apoyó la espalda en la pared del pasillo y gimió de impotencia.

Víctor entró en su casa frustrado. Dejó las llaves en el mueble del recibidor y se adentró hasta el salón.

—Sam, ¿estás en...? ¡¡Ah!!

Fue un grito de guerra. Al ver la escena, cerró los ojos con fuerza y se echó atrás hasta golpearse con una estantería y tirar al suelo un par de libros. Elia se cubrió rápidamente los pechos con uno de los cojines y también tuvo ganas de gritar, despertándose resacosa y en el suelo al lado de un Sam desnudo.

Este abrió lentamente los ojos, comprobando dónde estaba... Y cuando vio a Elia palpar el desorden en busca de sus braguitas mientras repetía «no, no, no, no...» recordó que la noche anterior él mismo se las había quitado.

—Pero ¡¿qué hacéis?! —se horrorizó Víctor, dándoles la espalda—. ¡¿Qué habéis hecho?!

—Dios..., ¡lo siento! —se alarmó Elia, poniéndose apresuradamente la ropa interior. Miró a Sam, que se removía despacio—. ¡Y tú haz el puñetero favor de vestirte!

—¿Os queréis calmar? Me arde la cabeza... ¿Qué hora es?

En aquel momento sonó el timbre. Víctor estaba flipando tanto que ni siquiera lo pensó y se acercó al recibidor para abrirme. Porque era yo, sujetando un paquete de bollos que había traído para desayunar con ellos.

—Víctor, no te vas a creer lo que me pasó anoche —entré, con ganas de contarles mi anécdota con Cristian y su madre.

—No, no te vas a creer tú lo que ha pasado aquí.

—¿Por qué lo dices...? ¡¡¡Dios mío!!!

El salón estaba patas arriba, hasta el sofá había quedado desplazado de su lugar original. Elia tenía el pelo revuelto y rebuscaba su vestido entre objetos desperdigados. Sam puso los ojos en blanco al verme entrar.

—Genial, Víctor. Oye, si eso deja la puerta abierta y que vayan entrando los vecinos a verme la polla. No os cortéis.

Víctor le lanzó uno de los cojines del sofá, con fuerza y directo a la cara. Sam lo aprovechó para cubrirse.

—¡Fue por el alcohol! —justificó ella, alterada—. ¡¡Habíamos bebido un montón!! Pero no teníamos sueño, y entonces Sam... Sam dijo... ¡Dios mío, pero ¡¿qué hemos hecho?! Qué vergüenza. Lo siento mucho, mucho, mucho...

Conociéndola, miramos a Sam en busca de una explicación más clara. Él nos hizo un gesto, encogiendo los labios.

—Yo añadiría algo, pero a partir de la quinta ronda de chupitos todo se nubla... Elia, ¿te acuerdas de dónde me quité los pantalones?

—¡A mí ni me hables! ¡Qué espanto!

—¿Habéis follado? —pregunté con la voz ahogada. La respuesta era evidente, pero todavía estaba tratando de asimilarlo—. Joder... Pero ¿qué bebisteis?

—Buf, de todo.

—Yo me voy a mi casa. —Elia se levantó, bajándose el vestido—. Perdón.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, da igual —me contestó, recogiendo sus sandalias del suelo—. Adiós, buenos días.

Nos esquivó a Víctor y a mí para pasar, evitando el contacto visual. Cabizbaja y acelerada, salió por la puerta sin ni siquiera calzarse. Yo me humedecí los labios y volví a mirar a los chicos. Sam se subía la ropa interior mientras el otro negaba con la cabeza, resignándose al hecho de ser amigo de un insensato.

—Eres lo puto peor... Hostia, Sam. ¡No se te puede dejar solo!

—Pero ¿por qué siempre me cae la bronca a mí?

—Porque los demás estamos lo suficientemente desarrollados como para hacer conciencia nosotros solitos. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Sí, he follado de borrachera, como otras tantas veces.

—No, como otras tantas veces no. ¿Cómo has podido follarte a Elia?

—Se me puso dura y ella abrió las piernas, ¿te hago un mapa?

Víctor cogió otro cojín y se lo lanzó en lo que fue... ¿medio segundo?

—¡No me jodas, Sam!

—¡Si es que parece que nacimos todos ayer! Sí, me pillé una curda de la hostia. Y sí, me follé a Elia en... —miró a su alrededor y, en su estado de amnesia, señaló a todas partes sin apuntar a ninguna concreta—...bueno, supongo que por aquí, ¿no? Y luego... Mierda, si es que es verdad que ni me acuerdo. Oye, ¡hay gente a la que han abolido delitos por menos!

Me tapé la boca con la mano para evitar reírme, pero Víctor lo notó y me miró con indignación.

—¿Te estás riendo?

—Ay, Víctor, pero si es que en el fondo es buenísimo. —Me entró la risa.

—¿Te parece divertido? ¿Tú sabes lo que es vivir con este tío? ¡Cada vez que cruzo esa puerta puedo encontrarme con cualquier cosa! —Y, en una cruzada, su expresión se endureció y miró a Sam—. Ven aquí, ¡ven aquí que te mato!

Sam echó a correr en dirección al pasillo, huyendo de él. Cuando me di cuenta de que iban en serio, fui tras ellos y me encontré a Víctor frente a la puerta del baño, tras la que el otro se había encerrado.

—¡Abre!

—Tomate una tila, primero.

—¿Queréis parar? —me quejé, apartando a Víctor—. Sam, sal.

—No escucho ninguna tetera.

—¡Que dejes de hacer el gilipollas! —Golpeé la puerta—. Sal.

Abrió despacio, asomando primero la cabeza. Cuando vio que yo estaba en medio, terminó de abrir y miró a Víctor, que aguardaba contenido.

—Vale, tal vez lo de acostarme con Elia no ha sido lo más acertado que he hecho —asumió—. Pero tampoco es el fin del mundo, ¿no? Íbamos borrachos y ya está, otra anécdota.

Asentí, y alcé las manos para simplificar el asunto. Miré a Víctor a la espera de que él también asintiera.

—Eres un cerdo —gruñó—, pero vale.

Los hombros de Sam se relajaron y sacó a relucir una de sus sonrisas pícaras. Regresó por el pasillo y Víctor le siguió. El primero tenía intención de desayunar pero, antes de que pudiera llegar a atravesar el salón, Víctor se le echó encima como un animal y terminaron zarandeándose

en el sofá.

—¡Paula! ¡Socorro!

Puse los ojos en blanco, sacando un bollo de la bolsa para pegarle un mordisco.

Capítulo 26

LA CHICA QUE LLEVABA UN CUCHILLO EN EL BOLSO

Elia siempre pedía una tarta de manzana por su cumpleaños. Era su postre favorito, de modo que aquella tarde le llevé una en una caja de cartón blanca con el logo de la pastelería bien grande, para que pudiera comérsela sin miedo a que la hubiera cocinado yo.

Como otras veces, fue su madre la que me abrió. La saludé con una de mis sonrisas forzadas, de esas que parecen la de Wybie del otro mundo en *Los mundos de Coraline*, cuando le ataban hilos tirantes en las comisuras de la boca. Era mi forma de decir «soy una buena chica, déjeme entrar». Y Laura me dejó pasar, ofreciéndome merienda e indicándome que Elia estaba en su cuarto.

Subí los dos tramos de escaleras y caminé hacia su dormitorio. Llamé un par de veces a la puerta, abrí y una vez dentro cerré. Las luces estaban apagadas, pero la persiana estaba lo suficientemente alzada como para que entrara luz. Y Elia permanecía tumbada en su cama, con la cabeza enterrada entre almohadas.

—Lindura... —saludé, alzando del todo las persianas.

—Ahg. ¿Qué haces?

—Saca la cabeza, al menos. Mira qué te he traído...

Discretamente, sacó medio ojo por un cojín. Le mostré el interior de la caja, haciendo una especie de bailoteo provocativo.

—¿Qué me dices? ¿Quieres un poco?

—No —gruñó, y volvió a esconderse.

La ignoré y me dejé caer en el otro extremo de su cama. Le robé unos cojines para acomodarme y, con ello, la obligué a dejar de ocultar la cabeza. Tomé el cuchillo que llevaba en el bolso y empecé a cortar la tarta en pedazos. Elia arqueó una ceja.

—¿Siempre llevas un cuchillo en el bolso?

—Solo cuando vengo a tu casa. Es que tu madre se pone muy pesada con la merienda.

—Ja. Ja. Ja. ¿Por qué estás de tan buen humor? Has venido a burlarte de mí, ¿no?

—¿Yo? —fingí ofenderme, tras darle el primer bocado al pedazo de tarta que sujetaba con las manos—. ¡Mmh...! Está riquísima.

—¿Crees que una tarta puede animarme? —Y salió de su refugio, incorporándose en el cabezal—. Paula, me he acostado con Sam.

Cuando lo escuché de su boca se me escapó una carcajada.

—Como te vuelvas a reír te echo de mi casa.

—¡Que no me he reído! Me he atragantado, joder.

Elia se llevó las manos a la cabeza y miró a la nada.

—Me he acostado con Sam... —repitió—. Dios, qué horror. ¡Y encima nos habéis pillado todos!

—Todos no, solo Víctor y yo. Íbamos a terminar sabiéndolo de todas formas.

—No —gruñó, frotándose la cara—. Es un secreto que hubiera obligado a Sam a llevarse a la tumba.

—Pero ¿por qué tanto drama? Elia, sois amigos. El alcohol os puso a tono y se dieron las circunstancias para que acabaraís follando. Ahora dime una cosa... ¿se tira el pisto o de verdad se le da bien?

Y, cuando esperaba que me echara de la cama de una patada, Elia apretó sus mejillas con ambas manos e hizo hueco para mirarme.

—Se le da *muy* bien.

Una risa de lo más intensa me creció en el pecho y explotó entre mis dientes, haciéndome abrir mucho la boca y alzar el mentón. Elia trató de tirar de las mantas para volver a esconderse, pero no lo consiguió.

—Qué perra, ¡y decías que no te acordabas!

—No, sí me acuerdo... —confesó en voz baja. Y yo la miré con toda mi atención, comiéndome la tarta—. Él iba más pedo que yo. Es decir, que yo había bebido, pero creo que sabía lo que me hacía cuando le morreeé en el portal. Dios, Paula, ¡que golpeamos el telefonillo y despertamos a tres vecinos! Qué vergüenza... ¿Tú sabes si ese interfono tiene cámara o es de los de voz?

No pude responder, estaba demasiado ocupada partiéndome de risa.

—¡Que no te rías más, joder! —me palmeó el muslo, enfadada—. Ahora ya no te lo cuento.

—No, no, sigue, por favor —insistí, tratando de controlar mis carcajadas—. ¿Os metisteis mano en el ascensor?

—Sí, y encontramos las llaves de milagro. Entonces nos desnudamos, no sé quién a quién. Lo próximo que recuerdo es que nos estábamos frotando desnudos en el sofá, después de haber tirado al suelo media casa. —Alzó una mano con cara de arrepentimiento, como cuando el profesor preguntaba «¿quién ha sido?»—. Yo encima.

—¡¡Aaaaah!! —me reí tanto que hasta pataleé—. Elia, ¡es buenísimo!

—¡Que te calles! ¡Que no te rías! —Cogió uno de los pedazos de tarta de la caja y le pegó un mordisco alucinante. Continuó con la boca llena—. Fue horroroso. Ahora no recuerdo si llegamos a cerrar la puerta o si esta se cerró con el aire y por un rato nos estuvieron oyendo los vecinos, allí... dándole.

—Madre mía. ¿Y condón usasteis?

—No, pero no llegamos a.... Ya sabes...

—¿No te la metió?

—Eres una bruta —se quejó—. No. No hubo penetración. Solo nos frotamos y, bueno..., con los dedos...

—¿Y atinó borracho con los dedos? Sam es mi ídolo.

—No, Sam es mi problema. ¡¿Cómo voy a mirarle a la cara ahora?! Si ya sabe lo que me gusta... —se lamentó.

Me reí más. Empezaba a dolerme el vientre.

—Pues le miraras con los ojos, Elia, como has hecho siempre. ¿Acaso te crees que él se acuerda de mucho? Pero si Sam es un alma libre y, además, iba borracho. Ahora ya debe de estar a otra cosa. Si Víctor le ha dejado salir con vida, claro...

Y ante aquel nombre, Elia no pude hacer más que recordar la vergüenza que había sentido

cuando la había pillado al lado de Sam con los pechos al aire. Se siguió frotando la cara como si quisiera despertar de un mal sueño.

—Joder... Pero ¿qué estoy haciendo con mi vida? Yo antes no era así. Hace unas semanas estaba tan feliz con Diego, emocionándome cada vez que veía un patuco. Y ahora estoy aquí, con las huellas dactilares de Sam metidas en el...

Se interrumpió a sí misma o la interrumpió yo, soltando el aire retenido de los pulmones cuando no pude contener la risa.

—¿Y tú qué? ¿Eh, hembra sin corazón? ¿No tienes ningún drama nuevo del que me pueda reír yo?

—Ay, sí, sí..., vas a flipar. Anoche cené con Cristian y su madre.

—Pero... —frunció mucho el ceño—. ¿Por qué estás viviendo mi vida y yo la tuya?

—Casi nos pillan en la cama. La pobre mujer está convencida de que soy su novia, incluso quiere que me lleve con él a la Costa Brava.

—Vaya follamigos de pacotilla. ¿Y qué harás? ¿Me dejarás sola para irte con él?

—No, Elia, cariño, no estás sola. Está Sam.

Cogió uno de los cojines con toda la rabia del mundo y me agredió a golpes. Yo no pude hacer más que reírme.

Lo curioso del amor, si es que no se puede considerar curioso en todas sus facetas, es que te destruye y, aun así, te hace sentir como un hipócrita cuando dices aquello de «me arrepiento de haberte conocido».

No, no te arrepientes. Solo desearías que no hubiera dolido, pero cuando recuperes las fuerzas querrás volver a empezar. Es la anarquía romántica, motivo para que cunda el pánico. Es como volver a la guerra, pero más sabio y más tullido. Y digo «tullido» porque te rompieron el corazón y todavía no lo has reconocido como un mérito, y lo es porque una pierna no se rompe sin usarse, porque nadie quiere pasarse la vida quieto. Porque nadie a quien le hayan roto el corazón podrá decir «yo no corrí».

El amor es la mejor droga con el mejor marketing. Tarde o temprano, empiezas. Es como el tabaco: nos dicen que es malo, pero lo fabricamos y lo seguimos vendiendo. Lo compramos y lo consumimos. Es el vicio. Es la incongruencia humana, el «y si no me voy matando, ¿para qué coño estoy viviendo?». Es el sabor de aquel mojito que a tu hígado no termina de gustarle, pero a tu lengua... Oh, a tu lengua le encanta.

Dicho esto, escribiré sobre Lara. Sobre cómo se presentó en casa de Víctor alrededor de las siete, con uno de sus vestiditos con encaje a la altura del pecho. Llevaba el cabello suelto y los labios secos bañados en bálsamo. De hecho, abrir la puerta y encontrarla allí fue como un bálsamo para Víctor, que llevaba toda la tarde pensando de más.

—Hola —saludó, como una niña que viene a pedir perdón avergonzada porque su madre así se lo ha exigido.

Víctor no pudo evitarlo: recordó sus reconciliaciones con Catalina. Catalina nunca le miró así, nunca utilizó aquel tono. Cuando abría y la encontraba allí, solía apoyar la sien en el quicio de la puerta para coger fuerzas. Lo hacía porque la forma de pedir perdón de su exnovia era grosera y sexual, como el argumento de una película mala pero taquillera. Y sonrió sin poder evitarlo, como si Lara fuera el doble de adorable de lo que ya era. Allí, a la espera de una reacción que le destensara los hombros. Y Víctor, sin decir nada, se inclinó y besó su frente.

—Pasa —la invitó.

Ella se adentró en el piso, recordando que solo había habido dos personas que le hubieran importado lo suficiente como para discutir: su madre, a la que por prueba-error aprendió a dejar gritar sin contestar, y Alex, de quien más tarde aprendió por modelaje a pelear. Habían roto cosas juntos. El que hacía más daño se convertía en el más fuerte y el primero en demostrar emociones alejadas de la rabia o el enfado perdía. El ganador recibía las disculpas, habiendo soportado el pulso contra su contrincante. Y la perdedora, poco a poco, iba cediendo para no evidenciar que en realidad estaba perdiendo.

—Siento lo de esta mañana —dijo, sentándose en el sofá—. Es que todo me ha pillado de imprevisto y luego me he puesto nerviosa. No quiero discutir contigo.

Víctor se sentó a su lado. Le quitó de las manos las llaves de su casa, que era lo único que había cogido al salir, y las dejó en la mesa de centro.

—Alex me llamó el miércoles por la noche. Respondí porque le quise mucho y terminamos tan mal que quería saber si éramos capaces de tener una conversación sana, quedarme con eso y... cerrar el libro. Me pidió que nos viéramos, le dije que no y de un minuto a otro estábamos discutiendo. Colgué.

Víctor se la quedó mirando, con la espalda apoyada en los cojines. En el fondo solo necesitaba saber una cosa.

—¿Todavía le quieres, Lara?

Víctor preguntando algo tan íntimo con la voz suave la atravesó. Consideró que aquella pregunta debía gritarse, aunque tragó saliva con prudencia antes de responder. Podría haberle dicho que sí, podría haberle dicho que no. No obstante, a veces las respuestas sinceras no pueden acomodarse a un monosílabo tan simple, y Lara escogió ser honesta.

—No en el sentido en el que lo preguntas. Le quiero como a alguien a quien has querido mucho, pero que has aceptado que no estará contigo —explicó—. Alex significó muchas cosas para mí. Me gustó desde que le vi y pasó de ser un capricho a algo que me metí entre pecho y espalda. Le quise de verdad, y pensaba que solo se quiere de verdad una vez en la vida y que tenía que luchar por lo nuestro. ¿Sabes? Estaba muy unida a mi padre y cuando mi madre le echó de casa solo la culpé a ella. Pensé que era débil por no ser capaz de aguantar todo lo que mi padre hacía; crecí pensando que no había luchado lo suficiente y no quería rendirme con Alex. No quería renunciar a él, no quería que me diera puerta ni sentir que lo nuestro terminaba. Le di el poder de ser difícil de soltar y me aferré a eso, pero un día dejé de creer en nosotros. Si me hubiera quedado habríamos hecho las paces, pero por un momento le dejé atrás y vine aquí. Y ahora estoy aquí, y te he conocido. Las cosas están cambiando. Una parte de mí sigue tirando en dirección a la vida que ya conozco, pero lo que realmente quiero es quedarme contigo.

Víctor alzó la mano para acariciarle la mejilla y unieron las frentes, cercanos. La presencia de Lara ya no se sentía como la de una amante..., era más íntima. Más suya. Víctor conocía sus puntos y, poco a poco, indagaba más en los débiles. Adoraba a Lara por humana, por el temblor que le sacudió las manos mientras le contaba todo aquello. Lo explicó con una emoción que la removió por dentro y, cuando se abrazaron, rompió a llorar contra su cuello.

Al hacerlo se sintió vulnerable, pero sobre todo a salvo.

Capítulo 27

LA QUE HAS LIADO, POLLITO

Me estaba preparando para salir a cenar frente al espejo de mi habitación. Me había pintado las uñas de azul y llevaba un conjunto de ropa interior del mismo color mientras escogía qué vestido ponerme. Me debatía entre uno verdoso y otro morado cuando mi móvil empezó a vibrar entre los pliegues de mis sábanas, desordenadas y hechas montañas.

Pensé que sería Elia para decirme que se había pensado mejor lo de volver a ver a Sam, pero no. Vi que era Cristian y contesté con una de esas sonrisas satisfactorias que me provocaba el saber que había escrito mi nombre en el buscador de contactos.

—¿Ya estás de vacaciones? —seguí mirando los vestidos, decantándome más por el verde. Me lo puse por encima y me miré en el espejo.

—Sí, gracias a Dios. ¿Te recojo y nos vemos un rato?

—Mmh... No puedo, tengo una cena.

—Vaya. ¿Otro interesado en que finjas ser su novia?

—No —me reí—. Unos amigos. ¿Qué tal tu madre?

—Bien, esta mañana he hablado con ella. Me ha preguntado si comes de todo... Está convencida de que vendrás esas dos semanas.

—¿Yo? Qué locura. ¿A quién le gusta veranear en la Costa Brava?

Le oí reír y sonreí.

—Coñas aparte, ¿quieres? Porque mi madre me está dando mucho la brasa.

Cuando me lo preguntó así, tan en serio, sentí la emoción que provoca un viaje inesperado y dejé el vestido sobre la cama, dedicándole toda mi atención.

—¿Quieres que vaya a casa de tus padres en plan «novia»? Pero ¿qué clase de relaciones sin compromiso has tenido tú?

—Bueno, se te da bastante bien interpretar el papel.

Me mordí el labio inferior y sonreí más.

—Entonces ¿qué me dices?

—Es un poco loco, pero así ya puedo decir que hago gilipolleces sin quedarme en blanco cuando me pidan ejemplos.

—Fantástico. Te recojo el lunes, ¿vale? A las nueve.

—Vale. Tengo que colgar —dije, mirando el reloj de la mesita—. Nos vemos el lunes, entonces.

—Adiós, nena.

Terminé de vestirme con una felicidad latente instalada en el pecho. La idea de irme con Cristian dos semanas no me asustaba, me emocionaba. De repente julio se presentaba como un

mes más vivo.

Quedé con Elia en un punto intermedio entre nuestras casas y, antes de subir al piso de los chicos, recogimos el pedido de comida que habíamos hecho por teléfono a una hamburguesería. Cuando llegamos, ellos y Lara ya habían parado la mesa y nos sentamos a cenar.

—¿Cómo es eso de estudiar Bellas Artes, Lara? —pregunté para matar el silencio. No es que la falta de palabras soliera ser un problema en aquella casa, pero Elia y Sam estaban demasiado ocupados evitando el contacto visual como para sacar un tema de conversación—. ¿Es verdad que se pueden presentar obras invisibles si lo argumentas bien?

Sonrió, mordiendo una patata frita que le había robado a Víctor.

—Hay un poco de todo, como en todas partes. Solo que... a lo excéntrico.

—Una vez me follé a una tía que hacía Bellas Artes. Tenía un tatuaje de una rama de cerezo que le atravesaba medio cuerpo.

Elia puso los ojos en blanco, sujetando su hamburguesa de pollo crujiente.

—Qué comentario tan oportuno —gruñó.

—Y qué respuesta tan antipática.

—Ya tardabais...

—¿Os ha pasado algo? —indagó Lara, mirándonos un poco a todos—. Estáis..., no sé, raros.

Sam hizo una mueca, dispuesto a responder sin filtro alguno.

—El viernes Elia y yo nos emborrachamos y amanecimos desnudos. Por eso ahora evitamos mirarnos, y Víctor y Paula actúan como dos hijos que han pillado a sus padres follando.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? —pidió Elia, avergonzada—. Rápido.

—Pues yo al final me voy con Cristian a la costa —solté—. Seguro que será un poco raro porque vamos a fingir que somos pareja delante de sus padres, pero así salgo de la ciudad. Además, su madre me cayó...

—No, es que no lo entiendo —me interrumpió Sam, y no solo me interrumpió a mí sino también al cambio de tema—, ¿a qué viene tanto drama? Tal y como lo estáis pintando, es más incómoda la situación que el hecho de que Elia y yo nos lo hayamos montado. ¿Por qué me siento como si hubiera cometido un crimen?

—Porque no se folla con amigas —siseó Víctor.

—Ah, ¿no? ¿Y eso quién lo dice? ¿El mismo que decía que los líos con vecinas estaban prohibidos?

—Vamos..., no discutáis —pedí—. No vale la pena, en serio.

Víctor se humedeció los labios y asintió. Sam se lamió las muelas y también hizo un gesto de asentimiento. De todas formas, cuando Elia y yo nos fuimos debatieron un ratito sobre el tema mientras lavaban los platos. Lara los oyó desde el salón, doblando el mantel y volviendo a guardarlo en el cajón de la vitrina.

Decidió dejarlos hablar y esperó a Víctor en el dormitorio. Cuando él entró lo hizo en ropa interior, frotándose ligeramente el pelo con una toalla blanca. Se había dado una ducha para refrescarse y la encontró sentada de piernas cruzadas en el suelo, parada frente al equipo de música. Había conectado un pendrive que estaba tirado en la cajita de los discos e iba pasando canciones, deteniéndose cuando empezaron a sonar los primeros acordes de la versión acústica de *I wanna get lost with you* de The Stereophonics. Era una de las canciones favoritas de Víctor, pero fue Sam quien le descubrió aquel grupo.

—La primera vez que escuché esta canción fue en su versión de estudio, en casa de Sam —recordó, sentándose en el borde de la cama—. De adolescentes solíamos pasarnos las tardes metidos en su cuarto, descubriéndonos música y hablando de cualquier cosa. A veces incluso me

sorprendía lo incapaz que soy de aburrirme de él, nunca lo hago por mucho tiempo que pasemos juntos.

Lara se giró para mirarle, con una sonrisa apacible.

—No deberías de discutir con él. Te sale una vena de padre...

—¿Una vena de padre?

—Intentas controlar su capacidad de descontrol, y lo más curioso de este caso es que eso es precisamente lo que más admiras de él.

—No le admiro, le quiero. No me gustaría que jodiera algo de verdad por culpa de sus estupideces momentáneas.

—No son estupideces, es su estilo de vida.

—¿Es una forma sutil de llamarle estúpido? —casi sonrió.

—Es un reconocimiento que le doy por ser un ser libre. Es casi envidiable, así que intenta no cortarle las alas.

—Vale, intentaré controlar eso de mi «vena de padre».

La sonrisa de Lara se ensanchó mientras se levantaba del suelo. Se acercó a él, que permaneció sentado y, a su altura, le dio un par de besos en el vientre. Ella respondió acariciándole el pelo.

—¿Serás padre, Víctor? —le preguntó entonces.

—Quiero. ¿Tú no?

—Sí, pero no creo que me salgan como a ti —pensó, resiguiendo su rostro con un dedo, como si lo estuviera pintando—. A ti te saldrán muy altos, y rubios como la madre.

—No me gustan las rubias.

—Te gustarán... Ella olerá a Chanel y llevará un estilo de ropa romántico. Tendrá un trabajo sofisticado, tal vez sea abogada o arquitecta, como tú. Contratará a alguien para que limpie y no le gustará tener animales en casa, pero le encantarán los de otras personas. Tendréis dos hijos y mucho sexo. Los fines de semana querrá que la llesves a cenar y siempre se pedirá el plato más caro de la carta, pero no pagará; querrá que lo hagas tú, incluso aunque tengáis la cuenta del banco conjunta.

Mientras hablaba, Víctor coló las manos por debajo de su vestido. Trepó despacio por sus muslos y empezó a bajarle la ropa interior. Ella se rio, dejando que se la quitara. Echó a un lado sus braguitas y trató de levantarse y besarla, pero Lara no se dejó. Al contrario: soltando una risotada llena de vida, tiró de las sábanas y las interpuso entre ellos, dando un paso atrás. Víctor sonrió.

—Y querrá que la llesves a bailar un sábado de cada mes —continuó, cubriéndose elegantemente con las sábanas—. En la boda llevará un vestido color champán y un ramo de flores blancas. No conducirá, pero siempre revisará dos veces que los niños lleven puesto el cinturón de seguridad.

La imagen de Lara, con el cabello suelto y haciendo movimientos con las sábanas, se llevaría una parte del corazón de Víctor. La miró, sosteniendo una sonrisa de lado. Ella trepó por el colchón, acercándose a él como una gata.

—He de advertirte que le dará mucho asco la saliva, así que los besos nunca podrán ser con lengua. Te hará poco sexo oral, pero se le dará de maravilla. Pilates dos veces a la semana y masajes holísticos mensuales en su centro de belleza de confianza. La decoración de la casa será incómoda, pero de revista. —Trepó a besos cortos por su pecho, de camino a su boca—. Y una noche, después de compartir una copa de vino en la terraza, cuando haya anochecido y los niños estén durmiendo en sus respectivas habitaciones..., entonces... —la nariz de Lara rozó el

mentón de Víctor y le miró, habiendo llegado a su rostro con dos mechones bailoteando alrededor de sus ojos salvajes—... entonces le hablarás de mí. Y espero caerle muy mal.

Víctor llevó ambas manos a sus mejillas, separando ligeramente los labios incluso unos segundos antes de decirlo.

—Te quiero, Lara.

Ella sonrió y le besó. Lo sabía, lo sabía perfectamente. Le lamió la lengua despacio y sus bocas jugaron hasta que las manos de Lara le incitaron a tumbarse del todo en el colchón. A continuación, ya sin ropa interior, se quitó el vestido y se colocó a horcajadas encima, desnudándole a él también.

Se introdujo su miembro poco a poco, gimiendo de una forma muy sexual al hacerlo. Él cerró los ojos con placer y echó la cabeza hacia atrás, sintiendo cómo ella empezaba a moverse arriba y abajo, dentro y fuera.

—Así, cariño... —susurró, sujetándola por las costillas—. Así...

Y Lara se lo hizo así, lento y húmedo. Mientras, las manos de Víctor circulaban por su cuerpo, acariciando muchos de los rincones calientes de su piel. Llegó incluso a tocar aquellos que no estaban a su alcance porque, al fin y al cabo, para enamorar a alguien tienes que acariciar todos esos pedazos de su cuerpo que un científico no podría probar que existen.

Así existirás dentro de ella.

Capítulo 28

EL CUENTO DEL MAR Y SU MARINERO

En su adolescencia, Elia había leído muchas novelas. Sí, tenía una interesante colección de sagas juveniles que incluían la participación de un chico malo y una chica buena que se deja seducir por todo lo que mamá dice que es peligroso.

Curiosamente, Elia nunca terminó de creerse el cuento. Superada su quincena, pintó sobre el rosa pálido de las paredes de su dormitorio y guardó en el trastero todas aquellas páginas que hablaban de amores inalcanzables. Sin embargo, sabía que el amor la alcanzaría, y siempre sospechó que le traería calma y aparecería sin necesidad alguna de que fuera a un lugar específico.

Su madre le había dicho que el verdadero amor se encuentra una tarde, en el supermercado. Un día cualquiera, en la cola del metro. Que un día miras a alguien y es cierto, lo sabes, pero lo sabes sin certeza alguna. Solo quieres conocerle, saber sus gustos, qué música escucha y si toma el café con o sin leche. Y un día, sin comerlo ni beberlo, estás preparándole café mientras el equipo de música del salón os invita a un concierto de la *playlist* que hicisteis juntos. El amor tendría que ser así, llenándolo todo de color, sin ningún «estar contigo es tan intenso que mata, pero moriría más intensamente sin ti».

Pero no nos engañemos. Si amamos no queremos colorearle la vida a nadie: queremos revolucionársela. Queremos ser sus noches en vela, sus pensamientos de más y sus recuerdos más memorables. No queremos que haya otros mejores que nosotros, ni siquiera cuando decimos aquello de «te deseo lo mejor».

Si lo nuestro se deshizo como papel en el agua, entonces espero que seas feliz con alguien, pero si te amé siempre querré que una parte de ti sea un poco mía. No es egoísmo, lo juro. Es más bien mi forma de exigir justicia por mis noches en vela, mis pensamientos de más y los recuerdos que no puedo dejar atrás.

No me olvides, eso estaría bien. Te pediría que no me dejaras, pero ya es tarde. Si vuelves no serás el mismo porque yo ya no soy la misma. Estás allí, yo estoy aquí. Ya no somos nosotros, somos aquellos que fueron. Pero incluso ahora que todo se ha demolido, reviso nuestro historial de victorias y sonrío.

Mi madre me miró un poco extrañada cuando le dije que me iba con «unos amigos que no conoces» a la Costa Brava. Estaba convencida de que mis únicos amigos eran Elia, Sam y Víctor. No iba mal encaminada, pero no podía decirle que me iba con un chico sin que sospechara que me había enamorado y me mirara como si fuera ridícula.

—Vale, haz lo que quieras —dijo al final, sujetando un cigarrillo con cuidado de no joderse el esmalte, que se estaba secando—. ¿Necesitas alguna cosa?

Negué con la cabeza, metiendo cosas en la maleta que había dejado abierta sobre la cama. Mi madre me miró una última vez y asintió, dándose la vuelta.

—Deja tu cuarto recogido antes de irte —añadió, marchándose.

Lo hice. Lo dejé todo listo y, a la mañana siguiente, necesité solo quince minutos para prepararme antes de cargar la maleta hacia la puerta.

Cristian estaba en la acera de mi calle, apoyado en su coche. Me ayudó a meter mis cosas en el maletero y, no es por nada, pero la luz de aquella mañana hacía que sus ojos parecieran todavía más verdes...

—¿Hay mucho camino? —pregunté, poniéndome el cinturón.

—No, hora y media, dos a lo mucho.

Resoplé, considerándolo una cantidad de tiempo demasiado elevada para mi gusto. Aproveché los primeros minutos de trayecto para acomodar el asiento, quitarme las sandalias y toquetear los botones de la radio. Empezó a sonar *This one* de Vance Joy y Cristian me miró de reojo.

—No eres de las que se están quietas en los viajes, ¿verdad?

—No si no me das conversación.

—¿Y de qué te apetece hablar?

—De conducir. ¿Me enseñarás?

Se rio sin separar los labios, negando con la cabeza.

—¿Eso es un sí o un no?

—Dios, es que tienes pinta de conducir fatal.

—La gente conduce como folla y yo follo bien —protesté.

—Bueno, ya negociaremos...

Sonreí, doblando las rodillas y subiendo los pies al asiento.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mi padre es dermatólogo y mi madre estudió Historia. Estuvo unos años dedicándose a la enseñanza, pero ahora se entretiene con sus cosas.

—¿Sus cosas?

—Organiza no sé qué de un club de lectura y escribe un blog de cocina que nunca he leído, pero hace dos años le publicaron un libro de recetas. Supongo que debe de irle bien.

Alcé las cejas, sorprendida.

—Vaya. También es mala suerte que teniendo una madre así tú hayas decidido que la cocina no es lo tuyo —dije, recordando su comentario de cuando preparamos pizzas en su casa.

—Precisamente por eso. Mi madre cocinaba para nosotros tantas veces que cuando salí de mi casa no sabía ni hacer que una tortilla aparentara serlo. Al final me he acostumbrado a decir «huevos revueltos».

—¿Te costó independizarte?

—Un poco, la verdad. Sentir que aquella casa era mía fue un proceso bastante lento, casi molesto. Pero valió la pena.

—¿Qué es lo que más echaste de menos?

Cristian se humedeció los labios. Me miró por una milésima de segundo antes de volverse hacia la carretera.

—A mi hermana —admitió.

—Ooooooh —exageré—. Qué tierno.

—¿Tú eres hija única?

—Sí, creo que a mis padres no les moló la experiencia. —Miré por la ventanilla, pensando que era mejor seguir hablando de su familia—. Seguro que Andrea es maravillosa, entonces.

—Qué va, es detestable. Intenta no acercarte mucho a ella porque muerde. Pero bueno, lo bonito de Andrea es que también es mágica.

Y la palabra «mágica», saliendo de su boca, me hizo querer comprarme un sombrero en punta, un libro de alquimia y empezar a hacer brujería.

Al final el trayecto duró dos horas porque hicimos una parada en un bar de carretera para desayunar. Después regresamos al coche y, al cabo de media hora, Cristian salió de la autopista y empezó a meterse en calles cada vez más estrechas. Finalmente, se detuvo en una casa con los muros cubiertos de buganvilla. Aparcó delante y sacamos el equipaje del maletero.

—¡Cristian, cielo! —su madre apareció, abriendo la verja.

Llevaba otro de esos vestidos largos y ceñidos a la altura de la cintura. Tomó a su hijo por las mejillas, ignorando que iba cargado con dos maletas. Por la cara que pusieron los dos, ella de alegría y él de estar contando hacia atrás, el beso de llegada debía de ser uno de los pocos que Cristian tenía la tradición de dejarse dar. Sonreí.

—Qué alegría que al final te hayas animado a venir —me dio un abrazo y tiró de mí hacia el interior—. Pasa, pasa... ¿Habéis desayunado? Tenemos de todo.

—Hemos parado en una cafetería de camino, mamá.

—¡Eso no es desayunar! —Me miró mientras atravesábamos el jardín—. Coge lo que quieras de la nevera, Paula. A Cristian no le hagas ni caso.

Lo confieso: me sentí un poco incómoda con tanta familiaridad. No es que me pareciera mal, es que en mi familia no solíamos expresar ni alegría ni interés por las visitas y no tenía demasiado ensayada mi cara para situaciones así.

Tampoco estaba acostumbrada a preocuparme por si le caía bien o mal a la gente, pero de pronto descubrí que al entorno de Cristian sí deseaba agradarle. No sé por qué, quizá porque él me gustaba tanto que quería que dejara un espacio libre para mí en su círculo. Así que, cuando distinguí a su padre y a su hermana desayunando en la mesa del porche, deseé que me lo pusieran tan fácil como Teresa.

Él llevaba unos vaqueros y una camisa clara. Se parecía a Cristian, pero con un aire más sofisticado. De todas formas, desayunaba café americano, como él, junto a un plato de tostadas con jamón que casi ignoraba por leer el periódico. ¿Quién sigue comprando el periódico en papel hoy en día? Pues Héctor lo hacía. Y ¿qué decir de ella? No esperaba menos belleza de la hermana de alguien como Cristian.

Andrea tenía los ojos del exacto mismo color que su hermano y su padre. Verdes, pero un verde que imitaba un kiwi cortado. El color del chocolate envidiaba el de su cabello y su tez, blanca y ligera, le daba una apariencia delicada que se contradecía con su mirada perfilada y escéptica.

Mientras su padre ocupaba el sillón, ella estaba tendida en el sofá de exterior con las piernas flexionadas. En bikini, comiéndose un melocotón a mordiscos. Y, cuando nos acercamos, sus ojos de cristal me resiguieron de arriba abajo. Y me di cuenta: señorita, hemos venido a jugar.

La habitación de Cristian me hizo sentir como una nómada. Entré allí como quien pisa tierra de nadie, porque se intuía que aquel espacio no estaba habitado. Y, si los espacios habitados hacen ruido, los que lo están por hombres como Cristian deberían chillarlo.

La estancia no tenía su esencia, no olía a él. Solo conservaba un pedacito de su aura. Tal vez

la dejó a propósito antes de irse, en aquel cuadro de hojas de palmera areca o en los muebles de madera rústica.

Abrió el ventanal y apartó las cortinas, dejando entrar el aire. Yo cerré la puerta, dejando a su familia al otro lado, y acerqué las maletas a la cama. Por lo menos su afición por los colchones enormes seguía haciendo acto de presencia.

El juego de camas era blanco y verdoso, como el de un hotel. De hecho, olía a hotel. Todo estaba reluciente, limpio y ordenado. Un par de libros que nunca recordó meter en la maleta antes de irse; la pulsera de cuero que utilizó a diario en sus años de instituto y un día decidió no volver a usar, olvidándola en un cajón. El ambiente me resultó extraño, pero a la vez dejaba entrever las huellas de un Cristian adolescente que de un modo u otro llamaba a mi Paula interior, presentándose.

—No nos habríamos llevado bien en el instituto —comenté, abriendo la maleta para deshacerla—. Me habrías parecido uno de esos tíos que van de mosquita muerta, pero luego... minimalista para todo menos para las chicas.

Sonrió, poniendo el móvil a cargar.

—Nunca fui de mosquita muerta. Además, lo de las chicas siempre fue secundario. Yo iba muy a lo mío.

—Ya, claro. Pero a nadie le amarga un dulce, ¿no?

—Soy más de salado. —Me miró. Yo estaba sacando un par de bikinis—. ¿Quieres que vayamos un rato a la playa?

—Oh, sí, por favor.

Metimos lo necesario en un bolso de yute que nos prestó su madre y, una vez en la calle, me cogió de la mano y le seguí por el caminito haciendo ruido con las chanclas. Nos escabullimos entre callejones y recuerdo que me giré para apreciar la imagen de una anciana regando una maceta de girasoles enormes en la puerta de su casa. Lo hacía con delicadeza, canturreando una canción de amor. Se la señalé a Cristian, enternecida. Y él se rio, contestándome que usaba los girasoles como punto de referencia para que los compradores encontraran su casa, porque era traficante de toda la vida. Y se me comió la lengua el gato.

Llegamos a la playa del casco antiguo, que era pequeña hasta resultar tierna. Colocamos las toallas, nos dimos el primer chapuzón y allí, entre arena, playa, rocas y turistas, me di cuenta de dónde había quedado enterrada toda la esencia de Cristian. No, nunca la dejó en su habitación.

Me habló de historias, anécdotas y calas mientras el agua me llegaba al cuello. Le rodeé los hombros con los brazos y sonreí, escuchándole mientras flotábamos. El mar, que albergaba corazones, cuerpos y barcos, de pronto me pareció muy mío. En verdad era suyo, pero en algún momento había decidido compartirlo conmigo.

Cuando salimos nos echamos en las toallas y me acomodé de espaldas a él para que me reaplicara la protección solar, masajeándome. ¿Hablamos de lo placentero que es que te masajeen las manos fuertes de un hombre? Porque era sumamente satisfactorio, en serio. Después nos tumbamos con los ojos cerrados. Una de mis piernas cruzaba entre las suyas, relajada. Hasta que una especie de nube me tapó el sol y entreabrí un ojo con cierta molestia.

—¿Vuelves de la ciudad con un pibón y ni siquiera te dignas a escribirnos para decir que has llegado? Tío, claramente no has perdido tu estilo.

Cristian sonrió incluso antes de abrir los ojos. Entonces se levantó y chocó la mano con la de ese tipo, sosteniéndolas y haciendo algo parecido a abrazarse. Fruncí el ceño.

Era moreno. Guapo, pero su espléndida sonrisa parecía ser el resultado de una buena inversión paterna en ortodoncia. Tenía pinta de ser uno de esos chicos que se hacen la cera en toda la caja

torácica mientras su madre les pregunta por qué tardan tanto en salir del baño. Y detrás de él aparecieron dos tíos más, igual de morenos.

Empezaron a saludarse con entusiasmo y yo los miré, lamentándome por haber perdido mi rato de sol a solas con Cristian. Además, conocer a gente nueva nunca me ha terminado de molar. Sin embargo, para mi sorpresa, uno de los chicos se me acercó con una sonrisa conocida.

—Eh, rubia.

Miré a Iván sorprendida. No esperaba encontrarle allí, pero fue agradable conocer a alguno de ellos. Me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

—Al final Cristian te ha convencido para venir, ¿eh?

—La playa ha tenido algo que ver —admití, sintiéndome como «la chica nueva» del instituto—. Es un pueblo precioso.

Asintió, aunque tuve la sensación de que lo hacía sin escucharme. Después me plantó una mano en la cintura (casi en el culo) y me empujó al centro de la nube de tíos, interrumpiéndoles. Cristian y los demás me miraron. Y, si conocer a gente nueva no me mola, presentarme a un grupo de tíos en bikini está por debajo. Creo que ni uno me miró a la cara.

—Chicos, ella es Paula. —El brazo de Iván se instaló en mi hombro.

—Encantado, Paula. Soy Eric —me sonrió el primer moreno que había aparecido, bajando a mi altura para darme dos besos.

—Gael —dijo el otro, imitándole.

Y, cuando les dedicaba una sonrisa incómoda a todos, Cristian abrió la boca para decir algo. Alargó el brazo hacia mí para acercarme a su pecho pero, antes de que pudiera rozarme, una chica apareció por detrás y le saltó encima, subiéndosele a las espaldas.

Por un momento, aquel gesto de confianza me hizo suponer que sería su hermana, pero no. Era una chica espantosamente bonita que nada más aparecer me hizo sentir desplazada, apartándole de mí. Se le restregó con poco más que un pareo corto y unas tetas espléndidas, sostenidas a duras penas por un bikini triangular que parecía irle pequeño. Y encima le dio un sonoro beso en la mejilla, recordándomelo: señorita, hemos venido a jugar (duro).

Elia se acomodó el cabello sobre los hombros y se toqueteó las raíces para darse un poco más de volumen. Cuando se sintió preparada, llamó al timbre de los chicos. Fue Sam quien abrió la puerta, terminando de atarse el cinturón de los vaqueros. Sin camiseta, preparándose para salir. La miró con naturalidad pero sin interés.

—Víctor no está. Ha acompañado a Lara al mercado.

—Bueno..., en verdad vengo a verte a ti.

—Ah. —No se lo esperaba, pero la miró como si nada y regresó al salón.

Elia cerró la puerta y le siguió. Sam tomó su camiseta, que estaba tirada sobre el sillón.

—Escucha... Me he comportado un poco como una niñata con lo que pasó la otra noche, con lo que hicimos... —Hizo una mueca—. Lo siento.

La miró con más atención, pero sin añadir nada. Se acomodó la prenda y ella suspiró, dando un paso adelante para continuar.

—Es que... todavía estoy un poco triste, ¿sabes? Tengo la sensación de que mi vida está girando muy rápido y de forma permanente, y me da mucho vértigo. Además, haber terminado restregándome contigo en tu salón me parece el giro más elevado y vertiginoso que he dado desde que me obligaste a subir al Dragon Khan cuando estábamos en tercero de la ESO, ¿te acuerdas?

—Sí, que vomitaste. Eres rara porque después me obligaste a subirme tres veces seguidas a esas tazas giratorias, y allí no te mareaste. Bueno, y también me obligaste a montarme en esos chupachups que volaban en la sección infantil; qué vergüenza. En esa excursión te luciste, corazón.

Elia sonrió. Y Sam, desanudando sus zapatillas, también. Después se sentó en el sillón y empezó a calzarse.

—¿Quieres que hagamos algo? Podríamos ir al cine al aire libre, hoy hacen *Cruella* en la playa. También he oído de una exposición en la que...

Él negó con la cabeza, interrumpiéndola.

—No puedo, *princess*. Esta tarde los chicos del instituto en el que trabajo hacen una función de teatro. Les prometí que iría.

—Ah. —Frunció el ceño—. Pero... ¿la hacen hoy? Si ya ha terminado el curso.

—Sí, pero son los alumnos de la SIEI, que hacen teatro. Estaba previsto representar la función en junio, pero hubo un problema con el auditorio y no volvieron a encontrar fecha hasta hoy. Tengo que estar allí en media hora para ayudarles a prepararse. ¿Has visto mis llaves?

Miró a su alrededor, buscándolas por la mesa al tiempo que se palpaba los bolsillos para asegurarse de no llevarlas encima. Elia puso los ojos en blanco y las encontró en dos segundos, cogiéndolas de la estantería.

—¿Puedo ir? —preguntó, tendiéndoselas.

Él arqueó una ceja.

—¿Quieres?

—Bueno, es que Paula se ha ido y Víctor está clavando banderas en Lara, así que eres mi único amigo accesible. No quiero aburrirme en casa.

—Madre mía, ¿y tú eres la romántica del grupo? Un poco más y me dices que tienes que fumarte un porro para divertirte conmigo.

—No es eso —sonrió un poco—. ¿Puedo ir o no?

Sam hizo un gesto en dirección a la puerta.

—Anda, vamos. Pero te advierto que estará lleno de padres, madres y profesores, tres especies de lo más insoportables.

—No te preocupes. Haremos burla de ellos, como en el instituto.

Él le guiñó un ojo al recordarlo.

Capítulo 29

SENTIRSE JOVEN

El mejor regalo que le hicieron a Sam fue la vida. Es el mejor que nos han hecho a todos, pero él lo sabía a conciencia.

Los segundos eran gotas de oro que le llenaban el pecho. El amor propio era la mejor de las medicinas y los momentos se los habría tatuado uno por uno si vivirlos no le hubiera bastado para recordarlos. Su vida era aquella fiesta que te perdiste porque trabajabas a la mañana siguiente; el postre que no pediste porque costaba más de cinco pavos y el beso apasionado que no diste porque estabais en un sitio público. Eso era.

A veces aquello implicaba convivir con el desastre, pero a Sam le importaba muy poco. Estaba convencido de que el ser humano es imperfecto por naturaleza y que, por lo tanto, la idea de perfección es hipócrita e inalcanzable. Mientras no le faltara un plato en la mesa, estaría tranquilo.

Nada de lo que no pudiera permanecer en su vida debido a aquella doctrina era conveniente para él, porque estaba hecho para perderse en sí mismo. Y lo consiguió, amando sin atar y quedándose sin comprometerse. No es que fuera el hombre más feliz del universo, es que tampoco disfrazaba la felicidad de estado vital. Creía que la felicidad era una milésima de segundo, una milésima repetitiva a la que siempre permitiría el paso por su pecho, sonriendo por los pasillos del auditorio.

Los niños de primero de la ESO estaban emocionados, correteando de un lado a otro. Detrás del telón se movían en busca de su profesor favorito. Y es que, aunque el verdadero puesto de Sam fuera de integrador social, para ellos solo era «el mejor profe de todos». Acudían a él para que les ayudara a disfrazarse y a maquillarse; bueno, a él y a la chica cariñosa que le había acompañado.

Elia les cubría la cara con crema hidratante y utilizaba las ceras de maquillaje para caracterizarlos como princesas, gatos, leones, brujas o reyes. Les pintaba el rostro con un latir que se le iba a salir del pecho, todavía oyendo el eco de aquella voz que le recordaba que no sería madre.

—Sam, ¿es tu novia o qué? —preguntó uno de los niños en un tono chulesco, mirando a Elia con curiosidad.

—No, pero ¿a qué querrías que fuera la tuya? —contestó, haciéndole una coleta a una de las niñas—. Y por las mañanas aún está más guapa.

El alumnado de alrededor se rio y Elia se sonrojó con una sonrisa. Lo cierto es que, aparentemente, Elia era todo lo hermosa que desearía ser una niña de mayor. Con su apariencia delicada y sus mechones lacios se había convertido en todo lo que quiso ser de pequeña y, de

pronto, se sintió un pelín orgullosa. Sam sonrió de lado, dándole la última vuelta a la goma y finalizando el recogido.

—Ya está, Carlota. Estás muy Gucci.

—¡Ahora yo! —saltó otra.

Una profesora se acercó y, al verla, algunos alumnos se acercaron a ella con cariño. La mujer en cuestión llevaba un vestido a la altura de las rodillas, con un collar de oro que poco a poco se enterraba en su canalillo. Elia apretó los labios, atenta a cómo se acercaba a Sam y le hablaba bajito. Estaban demasiado cerca para ser compañeros de trabajo... y dedujo que aquella era Silvia, «la mami».

—Ella es Elia, una amiga —la presentó él, todavía haciendo coletas—. Ha venido a echarnos un cable.

—¡Ah! Genial, nunca viene mal. —Volvió a mirar a Sam, tocándole el brazo para llamar su atención. Aquel contacto, a Elia, le provocó picor—. Los padres ya están empezando a llegar, ¿tengo que preocuparme?

—No. Estarán listos en cinco minutos.

—Perfecto. —Silvia la miró y volvió a sonreír—. Elia, ahora que los alumnos ya están preparados tenemos que salir. ¿Vienes conmigo? Los profesores tenemos una fila de asientos asignada.

Ella miró a Sam.

—¿Y tú?

—A mí me toca quedarme con estas ranas.

Un par de niños le levantaron el dedo índice cuando les llamó «ranas». Sam fingió ofenderse y empezaron una batalla de cosquillas que a Elia le pareció entrañable. Lo cierto es que la función estaba a punto de empezar y detrás del telón no había espacio para todos, así que asintió y aceptó marcharse con Silvia.

Para entonces Lara y Víctor ya habían llegado a casa y estaban en la cama, casi desnudos después de haber hecho el amor. Apoyado en el cabezal, él la sostenía en su pecho y dibujaba frente a ella, con la voz de Springsteen entonando *Sad eyes* desde el equipo de música.

Lara reseguía el camino del rotulador con los ojos, impresionada de lo bien que dibujaba mientras le contaba la historia que diseñaba en el cuaderno. Eran olas, tierra, soles... Le narró un cuento acerca de dos amantes apocalípticos. Estos existieron mucho antes que nosotros y se amaron tanto que fueron más poderosos que la tierra en sí misma. Aquellos lugares en los que se besaron hoy en día han sufrido huracanes; las playas en las que hicieron el amor serán el altar de tsunamis. Y la canción se hizo corta, hasta que empezó a sonar *I'm on fire* y ella sonrió, girando el mentón para besarle la barbilla.

—¿Siempre eres así de mágico? —le preguntó—. Cuando estás con alguien.

—Me gusta estar cerca de ti.

—¿Cómo fuiste? Con las otras chicas.

—Intenté sentir y hacer todo esto..., pero contigo ha funcionado.

—Nos conocemos poco. Tal vez terminemos muy asustados el uno del otro.

Víctor sonrió ligeramente, terminando de perfilar el océano.

—Lo sé incluso ahora —contestó, apoyando los labios en su sien—: si algo sale mal, una parte de ti querrá que vuelva a buscarte.

El grupito en cuestión estaba formado por Gael, que canturreaba canciones de El Canto del Loco

y era el novio de Diana, la chica pálida a la que no le gustaba el verano porque se sentía incómoda en ropa corta. Después estaba Iván que, como Cristian, se había ido a vivir a la ciudad y solo volvía a la costa en verano; Eric, el chico de actitud chulesca que tuvo la brillante idea de crear Onda, la marca de la sudadera que Cristian me dio cuando le conocí. Y Berta, alias la ex de Cristian.

Reconozco que la miré más de una vez, intentando hacerlo con discreción. Por lo contrario, ella no mostró demasiado interés en mí (por no decir que apenas se dignó a saludarme). Iba de un lado a otro, saltarina, agarrándose a los brazos de los chicos en busca de atención y protagonismo. Y no la envidiaba, pero era preciosa. ¿Sabéis estas chicas que son sexis a rabiarse sin necesidad de tener los ojos claros, ser rubias y esqueléticas? Pues allí estaba ella para representarlas.

Quisieron celebrar que estaba todo el grupo unido de nuevo con una barbacoa en el jardín de Eric y Gael, que vivían juntos. El segundo se marchó con Cristian a comprar la carne y Berta insistió en acompañarlos. La idea de estar encerrada con ella en un vehículo fue suficiente para que le dijera a Cristian que prefería esperarle en la casa, de modo que me quedé en el jardín con los demás, sosteniendo un botellín de cerveza.

—¿Os ayudo en algo?

—No te preocupes —contestó Eric, abriendo junto a Iván una bolsa de carbón y el paquete de pastillas para encenderlo.

Me acomodé en una de las sillas blancas de plástico. Ya estaba anocheciendo, pero seguía haciendo calor, tanto que solo llevaba una falda vaquera y la parte superior de mi bikini azul. Ellos también iban en bañador, tratando de hacer funcionar un mechero alargado. Diana, en cambio, abría su cerveza con un vestido largo. Me miraba.

—Se me hace raro que Cristian haya traído a una chica —confesó.

Sonreí, echada en el respaldo de la silla. Iván soltó una carcajada.

—No es su novia, Diana. Solo son amigos.

—Cristian dijo «novia».

—Solo delante de sus padres.

—Ah, ¿sí? —me miró, un tanto decepcionada.

—Solo amigos —asentí.

—De todas formas, Cristian no suele traer a chicas.

—Nos llevamos bien —justifiqué.

—Sí, vamos, que entre polvo y polvo mantienen alguna que otra conversación —intervino Eric, dándole vueltas al carbón.

Me humedecí los labios y no contesté.

—Perdónale... —Diana arrastró otra de las sillas para sentarse a mi lado—. A veces, de chulo, se pasa a imbécil. Era Paula, ¿verdad?

—Sí.

Diana era agradable. Desde luego, con la que más me entendí de todos. Me habló de su fobia a las avispas y me preguntó cosas que delataron un interés sincero por conocerme. Acabamos compartiendo opiniones sobre los pendientes extravagantes y los sitios a los que valía la pena o no viajar. Me hizo sentir cómoda enseguida y, al cabo de un rato, mientras los demás metían la carne en la barbacoa, las manos de Cristian se apoyaron en los reposabrazos de mi asiento y bajó para darme un beso en la cabeza.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—Bien.

—Aquí, de charleta —le sonrió Diana, que seguía a mi lado—. Oye, Cristian. Yo pensé que era tu novia.

—¿«Cristian» y «novia»? —intervino Berta, pasándole a Gael una de las cervezas que había traído de la nevera—. Dos conceptos incompatibles, querida. O casi.

Él se incorporó, dirigiéndole a Berta una mierda que solo ellos entendieron. Bueno, y yo, que estaba muy atenta: era una mirada de advertencia.

Aunque el asiento era cómodo, Elia no lo estaba. La función no había empezado y, allí sentada, no comprendía su papel en la escena. Habría preferido quedarse con Sam, no con su amante. De hecho, su amante no le caía bien. ¿Qué clase de mujer pondría en juego su matrimonio? ¿Por qué una mujer así merecía ser madre y ella no?

Silvia regresó pasados unos minutos. Encogió su cuerpo para atravesar los asientos ocupados y se acomodó al lado de Elia. No quería que se sintiera apartada y se había propuesto acompañarla hasta que Sam volviera, dedicándole una sonrisa mientras abría el bolso. Sacó un saquito con chucherías y mini chocolatinas.

—¿Quieres? Son para cuando se apaguen las luces —se rio—. Soy como una niña pequeña.

—No, gracias. ¿Falta mucho para que empiece?

—Poquito. ¿Después vendréis a la cena? Los profesores hemos reservado mesa en un restaurante.

Elia se mordió el labio inferior y se encogió de hombros. Silvia sonrió.

—¿Hace mucho que conoces a Sam?

—Desde el instituto. Fuimos a la misma clase.

—Madre mía —volvió a reír, como si le pareciera mucho tiempo—. Qué barbaridad. No quiero ni pensar cómo era Sam en el instituto.

—El rey de la clase, te lo puedes imaginar.

—¿Sabes? La primera vez que le vi, fumando a escondidas en el patio, pensé que era un alumno y le metí una bronca increíble. Entonces me sonrió y, al cabo de un rato, alguien me dijo que era el chico de prácticas... Y pensé: «Qué cabrón».

A Elia se le escapó una media sonrisa.

—Se le da bien ser un poco cabrón, sí.

—Y los niños, se le dan genial los niños y los adolescentes. De verdad, le adoran de la ESO a bachillerato. Tiene... algo especial, no sé.

—Sam es especial —asintió.

—Sinceramente, te envidio un poco —admitió—. Os he visto mientras ayudabais a los chicos a prepararse. Pareces importante para él.

—Nos conocemos de hace mucho tiempo. Además, creo que a veces me ve como a una niñita patosa a la que hay que echarle un ojo —se sonrojó—. Tenemos una relación especial, aunque a ratos nos llevamos como el perro y el gato.

Silvia asintió, metiendo la mano en la bolsita.

—Dicen que los amores reñidos son los más queridos.

—Ah, no —se tensó, alzando la palma—. No quería decir que... Sam y yo solo somos amigos. No quiero meterme en lo que sea que vosotros... Perdón.

—No te preocupes. —Le tendió una chocolatina, dulce—. Lo he notado nada más me has visto. No te caigo muy bien, ¿verdad?

—Es que... me parece un poco raro lo vuestro.

—Es raro, y deshonesto —asumió—. ¿Sabes? Me casé muy joven, por presión familiar. De golpe y porrazo me vi firmando una hipoteca, opositando para ser profesora cuando lo que realmente deseaba era ser bióloga y frustrándome, porque mi marido quería que tuviéramos hijos y yo no me sentía preparada. Creo que empecé a tener problemas de adulta siendo todavía muy joven, pero al final aprendí a conformarme con las decisiones que había tomado. Gracias a eso tengo un hijo maravilloso al que quiero más que a nada en el mundo, y conseguí un trabajo estable. Pero, cuando por fin aceptaba mi vida... aparece él, Sam. Y me hace sentir de nuevo como una cría en clase, intercambiando miradas por los pasillos de un instituto y montándonoslo en un despacho con miedo a que nos pillen. Sam me ha hecho volver a sentir joven; de hecho, creo que Sam me ha hecho sentir joven por primera vez en toda mi vida.

Elia se la quedó mirando por unos segundos, sintiendo un nudo en la garganta. Entonces tragó y miró al escenario.

—¿Me permites un consejo? —añadió, volviendo a tenderle una chocolatina—. No volverás a tener la edad que tienes, así que hazlo todo mal ahora que puedes. No te frustres persiguiendo, Elia. Todo llega, pero la vida se va.

Elia aceptó la chocolatina, pensativa.

Y de pronto apagaron las luces y empezó la función.

Capítulo 30

LOS PENSAMIENTOS SUCIOS DE LAS CHICAS CALLADAS

En la cena, tal vez (y digo «tal vez» como podría decir «estoy absolutamente segura de ello»), bebimos un pelín más de la cuenta.

Ya habíamos abierto alguna que otra cerveza mientras se cocinaba la carne y, cuando nos sentamos a cenar, Gael apareció con una bandeja cargada de cócteles de granadina que, sorbito a sorbito...

A partir de los chupitos de después del postre no recuerdo mucho. Sé que hice chistes con los chicos y que Cristian estaba guapísimo cuando sonreía, sujetando un cigarrillo entre los labios mientras buscaba el mechero. Sé que pusimos música y que, cuando empezamos a bailotear, me acerqué a la silla de Diana y le tendí la mano para que lo hiciera conmigo. Al principio se hizo de rogar, diciendo que bailar no era lo suyo, pero tiré de ella y con eso y el alcohol... Nada, acabamos bailoteando *Only want you* de Rita Ora subidas a la mesa entre copas y chupitos. Esa canción y todas las que siguieron.

Al mismo tiempo, Elia se cubría la boca con cierta timidez al carcajearse delante de algunos de los compañeros de trabajo de Sam. Hasta los profesores con apariencia más rígida se reían de sus ocurrencias, puestos de vino hasta las cejas. Él, con un humor envidiable, defendía los apodos con los que el alumnado les había rebautizado e hizo un monólogo digno del Club de la Comedia sobre las palmeras secas de la cafetería. Fue el rey de la mesa y, sentada a su lado, Elia no pudo evitar sentirse un poco reina.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó él al llegar a casa.

—Sí. La verdad es que son más majos de lo que parecían cuando solo los veías delante de una pizarra —sonrió, quitándose la chaqueta vaquera—. ¿Víctor sigue en casa de Lara?

—Seguro. A este ritmo podré realquilar su habitación sin que se entere. —Se dejó caer en el sofá—. Ahg. Qué día... Voy a dormir como un dios.

Elia, de pie frente a él, se humedeció los labios. Los tenía secos porque llevaba toda la noche mordisqueándose los labios, repitiéndose aquello que Silvia le había dicho de la misma manera en la que llevaba años repitiéndose el mismo mantra: «Hijos, marido, casa, *golden retriever*». Ahora, en su cabeza, el eco de otra voz le recordaba: «Hazlo todo mal ahora que puedes. No te frustres persiguiendo. Todo llega, pero la vida se va». Que sí, joder, que se nos va. Que estamos hechos de hielo en un mundo que alcanza altas temperaturas, pensados para deshacernos. Y que Sam, tan guapo, era una mierda que tarde o temprano fuera a volverse líquido.

—¿Estás bien? —frunció el ceño despreocupado, viendo cómo le miraba.

—Sí. Yo... estaba pensando en cuando... La otra noche... Aquí.

—Ah, claro. Bueno..., bebimos más que hoy, está claro.

—¿Te acuerdas? —quiso saber—. Sé que le dijiste a Víctor que no, pero ¿lo haces?

—Mmh... —Trató de hacer memoria—. Lo tengo un poco borroso. Sé que bebimos, subimos y... supongo que en algún momento empezamos a enrollarnos.

—Te besé en el portal, yo a ti —aclaró, con cierta intensidad. Quería que lo recordara—. Despertamos a los vecinos golpeando el telefonillo. ¿Te acuerdas?

Sam la miró y recordó que tenía razón: llegaron al portal y ella lo empujó contra el telefonillo. Antes de que pudiera decir nada, se le echó encima y le besó, excitada. Se rieron al oír la voz somnolienta de algunos vecinos y subieron al piso.

—Sí.

—Nos quitamos la ropa y me eché encima de ti. Ahí, justo donde estás sentado.

Sam se la quedó mirando, atento.

—¿Follamos aquí?

—Se te puso muy dura... —se acercó—. Creo que buscaste un condón. Te dije que, si siempre lo has usado, me daba igual que conmigo no te lo pusieras.

Se colocó de pie en el espacio que dejaba libre la separación de las piernas de Sam. Él se incorporó, mirándola.

—Dijiste que te habían dicho que hacerlo a pelo da mucho gusto, y que con lo borracho que ibas te daba miedo correr muy rápido y darme la razón cuando me meto contigo diciendo que seguro que no eres bueno en la cama —sonrió.

—Eso te lo estás inventando.

—De verdad que no —aseguró—. ¿Me puedo poner encima?

Asintió y Elia se acomodó a horcajadas sobre él. Con el vestido arremangado, la sujetó por el trasero. Era tan suave... Sí, lo recordaba.

—Fuiste a buscar un condón, pero ibas tan borracho que no llegaste ni a bajar del sofá. No sabías ni dónde estaba tu cuarto, y yo tampoco.

—¿Y qué hice?

—Me lo hiciste. Con los dedos.

—¿Con los dedos?

—Sí. Me gustó...

—Recuerdo que te gustó. Te corriste.

—No me corrí.

—Sí, sí te corriste. En mis dedos, empapándomelos... —coló la mano y la tocó por encima de la ropa interior—. Empapada como ahora.

—¿Estoy mojada?

—Y caliente. Y me encanta. —Coló las yemas un poco más, apartando la ropa interior y acariciando sus pliegues—. ¿Sabes qué pensé?

—¿Qué pensaste? —se arqueó un poco, facilitándole el acceso.

—Que en realidad... —empezó a trazar círculos lentos sobre su clítoris—. Te gusta que te lo hagan sucio, pero no se lo dices a nadie.

—¿A qué te refieres con «sucio»?

—¿Te lo enseño?

—¿Tendrás que desnudarme para enseñármelo?

—Sí. Y follarte.

—Entonces sí, vale.

El vestido fue a parar al suelo de un tirón, rápido. Elia apenas había abierto los ojos y ya la estaba levantando del sofá, echándola boca arriba en el borde. Le bajó la ropa interior y se

acomodó entre sus piernas, separándoselas.

Cuando la vergüenza cruzó su mente trató de bloquearla. No, no quería sentirse incómoda, no quería impresionar a nadie. Solo quería... sudar. Sudar y correrse, descubrir todas aquellas cosas a las que siempre había dicho «no», a las que Sam decía «sí». Porque a Sam le gustaba el sexo oral, y ella no tardó en descubrir por qué.

La expuso ante él. La abrió con dos dedos y lamió despacio, haciéndola notar su lengua de abajo arriba. Los sonidos que escapaban de la garganta de Elia le hicieron suspirar, excitado. Ella pudo sentir el aire caliente de su respiración en su monte de Venus cuando apretó la boca y resguió sus pliegues con pasión. Estimuló su clítoris con la lengua, usando para ello caricias continuas. Todo se volvió tan húmedo... Se apartó y miró cómo uno de sus dedos se deslizaba fácilmente, penetrándola... Metió otro y se mordió el labio inferior.

—Así... —dijo—. Quiero que resbales...

—Dios, Sam. Házmelo duro.

Se mordió el labio con más fuerza, hasta hincharlo y enrojecerlo. Arqueó los dedos en su interior y Elia cerró los ojos. Quería dejarse hacer, quería hacer de todo. No recordaba haber estado tan excitada en su vida. Nunca la habían puesto tan cachonda en una conversación, nunca le habían hecho sexo oral, nunca había tenido sexo con la luz encendida... Nunca la habían agarrado del brazo para tirar de ella y colocarla a cuatro patas, como si fuera una muñeca de trapo.

Sam, acalorado, se quitó la camiseta y se bajó los vaqueros. Elia apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, alzado el trasero a conciencia. Cerró los ojos y pronto lo acogió en su interior, cediendo a la presión que Sam ejerció entre sus piernas.

—¡Dios! Es mejor de lo que... Joder.

—Más..., más fuerte... —gimoteó.

—Despacio... —contestó él, viendo cómo los pliegues de Elia lo envolvían—. Déjame sentirte.

Y la sintió. Su calor, su humedad... Poco a poco, se enterró en su cuerpo y se quedó allí, dilatándola, acariciándole la espalda.

La polla de Sam era gruesa, dura; sentirla dentro era jodidamente placentero. Y Elia se revolvió en busca de movimiento, contrayendo los músculos a su alrededor. Él gruñó, sujetándola del pelo.

—No hagas eso.

—Muévete...

Empujó con las caderas, deslizándose unos centímetros hacia fuera y de nuevo hundiéndose dentro. Ella clavó las uñas en el sofá y le pidió que siguiera. Fue delicioso para los dos, que en el fondo querían hacerlo despacio solo para no terminar. No, no querían terminar. No querían parar. Querían hundirse hasta el recuerdo y llegar al desfase, juntos.

No obstante, se aceleraron. Sam gimió y acompañó algunas penetraciones de un tirón de pelo. Elia chilló y no solo hundió las uñas en el sofá, sino que también la cabeza. De pronto el sexo era brutal.

Apenas necesitó tocarse para correrse, volviendo a apretar los músculos con la ligera esperanza de hacerlo durar. El orgasmo, el cosquilleo más placentero. Lo alcanzó de una forma tan intensa que se contrajo entera, gimiendo alto para desahogarse al tiempo que él empujaba un poco más y se dejaba ir también, quejándose de placer. Lo hizo dentro de ella, humedeciéndola más, haciéndola sentirlo.

Y lo sintió: todo lo que Sam había traído a su vida, pero ahora también en su cuerpo.

Llegamos a casa alrededor de las cuatro de la madrugada. Cristian abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido y me ayudó a subir al dormitorio sin despertar a nadie. Por suerte, la casa era considerablemente grande y su habitación no estaba cerca de la de sus padres, que dormían desde hacía horas.

—*Someone like you* —canturreé, deslizándome por la cama—, *and all you know, and how you speak... Countless lovers, undercover of the street...*

Cristian me miró y soltó una carcajada. Yo, enterrada entre cojines, alcé una pierna y por poco le pegué la suela al pecho. Empezó a desatarme la zapatilla.

—Me parece que vas a dormir bien esta noche.

—Desnuda, contigo. Tú también desnudo —balbuceé.

Eché la zapatilla a un lado y empezó a desatarme la otra. Descalza, apoyé los pies en su camiseta y fui bajando hasta su entrepierna. Cuando llegué, me cogió los tobillos y se retiró, riendo.

—Venga, a dormir, fiera.

Alcé el culo para que arrastrara la sábana por debajo de mi cuerpo, deshaciendo la cama.

—No, a dormir no —me quejé—. A hacer *ñiqui ñiqui*, que te tengo ganas. Ven..., que te voy a hacer un hombre...

Se rio todavía más, quitándome la falda. Pasarme con la bebida me hinchaba tanto la barriga que la marca del botón se me había pegado al vientre.

—Así que *ñiqui ñiqui*, ¿eh?

—Sí, es como se dice en Los Sims. Recuerdo que los personajes se metían debajo de las sábanas y salían corazones por el aire.

—Entonces debían de estar haciendo el amor.

—¿Tú has hecho el amor alguna vez?

—No —contestó, quitándome también la sudadera que me había traído del maletero, cuando en la cena había dicho que tenía frío—. Quítate tú el bikini, Paula.

—¿Por qué? —gruñí. Me gustaba que me desnudara.

—Me da pena hacerlo yo. Estás muy... ida.

Hice una mueca y arqueé la espalda. Colé los brazos por debajo y me desaté el lazo del bikini, retirándolo. En braguitas, abracé las sábanas y le miré.

—Cris... —alargué la mano por el colchón—. Házmelo.

—Mañana, mañana. Hoy a dormir, Paula.

—¿A *mimir*? Pero si yo tengo ganas de caña.

—Ya te he visto, ya. —Se sentó en el borde para descalzarse—. Has bailado como si no hubiera un mañana.

—Te estaba provocando, era mi baile de apareamiento. ¿Te ha gustado?

—Mucho, estabas muy guapa.

—Ah, ¿sí? —Sentí que me brillaban los ojos—. ¿Te parezco guapa?

—Sabes que eres preciosa.

—Pero nunca me lo dices... —refunfuñé, ignorando la vez que sí lo hizo y le llamé cursi.

Siguió sonriendo. Creo que mi pedal le hacía gracia. Se levantó de la cama, ya descalzo, y me miró desatándose el cinturón. Asintió.

—Eres preciosa.

Encogí los ojos, adivinando sus intenciones.

—Y ahora vas a follarme.

—Que nooo... —arrastró las letras, divirtiéndose.

—Venga, Cristian. Y te dejo hacérmelo por detrás, ¿quieres? Pero con cariño.

Se quitó los vaqueros y la camiseta, partiéndose de risa. Después apagó la luz, se metió conmigo en la cama y volvió a reír cuando palpé por encima de su ropa interior, restregándome y buscándole con descaro.

Me sujetó la muñeca y forcejamos entre carcajadas y comentarios, hasta que al final consiguió inmovilizarme y, entre su pecho y sus brazos, me quedé tan quieta que me dormí. Y, Dios, su olor...

Dormí toda la noche pegadita a él, del tirón.

Capítulo 31

DESPERTAMOS ENVUELTOS EN LOS CRÍMENES QUE COMETIMOS

Elia hizo un gran esfuerzo por no salir corriendo cuando se despertó en la cama de Sam, a su lado y desnuda. En lugar de huir, se clavó las sábanas al pecho y se incorporó en el cabecero. Flexionó las piernas y reflexionó acerca de lo que había sucedido la noche anterior.

Ella y Sam se habían acostado. Ya era oficial e irremediable: habían follado. No es que se hubieran frotado de calentón, no... Es que se le había corrido dentro.

Quizá no se le estaba dando del todo bien eso de rehacerse. ¿Quién era ahora? Se lo preguntó viendo dormir a Sam en el otro extremo del colchón. No quería despertarle antes de tener las ideas claras, pero sabía que para eso él tendría que estar comatoso. No podía comprenderlo. ¿Por qué había disfrutado tanto? Al final, hizo una mueca y le golpeó ligeramente el hombro.

—Sam —le llamó—. Sam, despierta. Tengo un problema.

—¿Mmh...? —se removió, con los ojos cerrados. Elia tuvo que mirar a otro lado para no tener en cuenta su desnudez—. ¿Qué te pasa?

—Que me he acostado contigo. Necesito que lo hablemos, como amigos.

—Vale, cinco minutos más y te escucho.

—Pero... —Al final, terminó mirando—. ¿Por qué sigues con la polla así? Estás enfermo, tío. Sam comprendió en seguida a qué se refería y se rio de ella.

—No me creo que nunca te hayas levantado con un tío que la tenga dura.

—Pues no, suelo acostarme con caballeros.

—Sí. Seguro que más de uno tenía disfunción eréctil, entonces.

—En serio, ¡baja eso! —se quejó—. A saber con qué guarradas sueñas...

—Se llama erección espontánea, Elia.

—Pues qué graciosa, tu cosita.

—¿Mi cosita? —Terminó de despertarse de golpe, indignado—. ¿Has llamado «cosita» a mi polla, Elia?

—Vale..., la llamaré cosa.

—¿«Cosa»? No es la mano andante de *La familia Addams*, ridícula. Se merece un respeto. Creo que anoche trabajó duro para complacerte.

—Bueno, ¡fin del asunto! Tenemos que hablar, en serio.

—Vale, vale... —Se incorporó—. ¿Me puedo tomar antes un café?

—No, escúchame. Lo de anoche no volverá a repetirse, ni siquiera en tus sueños guarros —aclaró—. Fue un calentón.

Sam se frotó la nuca, de pronto pensativo.

—Lo que tú digas. Pero te gustó, ¿no?

—Sí —se extrañó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Ah, no sé. Como me estás pidiendo que no lo repitamos...

—Porque está mal. Nosotros solo somos amigos y, aunque no lo fuéramos, no es de mi estilo acostarme con alguien como tú.

—¿En serio? Porque no creo que te hayas corrido tan bien como anoche en tu vida. Se te notaba.

—¡Sam! —gruñó.

—¡Elia! —la imitó, con sorna.

—Mira, se acabó. Estaba cachonda; follamos y ahora ya nos hemos quitado de encima el calentón. Somos amigos y punto, que te vaya bonito. Yo me voy a casa.

Dicho eso, se levantó. Salió de la habitación arrastrando las sábanas consigo y, en el salón, se puso el vestido. Sam pasó por allí, pero por lo menos se había cubierto con una pieza de ropa interior. Ella hizo lo mismo, oyendo el sonido de la cafetera.

—¿Seguro que no quieres desayunar aquí?

—No, me marchó. Nos vemos luego.

—Okay, *amigui*.

Elia puso los ojos en blanco, abriendo la puerta frontal para irse. Justo de frente se encontró con Víctor. Sujetaba la llave y no había tenido tiempo de meterla en el paño, regresando de casa de Lara. Y, nada más verle la cara a Elia... lo supo.

—Ha sido la última vez, lo prometo —dijo ella.

—Da igual. No quiero saber nada.

—Pues buenos días.

—Buenos días.

Se marchó rellano abajo y Víctor cerró la puerta. Se plantó de brazos cruzados en la cocina, apoyándose en el arco y mirando a su amigo, que preparaba café.

—Te prometo que empezó ella. Y ya sabes cómo soy... —Sam se encogió de hombros—. Me encanta darme a los demás.

—Lo que pasa es que tienes un morro que te lo pisas, tío.

—También, también... ¿Tú qué tal?

—Cansado. ¿Me sirves también una taza? —Se apoyó en la encimera.

—Claro. ¿Te ha dado Lara mucha caña o qué?

Víctor sonrió, recordándolo.

—Caña de la buena.

—Pues ya sabes. Felicidades, chico.

—Sí... Lara es de las sabias.

Habría podido seguir durmiendo hasta mediodía, pero mi cuerpo notaba que no estaba en mi cama y eso me sacó de contexto. Poco a poco, me fui removiendo por el colchón en busca del calor de Cristian, desvelándome... Pero no apareció hasta al cabo de un rato, ligero de ropa y oliendo a jabón. Al verme sonrió.

—¿Ya estás despierta? Qué sorpresa.

—Ja. Ja. Ja. Tampoco bebí tanto.

—No, claro que no —ironizó.

Alcé la cabeza y se inclinó para darme un beso de buenos días.

—¿Tus padres están despiertos?

—Mi padre se ha ido a currar hace poco. Mi madre está hablando por teléfono y Andrea sigue durmiendo. ¿Quieres desayunar?

—Si me lo preparas tú... —provoqué, girando sobre la cama.

Se me echó encima, divertido. Me bajó las braguitas de un tirón y me mordió la nalga. Me reí, pataleando.

—¡Para! —mentí. En realidad quería que siguiera.

Bajamos a la cocina, que era enorme y con isleta incluida. Me senté en uno de sus taburetes y Cristian se sirvió una taza del café que había dejado preparado su padre.

—Muy mona tu exnovia —empecé—, pero no me dijiste que es una prepotente.

Metió la taza en el microondas y, cuando volví a verle la cara, sonreía.

—Sí, tiene tela. Pero te prometo que debajo hay un buen fondo.

—Bueno, está claro que yo no le caí bien.

—A Berta no le cae bien nadie.

—Pues tú parece encantarle. Está todo el rato encima de ti.

Y sí, lo dije un poco molesta, rascando la yema contra la encimera imaginando que era la cara de Berta. Hubiera molado algo tipo: «Veas lo que veas, ni ella ni yo tenemos el más mínimo interés en volver a acostarnos. No nos tocaríamos ni con guantes». No obstante, en lugar de eso Cristian dejó una bolsa abultada frente a mis ojos. Le miré, distrayéndome.

—¿Y esto?

—Es un regalo. —Me guiñó un ojo.

Solo con el tacto ya supe qué era. Sonreí como una yonqui, sacando el envase de Cola Cao. No era el típico que compraba mi madre en el supermercado, era una de esas ediciones vintage que vienen en lata. Y me prometí conservarla.

—Gracias. —Me incliné hacia él, dándole un beso.

Cristian sabía besar bien, joder. Hasta los besos cortos en los que solamente tenía que apoyar su boca en la mía, incluso allí podía notar la diferencia de sus labios expertos.

Estábamos desayunando cuando su madre entró en la cocina. Cogió un melocotón de la cesta de fruta y lo lavó en el fregadero, preguntándonos qué tal había ido la noche anterior.

—Bien. ¿Vosotros hicisteis algo?

—No mucho. Quería dar una vuelta por el paseo marítimo, pero Andrea estaba mala de la tripa y tu padre cansado.

—¿El paseo marítimo? —me interesé.

—Sí, hay tiendecitas y está cerca de la playa.

—Podríamos ir.

—¿A qué? ¿A ver turistas? —replicó Cristian—. Quitaa, quita...

—No seas así —le golpeé el brazo y miré a su madre—. Teresa, yo voy contigo.

—¿En serio? —preguntaron los dos al mismo tiempo.

Me hicieron gracia. Tal vez sí que tenían un poco de parecido...

—Claro.

—¡Genial! —se alegró—. ¿Esta noche?

—Esta noche no podemos —contestó él por mí—. Es el cumpleaños de Gael. Va a hacer una cena en su casa y le dije que iríamos.

Alcé una ceja, recién informada. Pensé que, si la cena iba a ser como la de la noche anterior, regresaría a la ciudad con la presión arterial por las nubes. Me humedecí los labios y me dirigí a Teresa, para que no se desanimara.

—Pues mañana por la noche, entonces.

Me sonrió. Acarició mi espalda con cariño y se acercó a su hijo.

—Por cierto, hablando de cumpleaños... La semana que viene es el de Andrea.

—¿Cuántos cumple? —pregunté.

—Diecisiete. Me dijo que quería que le dejara la casa, pero no me fio. Así que, el fin de semana que viene, tu padre y yo nos vamos a un balneario y te quedas tú, por si pasara algo.

—¿Qué? No, no, no... Ni de coña, mamá.

—Sí, sí, sí. Dos jóvenes son menos estafalarios que dos padres.

Cristian puso los ojos en blanco, resignándose. Le miré y me reí, haciéndole recuperar la sonrisa.

—¿De qué te ríes?

Me encogí de hombros, pero lo sabía perfectamente.

Lara llevaba toda la mañana en casa. Había cambiado las sábanas, ventilado las habitaciones, tirado pintura vieja y desenvuelto un par de artículos de decoración que había pedido por internet.

Se preparó un poco de pescado para comer y se estresó al ver lo que variaba la factura de la luz de un mes a otro. Pensó que, si quería conservar parte de la herencia que le había dejado su madre, tendría que empezar a compaginar la universidad con algún trabajo. Imaginó que sería conveniente hacer un *currículum*... Y, mientras buscaba plantillas para inspirarse, sonó el timbre.

Pensó que sería Víctor. Incluso Sam, con alguna barbaridad en la boca tipo: «Hola, vecina. ¿Te acuerdas de que dijiste que ibas a pintarme desnudo? Pues a eso vengo». Lo que no esperaba encontrar era un rostro tan conocido como el de Alicia, que la esperaba al otro lado de la puerta con una sonrisa exageradamente grande y una maleta. Al verla a Lara se le fue el color de las mejillas, atónita.

—Joder, tía, qué cara. ¿Te pillo ocupada?

—Alicia... ¿Qué haces?

—Uy, chica, de momento entrar —arrastró la maleta al interior—. Tengo un calor de la hostia. ¿Tú no?

Lara cerró y la siguió hasta el salón, confusa.

—No, digo que qué haces aquí.

—¡Sorpresa! He venido a verte.

Alicia, con sus mechones envueltos en una coleta alta y total despreocupación, dejó la maleta en una esquina y se acomodó en el sofá.

—Oye, qué mona te ha quedado la casa.

—Alicia, pero... tendrías que haberme avisado.

—Entonces no sería una sorpresa. —La miró—. Por cierto, qué mierda el tren y qué mierda la ciudad. ¿En serio te gusta tanto vivir aquí?

—Me gusta, a secas.

—¿A secas? Tía, te tiene que gustar mucho si nos has dejado a todas tiradas en ese pueblo. Se supone que somos amigas y ya ni siquiera nos llamas.

—Ya, sí, es que... —Se toqueteó el pelo, incómoda—. ¿Y la maleta, Alicia?

—Tranquiiiiiiila. Solo me quedaré un par de noches, ya sabes cómo es mi madre. Le dije «voy a ver a Lara» y me preguntó «¿adónde?» y le contesté «a Barcelona» y me dijo «uy, allí no te quedas, que hay mucho psicópata suelto». Putos capítulos de *Crímenes imperfectos*, le han

comido la cabeza y actúa como si viviéramos en Estados Unidos, que hay un asesino serial en cada esquina. Aquí somos más de sangría.

—Bueno, vale. Pero dos días y te vas.

—Pero ¿qué pasa? ¿Te molesta que haya venido?

—No, pero... —Hizo una mueca, suspirando—. ¿Le dijiste que venías?

—¿A quién?

—A Alex.

—¡Ah! ¿Es por eso? —comprendió—. Lara, tía. Sí, Alex y yo somos amigos, pero eso no significa que, ahora que ya no estáis juntos, nosotras tengamos que dejar de vernos. ¿Por eso no nos llamas?

—Es que... —empezó, sentándose en el reposabrazos del sofá.

No sabía cómo explicarle a Alicia, sin ofenderla, que dejar atrás a Alex implicaba borrar las canciones que le recordaran a él, evitar los espacios públicos que hicieron suyos y no mantener contacto con las personas que habían formado parte de su historia. Podría haber conservado a una amiga íntima, pero lo cierto es que tampoco consideraba a sus amigas grandes compañías. Las conoció a través de Alex, en el instituto, y siempre las sentiría a través de él.

Sin embargo, Alicia era con la que más relación había llegado a tener. Era la única que conocía el barrio, el número y la planta del piso de su abuela, porque la ayudó a vaciarlo. Se destrozaron la espalda cargando muebles y antigüedades hasta distintos anticuarios, tasándolos por el dinero que Lara utilizó para redecorar el piso antes de mudarse. Le dijo «solo prométeme que no le dirás a Alex dónde estoy», y Alicia lo había cumplido.

—Tienes razón, perdona. ¿Quieres tomar algo? —cedió a su visita.

—Mmh... ¿Tienes horchata? Si no, Coca Cola.

Lara asintió. Fue a la cocina, abrió la nevera y sacó una botella de horchata a la que no le daba salida. Sirvió un par de vasos y, antes de llevarlos al salón, le mandó un mensaje a Víctor: «Al final esta noche no puedo ir a cenar. Me han llamado unas compañeras de la universidad para ir a ver una exposición» inventó, porque *Los mundos de Coraline* no habría molado igual si los padres verdaderos hubieran conocido a los padres con botones.

Víctor leyó el mensaje en la playa, buscando un espacio que Elia considerara adecuado para pasar la tarde. Ralentizó sus pasos, tratando de comprender las letras debajo de aquel tremendo sol que casi ocultaba el brillo de la pantalla. Y, aunque le pareció un tanto extraño porque Lara no era una chica sociable, tecleó: «Okay. Pásalo bien. Escríbeme cuando llegues a casa». La respuesta de Lara fue inmediata: un emoticono. Víctor frunció todavía más el ceño, porque Lara no era de las que mandaban emoticonos.

—Aquí —sentenció Elia.

—Gracias a Dios —suspiró Sam, echando la toalla.

Ella se mordió el labio inferior, fingiendo estar distraída con algo mientras Víctor extendía su toalla al lado de Sam. Así, pudo colocarse en el otro extremo, dejando a su amigo de escudo entre ambos.

De todas formas, las gafas de sol no le sirvieron de barrera para no presenciar cómo Sam se quitaba la ropa, dejándose solo el bañador. No había mirado nunca y ahora era incapaz de no reseguirle, ocultándose detrás del cristal oscuro de sus lentes.

Pensó que su forma de moverse era atrayente y se preguntó si él, más acostumbrado que ella a tener sexo, realmente habría olvidado lo sucedido o solo fingía hacerlo. Porque ambos fingían muy bien y a los ojos del mundo nunca se habían tenido. No, Elia nunca le había sentido entre sus piernas, Sam nunca la había probado con su lengua y había disfrutado de saber que era el

primero que se lo hacía. Nunca la había excitado con sus dedos, nunca se había corrido dentro. Ella nunca se había puesto cachonda con sus certeros tirones de pelo y tampoco había gemido su nombre, pidiéndole que no parara. Jamás colisionaron, era solo un recuerdo que no recordaban. No obstante, más allá de las apariencias Elia no pensaba en otra cosa.

—¿Vienes al agua? —le preguntó Víctor.

—Uhm, no... Id tirando vosotros.

Los chicos se fueron al agua y Elia los miró desde las toallas, echándose protección solar en las piernas. Víctor y Sam, ignorando el impacto de las olas, se peleaban amistosamente y hacían piques para comprobar quién nadaba más rápido. Elia prefirió quedarse tomando el sol, escuchando canciones de Taylor Swift.

Cuando Sam volvió a aparecer, había pasado media hora y estaba empapado. Se echó un momento en su toalla y rebuscó en su bolsa. Al sentir una presencia ajena, Elia abrió los ojos y se quitó uno de los auriculares.

—¿Qué buscas?

—Quiero mirar si el restaurante que había por aquí la última vez que vinimos está abierto. ¿Te acuerdas? Aquel que dijiste «oh, Sam, me encantan los cubiertos dorados de este sitio» —imitó su voz y Elia puso los ojos en blanco—. Podemos cenar allí, lo estaba hablando con Víctor.

—Vale.

—Está abierto —sentenció, guardando el móvil. Se incorporó—. Me vuelvo al agua. ¿Seguro que no quieres venir?

—No, gracias. —Se lo miró—. Por cierto, tienes la cara quemada.

—Ya, da igual. Es que el sol está pegando fuerte.

—Toma. —Le tendió el botecito de crema solar facial—. Ponte.

—Que no, Elia, que no seas pesada.

—¡Que sí! —lo agarró del brazo, tirando de él—. Si es un momento.

Sam rechistó, dejándose caer de rodillas en la toalla de Elia. Ella se humedeció los dedos con la crema y dejó un par de líneas en cada uno de sus pómulos, besados por el sol. Sonrió, casi riéndose.

—Pareces un indio.

—Y tú no pareces graciosa. ¿Has acabado?

Con delicadeza, Elia acarició las mejillas de Sam hasta extender la crema. Después hizo lo mismo en la frente y un poco más abajo, hasta la barbilla. Pensó que Sam era muy guapo, mientras él pensaba que la protección solar es incómoda.

—Ya está. ¿Me dejas ponerte un poco en los hombros?

—¡Venga ya! —se quejó, levantándose—. Tú lo que quieres es meterme mano.

—Pero..., ¡tendrás valor! ¿Tú sabes lo que cuesta la crema que te acabo de echar en la cara, imbécil?

—Ay, sí. Dios te lo pague, hija.

Elia le levantó el dedo índice y le empujó atrás con las piernas, echándolo de su toalla. Sam se rio, tropezando sobre la arena caliente. Le tiró un beso a través del aire y regresó al agua. Al hacerlo, se lanzó sobre Víctor, pillándole distraído y hundiéndole la cabeza.

—Qué incordio de ser humano... —pensó Elia, volviendo a ponerse los auriculares.

Capítulo 32

VERDE, TODO VERDE

Me vestí de verde para salir. Verde esmeralda, verde albahaca, verde sus ojos. Mi ropa interior era del mismo tono y esperaba que él lo descubriera. Esperaba que Cristian no dejara de encontrarme entre la gente de aquel local nocturno, bailando con mi vestidito corto y el escote perlado por el sudor, con la lengua manchada de cóctel y los labios ansiosos.

Las luces del garito también eran verdosas, mutando a tonalidades más azuladas de vez en cuando. Sonaba *Love letter* de ODESZA y las voces de Diana, Gael y Eric apenas me alcanzaban, aunque lo cierto es que no me importaba. No me interesé por lo que hablaban, solo podía sentir el cuerpo de Cristian contra el mío.

Me pegó a su pecho y me retuvo allí, con una mano en mi vientre mientras yo bebía y él echaba el humo de lo que fumaba lejos de mí. Entre caladas apoyaba los labios en mi cabeza y me acariciaba el cabello, mimoso. Cuando le miré, me di cuenta de que le estaba cogiendo el vicio a todo aquello. La vida cogía sabor en su boca, en sus labios expertos. Aquellos que habían recorrido pieles hasta inaugurar nuevos laberintos que no se dignó a explorar.

Lo bonito de los laberintos, supongo, está en que te metas en uno del que no quieras salir. En que escojas bien el lugar en el que quieres perderte y saborees lo que para muchos fue el tormento de no encontrar salida.

Hay cosas en la vida que no quieres que terminen, quieres que te hagan. Que te moldeen, te adulteren, te gobiernen. Quieres pisar fuerte y dejar con cariño las huellas de lo que te hicieron ser aquellos para los que quisiste ser. Quisiste ser algo más, estoy segura. Y si quisieras ser amado y tuviera que darte un consejo, te diría: «Que el amor te pille viviendo».

Lara y Alicia también salieron, por insistencia de la última. Quería que su amiga le enseñara algunos de esos rincones de la ciudad que solo se conocen viviéndola, de modo que pasearon por sus calles vestidas de noche.

Terminaron en la terraza de un bar con buena fama. Se pidieron un par de copas, sentadas frente a frente en una mesa blanquecina con luces led violeta, que en lugar de sillas tenía taburetes. Lara miró a su alrededor y pensó en lo poco que le gustaban los extranjeros que beben y gritan. También había chicas pidiendo mecheros, amigos reencontrándose y camareros cargando cócteles en bandejas. Era un espacio concurrido, aunque estaban lo suficientemente apartadas como para no caer en el agobio. Y Lara la miró, jugueteando con el cuello de su copa.

—Estás muy guapa.

—¡Gracias! Espero encontrar a uno de esos chicos de ciudad esta noche.

—¿Uno de esos «chicos de ciudad»?

—Sí —asintió—. De los altos, listos, estilosos y experimentados. De los que escriben poemas al estilo «desde entonces Barcelona grita tu nombre, nena».

Lo dijo tan en serio que Lara soltó una carcajada. Negó con la cabeza y volvió a acercarse la copa a los labios.

—No te hagas la santa, que Alex me dijo que ya estás con otro.

—Ahg. Sabía que habías hablado con él antes de venir —se quejó.

—Solo me comentó algunas cosas. Quería hablar con alguien después de que le colgaras la llamada... —Y la miró un poco más seria—. Ahora dime una cosa, Lara. ¿Cuándo vais a hacer las paces? Esta vez lo estáis llevando demasiado lejos.

—No vamos a hacer las paces. Lo mío con Alex se acabó —aseguró, casi molesta por la pregunta.

—Por el amor de Dios, ¡¿cómo puedes decir eso?! Vuestra historia es preciosa.

—Sí, preciosa, puro arsénico con veneno de serpiente.

—Alex es complicado, pero no se merece que digas eso.

—Vale, Alicia, no —la paró—. Solo conoces a Alex como amigo. Como pareja te aseguro que tiene un lado enfermizo que no mola vivir en carne propia.

—Oye, yo no pongo en duda que lo hayas pasado mal. Sé que eres sensible, pero tienes que intentar ver las cosas con perspectiva o perderás a la persona que más te quiere en este mundo. Alex ha sido tu familia durante mucho tiempo y no se merece convertirse en un extraño. ¿En serio crees que podrás volver a tener lo que tenías con él, pero con otra persona? Lara, que tú también estás llena de demonios. Te veo, te conozco; los has escondido detrás de una capa de pintura que tarde o temprano se secará y caerá. No sé quién es ese chico con el que te estás viendo ahora, pero sé que lo que tienes dentro solo puede entenderlo alguien como Alex.

—Lo que tengo dentro puedo domarlo yo sola, Alicia.

—No te enfades —le pidió ante su tono—. No quiero convertir mi visita en una pelea, Lara, sabes que te aprecio. Tenía que decírtelo porque Alex no lo está pasando bien y yo sí tengo que verlo, pero si no quieres hablar del tema no lo tocaré más. Lo prometo.

Lara asintió, apoyando la esquina de la barbilla en la mano.

—Y entonces... este chico... —Alicia volvió a sonreír—. ¿Quién es?

—Se llama Víctor.

—¿Dónde le conociste?

—Es mi vecino.

—Vaya, qué casualidad —alzó las cejas—. ¿Estás a gusto con él?

—Sí. Es especial —asintió.

—Bueno, ¿y cómo sabes que un chico al que acabas de conocer es especial?

—No lo sé, Alicia, está en su olor. En todo su cuerpo, en una sensación que desprende y atraviesa el mío. Es difícil de explicar. Solo... me gusta que esté cerca de mí. Me hace sentir más despierta.

—¿Y el sexo qué tal?

Lara sonrió un poco, pero no porque el recuerdo de Víctor haciéndole el amor fuera delicioso, que lo era. Simplemente comprendió que, dijera lo que dijera, Alicia no comprendería la magnitud de lo que crujía en su pecho cuando compartía tiempo con Víctor. Era como hielo muy frío, uno que quiebra cuando lo metes en líquido y, aun así, le da sentido a la bebida. De hecho, Lara quería deslizarla garganta abajo todos los días.

El local en el que celebramos el cumpleaños de Gael era de su padre. Su familia se dedicaba a la hostelería, siendo los propietarios de uno de los restaurantes del casco antiguo más populares del pueblo. Y, por las noches, abrían aquel local nocturno.

En consecuencia, Cristian conocía aquel espacio de arriba abajo, más allá de los carteles de «prohibido el paso a personal no autorizado». Lo aprovechó cuando la cola para pedir bebida se hacía tediosa, cogiéndome de la mano y diciéndome que íbamos a buscar cerveza al almacén. Sonreí porque sabía que era mentida.

Bajamos unos escalones estrechos y en uno de estos empecé a besarle. Lo hice con tantas ganas que no sé ni cómo no se asustó, solo siguió tirando de mí hasta llegar a una puerta de metal. La atravesamos y me acorraló contra esta, tocándome por debajo de la falda y echando el pestillo con la mano libre.

A esas alturas, Cristian ya sabía perfectamente por dónde tocarme. Sus dedos hábiles me acariciaban con precisión, provocándome mientras yo discutía con su cinturón para desnudarle lo antes posible.

Nos echamos sobre un colchón que estaba tirado entre cajas de refresco. Él encima. Me manejó a su agrado porque sabía que me gustaba que lo hiciera, bajándome la ropa interior. Abrí las piernas hasta con un poco de descaro. Después, simplemente, me dedicó una sonrisa que me recorrió entera y hundió la cabeza entre mis muslos, buscándome con su lengua.

Empezó excitándose con besos cortos por la zona y acabó saboreándome de verdad. Notaba mi clítoris hinchado bajo el toque de su boca y sus yemas. No creo que nunca nadie le hubiera prestado tantas atenciones.

—Ah, joder... Qué bien lo haces.

Cuando estaba totalmente empapada sentí sus dedos extender mi humedad y su saliva arriba y abajo, (un poco más abajo de lo que solía). Pensé que colaría un dedo por detrás y me excité, pero volvió a trepar hasta mi vagina y deslizó un par en mi interior, despacio. Los volteó y arqueó, tocándome por dentro.

—Cristian... —gemí, cuando dio con ese punto.

—¿Te gusta?

Joder, le odié. Gruñí hasta con rabia porque nada me había gustado tanto como aquello. De hecho, cuando volví a sentir su lengua tuve que pararle.

—Espera, espera... —jadeé, incorporándome.

—¿Qué pasa?

Me mordí el labio inferior, agarrándole de la camiseta y tirando de él. Le acerqué a mí y le devoré la boca con vicio.

—Quiero correrme contigo dentro.

No le molestó, claro. Nos desprendimos de la ropa que nos quedaba a base de tirones y me tendí sobre el colchón para alcanzar su cartera, que se había desplazado por el suelo. La abrí y le pasé el condón que siempre llevaba dentro. Se lo puso y, apoyándose en mis nalgas, me levantó ligeramente las caderas y me penetró. Yo estaba bocabajo, y le sentí tan profundo...

Mientras me penetraba una vez tras otra, los sonidos de la piel y nuestras respiraciones llenaron el espacio. Daba igual que no pudiera verle ni acariciarle, porque mi cuerpo sabía que era Cristian. Podía diferenciar el peso de sus dedos, su grosor, la certeza de sus movimientos. Y hablando de dedos... Sentí los suyos deslizarse por las curvas de mi cuerpo hasta jugar con la entrada que no estaba ocupando su miembro. Poco a poco, sin dejar de moverse, arrastrando mi humedad y con una ligera presión, hasta penetrarme con uno de ellos. Me tensé un poco, pero

no por dolor. Es que me asustó que me gustara tanto.

—Más —gemí.

—Dios..., es que me pones tanto...

Aceleró con sus caderas y mis gemidos subieron de decibelios. La contundencia fue arrastrando mi cuerpo por el colchón, que parecía de goma y le hacía más caso a él que a mí. Y de repente Cristian se retiró y tiró de mis piernas para arrastrarme de nuevo a su alcance, volteándome. Me separó los muslos y volvió a colarse en mi interior, haciéndome cerrar los ojos de gusto.

—¡Ah, joder! Me corro —me quejé.

—Así... Quiero verte la cara cuando lo hagas.

Su voz, su tono. Todo me aceleró un poco más. Un punto exacto de mi sexo pedía ser tocado por pura clemencia, de modo que bajé la mano para colarla entre mis pliegues y acariciarme con el dedo corazón. Tan húmeda, resbale hasta tocarle a él.

—Para —sonrió, excitado.

—¿Estás cerca?

—Sí.

—¿Cómo de cerca?

Sonrió más, colando la mano por debajo de mi cabeza para agarrarme del pelo. Me contraje y seguí tocándome. Cristian apoyó los labios en mi cara.

—Quiero sentir cómo te corres conmigo dentro.

—Más —Ahg. Quería que me hablara.

—Quiero lamerte otra vez; que te corras en mi lengua, en mi boca, en mis dedos. Dios, Paula, quiero que te corras en mis dedos y los lamas. Quiero que probemos el sexo anal y que te guste. Quiero que me chupes la polla y te lo tragues mirándome a los ojos.

Suficiente. Me corrí, me corrí muy en serio. Sentí que mi cuerpo estallaba de forma segura, demoliéndome en pequeñas piezas. Placer con vida propia. En negrita, en cursiva y en mayúsculas. Mi cuerpo trepó hasta lo más alto y, cuando descendía, tuve que apoyar las manos en sus caderas para que ralentizara el ritmo.

Me quedé desmadejada y, sin embargo, de la nada una corriente eléctrica volvió a encenderme. Le deseé muchísimo, todavía excitada. Lamí su cuello y se incorporó para que bajara por su cuerpo, quitándole el condón. Masajeé su polla y acabé llevándomela a la boca, recorriéndola con la lengua.

—Paula...

Mi nombre. Mi nombre que de pronto también mantenía sentido en un encuentro sexual con alguien que me conocía. Con alguien que sabía incluso con sabiduría cosas de mi cuerpo que nunca se le permitió estudiar a nadie.

Y así quedó, con su miembro tensándose en mi lengua y su piel resbalando hasta correrse en mi boca. Y le miré a los ojos.

Aquel verde todavía me persigue.

Capítulo 33

SÉ QUE ERES ABEJA PORQUE SOY LA PIEL

Lara llamó al timbre de los chicos la mañana siguiente, aprovechando que Alicia todavía no se había levantado.

La recibió Sam, que abrió la puerta sin camiseta y con una taza de café en la mano. Sonrió e hizo un gesto hacia el interior de la casa.

—Está en su cuarto.

—Gracias, guapetón.

—*Al tue servizio, bella donna.*

Lara se adentró por el pasillo hasta la puerta de la habitación de Víctor. Abrió y le descubrió todavía durmiendo, dejando que la luz de la calle entrara despacio por la ventana. Se echó de rodillas en la cama, despertándole a besos lentos.

—Mmh... Larissa.

—¿Larissa? —retiró la sábana para seguir besándole—. ¿Quién es esa?

—La chica que se cuele en mi dormitorio —sonrió.

Le dio un beso y se incorporó, sentándose a horcajadas sobre él.

—He venido a decirte que te mentí. Anoche no fui a ninguna exposición.

Víctor se la quedó mirando, todavía medio dormido. Se colocó el antebrazo bajo la cabeza, desvelándose.

—Iba a preguntarte qué hora es, pero el tuyo tampoco es mal tema para empezar el día. Desde luego, eres buen sustituto de la cafeína.

Ella sonrió, acariciándole el pecho con las yemas.

—Salí con una amiga de mi pueblo. Ha venido de visita y me daba un poco de reparo que os conocierais porque es amiga de Alex. Seguro que acaba contándole todo lo que vea.

—Claro, y si ese tío supiera de mi existencia sería una desgracia.

—Alex ya sabe de tu existencia, y Alicia. Si te soy sincera, me jodió que viniera porque no quiero que lo que estoy construyendo aquí se mezcle con lo que dejé allí, ese es el verdadero motivo por el que no te dije nada.

—¿Y ahora me lo has contado?

—Quiero hacer bien las cosas contigo. —Se le acercó más—. ¿Cenamos los cuatro esta noche? Sam, nosotros y Alicia. Y dile a Elia que venga, si quiere.

—Mmh... —se removió un poco más, acariciándola—. Claro, cariño.

Habiendo aclarado aquello, Lara se quitó el vestido y se acurrucó a su lado, pegándose a su piel para dormir un rato.

Amanecimos en el mismo almacén en el que nos habíamos quedado dormidos, a media mañana y oyendo con malestar la vibración que emitía el móvil de Cristian. Era su madre preocupada, o tal vez su hermana diciéndole que su madre estaba preocupada. Lo único que me quedó claro es que había llegado el pesado momento de levantarse de aquel colchón y ver la luz del sol.

Atravesamos un camino de playa hasta llegar a su coche. Condujo por quince minutos y aparcó frente a la verja de casa de sus padres. Antes de entrar, se detuvo para limpiarme los restos de rímel con los pulgares y me dio un beso. Le sonreí.

—Parezco un mapache, ¿a que sí?

—No, nena, estás bien.

—Claro —solté una carcajada, mientras él llamaba al timbre para no buscar las llaves—, por eso me quitas el rímel corrido.

—No se te nota. Es que yo te miro mucho.

Su hermana nos abrió tomándose un zumo de pomelo y al cabo de poco comimos con ella y sus padres en el jardín. La madre de Cristian había preparado dorada al horno con patatas a lo pobre y estaba riquísimo. Entre bocado y bocado, miraba a Cristian hablar con su padre y comparaba su parecido.

Me pregunté si él también envejecería así, a lo irresistible. Me pregunté si al final sería uno de esos hombres que se casan en el último momento, cuando tienen la sensación de que ya no les queda mucho por hacer y se cansan de trasnochar y tocar piel. Tal vez, solo tal vez, a todos nos llega el momento de echar el ancla. Y por un momento envidié al puerto que se quedaría con su barco.

Comimos fruta y pastelitos de postre. Mientras Cristian y su padre se tomaban los cafés, Andrea puteó (porque no se puede decir de otra manera) a su hermano dándole la idea a Teresa de sacar el álbum de fotos de cuando eran pequeños. Ella lo hizo emocionada y acabó doliéndome el vientre de tanto reírme. No obstante, rozó la rabia comprobar que Cristian había sido guapo toda su vida. Hasta de adolescente, cuando todo es un puto descontrol hormonal. Le odio.

Hacía mucho sol. Héctor tenía la tarde libre y les había prometido a Teresa y a Andrea que darían un paseo por las calas. Nos invitaron, pero Cristian y yo suficiente teníamos con fingir que la noche anterior solo habíamos cenado en casa de Gael, jugando a las cartas. Así que nos quedamos solos en casa y aprovechamos para asearnos.

—Y cuando ha traído el álbum de fotos... —se quejaba, desde el otro lado de la mampara—. Qué mala es.

Me reí, en braguitas frente al espejo mientras me ponía crema hidratante. Él cerró el grifo de la ducha y salió de ella. Le miré, primero desnudo y después a los ojos. Alcé un par de veces las cejas y me guiñó el ojo, cogiendo la toalla para secarse.

—¿Esta noche hay alguna cena programada?

—No, no, quita... Hoy relax, por favor.

—Habla por ti. Yo tengo una cita con tu madre para ir al paseo marítimo —alcé el mentón, presumida.

—¿En serio quieres ir? No tienes por qué hacerlo, Paula.

—Oye, me apetece. Y me cae bien tu familia. Si mi madre fuera tan dulce y cercana como lo es la tuya estaría menos loca.

Entonces pasó por mi lado y se detuvo, acariciándome la espalda con las yemas. Me dio un beso en el hombro.

—Oye, en respecto a mis amigos... ¿Te molesta que hayamos salido tanto con ellos? Si estás agobiada...

—No, tranquilo. No me molesta —contesté—. Pero mis amigos son mejores, que lo sepas. Sonrió, con la toalla anudada alrededor de la cadera.

—Hay otra cosa que quería comentarte.

—Dime —asentí, poniéndome crema en los brazos.

—Anoche Iván y Eric me preguntaron si nuestro acuerdo incluía fidelidad sexual, y me dio que pensar.

Fruncí el ceño.

—¿Te preguntaron eso?

—Sí. Querían saber si me molestaría que alguno de ellos intentara algo contigo.

—Ah. ¿Y qué les dijiste?

—Que sí —admitió.

Le miré, apoyado en la encimera del lavabo de cerámica. Aquella contestación me fue directa al pecho, atravesándome el corazón. Se me debió poner una expresión rara en la cara, como siempre que siento algo a lo que no estoy acostumbrada. Cristian hizo un gesto y se expresó mejor.

—No te asustes. Es que, mientras estemos aquí, vamos a estar muy pegados. Creo que sería mejor que no hubiera terceros para evitar momentos incómodos.

—¿Momentos incómodos?

—Sí. No me gustaría perderte de vista en un garito y que luego durmiéramos juntos mientras me cuentas qué tal te ha ido el polvo en el baño o algo por el estilo. En la ciudad las cosas pueden ser diferentes, pero aquí no. ¿Vale?

Ni se me había pasado por la cabeza la idea de acostarme con alguien que no fuera Cristian. No me apetecía. No miraba a los otros chicos, apenas los veía guapos al verlos pasar. Me gustaba él, me ardía él. Quería oler a su olor y saber a su sabor. Así que asentí, casi sacándome más un peso de encima que otra cosa, porque si se hubiera acostado a mi lado hablándome de otra me habría ofendido lo suficiente como para darle una bofetada.

Sí, me habría ofendido. ¿Acaso él no quería oler a mi olor? ¿Saber a mi sabor? Ojalá yo le estuviera ardiendo también un poco por dentro, porque en ese ardor permanece siempre un recuerdo y quiero ser recordada.

Le dije a Sam que le escribiría para inmortalizar un pedazo de su juventud. A Elia le prometí que aparecería en uno de esos libros románticos que compraba de niña deseando ser, y a Víctor le reflejé porque su amor sí merece ser sentido. Sin embargo, aquí estoy yo, anclada entre un «soy letras» y un «fui mucho más».

Fui la chica que quiso sin querer, que sintió sin saberlo y puso nombre sin nombrar. Soy la chica que se preguntó por noches enteras «¿y si...?». Soy la chica que nunca supo qué habría pasado. Soy la razón por la que ahora ves una casa con advertencia de tener alarma y sigues pensando que puedes entrar a robar. Nada es lo suficientemente seguro, ni siquiera aquellos muros que construí por años y quemé porque en una conversación efímera me dijiste que te gusta ver arder.

Soy el espacio al que nunca volviste porque había habido un incendio y nunca te han gustado los espacios secos. Soy el recuerdo que tienes de dos manos entrelazadas que se soltaron sin saber por qué. Soy la culpa que no quisiste cargar sobre tus hombros, aunque te pese algo en el pecho cada vez que una mujer con silueta semejante a la mía se desnude frente a tu cama.

No la quieres. Quieres quererla, pero no puedes. Es la prueba de que los crímenes no los

cometí sola, que esta ciudad no lleva solo mi nombre. Que vine para quedarme, que te fuiste porque quisiste quedarte. Que, incluso habiendo recorrido nuestros caminos por separado, una parte de mí se quedó en ti y huyes de ella.

Yo, poco a poco, estoy aprendiendo a vivir con la que dejaste en mí, como cuando la abeja se olvida de recoger el aguijón después de picar. Y, ¿sabes qué? Todavía lo pienso... «¿y si estuvieras aquí?». Pero no lo hiciste, no te quedaste en mis brazos abiertos. En lugar de eso, volaste lo más lejos posible con la esperanza de olvidarme y ver mundo. Pero no lo conseguiste porque, al final y aunque me escueza, la abeja siempre es la que muere después de picar.

Capítulo 34

PASTA AL PESTO Y GANAS DE ACABAR CON ESTO

Elia canturreaba mientras removía los espaguetis en el cazo, de pie en la cocina de los chicos. Sam apareció, vestido pero recién salido de la ducha. El olor a su colonia la distrajo un poco.

—Me da pereza esto de la cena —comentó, abriendo la nevera y sacando una cerveza—. Seguro que la amiga de Lara es una tía rara.

—No digas eso —le quitó el botellín y lo devolvió a la nevera—. Seguro que es una chica muy maja. Y no bebas, que quedan diez minutos para cenar.

—Okay, mamá.

Elia puso los ojos en blanco y echó la pasta en el escurridor, retirando el agua caliente. Llamaron al timbre y, al cabo de veinte minutos, estaban sentados en la mesa.

—Tiene que ser superchulo compartir piso con tu mejor amigo —comentó Alicia, enrollando pasta al pesto en el tenedor.

—Sí, bueno... —Víctor miró a Sam, que le sonreía—. Todavía nos estamos conociendo...

—Me adora. No puede vivir sin mí —contestó el otro—. Lloró de alegría cuando le dije que había encontrado el piso perfecto para nosotros.

—No era de alegría, era de miedo.

—Nah, tonterías. Es que en el fondo Víctor tiene alma de pijo finolis y no se veía viviendo sin servicio.

—¿Cuánto pagáis al mes?

—Poco. La casera es una mujer mayor a la que le importa más que cuidemos el piso que lo que paguemos. Iba a alquilárselo a un matrimonio rancio, pero yo llegué antes de que firmaran el contrato y le caí muy bien. A veces hasta me llama y chismorreamos como marujas.

Alicia sonrió. Sam le parecía ocurrente y gracioso. Además, era atractivo, uno de esos «chicos de ciudad». De pronto, sus ojos se volvieron sugerentes y Elia, que notó el interés de Alicia incluso antes que el propio Sam, hizo una mueca de desagrado.

Cené con Cristian y su familia. Después Andrea se apuntó al paseo nocturno que teníamos previsto su madre y yo y Teresa nos invitó a unos helados en La Jijonenca del casco antiguo, de camino a la zona más turística del pueblo.

Nos distrajimos con las tiendecitas y, mientras Teresa saludaba a una conocida, me acerqué a Andrea. Ella estaba apartada, toqueteando una pulsera de tonalidades anaranjadas y rosadas. La miré y se me escapó una pequeña sonrisa.

—Te pareces mucho a tu hermano.

Andrea me miró, desconfiando con sus perfilados ojos verdes.

—Es genética.

—También, pero me refiero al carácter. Sois clavaditos.

Dejó la pulsera y se movió con perspicacia, llegando a un bol lleno de conchas marinas. Empezó a acariciarlas.

—Se os ve muy pegados para estar fingiendo, ¿no?

Vale, Andrea lo sabía. Cristian podría haber engañado a su madre y a su padre, pero no a ella. Me humedecí los labios, saliendo de un papel que, en verdad, ya no sentía estar interpretando.

—No estamos juntos, pero no finjo que me gusta tu hermano. Lo hace, me atrae. Que no busque una relación no significa que el tiempo que estoy pasando aquí no sea sincero.

—Solo digo que, a mis ojos, parecéis haber olvidado la importancia de la fina línea que separa el teatro de la realidad. Estáis acostumbrados a polvos de una noche, y creéis que porque el otro os haya dicho que tiene los límites claros podéis bajar la guardia y repetir tantas veces como queráis, sin riesgo. Pero el cariño tiene muchos puntos de partida y me nace la duda: cuando volváis a la ciudad, ¿os despediréis con un beso y volveréis a ocupar camas separadas, sin más?

—Claro —aseguré apresurada, porque no quería ni pensarlo.

—Mmh —asintió, y volvió a mirar las conchas—. Yo creo que no lo diréis, pero os echaréis de menos.

«Echar de menos» a veces me parece una sola palabra, como quien dice «añoranza». Supongo que todos hemos sentido esa presión de nuestras raíces diciéndonos que nuestra situación actual es una mierda y empujándonos a querer volver al pasado. Un pasado en el que fuimos felices, inteligentes, guapos, de película. Queremos volver a la luz, a lo conocido, al momento en el que todavía podríamos haberlo tenido todo. Es otra de las formas que tenemos los seres humanos de demostrar que el presente nos está de más, compuestos de pasado y futuro.

Elia seguía considerando que su versión pasada era mejor, y cada vez tenía menos claro adónde iba a ir a parar. Ya no se detenía a mirar escaparates con ropa de bebé, enternecida. Ya no se sentía conectada con su idea de «príncipe azul». De hecho, ya no le gustaba el azul. Prefería el púrpura. Prefería las sensaciones, el sol, las margaritas. No quería conquistar a nadie, pero ojalá su próxima versión la conquistara a ella misma. Quería vivir bajo un objetivo que todavía no tenía. Quería sanar y quererse mucho, aunque había cosas que la distorsionaban. Por ejemplo, que yo me hubiera ido de vacaciones o el no ser capaz de contarle a sus padres que no podría ser madre. El pensamiento de que Diego no había vuelto a llamarla desde aquella noche o que Sam estuviera demasiado distraído con Alicia como para darse cuenta de que ella estaba pensando de más, entristeciéndose.

Cuando terminaron de llevar los platos a la cocina, Alicia y él ocuparon el sofá. Se pegaron para poder ver las fotos que ella le mostraba desde su móvil, imágenes respectivas a la anécdota que le había contado durante el postre. Sam se reía y a cada carcajada impulsaba el malestar de Elia, que los miraba doblando el mantel. Se mordió el labio inferior y fue a la cocina, donde Víctor y Lara estaban fregando. No obstante, los pilló dándose un beso cariñoso.

—Creo que me voy a ir a casa. Estoy un poco cansada.

—Espera, te llevo —contestó Víctor.

—No, no hace falta. Tampoco vivo tan lejos.

—Pero es tarde, Elia —añadió la otra—. Deja que te acompañemos.

Le habría gustado que Sam también se preocupara por ella. Al fin y al cabo, él era quien solía llevarla a casa cuando estaba cansada y quien la recogía cuando no sabía adónde ir. Él siempre aligeraba las cosas, pero aquella vez no lo hizo. Aquella vez Elia sintió un peso bastante jodido

en el pecho mientras Lara y Víctor salían por la puerta, acompañándola y dejando a Alicia y a Sam en el salón. Era la oportunidad perfecta para que se la follara en el sofá, como a ella. Seguro que se darían el gusto, aunque después fuera un «si te he visto, no me acuerdo».

—¿Estás bien? —le preguntó Víctor en el ascensor.

—Sí —asintió, de brazos cruzados—. Solo cansada.

No, de cansada nada. No quería dormir, quería vigilar. Quería que fingieran haberse dejado algo en casa y volver a subir, pillándolos *in fraganti*. Quería cortarles todo el rollo y reñir a Sam por emitir un comportamiento que ella consideraba neandertal. ¿Cuánto sexo necesitaba a la semana? Por Dios, que ella nunca había dejado que este adelantara a la razón. Pero, si Sam sentía lo mismo que había sentido ella la noche que follaron en el sofá... Entonces vale, tal vez podía comprender por qué a veces la piel con piel causa debilidad.

Pero con Alicia no sería igual, ¿verdad? No habría piel con piel, solo el látex de un condón. Después no volvería a llamarla, como mucho compartiría un pedazo de su cama caliente hasta la mañana siguiente. Elia se negaba a pensar que con Alicia sería igual porque, con Sam, ella siempre se había sentido especial. Incluso en el instituto, cuando se metía con él y solo conseguía arrancarle una sonrisa.

De adolescente todavía se preguntaba qué había visto Sam en ella para que le naciera tal predilección. ¿La habría visto débil? ¿Sería la única chica con la que no se ponía cachondo y por eso la consideró su amiga? Ahora ya sabía que podía descartar esa opción, pero lo cierto es que Sam sí la vio pequeña. Frágil, inocente, ingenua. Y quiso darle alas, porque sabía que las chicas cándidas vuelan muy alto cuando las dejas libres en campo abierto.

A Elia le vinieron a la cabeza un montón de recuerdos. Cuando sus amigas del instituto la hacían sentir incómoda con cualquier vestido y Sam la lució con orgullo en la fiesta de graduación. Cuando se sentía sola en las noches de viajes escolares y él la llevaba a su habitación para enseñarla a jugar al póker. Cuando rompió con su novio de bachillerato y este empezó a criticarla por las esquinas, pero Sam le paró los pies. Cuando se hizo daño esquiando y Sam se quedó con ella, prestándole sus guantes y animándola para que no llorara. Por mucho tiempo se sintió la favorita del favorito, pero aquella noche se sintió vomitada.

Al llegar a casa se echó en la cama y se dejó atravesar por todos sus miedos infantiles. Temía no llegar a ser suficiente, no poder encontrar a alguien que la quisiera. Que todo el mundo fuera feliz menos ella, decepcionar a sus padres, acabar sola en una casa de puertas amarillas o que el príncipe azul fuera, en realidad, el mismo monstruo que la secuestró en la torre. Y poco a poco, sintiéndose pequeña entre las sábanas, lloró hasta quedarse dormida.

Capítulo 35

CELOS DEL LATÍN «ZELUS», QUE SIGNIFICA «ARDOR»

El viernes, después de comer, Cristian se fue a dar un paseo con Andrea. Yo me quedé con su madre, preparando una tarta que nos quedó espléndida.

Le servimos un pedazo a Héctor cuando volvió de trabajar. Después se puso ropa cómoda y coincidimos en el jardín, así que empezamos a hablar. Al igual que Cristian, no era un aficionado a la charla, pero podías encenderle la mecha si no temías conversar acerca de temas que le latieran. Por eso no le pregunté por el tiempo ni por el trabajo, pero sí por cómo conoció a Teresa.

Me embriagué de la forma en la que me habló de ella; de una Teresa joven, sin florituras ni palabras de más para adornar el haberse enamorado de ella. Solo Teresa y su manía por no desenredarse el cabello fuera de casa, su habilidad para con las plantas y cómo a veces soñaba algo raro y escribía un relato al respecto. Y lo reconozco: sentí un vacío tonto en el pecho. ¿Sabéis cuando alguien os muestra una pieza perfecta que podría llenar un vacío interior que no sabíais ni que teníais hasta que visteis esa pieza? Pues así me sentí, ahuecada por dentro.

Acabamos jugando al fútbol en el césped del jardín, descalzos y sin técnica. Y no es que el deporte fuera mi fuerte, porque no lo era en absoluto, pero aquel partido amistoso me hizo sentir más cerca de algo. Era curioso cómo, con la familia de Cristian, me sentía más capaz de tener esa proximidad que no había podido alcanzar con mis padres en más de veinte años bajo su ala.

—No le digas a Cristian que he empeorado tanto —sonrió, cuando el balón se nos perdió hasta los árboles.

No lo hice, pero supongo que lo vio nada más llegar y encontrarnos en el jardín. Juraría que me miró con cariño.

Pasados unos minutos se unió a nosotros y, cuando se pusieron serios, decidí que había llegado el momento de retirarme. Subí a la habitación a por un libro y una toalla y me eché a la sombra del jardín, leyendo bocabajo con las piernas cruzadas a lo alto. Cuando empezó a dolerme la espalda me di la vuelta, apartando la lectura para escuchar un poco de música. Conecté los auriculares al móvil y cerré los ojos. Sin embargo, los abrí cuando noté un beso caer despacio sobre la piel de mi vientre. Le sonreí a Cristian, que se tumbaba a mi lado.

—¿Puedo?

—Claro. Mira qué estoy escuchando. —Le mostré la pantalla de mi móvil, donde podía leerse *Sesame syrup* de Cigarettes After Sex.

—Vaya, chica con buen gusto.

Sonreí, como si mi belleza fuera más bonita cuando él la veía. Le di un beso en el pecho y me acurruqué, mirando a sus padres a lo lejos. Desde mi posición veía sus pasos nacer de entre

brotos de hierba. Hablaban de algo y los perdí de vista cuando subieron los escalones del porche.

—¿Por qué no crees en el amor si tus padres se quieren?

Cristian frunció el ceño. No esperaba mi pregunta y menos mi tono profundo.

—Yo no he dicho que no crea en el amor.

—¿Lo haces?

—Sí, pero no me he enamorado nunca. Creo que para tener lo que tienen mis padres es necesario hacerlo.

Asentí, acariciándole el estómago. No llevaba camiseta, de modo que el contacto con su piel era demoledor y dulce al mismo tiempo.

—¿Tus padres se quieren?

Entonces la que fruncí el ceño fui yo. ¿Se querían mis padres?

—No lo sé —confesé—. Mis padres son... diferentes. No hablan de lo que sienten. Mi madre cree que la exteriorización de las emociones es para personas que no saben mantener el control, aunque mi padre sí consigue sacarla de quicio. Entre ellos sí discuten y se alteran cuando no hay nadie más delante. Y se acuestan, aunque estén divorciados y tengan pareja. No sé si eso es un indicativo de que se quieren y no soportan estar separados o si solo es sexo. De hecho, creo que mis padres se han dicho tantas cosas a través del sexo que nunca he podido entenderles.

—Pero ¿hacen que te sientas querida?

A Cristian solo le faltó el bisturí, porque con aquella pregunta me sentí desnuda, abierta en canal. Se me instaló un nudo en la garganta, uno de aquellos que advierten la presencia de una herida interior. Tuve la sensación de que si abría la boca para decir algo me echaría a llorar como una niña, así que me callé. Pero él no lo hizo.

—Paula, ¿sabes distinguir cuando alguien te quiere?

Pensé en mis amigos. Sabía que me querían, pero no sabía cómo había llegado a semejante conclusión. Con el pasar de los años, quizá. Por más vueltas que le di, fui incapaz de descifrar qué conductas pertenecían al amor y cuáles al sexo y al aprecio. Sabía que mis padres no querían que me pasara nada, pero ¿quererme? No lo sabía. ¿Y yo? ¿Yo les quería? Sí, pero sabía que no podía necesitarles. ¿Lo sabía porque en el fondo era consciente de que no me querían? ¿Era retorcido que no lo hicieran o me ponía las cosas más fáciles para huir de su invalidez emocional? ¿Debería de haber alzado más la voz de pequeña para que me miraran? ¿Era ridículo confesarle a alguien mi necesidad de que me quisiera? Llegué a la conclusión de que no sabía nada de nada, pero Cristian pareció llegar a comprenderlo mejor que yo.

—Nena... —susurró, hundiendo la mano en mi pelo.

Y no sabré muchas cosas, pero me conozco. Por eso me sorprendió que, en lugar de huir, en lugar de disculparme y subir a la habitación alegando una necesidad visceral de estar sola, me escondiera en su cuello y me echara a llorar en silencio.

Nunca había tocado aquel tema con nadie, nunca había llorado con un hombre con el que también tuviera intención de acostarme. Pero de pronto allí estaba, notando la humedad de mis lágrimas entre nuestras pieles y los labios de Cristian recogerlas, besándome con sensibilidad. Me acarició las mejillas con los pulgares y se dejó oler y tocar, convirtiéndose en mi refugio.

Y me dio un poco de miedo desear que lo fuera muchas más veces. Yo, que no deseaba nada ni cuando soplabla las velas de mi tarta de cumpleaños.

Nunca deseé hasta que le conocí a él.

El tren de Alicia salía aquel viernes. Víctor las llevó a la estación y cenaron antes de verla

perderse entre pasajeros, arrastrando su maleta. Una parte de Lara respiró más a gusto cuando se fue, aunque no lo dijera en voz alta. Y él sonrió, pasándole el brazo por detrás de los hombros y besándole la sien.

—¿Vamos a casa?

—No —pensó ella, apoyando una mano en su pecho—. Demos una vuelta. Por la noche no hace tanto calor.

Dieron un paseo de noche de verano, como tantos amantes. Sin embargo, no todos siguen la misma ruta de aceras y algunos ni siquiera pisan la vía pública para encontrarse. Es el caso de Elia, que se presentó en casa de Sam como si no hubiera estado escocida con él.

—¿No está Víctor? —dudó, dejando el bolso.

Sonaba *Sweater weather* en el equipo de música. Las cortinas estaban echadas, pero se agitaban ligeramente porque el ventanal de la terraza estaba abierto, dejando pasar el aire. Era agradable.

—No, está por allí con Lara —contestó Sam desde el sofá—. Han ido a llevar a Alicia a la estación y todavía no han vuelto.

—Vaya, ¿y tú no has ido? Qué raro.

—¿Raro por qué?

—Ah, no sé. Es que en la cena parecía que habíais conectado. Pensé que tal vez querrías despedirte de ella en la estación, agitando el pañuelo blanco con el que te secaras las lágrimas.

Sam la miró y, de pronto, estalló en carcajadas.

—No puede ser.

—¿De qué te ríes?

—Elia, vida mía, ¿estás celosa?

—Pero ¿qué dices?! —se sonrojó.

Él todavía se rio más, cubriéndose con las manos. Elia apretó los labios con rabia y agarró uno de los cojines para lanzárselo a la cara.

—¡Deja de reír! Joder, eres tan infantil —gruñó.

—Y tú tan mona... Vamos, Elia, ¿qué pasa? ¿Te pongo cachonda?

—Me pones enferma.

Sam se retiró la humedad del lagrimal, compuesta por las contracciones de sus carcajadas.

—¿Me estás escuchando? No estaba celosa, Sam. Solo me pareció de mal gusto que estuvieras tonteando con ella delante de mí.

Y él cerró los ojos y siguió riéndose, sin poder evitarlo. Ella, presa de la rabia, se acercó y le propinó una colleja.

—¡Que dejes de reírte, hostias!

—Vale, vale..., ya está —asintió, tratando de controlarse—. Perdón, Elia, cariño. Sé que los celos son jodidos de llevar.

—¡Y dale!

—Pero que no pasa nada, *princess*, es normal. Yo también me habría encaprichado de mí si me follara a mí mismo.

—Pero, Sam, ¿tú te escuchas cuando hablas?

—Lo que quiero es escucharte a ti. Dime: fue el mejor polvo que has echado en tu vida de mojigata, ¿sí o no?

—Estuvo bien, pero tampoco para lanzar cohetes. Te pongo un seis.

—¿Un seis?! —Negó con la cabeza—. Te has delatado. Ahora sé que mientes y te flipó de diez.

—No me flipó de diez. Fingí el orgasmo por cortesía.

—¡Oh! —alucinó—. Una mentira más y te llevo a juicio, niñata.

—Bueno, ¿y tú qué? —saltó, quejándose—. ¿Tú no te corriste? ¿A ti no te volvió loco follarme? ¿No te la puse dura?

—¿A mí? Mucho, pero yo no lo escondo.

—Vale, pues yo tampoco: sí, me gustó. Me gustó mucho.

—Sí. Te flipó de diez.

Elia puso los ojos en blanco.

—Me flipó de diez —admitió.

—Pero no quieres repetirlo nunca.

—Por supuesto que no.

Sam sonrió, levantándose del sofá. Se acercó a ella y se miraron, frente a frente. De pronto, Elia sintió que se aproximaba de verdad, pero no quiso dar ni un paso atrás. Allí estaba bien, donde pudiera oler su colonia.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije. Somos amigos, nada más. Y no soy la clase de chica que se va a la cama contigo.

—No, pero te gusta —le acarició el mentón, mirándola—. A los dos nos gusta.

De pronto estaban tan cerca que el olor de Sam se volvió irresistible. Y sus ojos, de aquel azul que podría haber romantizado catástrofes... Sus mechones casi rubios, la forma de su cara, lo bien que le sentaba hasta un puto pantalón de andar por casa. Todo fue demasiado, demasiado cerca, y Elia no pudo evitar agarrarle de la camiseta y tirar de él hasta encajarlo en su boca.

Él también se pegó a ella, acorralándola contra la pared. La manoseó sin pasar más allá de los cortes de su vestido, desesperándola. Ella quería que metiera las manos por debajo de su ropa interior y la tocara, pero el contacto más íntimo fue con su boca. Y Sam sabía besar, llenándola de sus labios y su sabor. La excitó tanto que, en el momento en el que sus bocas se separaron, ella jadeó en busca de aire.

—Sam..., házmelo.

El próximo beso pornográfico lo mantuvieron de camino al dormitorio. Allí se desnudaron a zarpazos y Sam la tumbó en la cama. Ella sola abrió las piernas para que él pudiera hacerse hueco entre ellas.

—Tócate tú... —susurró—. Mira lo húmeda que estás conmigo.

A Elia le dio pudor, pero acabó haciéndolo para demostrarle que no era una mojigata. Deslizó los dedos por su sexo y se acarició como pensó que jamás le permitiría presenciar a nadie. Y hacerlo la excitó aún más.

Sam la miró con ojos hambrientos, jugosos. Le metió los dedos en la boca y Elia se los empapó de saliva, con la que él también se tocó. Y así siguieron hasta que la penetró, moviendo las caderas con vicio y agarrándola del cuello porque a Elia le gustaba así. Fuerte, del cuello, sucio. De pronto su cuerpo tenía vida propia y acallaba a su mente, que de todas formas le decía: «Qué bien se debe de vivir en esta cama, princesa».

Capítulo 36

EL TEJADO DE LAS GATAS

A la mañana siguiente, cuando Sam abrió los ojos, Elia ya estaba despierta. Tendida a su lado en la cama, le miraba envuelta en las sábanas. Parecía estar esperándole, de modo que él temió porque no quería volver a empezar el día con una conversación al estilo «tengo un problema: me he acostado contigo». Pero ella le miraba con una expresión tranquila, apoyada en la almohada.

—Buenos días —le dijo.

—Buenos días, *princess*. ¿Por qué no tienes cara de remordimientos?

Ella sonrió, como si el comentario le pareciera inoportuno y gracioso.

—No te aguanto, pero no voy a fingir más que no me gusta follar contigo.

Sam alzó las cejas, francamente sorprendido.

—¿Quién eres y qué has hecho con Elia?

Divertida, se apoyó en él para trepar por su cuerpo, colocándose encima. Y seguía desnuda, presumiendo de pechos; esos que siempre consideró pequeños, pero que Sam había besado con devoción toda la noche.

—Quiero hacerlo otra vez.

—Es coña.

—No —se rio—. ¿Quieres?

—Ey..., *keep calm*. Todavía estoy tratando de asimilar que mi sueño de ir desnudo a los Óscar no ha sido real.

Ella sonrió más, incluso con perversión. Descendió por su cuerpo, alzando las sábanas y repartiendo besos por la zona baja de su estómago. Sam le sujetó los mechones revueltos para poder ver cómo lamía su amago de erección matutina, despacio. Le miró a los ojos y, sin más, se lo metió en la boca.

—Ah, Elia... —gimió.

Lo cierto es que Elia no había hecho una mamada en su vida. El sexo oral siempre le había parecido poco romántico. Además, se habría enfadado mucho con un chico que la agarrara de la cabeza e insistiera, presionando en su garganta. Pero Sam la dejó suelta, como perra sin correa. Y ella empezó lamiendo, al principio pecando de suave para acabar succionando sobre la cabeza carnosa de su miembro, agitando y humedeciendo con saliva el resto.

—Así, sigue así... Qué boca tienes.

Sí, la misma boca que le había sacado de quicio tantas veces. Estuvo a punto de soltar un comentario al respecto, pero se calló y sonrió solo de pensarlo. Sí, qué boca había tenido Elia siempre...

—A la mierda —se quejó, tirando de ella para ponérsela encima—. Fóllame...

Y ella lo hizo. Sam empujó desde abajo con las caderas y le sintió colarse dentro, exigiendo espacio. Cerró los ojos con placer, excitada. Después se meció marcando el ritmo que quería, disfrutándolo; disfrutando el sentirse tan poderosa, tan sexual, tan virtuosa con su propio cuerpo... Y los gemidos se fueron volviendo más y más altos, hasta llegar a la otra habitación.

En ella, Víctor dormitaba bocabajo en la cama mientras Lara, a su lado, estaba con el móvil. Leía la entrada biográfica de una artista cuando empezó a oír el golpeteo de un cabezal contra la pared.

—¿Víctor...? —frunció el ceño.

Se calló cuando distinguió que el sonido provenía del dormitorio de Sam. Llegó acompañado de los gemidos de una voz que se reconocía como la de Elia, así que alzó las cejas. Víctor, todavía medio dormido, refunfuñó.

—La madre que los parió...

Siguió oyéndose el golpeteo, cada vez más alto. Cuando llegó acompañado de lo que pareció un «oh, sí, Sam. Más, por todas partes. ¡Sigue!», Víctor arrancó la almohada de debajo de su cabeza y se cubrió los oídos con ella, gruñendo. Por su parte, Lara se tapó la boca, tratando de contener la risa. No obstante, volvió a entristecerse unos días más tarde.

Se levantó como otras mañanas, somnolienta, pero aquella vez sola en su piso. Se recogió el cabello en un moño y se preparó una taza de café con leche. La llevó al salón, donde se acomodó para bebérsela a sorbos mientras revisaba los últimos mensajes que había recibido. Para su sorpresa, uno era de Alex.

«Te tiene que ir bien con ese tío si hasta se lo has presentado a Alicia. Te tiene que besar bien. Tiene que saber lo mucho que te excitan los susurros y que todavía no superas *El arte de conducir bajo la lluvia*. Tiene que saber que eres el amor de mi vida, que sientes envidia de las chicas que se lo cuentan todo a sus padres y que te vuelve loca que te besen la espalda. Espero que te toque bien, que sepa todo lo que tiene que saber y haya valido la pena olvidarme.

»También he pensado que debe de ser guapo para haberte llamado la atención tan rápido, así que espero que te sea fiel. Espero que te abra las ventanas para que salgas y después te reciba como suya, porque siempre fuiste muy gata. Él debe saberlo, y debe saber que a veces pensarás en mí. Debe saber que fuiste mía antes que suya y que te cuesta decir *te quiero* porque de pequeña te prometiste que solo se lo dirías a cinco personas y ya llevas dos. Que no se te olvide: dile que la primavera te hace estornudar y que siempre solucionas las picaduras de mosquito con crema hidratante. Él debe saberlo, y yo debo de ser superfácil de olvidar».

Pues sí, Lara era muy gata. Independientemente dependiente. Una noche te la encuentras en tu tejado y quieres ponerle nombre. Tan femenina, ágil y, a la vez, poco social. Pero no puedes dejarla sola sin que se muera de hambre, a la espera de que llegues a llenarle el cuenco o, por lo contrario, llegarás para ver que se ha escabullido por la ventana y ahora llama «cariño miao miao» al vecino.

No es que no pudiera estar sola, es que cautivaba con facilidad y no le importaba dejarse cautivar. Es que Víctor también era cautivador. Ahora maullaba en su tejado y, aun así, al leer el mensaje de Alex lloró un poco. Es lo que tienen las gatas, que si ves que no te prestan mucha atención es porque todavía están pensando en el último dueño que las abandonó. Y aquella mañana Lara la pasó pensando de más, mientras Víctor y yo hablábamos por teléfono.

—No lo estás diciendo en serio —aluciné—. ¿Han vuelto a acostarse?

—Sí, hija, sí... Y no solo una vez, ni dos. Ahora mismo los estoy oyendo desde el salón. No tienen vergüenza.

Estallé en carcajadas, echada en el sofá del porche mientras la familia de Cristian hacía la

siesta.

—Dios, ojalá estuviera allí para verte la cara.

—Mira, que hagan lo que quieran. Sam es una república independiente sin legislación y Elia parece estar explorando nuevas tierras, pero cuando esto cree una fisura en el grupo no nos hará tanta gracia.

—Eres demasiado responsable —me quejé—. Anda, no le des tantas vueltas.

—Ya, bueno... ¿Y tú cuándo vuelves? Te recuerdo que me has dejado solo con los niños.

—No tardaré —sonreí—. El domingo es el cumpleaños de la hermana de Cristian, así que nos iremos el lunes. Por cierto, hablando de cumpleaños... Me parece que la semana que viene es el de un chico muy guapo que yo me sé...

—En serio, ¿quién? —se hizo el sorprendido.

—¡Víctor! No seas así. —Alcé un dedo, como si pudiera verme—. El martes ya estaré allí, y quiero que salgamos a celebrarlo.

Le sentí sonreír a través de la línea, si es que es posible.

—El martes no creo que pueda salir. He quedado con mi familia para comer, como todos los años.

—Ya, pero me refiero a salir por la noche.

—Sam me ha chivado que no podremos porque Lara planea hacerme una cena sorpresa en casa, así que mejor lo dejamos para otro día.

—Ah, vale, vale, ya veo —fingí ofenderme—. Así que cambias a tus amigos por una tía... Allá tú.

—Oye, que tú te has largado dos semanas con ese tío.

—Ese tío... —bajé la voz—, tiene la polla más impresionante que he visto en mi vida, y la más...

—Vale, se acabó —me paró—. A veces se me olvida que eres la zorra más ordinaria que conozco.

Me reí sin separar los labios, hundiéndome en los cojines.

—Pásalo bien con Lara, y fóllatela mucho.

—Gracias, linda. Yo también te quiero.

—Un beso, cariño.

Y colgamos.

Después de follar como depravados, Elia se levantó y se peinó con el cepillo que había traído en el bolso. Sam la miró desde la cama, arqueando una ceja. Mientras, en el equipo de música empezaba a sonar *Marilyn* de Alice Kristiansen, conectado al Spotify del móvil de Elia.

—¿Ahora que follamos siempre traerás un bolso con cepillo, jabón, pasta de dientes, toallitas y colonia?

—Déjame en paz, pesado —se quejó.

Sam sonrió. Lo cierto es que Elia, en el fondo, no podía dejar de ser... Elia. Cuando se sintió de nuevo decente, regresó y le sorprendió apretándose contra su abdomen, abrazándole y apoyando la cabeza en su pecho. Él posó la mano sobre su hombro con cuidado, como si pudiera quemarse. No lo dijo, pero de pronto tener a Elia tan cerca sin estar teniendo sexo le resultaba demasiado íntimo.

—No sé qué regalarle a Víctor por su cumpleaños.

—¿Qué te gustaría que te regalaran a ti?

—Flores, pero a los chicos no os gusta que os regalen flores.
—Bueno, para nuestro funeral no están mal.
—¡Ay, Sam! —le palmeó el pecho.
—Es broma... Me encanta picarte —se rio, acariciándola con las yemas para que se calmara
—. En verdad los girasoles me parecen bonitos.
—Vaya. A mí las rosas.
—No esperaba algo menos cliché de ti, *princess*.
—Venga, regálame unas.
—¿Yo? ¿Unas rosas?
—Sí. —Le miró, alzando el mentón—. Un ramo.
—Mira, como mucho te compro un sobre de esos en los que vienen semillas.
—Eres tan romántico... —ironizó.
—Puedo ser romántico, si lo finjo.
—No, no hace falta que pierdas el poco encanto que tienes.
—Oh, háblame más acerca de ese encanto que tengo... —sonrió.
—No sé. Eres sincero, y gracioso cuando no estás siendo un capullo.
—¿Y cómo te gusto más? ¿Sincero, gracioso o capullo?
—¿A mí? A mí dormido.
—Pues tú a mí follando, cuando solo dices «ah, ah». El resto de tus palabras suelen ser irritantes.
—Y las tuyas estúpidas.
—Y las mías talentosas.
—Y las mías... —Pero, antes de que pudiera terminar, Sam le cubrió la boca y la interrumpió, haciéndole cosquillas.

Elia se carcajeó, pataleando y gritándole que parara. Sin embargo, él sonreía, mirándola. Parecía que la chica que no se quedaba con la piel al aire y si lo hacía era con la luz apagada y calculando qué posturas la favorecían para ejercerlas ya no habitaba en ese cuerpo, aquel que se removía desnudo entre sus sábanas. Sam naturalizaba tanto sus miedos que estos la atraían, liberándola de sí misma.

Abrió las piernas sin pudor y él se acomodó para hundir la lengua entre sus pliegues. Quería repetir otra vez, así que dejó que la humedeciera y borrara el rastro de irritación que pudiera haber después de tantas horas de sexo. En pocos días había follado más con Sam de lo que lo había hecho en toda su vida. Y él la lamía con calma, mirándola cuando ella se lo pedía o gemía.

Tenía una necesidad casi impulsiva de darle placer. Tocarla, penetrarla, oírla, olerla, mancharla. Acababa de descubrir que follar con una chica a la que conocía tanto le resultaba sumamente excitante, tanto que no pensaba en otra cosa.

Capítulo 37

LA NARRACIÓN DE UN VERANO

Cristian y yo compartimos el tiempo en la costa de una forma especial, como dos niños que salen sin padres por primera vez. No lo dijimos, solo lo sabíamos. Había algo muy nuestro entre nosotros.

—Vamos... —me animó una noche, solos en la playa del casco antiguo.

Desde entonces no comprendo por qué las playas, en verano, están vacías cada noche. Porque son mágicas.

Nos perdimos en la oscuridad y nos quitamos la ropa. Después nos acercamos al agua y, cuando la sentí alcanzarme el vientre, se me erizó la piel. De todos modos, me hundí en las olas suaves, admirando lo profunda y pacífica que se percibía la inmensidad del océano. Pronto sentí cómo Cristian me besaba las clavículas y le rodeé la cintura con las piernas, abrazándole. Todavía tengo la sensación de que dejé algo allí, algo tan mío como lo es un hueso o un pensamiento.

Cristian me enseñó muchos rincones secretos de la costa. Callejones, miradores, cuevas y calas. Y algunos no tan secretos, como restaurantes que escondían recetas exquisitas aunque su apariencia antigua no llamara la atención de los turistas o nuevos sabores de helado, dándome cucharadas de los suyos.

Las sábanas de su cama, poco a poco, habían acabado oliendo a nosotros. Pero a él no le recuerdo durmiendo, sino enseñándome a hacer rebotar piedras en el mar y desenredándome el cabello con paciencia. A mí me recuerdo tomando el sol en topless a su lado, un detalle tan simple pero que me hacía sentir tan libre que quería gritar. En lugar de eso, le colocaba una mano o una pierna encima. Cualquier extensión de mí que mantuviera el más mínimo contacto con su cuerpo mientras tomábamos el sol era suficiente para poder cerrar los ojos y relajarme.

Recuerdo las siestas en el jardín. Recuerdo a Cristian sonriendo sin decirme por qué. Recuerdo las calles del casco antiguo y el sabor de nuestros cócteles. Compartir auriculares en la playa, las luces del pueblo encendiéndose por la noche. El sonido del mar y nosotros partiéndonos de risa mientras leíamos el horóscopo. Los viajes en coche con las ventanillas bajadas. Cristian mirándome mientras me ponía crema hidratante. Su masaje en los hombros, su boca en los labios. Cuando me cogía de la mano para enseñarme algo, como si nos quedáramos sin tiempo para descubrirlo todo.

Las pulseras con nombres, los tatuajes de henna, los artistas que hacían castillos de arena impresionantes y los exponían. Su intento por enseñarme a conducir. El paseo marítimo. Los barcos. Cristian gimieando «mi niña», como si yo todavía lo fuera y además suya. Las plataformas flotantes de las playas. Los bailes por la noche en el local de los padres de Gael y las partidas de

billar. Una chancleta rota. Cristian y yo en la ducha de casa, besándonos bajo el agua tibia; o en la de la playa, empujándonos entre risas para quitarnos la sal con agua fría. *Guantanamera* de Guitarricadelafuente sonando en las noches tranquilas, abrazados en el balancín del jardín hasta adormecernos. Teresa haciendo gazpacho y ensalada caprese. Andrea subiéndose a las espaldas de su hermano. Todo.

Y aquella noche. Aquella en la que subimos los escalones de su casa a oscuras, tratando de no despertar a su familia. Me apoyé en la pared del pasillo, riéndome por nada, y Cristian tuvo que cubrirme la boca mientras hacía lo mismo.

No queríamos hacer ruido, como nos pasa a todos los criminales. La escena del crimen fue su habitación, en la que tampoco encendimos la luz. Me echó en la cama, nos quitamos la ropa y nos frotamos desnudos, como si supiéramos lo que estábamos haciendo. Y es que lo habíamos hecho antes, pero de pronto todo era mucho más íntimo. Mucho, mucho más de lo que lo había sido antes.

—Paula... —susurró, resiguiéndome el labio con la yema del pulgar—. Déjame hacértelo.

No tenía claro a qué se refería, pero asentí. Al principio supuse que quería saltarse la norma no apalabrada de procurar no tener sexo en su casa, porque si nos pasábamos de decibelios podíamos despertar a alguien. Después, cuando no le vi ir a por su cartera, deduje que se refería a hacérmelo sin condón, habiendo visto cómo todos los días me tomaba la píldora. Pero Cristian no se refería a eso, no se refería a nada que se pueda traducir con palabras exactas.

Solo lo comprendí cuando lo sentí. Su glándula me acarició entre las piernas, frotándose. Me arqueé para facilitarle el acceso y se deslizó en mi interior, despacio. Sus ojos me miraron en busca de aprobación y asentí otra vez, justo antes de que me penetrara profundamente. Fue intenso, tanto que se me escapó un gemido más alto de lo esperado.

—Sssh... —Me besó.

Inició el movimiento, dentro y fuera. Le sentí retirarse húmedo de mí y, cuando volvió a hundirse, el gemido se le escapó a él. Sonreí, acariciándole los labios. Nos acallamos con nuestras bocas y nos buscamos con nuestros cuerpos, besándonos y haciéndonos el amor. Porque aquello fue hacer el amor.

Fue mi cuerpo. El templo. Mi pedazo de yo material. La sangre. La piel. La diana que recibe los golpes. El corazón que late en mi pecho; los dedos que escriben y mis extensiones, que han ido creciendo hasta ocupar colchones de mayor tamaño.

No, hace tiempo que crecí lo suficiente como para dejar de dormir en cunas. Dile a la niña que fui que ya no quiero dormir en camas infantiles. Sí, quiero dormir sola en un colchón grande. Y sí, algún día la cama de matrimonio se me hará un mundo si estoy sola, y ojalá estés allí para calentar el edredón frío. Ojalá mis manos nunca te pesen al apoyarse en tu pecho. Ojalá mi cuerpo nunca te trate de turista.

Mención a mi voz, que empezó con todo esto el día que dijo tu nombre. Mi boca, que terminó con todo el día que te besó. Un aplauso a mis piernas por correr, a mis pies por soportar, a mi cabello por crecer, a mis uñas por arañar y a mi cuello por dejarse lamer por tu lengua, que se comió la mía.

Mi cuerpo, que siempre me ha sido fiel. Mis manos, que han acariciado animales, agua, espaldas y naturaleza. Mis ojos, que han visto el verde de los tuyos y han dicho «ahora tengo miedo». Miedo a tu cuerpo, capaz de colisionar con el mío.

Esta persona de mi vida se llama Talón de Aquiles.

En su habitación de adolescente, Cristian tenía un sillón junto al ventanal. Procuraba no moverlo en exceso porque estaba estratégicamente colocado de modo que, ocupándolo, se alcanzara a ver la luna a lo alto. Brillante, blanquecina, solitaria y un tanto melancólica, aunque él siempre se sintió bien mirándola.

Me confesó que, al hacerlo, se sentía tan pequeño en comparación a ella que sus problemas dejaban de importarle. Le ocurría lo mismo cuando se bañaba en el mar, tan inmenso que le hacía sentir insignificante. La ansiedad, la presión, el agobio, el miedo al futuro... todo se hundía en el océano o volaba hacia la luna, volviéndose diminuto. Un cigarrillo en ese sillón o un rato de agua salada y todo se desvanecía. Era uno de los motivos por los que cada verano volvía a la costa, a casa de sus padres; porque tenía la sensación de que en la ciudad ninguna ventana da a la luna.

Y de pronto estábamos allí, echados en su cama de cara al sillón. Su pecho se me pegaba a la espalda y sus brazos me atravesaban, uno por debajo del cuello y otro por encima del costado, uniéndose con los míos y extendiéndose sobre el otro extremo del colchón. Estábamos desnudos después de hacer el amor y la sábana más que cubrirnos parecía adornarnos. Sonrió, levantando un momento la cabeza de la almohada que compartíamos para darme un beso en el cuello.

—Todavía no sé qué me pasa contigo.

—¿A qué te refieres?

—Estaría haciéndote el amor todo el día —admitió—. He vuelto a tener dieciséis años. No pienso en otra cosa.

Preferí ignorar el hecho de que se refirió al sexo que teníamos como «hacer el amor». En lugar de eso, cogí su mano y la acerqué a mis labios para apoyarlos en sus nudillos. Yo también sentía que nunca había intimado así con nadie.

—Es porque soy muy buena en la cama —frivolice, presumida—. Pero bueno, no es solo mérito mío. Lo soy cuando me gusta lo que me están haciendo.

—No lo digo porque seas buena en la cama, que también. La verdad es que creo que me siento así porque hemos conectado. —Me dio otro beso, aquella vez más cerca del oído. Y susurró—: ¿Te cuento un secreto?

Me di la vuelta entre sus brazos para mirarle. Le devolví el beso en los labios y asentí.

—No llevo bien lo de estar acompañado de una persona por mucho rato, me resulta mentalmente agotador.

—¿Y eso?

—No lo sé, pero ¿sabes las típicas fiestas de cumpleaños infantiles en las que se juntan un montón de críos? Pues mi madre dice que en todas a las que me llevaba de pequeño tenía que acabar buscándome debajo de la mesa, escondido porque me agobiaban los otros niños. Y no es que me hicieran algo malo, es que yo lloraba porque no dejaban de hablarme. Siempre se me ha dado bien la gente, pero nunca he sido demasiado sociable y, cuando paso mucho tiempo con alguien, me nace la urgencia de estar solo.

—¿Ese es tu secreto? —sonreí.

—No. El secreto es que contigo no me pasa. Me encantas. Me encanta cómo eres, cómo haces que seamos juntos. Eres la única persona que he conocido que puede estar pegada a mí sin quitarme lo que siempre me ha gustado de estar solo. Estás compuesta de cosas que para mí es muy agradable tener cerca.

Me sentí mágica y especial cuando Cristian me permitió ver un pedazo de mí a través de sus ojos. Creo que si me hubiera visto a mí misma como él me veía jamás habría permitido que me hicieran daño. Y lo entendí: así es cómo se siente cuando alguien te quiere.

Capítulo 38

EL MOMENTO EN EL QUE EL CAPITÁN DEL TITANIC VIO EL ICEBERG

Víctor volvió a salir con Lara, de modo que a Sam y Elia se les ocurrió ver una película. Sin embargo, no tardaron en empezar a discutir, sentados en el sofá con el televisor a la espera.

—Que no, Elia, que no —se quejó Sam—. No voy a ver *Bajo la misma estrella*. Por el amor de Dios, si solo con el título noto que me sube el azúcar en sangre.

—¡Es una película preciosa! Trata de dos enamorados con cáncer. Yo la fui a ver al cine cuando salió y lloré muchísimo.

—Sí, y uno de los dos muere al final, ¿me equivoco?

—Ahg. Eres odioso. —Le quitó el cuenco de palomitas y se llevó un puñado a la boca—. A ver, ¿qué quieres ver tú?

—*El viaje de Chihiro*.

—No, gracias.

—Sí, de nada.

Llamaron al timbre y Sam se levantó, todavía discutiéndolo.

—¡Esa película es espantosa!

—Tú sí que eres espantosa.

Fue a abrir la puerta y Elia se apresuró con intención de poner *Bajo la misma estrella*. Pero, antes de que pudiera introducir el título en el buscador, oyó el golpe. Se tensó y salió corriendo al recibidor para comprobar qué había pasado. Allí vio a Sam en el suelo, rodeado de gotas de sangre y cubriéndose con la mano.

Elia se quedó paralizada y miró al marido de Silvia. Ella llegaba corriendo por las escaleras, asustada. Agarró al hombre y lo alejó de la puerta, pidiéndole que parara. Pero él la empujó para quitársela de encima y se marchó.

Entonces Silvia miró a Elia por un momento; después a Sam por una milésima de segundo. Musitó un «lo siento» contraído y fue tras su marido, al que ninguna explicación le impediría pedir el divorcio.

—¡Sam! —Se dejó caer a su lado y trató de tocarle la espalda para que supiera que estaba allí, preocupada—. Sam, ¿estás bien?

Él se removió, dolorido. Se incorporó y lo primero que vio al abrir los ojos fueron las gotas de sangre que huían de su pómulo magullado, manchando la tarima.

—Déjame verlo —pidió ella—. ¿Llamo a Víctor?

Él no contestó. Le dolía demasiado la cara para hablar, pero Elia se movió lo suficiente como para alcanzar a ver el aspecto de su herida. El impacto le había abierto la piel de tal forma que el yodo o el agua oxigenada iban a ser placebo.

—Vamos. —Le ayudó a levantarse—. Hay que ir a que te miren eso.

—¿Qué? No. Trae hielo.

—¡Idiota! Tú no te has visto la cara.

—Solo con notarla me basta... Está hecha un cristo, ¿no?

—Vamos, por favor.

Sam se apoyó en ella, que cogió el bolso y las llaves antes de acompañarle al ambulatorio más cercano.

Después de cenar fuimos a casa de Eric y Gael. Habían organizado una especie de reunión veraniega con gente a la que conocían de algo que, por lo que me pareció, llevaba un par de años siendo tradición.

En el jardín había unas treinta o cuarenta personas, aunque como era amplio no resultaba molesto. Eric había preparado cócteles y los había dejado servidos sobre bandejas, junto a botellas y cuencos con patatas fritas y aceitunas.

Esa noche no me apetecía beber ni bailar, así que me senté en el regazo de Cristian. Estuvimos oyendo la conversación de sus amigos, que consistió en debatir quién moriría antes en un apocalipsis hasta que el equipo de música empezó a fallar. Actuaron como si eso mismo fuera un indicio de apocalipsis, tratando de remediarlo.

—Es por un cable. Está casi roto y provoca interferencias —aclaró un tal Sergio—. Tengo uno igual en mi casa y no vivo lejos. Puedo traerlo.

—¿Y tienes alguna botella de ginebra? —le preguntó Eric—. Porque se nos ha acabado, y el ron creo que también.

—Yo no, pero mi vecino seguro que nos presta algo. Es enrollado.

—Pues venga, ya estáis tardando. —Y, cuando pensábamos que el asunto no iba con nosotros, Eric le hizo un gesto a Cristian—. Cris, ¿le acercas? Así iréis más rápido.

Él tomó aire despacio, con cero ganas de hacerlo.

—¿Dónde has dicho que vivías?

—En el casco antiguo, cerca del centro.

—Eso está a diez minutos —protestó—. ¿Me vais a hacer mover el coche?

—Sí —respondieron Sergio y Eric al mismo tiempo.

Y, aunque me molestó que le arrancaran de mi lado, lo dijeron con tanto descaro que sonreí. Después me levanté de su regazo para que él también pudiera hacerlo y se inclinó, dándome un beso en la sien.

—¿Vienes o te quedas, nena?

—Me quedo, me quedo —aseguré, riéndome de él.

—Suertuda... —refunfuñó.

Cuando se marcharon me acerqué a las bandejas y tomé uno de los cócteles que quedaban. Le di un sorbo oyendo un trueno y me pregunté si llovería, sentándome en uno de los escalones del porche. Miré a los que charlaban en el césped y, al cabo de poco, Berta y una chica se acomodaron en otro escalón.

—Ay, hola, Paula. No te había visto —mintió, y yo sonreí como si me dedicara a la política—. ¿No está Cristian contigo?

—Ha salido un momento.

—Bueno..., mientras puedes quedarte con nosotras.

De pronto me acordé de mi madre. Ella siempre me decía: «Llévate bien con las chicas, que

son las más peligrosas». Nunca la tomé en serio, pero si lo recordé al intercambiar una mirada con Berta supongo que debió de ser por algo.

—Te juro que no lo entiendo... —se mofó con su amiga, mirando a Gael besando a Diana en una esquina—. ¿Qué hace con ella? Gael es guapo. A ver, que Diana es mona de cara y tal, pero...

—Ya te lo dije: por pena. Que sea guapo no quita que sea buena persona.

—Cuando empezaron a salir pensé que no durarían ni dos meses, y llevan ya un año. Se me hace rarísimo. ¿Tú qué piensas, Paula?

—Pues no sé, Berta, cariño. Yo diría que si llevan tanto tiempo juntos es porque se la pone más dura que una sobredosis de Viagra.

Su amiga interrumpió el trago y la miró de reojo, supongo que a la espera de algo. Una reacción negativa, quizá. Por su parte, Berta solo se humedeció el labio inferior y sonrió, girándose hacia mí.

—Tienes razón. Lo siento si he parecido maleducada, no pretendía meterme con su físico. Diana es una chica estupenda.

—Claro —asentí.

—Y tú también pareces encantadora.

—Oh, no. No soy encantadora.

—¡Seguro que sí! Le estás haciendo un buen favor a Cristian.

—Ah, ¿pero no están juntos? —preguntó la otra.

—No, solo son amigos. Cristian la trajo porque los pilló su madre, supongo que haciendo algo sórdido. —Volvió a mirarme—. En verdad, te admiro. Conozco a Teresa y es tan tierna, tan inocente... Yo no podría mentirle a la cara, pero no lo crítico. Cristian siempre hace lo mismo: mete las castañas en el fuego y convence a una tía para que las saque. Si crítico a alguien por vuestras mentiras, es a él.

—Mmh, ya... Si quieres, cuando venga, se lo comentas —propuse.

—Estamos enfadados, ¿no te lo ha dicho? Por eso he evitado salir con vosotros estos días. Hoy he venido porque Eric me ha convencido... Además, estos cócteles están riquísimos, ¿no?

Se rieron, chocando las copas. Pero yo me quedé con la duda.

—¿Por qué estáis enfadados?

—Discutimos la noche de la barbacoa, cuando llegasteis. Nos lo montamos en el baño y no me gustó su actitud. Después de correrse siempre es un borde.

Noté un dolorcito al tragar saliva.

—¿Os lo montasteis en el baño?

—Sí. Coincidimos en la cocina, le di fuego y... bueno, ya sabrás cómo funcionan estas cosas. No creo que te acuerdes, estabas bailando sobre la mesa con Diana, borrachas como una cuba. Qué noche.

Una cosa que me quité de encima cuando me inicié en el sexo esporádico fue la culpa, porque no quieres que la chica que está con un desconocido en el baño de un garito sea tu hija, o tu nieta.

Tus amigas te dirán que debes de hacerte valer, como si por bajarte la ropa interior te faltara autoestima. La profesora de la universidad no te miraría igual si lo supiera, el repartidor de Amazon te miraría de más y el amor de tu vida, si es que de verdad está en alguna parte, preferirá no saber según qué cosas cuando te vistas de blanco. A todo esto, hice oídos sordos y me abandoné a mi sexualidad, que fue un regalo. De hecho, la sexualidad se sintió como aquel vestido que te autorregalas aunque todo el mundo vaya a decirte: «¡Estás loca! Yo no me hubiera

gastado tanto dinero en algo así».

El sexo dejó de estar mezclado con los sentimientos, por lo menos hasta que Cristian me hizo el amor en su cama de adolescente. Hasta que Berta me contó que ella y él se habían acostado la primera noche que estuvimos en la costa. Me lo dijo y, aun así, no la creí. No la creí porque le creí a él cuando me dijo: «En la ciudad las cosas pueden ser diferentes, pero aquí no». Creo que fue al revés, creo que las cosas eran diferentes en la playa y de pronto me golpeaba un pedazo de lo que Cristian era en nuestra ciudad. Pero para mí aquel Cristian ya no existía, de modo que lo que Berta contó tenía que ser mentira o solo media verdad.

Me levanté del escalón, queriendo dejarlo estar.

—Nos vemos luego.

Me dijeron algo, pero no les presté atención. Me moví entre la gente, terminándome la copa de un trago. La dejé vacía en una mesa y seguí esquivando desconocidos hasta cruzarme con Iván, que salía corriendo en bañador.

—Eh, ¡Paula! —sonrió—. ¿Cómo va?

—Bien. Todavía no han vuelto Cristian y Sergio, ¿verdad?

—No. ¿Qué pasa? ¿Estás aburrida?

—Un poco... Es que no conozco a casi nadie.

—Vente con nosotros —me animó, apuntando a Gael y a Diana—. Vamos a ir a la playa. Nos apetece un chapuzón.

—¿Ahora? —me sorprendí.

—Sí. ¿Tienes bañador?

Asentí, porque lo llevaba debajo de la ropa. Entonces Iván cogió otra toalla y tiró de mi mano en dirección a la salida del jardín, donde nos esperaban Diana y Gael.

Correteamos por los callejones hasta llegar a la playa del casco antiguo. Era pequeña, pero a mi parecer la más bonita. No obstante, aquella vez las olas se movían turbulentamente y los truenos seguían sonando a lo lejos. Ya me había bañado con Cristian alguna que otra noche pero, mientras me quitaba el vestido para meterme en el agua, me di cuenta de que el mar no nos esperaba con benevolencia.

—Oye... ¿es seguro meterse?

—¡Claro! Cómo se nota que no eres de aquí —se rio Iván, dejando las toallas en la arena—. Vamos. Seguro que está más caliente de lo que parece.

Pues sí, la verdad es que la temperatura del agua era agradable y me eché de cabeza, hundiéndome por completo. Nadé hasta donde estaban Diana y Gael y nos salpicamos entre risas.

—¿Vamos a la plataforma? —propuso Iván, llegando detrás de mí.

La pareja inició una carrera. Eran bastante rápidos nadando, pero yo me movía como una rana y nunca se me ha dado bien nadar en crol. Por suerte, Iván decidió esperarme para no dejarme sola entre las olas, que cada vez eran más altas. Algunas me arrastraban y de pronto una me pasó por encima. Cuando salí a la superficie las mejillas empapadas me escocieron contra la fuerza del aire, que casi me golpeaba.

—¿Todo bien?

—No mucho. Las olas son enormes, ¿a ti no te arrastran?

—Ayúdame con los brazos y las piernas.

Muy bien, Iván, gracias.

Gael y Diana se perdieron en lo negro, solo se oían sus risas. Miré hacia atrás y la orilla había quedado demasiado lejos. Las olas seguían siendo altísimas, cada vez más. Mi cuerpo subía y

bajaba y tosí cuando tragué agua. Y de pronto me di cuenta de que estaba empezando a llover.

—¡¡Paula!!

Oí mi nombre y busqué a Iván. La corriente le había alejado de mí, pero seguía distinguiéndole. Su expresión ya no transmitía tanta calma, aunque no era él quien me llamaba. Ambos nos giramos de nuevo hacia la orilla y vimos a Cristian, haciéndome un gesto imperativo para que regresara.

Lo intenté, pero una ola enorme nos pasó por encima y nos hundió tanto a Iván como a mí. Cuando volví a sacar la cabeza la intensidad de la lluvia casi me impedía abrir los ojos, salpicando en el agua. Pero vi dos cosas: primero, que la corriente nos dirigía a unas rocas muy traicioneras; segundo, una especie de objeto luminiscente que parecía más perdido que yo en las olas. Fue impulsado hacia mis piernas y descubrí que no era un objeto cuando su tacto se convirtió en un dolor punzante. Punzante de verdad, haciéndome chillar.

—¿Estás bien?!

—¡Me ha picado algo!

—Coge aire —me indicó, acercándose.

Lo hice y entonces le seguí hacia abajo, sumergiéndonos. Debajo del agua las olas no nos impulsaban con la misma intensidad y pudimos dirigirnos a la orilla. Salí un par de veces a por aire y, a la tercera, no lo hice por voluntad propia sino porque unas manos tiraron de mí hacia la superficie. Era Cristian, metido hasta la cintura.

—¿De quién mierdas ha sido la idea?! —le oí exigir en dirección a Iván.

Me di cuenta de que mis pies ya alcanzaban el suelo y me incorporé, saliendo del agua para dejarme caer en la arena, agotada. Sergio le acercó a Cristian una de las tollas y él me envolvió con ella, frotándose para que entrara en calor.

—¿Estás bien? —me preguntó, buscando mis ojos con los suyos.

—La pierna derecha —gimoteé.

Mientras Iván se arropaba con otra de las toallas, Cristian levantó una parte de la que me cubría y comprobó cómo resaltaba una marca enrojecida. Se me estaba hinchando la huella de unas tiras, como si me hubiera picado un pulpo. Me sangraba un poco y el dolor pulsátil empezaba a extenderse cada vez más arriba.

—Es de medusa. ¿Te ha picado alguna vez una?

—No.

—¿Alérgica a algo? —preguntó Sergio.

Negué con la cabeza.

—Entonces no te preocupes.

Preocupada no estaba, pero sí asustada. El corazón me bombardeaba rápido y, en un intento por no echarme a llorar, apreté los labios y el inferior me tembló. Sergio debió suponer que era por frío, pero Cristian ya me conocía. Me cogió la mano con firmeza y apoyó la boca en mi frente.

—Ya está, mi amor —me susurró.

Era mentira. La pesadilla no había terminado y lo supe cuando oí a Diana gritar. Los cuatro levantamos la vista al mar y, entre las olas aparentemente imposibles de atravesar, Gael y Diana batallaban por regresar enteros a la orilla. Ella estaba más cerca, pero volvió atrás al apreciar que Gael estaba siendo arrastrado de cabeza en dirección a las rocas.

—No —le pedí tirando de su mano, cuando adiviné sus intenciones.

Desconozco el pánico que hubiera sentido si aquellos hubieran sido Elia, Víctor o Sam. Seguramente me habría lanzado al agua pero, en la posición en la que estaba, solo pude temer

que Cristian entrara allí dentro. Pero Iván y él lo hicieron de todos modos, aunque yo me negara a soltarle la mano, aunque me levantara de la arena y les exigiera que volvieran.

—¡¡Cristian!!

Sergio me sujetó para infringirme seguridad, aunque no sirvió de nada. Vi dos cuerpos salpicando en dirección a Diana y, con más energía, nadar más rápido que ella bajo la tormenta y llegar a las rocas. Allí Gael parecía estar atrapado por algo, ahogándose y golpeándose cuando las olas le caían encima. Iván se sostuvo con ambas manos a la piedra y le gritó algo a Cristian, que se sumergió bajo el agua.

Cuando le perdí de vista quise morirme. Estaba tratando de liberar la pieza de ropa que retenía a Gael, pero yo solo podía pensar que la corriente le llevaría al fondo; que se golpearía la cabeza y no saldría, que también quedaría atrapado y se haría daño. Y me di cuenta de lo enamorada que estaba de él, porque aquella era la posibilidad más aterradora que se me había pasado por la cabeza en toda mi vida.

Pude sentir un temblor de huesos. Y no me refiero al esqueleto resistente que todos tenemos debajo de la piel, sino a ese núcleo que las cerezas llevamos más allá del rojo provocativo que nos tinta. Es ese hueso del que hablé antes, aquel que no está pensado para el consumo y cuando terminas la fruta echas a la basura como objeto inservible. Pues resulta que aquella vez sí sirvió, sí vibró, sí tembló de miedo cuando Cristian se sumergió. Incluso cuando llegó con Gael a la orilla y corrí para socorrerle, para abrazarle y llorarle mientras tosía agua en la arena.

Lloraba de pánico y seguí haciéndolo un rato después. Ya no por lo que acababa de suceder, sino porque presentía todo lo que sucedería ahora que le amaba.

Capítulo 39

MI PROBLEMA CON LAS DECLARACIONES DE AMOR, VOLUMEN II

Cuando llegamos a casa de Eric no había casi nadie. Los invitados se habían marchado y en el jardín solo quedaban las bandejas de cócteles, salpicados por la lluvia e ignorados por nosotros, que cuando entramos al interior alarmamos a los pocos que quedaban en el salón, dejando a Gael malparado en el sofá.

—¿Qué coño ha pasado?! —se sorprendió Eric.

—Nos metimos en el mar y... —explicó Iván, y no hizo falta que terminara para hacerse entender.

—Sois imbéciles.

Se acercó con un botiquín para comprobar la herida que sangraba en la nuca de Gael, que aseguró estar bien cuando Eric dio a entender que tenían que ir al hospital. No era el único que se había rasguñado contra las rocas. De hecho, Iván tenía las manos hechas un desastre y a Cristian le sangraba un arañazo en el hombro, con la camiseta rota. Jadeaba y, cuando le cogí la mano para llamar su atención, él me miró y, para mi desgracia, le hizo un gesto a Berta.

—Tiene una picadura en la pierna.

Ella asintió y me cogió del brazo. Me dejé llevar de un lado a otro, siguiéndola escaleras arriba. De pronto me sentí como una niña en un mundo de adultos, cuando me indicó que me sentara sobre la encimera del lavabo y le hice caso. Abrió uno de los armarios y me cubrí la cara, llorando sin poder evitarlo.

—No te preocupes —volvió—. No es nada.

—No es por la picadura.

—¿Te has asustado?

Negué con la cabeza porque no quería hablar. No me había asustado: estaba asustada. Quería que fuera Cristian el que estuviera conmigo en ese baño, pero fue Berta, limpiándome la picadura con suero fisiológico.

Después se marchó y traté de tranquilizarme, apretando la encimera bajo mis manos. Respiré, retuve el aire y lo solté despacio unas cuantas veces. Cuando regresó yo estaba más calmada. Llevaba una bolsa de hielo envuelta en un paño limpio y ropa de chico, seguramente del armario de Eric o Gael.

—Toma, déjate el hielo diez minutos y sécate. Ahora vuelvo.

—Vale.

Me dejó sola en el baño y me quité el bikini. Con cuidado de no tocar la picadura, me froté con una toalla limpia, me vestí con la ropa seca que me había traído Berta y sostuve el hielo sobre la piel inflamada durante unos minutos.

—¿Cómo estás? —preguntó, volviendo a entrar.

—Mejor. ¿Y ellos?

—Diana en fase de drama y Eric curando rasguños, pero bien. Toma. —Me tendió una crema—. Debería irte bien.

—Sí —la cogí—. Gracias, Berta.

Ella tomó aire y me miró como si en verdad no quisiera decírmelo.

—Oye, no tengo claro qué tipo de relación tenéis Cristian y tú, pero lo siento si lo que te he dicho antes te ha molestado.

—No importa —mentí, incapaz de mirarla.

—Fue un borde, pero no después de correrse —continuó—. De hecho, no nos corrimos ninguno de los dos. No pasamos del magreo.

—Vale, Berta, en serio. No te preocupes.

Asintió y volvió a dejarme sola en el baño. No la quería allí, pero cuando se fue me sentí mal. Vacía, incompleta. El cuerpo me pedía gastar las pocas fuerzas que me quedaban después de la marea alta en intentar conseguir lo que necesitaba para llenarme, pero mi cabeza seguía razonando lo suficiente como para recordar que Cristian no era mío ni lo sería. Lo que sentía era precioso, pero no podía disfrutarlo porque estaba mal. Y había más cosas que me parecieron mal.

Limpí mi bikini de agua salada bajo el grifo y retiré el exceso para que no goteara. Bajé a la cocina, retiré el paño de la bolsa de hielo y la devolví al congelador. De repente en la casa se respiraba calma. Gael y Diana estaban en el sofá, calientes bajo una manta. De Berta no había rastro, pero Eric le curaba a Iván las manos en uno de los baños y encontré a Cristian en el pasillo, mirándolos.

Cuando me acerqué su mirada se relajó y me dio un beso.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—¿De verdad te enrollaste con Berta?

Fue evidente en su expresión que no esperaba que yo supiera aquello. Tragó saliva antes de volver a mirarme a los ojos y asintió. Y yo lo sentí, como si una certeza pudiera introducirse en mi torrente sanguíneo en forma de debilidad. Nunca había terminado de comprender cómo se siente la traición de alguien a quien amas, pero aquella noche se sintió como la ausencia total de felicidad.

—Me dijiste que no habría terceras personas mientras estuviéramos aquí —le recordé—. Me mentiste.

—No. Te lo dije, pero después de estar con ella. Cuando estuve con Berta no habíamos acordado nada.

—Cuando te lo montaste con Berta yo estaba en el puto jardín. ¿No tuviste la sensación de que algo no cuadraba?

—Vale, Paula, escucha...

Trató de acercarse, pero di un paso atrás y negué con la cabeza.

—No —le pedí—. Sabes que está mal, lo pintes como lo pintes.

—No me pareció que estuviera mal cuando lo hice. Somos amigos, Paula. No nos debemos fidelidad y en ningún momento dijiste que querías estar al día de lo que hago y lo que no cuando no es contigo. No te lo dije porque fue una tontería de cinco minutos. No quería que te sintieras incómoda.

—No estoy incómoda, me siento estafada.

Sus ojos se apagaron cuando dije eso. Iba a contestar, pero Iván no le dio tiempo de hacerlo antes de aparecer a nuestro lado.

—Manos curadas —presumió, mostrándoselas—. El doctor le espera en consulta.

Cristian se frotó la boca, pensativo. Me miró como si se le estuvieran pasando un montón de cosas por la cabeza y entró en el baño, quitándose la camiseta para que Eric pudiera curarle el rasguño del hombro.

Respiré profundamente por la nariz. Creo que nunca, jamás, en ningún momento de mi vida, había echado tanto de menos a mis amigos. La añoranza se me instaló en el pecho. Quería que Elia estuviera allí; que Víctor me abrazara y que Sam me mirara a los ojos de esa forma que siempre da fuerzas.

Quería volver a casa, aunque me di cuenta de que lo haría sintiéndome no solo estafada sino también una estafadora. Porque me había engañado a mí misma, abrazándole incluso dormida y haciéndole el amor; porque le había engañado a él, dándole más significado que el acordado a nuestro «solo amigos». Había estafado a sus padres, que me habían recibido con los brazos abiertos para escuchar una mentira. Había estafado incluso a las dos adolescentes que nos miraban acurrucados en la playa y empezaban a sospechar que el amor sí existe después de todo. Y lo hace, tiene que hacerlo porque lo sentí en mi pecho, aunque me rompí. Supongo que el amor no existe de la forma en la que nos dijeron que lo hacía.

—Paula —me paró Iván en el salón, acercándose—. ¿Cómo estás? Oye, me sabe fatal no haberte hecho caso cuando me has preguntado si era seguro meterse en el agua. No pensé que...

Negué con la cabeza.

—No te preocupes. Al final todo se ha quedado en un susto.

—¿Seguro que te encuentras bien? —frunció el ceño—. Tienes mala cara.

Tomé aire despacio, volviendo a negar con la cabeza.

—He discutido con Cristian.

—Joder, reina. Lo siento —me acarició la mejilla.

—Ya sé que es tu amigo, pero no quiero verle ahora.

—¿A qué te refieres?

—¿Me puedo ir contigo?

—Paula... Es que no me apetece tener movida con él.

—Por favor —insistí—. Eres la única persona de aquí a la que puedo pedirselo.

Iván suspiró, hizo una mueca y asintió.

Los enfermeros le curaron la herida a Sam con cuatro grapas. Le dieron algunas indicaciones que debía seguir en casa y le dijeron que se las quitarían pasados unos días. Cuando regresaron, era tarde y Elia preparó una sopa.

—¿Sopa? ¿A finales de julio? —protestó—. Elia, que lo que tengo jodido es la cara, no el estómago.

Pero acabaron cenando sopa, sentados en la mesa del salón mientras ella iba mirándole el aspecto de la herida.

—¿Te duele mucho? —se apenó.

—Me ha dolido más el pinchazo de la anestesia que el golpe. Ahora no noto nada.

—No te quejes. Ya verás cuando se te pase el efecto...

—Bueno, yo me lo he guisado y yo me lo como.

—Si es que no deberías de haberte acostado con una mujer casada.

—Oye, no fui yo quien dijo «sí quiero» en el altar, ¿sabes?

—Ella también debe de estar pagando los platos rotos, Sam.

Él bebió un trago de agua fresca para contrarrestar lo caliente que estaba la sopa y la miró. Elia removía su plato, dejando una mano tendida sobre la mesa. Y los dedos de Sam llegaron a los suyos, acariciándola.

—Gracias por ayudarme hoy.

Ella alzó las cejas.

—¿Sam dando honestamente las gracias?

—Sam *dándote* honestamente las gracias, hasta por la sopa. Eres una monada.

—A ti no te gustan las chicas monas —le recordó—. Solo yo.

—Solo tú. Siempre me ha encantado esa habilidad que tienes para llevarme la contraria y no cansarte en el intento.

—Sí me cansas, eres agotador. Pero te quiero mucho.

Él se inclinó para darle un beso, uno que ella esperaba en los labios. Incluso cerró los ojos, partidaria de besar siempre sin mirar. El final del cuento: decir «te quiero» y recibir el beso de amor verdadero. No obstante, la boca de Sam se posó en su frente, cariñoso. Y se sintió un poco decepcionada... Aquel gesto bastó para recordar que no existía la más mínima posibilidad de concluir sus encuentros con Sam plantando una bandera en su corazón.

Que sí, que sus manos eran seguras porque la quería, pero la quería con el sincero afecto con el que se quiere a una amiga. No era el inicio de una historia de amor tormentosa en la que ambos acabarían enamorándose, y eso la puso triste. El único chico que se había acostado con ella queriéndola con locura era un amigo, uno que no aspiraba a ser más.

Y volvió a sentirlo: aquellas ganas apresuradas de encontrar a alguien que la quisiera. De llevar una alianza, de escoger el nombre de un *golden retriever* y plantar geranios en el jardín. De hacer el amor con la luz apagada, de pasear cogida de la mano de alguien y sentir que otra persona le pertenecía.

Eso era algo que Sam no le daría nunca.

Me despertó el sonido de la puerta abriéndose. Pese a estar cubierta con una camiseta de Iván, tiré de las sábanas para taparme y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Él me había dejado durmiendo en su cama, ocupando el sofá de la planta de abajo, pero ahora estaba allí. Me miraba sujetando su móvil y tapando el auricular.

—Perdona, Paula. Es Cristian. Lleva llamando mucho rato y dice que si no habla contigo vendrá aquí. No quiero que despierte a mis padres.

Tragué saliva y asentí. Me tendió el móvil, encendió la lámpara de la mesita y se marchó cerrando la puerta.

—Dime.

—Maldita sea, Paula —gruñó.

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero? —se indignó—. ¿Me estás tomando el pelo?

—No. ¿Qué quieres?

—Quiero ir a buscarte y que me expliques por qué estás allí y no aquí.

—Ya te lo explico por teléfono: estoy enfadada. ¿Algo más?

Le oí suspirar y me lo imaginé frotándose una de sus perfectas cejas.

—Oye... —Noté que trataba de regular su tono—. Estoy nervioso, ¿vale? Y preocupado. Me siento responsable de ti mientras estemos aquí y te has largado a casa de Iván sin decirme nada. ¿Sabes lo que he tardado en deducir que estabas con él? Pensaba que te había pasado algo. No

vuelvas a hacerlo.

Entonces la que suspiré fui yo, arrastrándome por el colchón. Me senté en el borde para sonar más serena.

—Perdón, tienes razón. Es que... necesitaba irme y no contigo.

—¿Tanto te ha jodido? En serio, Paula. Fue un puto magreo de calentón en un baño. Habíamos bebido, no lo pensé. Pero si volviera atrás no lo haría.

Contraí el rostro. Me estaban volviendo a entrar ganas de llorar, pero aguardé unos segundos para reprimirlas y contesté.

—No quería ni quiero que ella te toque. Tampoco quiero complicar las cosas, pero de pronto todo se ha vuelto tan..., no sé, tan nuestro. Tengo la sensación de que me harás daño si vas con cualquier otra chica.

—Pero, Paula... —se sorprendió.

—No, déjame terminar. Estoy mal, y esta sensación no se me irá cuando pise la ciudad. Yo... solo pienso en ti. Por eso necesito que nos alejemos un poco, que me dejes ver las cosas con claridad.

—No, nena... Deja que vaya a buscarte, deja que lo hablemos.

—Cristian, no puedes consolarme ni un poquito. —Me retiré una lágrima de la mejilla—. Tú no quieres nada más conmigo, no lo has querido nunca.

—Pensaba que tú tampoco. Pensaba que nos entendíamos, que estábamos en el mismo punto. Dijiste que solo buscabas sexo.

—Ya lo sé, y lo siento mucho.

—¿Y ahora qué, Paula?

—¡No lo sé! —lloré—. Por eso necesito aclararme.

—Define aclararte. ¿Quieres volver antes a casa?

—Volvemos el lunes y estamos prácticamente a sábado. ¿Ya qué más da? Quedémonos para el cumpleaños de tu hermana.

—¿De verdad te vas a quedar en casa de Iván? Por favor, deja que...

—No. Quiero quedarme —le paré—. No quiero verte ahora.

—Creo que es una pataleta —dijo entonces—. Creo que estamos bien, que te has confundido con lo de Berta. Paula, tú tampoco quieres nada estable con nadie.

—Pero tú eres diferente. Tú..., tú lo llenas todo —me lamenté—. A ti te gustan mis faldas cortas y te da igual si tengo o no el pelo revuelto. Puedo estar contigo horas sin cansarme, bebiendo, follando y hablando. Eso no me había pasado con nadie. Conecté contigo desde el principio.

Chasqué la lengua contra el paladar y esperó unos segundos antes de hablar.

—Te iré a buscar mañana por la mañana a casa de Iván. Mándame un mensaje cuando te despiertes. No quiero seguir hablando de esto por teléfono.

—Vale. Buenas noches.

—Buenas noches, Paula.

Apagué la lámpara y me costó horrores volver a dormirme.

Capítulo 40

EL FUNERAL DE LOS AMANTES

Sonaba *Woman* de Mumford & Sons en el equipo de música. Lara llevaba un camisón blanco con diminutas flores azules. Se estaba preparando el café cuando Víctor apareció a sus espaldas, abrazándola y besándole el cuello.

—Para —sonrió—. Quiero un café.

—No, vamos. Baila conmigo... Antes bailábamos.

—Antes éramos jóvenes y alocados. Ahora ya han pasado tres meses desde que nos conocimos, las piernas no me funcionan igual.

—Qué boba —se rio.

Ella le dio un beso, removiendo el café con una cucharilla para mezclarlo con la leche. Entonces le miró de arriba abajo.

—Eres muy guapo... —pensó—. ¿Cómo serás de anciano?

—Igual de guapo.

—¿Y follarás igual?

—Y mejor —abrió la nevera y sacó el queso de untar.

—Vaya, seguro que a tu mujer la tendrás encantada.

—Oye, deja de decir eso —le pidió, rodeándole la cintura—. No voy a dejar de quererte, por lo menos en un largo tiempo. ¿Y si lo nuestro ya es para siempre?

—¿Te imaginas? —Le tocó la cara—. Y me salen unos niños con ojos azules...

Víctor volvió a reírse. Se apartó y empezó a untar dos tostadas para desayunar. Una se la tendió a Lara, que pegó un mordisco.

—Por lo menos siempre podré presumir de ser la chica con la que pasaste tu vigésimo segundo cumpleaños... Por cierto, qué cabrón Sam por contarte lo de mi cena sorpresa.

—Pobre, lo hizo porque yo le sonsaqué mucho. Me parecía muy raro que no estuviera atosigándome para salir de fiesta y celebrarlo. ¿Por qué le pediste nuestra casa?

—Porque mi horno está estropeado y tu plato favorito es la lasaña.

—Ese es mi segundo plato favorito. Si de verdad quieres enamorarme métete en una bandeja y úntate chocolate.

—Cerdo —se rio—. Pues que sepas que, aunque el sexo pueda ir incluido, ninguno de mis regalos incluye desnudez. Espero que te gusten igualmente.

—Dime que no te has gastado dinero.

—Me hacía ilusión regalarte algo.

—No hacía falta.

—A ti no, pero a mí sí. Quiero que tengas algo mío.

—Ya tengo algo tuyo. A ti, espero.

Lara sonrió, acariciándole las mejillas. Le dio un beso y, de un momento a otro, estaban bailando entre risas.

Mientras, Elia no tenía demasiado claro qué hacer. Se levantó, se duchó, se preparó... y no supo adónde ir.

Yo no le cogí la llamada para charlar un rato. Sabía que Víctor estaría con Lara y que Sam..., bueno, que Sam seguía siendo Sam. Además, empezaba a estar cansada de ir siempre a su casa sin recibir una invitación o algún tipo de iniciativa por su parte. Nunca lo había necesitado, pero ahora que abría las piernas requería algo más que un sexo de la hostia para coger tantas veces el metro.

«No sabes las ganas que tengo de que vuelvas» me escribió.

Al final, fue a pasar la mañana por la zona de Portal del Ángel. Quería darse algún capricho y dejar de sentir que necesitaba estar acompañada para divertirse, así que se probó ropa nueva y compró un par de libros. Acabó andando hasta Plaza Catalunya y, saliendo del Fnac, se chocó con el pecho de alguien. No fue del todo un accidente, porque Diego ya la había localizado entre la gente y había esquivado a la multitud para plantarse en su camino.

—Joder, Elia, ¿estás bien? Perdón, no he calculado.

—Sí, sí, no te preocupes. —Se tocó la nariz, contraída—. ¿Qué tal?

—Bien, por aquí. ¿Tú cómo estás?

—Bien —repitió—. Dando una vuelta.

—¿Estás sola?

—Sí, es que mis amigos tenían planes.

—¿Quieres que tomemos algo? —propuso—. Hace tiempo que no nos vemos.

Elia hizo una mueca, recolocándose el bolso violeta en el hombro.

—Sí, es lo que tiene romper una relación. No sé si es buena idea que tomemos algo juntos, la verdad.

—Venga, mujer, no seas así. Yo invito.

Ella se mordió el labio inferior y señaló una cafetería que estaba al otro lado de la calle, sin querer darle demasiadas vueltas.

—¿Allí?

Diego sonrió.

Me sentí rara desayunando con Iván. Me daba la impresión de que se debatía entre el «quiero follármela» y el «no, Cristian dijo que no podía». Y yo allí, comiéndome la tostada como si me gustara desayunar salado; como si la parte inferior del bikini me hiciera sentir menos expuesta que unas braguitas o como si la camiseta que llevaba no fuera suya.

Es que no tenía más ropa. Cuando Cristian vino a buscarme tuve que ponerme el mismo vestido que la noche anterior. Le dejé las prendas que Berta me había prestado a Iván para que se las devolviera a Eric y me despedí de él antes de caminar hacia Cristian, que me esperaba en la calle. Y estaba tan guapo, apoyado en su coche... igual que la primera vez que le vi.

—Hola —saludó.

—Hola.

Me subí al coche sin decir nada más y me puse el cinturón despacio. Él también, y no tardó en encender el aire acondicionado. Se incorporó a la carretera y cuando paraba delante de un semáforo la presión de romper el silencio se hacía más fuerte, pero no me atreví a decir nada. No

hasta que atravesamos la verja de su casa y entramos en el jardín.

—¿Ya se han ido tus padres al balneario?

—Sí, esta mañana. Se fueron temprano.

Asentí. Por lo menos la noche anterior fueron conscientes de que se irían muy pronto y se despidieron de nosotros en la cena, así que se había acabado el fingir que Cristian y yo estábamos juntos. Y menos mal, porque cogerle la mano en esos momentos me hubiera hecho sentir muy incómoda.

—Paula... —empezó.

—Quiero darme una ducha —me apresuré, subiendo más rápido los escalones del porche.

No le dejé decir nada más. Huí, me di a la fuga y me encerré en el baño echando el pestillo.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. Le robé algunos productos a Andrea para que la sal marina que no me limpié del pelo la noche anterior no me siguiera encrespando los mechones hasta parecer Madam Mim y me lavé la cara y los dientes. Me puse crema hidratante y bálsamo labial. Me desenredé el cabello y, como no había cogido ropa limpia antes de entrar, salí envuelta en una toalla. Cuando entré en el dormitorio Cristian estaba allí.

—¿Mejor?

—Sí. —Evité el contacto visual, toqueteando mi maleta.

—¿Ya podemos hablar?

—No. Tengo que poner el móvil a cargar.

—Paula...

—Tengo que poner el móvil a cargar —repetí.

Me esperó. Esperó hasta que hube desanudado el cable de mi cargador para enchufar el móvil a la corriente. Esperó hasta que me vestí, poniéndome las braguitas sin quitarme la toalla. Esperó hasta que le respondí el mensaje a Elia, hasta que le escribí a mi madre para recordarle que volvía el lunes por la mañana. Y, cuando no tuve más remedio que aceptar que teníamos una conversación pendiente, me senté a su lado en el borde de la cama, procurando mantener las distancias. Había tardado tanto en mirarle a la cara que, cuando lo hice, mis mechones ya estaban empezando a secarse.

—No sé si quiero hablar de esto... —confesé.

—Ya. No se te da muy bien disimularlo.

—Es que no sé qué más quieres que te diga.

—¿Sigues pensando lo mismo que dijiste anoche?

—Sí, podemos quedarnos para el cumpleaños de tu hermana.

—Me refiero a todo lo otro, Paula —contestó, un poco exasperado.

—Sí, pero yo... No quiero volver a decirlo.

—Tenemos que hablarlo. Si no, no lo arreglaremos.

—Es que aquí no hay nada que arreglar. Es solo que... no sé lo que quiero.

—Quieres algo más —y sonaba a pregunta, aunque no lo fuera—, conmigo.

—Quiero dejar de sentir que hay algo más entre nosotros y soy la única que lo está sintiendo. Cristian tragó saliva y negó con la cabeza.

—Si lo que quieres es una relación conmigo te vas a decepcionar muchísimo.

—¿Por qué lo dices? Nunca lo hemos intentado... —susurré.

—Porque el sexo es muy fácil, pero las relaciones no. Porque todo iba genial entre nosotros hasta que han entrado los sentimientos, y ahora míranos. Ni siquiera nos aguantaríamos si nos quisiéramos.

—¿Es eso lo que piensas?

—No lo pienso yo, lo sabemos los dos. Tú y yo no somos como el resto de la gente, Paula, no funcionamos así. Y creo que si no hubieras sabido lo que hice con Berta no estarías diciendo nada de lo que estás diciendo. Creo que estas semanas han sido un espejismo, y que cuando volvamos a la ciudad te darás cuenta de que tus dudas son irreales. Cuando vuelvas a salir con tus amigos, con otros tíos..., entonces no te importará lo que yo esté haciendo, del mismo modo en el que a mí no me importará lo que tú estés haciendo.

—¿De verdad no te importaría que tuviera sexo con otro del modo en el que lo tengo contigo? Cristian se humedeció el labio inferior y no contestó.

—Es que lo dices como si siguieras pensando que es una pataleta —continuó—. Cristian, lo que siento no son unos celos infantiles. No me molesta que otra chica te toque, es algo mucho más profundo. Es que si lo haces me debilitas por dentro. Y... Joder, no me atrae nadie que no seas tú. Creo que somos felices juntos. Creo que nos da miedo la palabra «pareja» porque siempre la hemos visto como algo enorme, pero juntos la haríamos pequeña. Ni siquiera quiero ser tu novia. Solo... estar contigo. Saber cómo es que me seas fiel.

Me sostuvo la mirada con intensidad. Casi me dio esperanzas, pero entonces volvió a negar con la cabeza.

—No puedo, Paula. Si de verdad pudiera estar con alguien, estaría contigo. Pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque me ahogaría.

Así fue. Él me quitaba el aliento cada vez que entraba en una habitación, pero yo le ahogaba. Así vive esa conversación en mi cabeza.

No obstante, siempre recordaré lo que vi en ti, en tus ojos y a través de ellos. Estuve hecha para que me vieras, pero no miraste; estuve hecha para que me quisieras, pero no quisiste. Así que recuérdame por lo que fui, porque lo que soy ahora no te gustará.

Ahora estoy hecha de la sombra de la chica que fui, aquella sombra que miraba desde la pared de la habitación en la que me dijiste que no me querías de vuelta. Hablaste como si tu humanidad fuera superior a la mía, como si yo no hubiera batallado también con el riesgo de ahogarme, de salir quebrada de todo aquello al proponértelo. No es que fuera una niña y tú fueras más sabio: es que mis palabras eran más sabias pero estaban dichas por la boca de una niña.

Solo te quedaste en el recuerdo, en mi cabeza, en una colección de momentos. Enterrado en aquella playa, siendo la arena que no pude sacarme de los dientes. Me voy con un mal sabor de boca, pero sin nada que decir.

Admito que me pesa un poco no haber sabido todo lo que me habrías dicho si hubieras estado preparado para ser sincero; pero, si a mí me pesa, a ti debe de estar hundiéndote.

Capítulo 41

EL FIN DE JULIO

Julio terminó de la misma manera en la que se retira un contrincante que ha hecho trampas para ganarte una partida. Se va como si hubiera jugado limpio y tú te lo quedas mirando muy seria y sin poder decir nada, mientras él se lleva tus barcos, tu mar, la persona de la que te has enamorado y las ganas de volver a hacerlo.

No creo que en aquel punto de la historia estuviera enamorada de Cristian, solo estaba descubriendo por primera vez lo que es querer a alguien lo suficiente como para vivir en su cueva. No es que a mis amigos no los quisiera igual o más, es que Cristian fue la primera persona con la que fui capaz de hacer el amor y no quería desenroscarme de su cuerpo para que volviera a sus noches locas. Quería que fuera él mismo, claro, pero conmigo. Es triste cuando la libertad de alguien a quien queremos está compuesta por nuestra ausencia. No nacemos preparados para que nos ocurra eso, y creo que tampoco morimos sanados de esa herida.

De todas formas, le perdoné. Le perdoné aquel domingo, celebrando el cumpleaños de Andrea. Le perdoné cuando me vio regalándole a su hermana la pulsera de tonalidades anaranjadas y rosadas que le gustó cuando fuimos con su madre al paseo marítimo. «No tenías por qué hacerlo» me dijo, y yo pensé «por lo menos te acordarás de mí el verano que viene, cuando vuelvas».

Me pregunté qué le diría a su madre cuando le llamara y le preguntara por mí. Me pregunté qué le habría contado a su hermana, que no había hecho ni un solo comentario acerca del hecho de que lleváramos desde el viernes durmiendo en habitaciones separadas. Recordé que ella le conocía demasiado bien como para aceptar mentidas y tuve que controlarme para no escuchar detrás de las puertas cuando oía mi nombre al pasar.

Me pregunté cómo conocería a la primera chica con la que tendría sexo al volver a la ciudad. Seguro que saldría de fiesta con sus amigos para celebrar que había vuelto, igual que en su momento salió conmigo para celebrar que había llegado a su costa natal. Conocería a una chica mona y se la llevaría al baño, tal vez a casa. Se pondría un condón y empujaría entre sus piernas, y ella no sabría que él me había dejado un poco demolida. Ella no sabría que estaba disfrutando de un pedazo de algo que acaricié como mío y yo no podría culparla.

Hice la maleta y me despedí de Andrea. Le dije que le diera un beso de mi parte a sus padres y miró a Cristian, como si todo aquello en el fondo le diera pena. Después se despidieron con un abrazo y subimos al coche.

El viaje de regreso a Barcelona fue silencioso. Pusimos música para evitar hablar y funcionó. Hubo poco más que una parada en una gasolinera y tramos de autovías rectas. Sin embargo, de vez en cuando Cristian me miraba de reojo. Esperaba que todavía me quedara algo por decir,

pero no dije nada. Si hablaba, lloraba. Por lo contrario, si me mantenía callada podía aguantar las ganas de hacerlo. Aunque he de admitir que hubo un momento que me hizo flaquear: el momento en el que nuestros dedos se rozaron. Fue cuando coincidimos para cambiar la cadena de radio, porque en aquel estado no queríamos seguir escuchando *I think about you all the time* de Gatlin. Nuestras yemas se tocaron y se apartaron, como si quemaran. Él me miró, yo le miré. Tuve la certeza de que aquel sería mi último contacto físico con él.

Diría que la despedida fue dura, pero no sé si sus manos ayudándome a sacar la maleta del maletero y un «cuídate» escapando de su boca, como si tuviera miedo de que llegara a escucharlo, se puede definir del todo como una despedida.

Tampoco sé si lo que me esperaba al llegar a casa se puede llamar bienvenida. Mi madre me saludó desde el sofá de cuero blanco, aquel que siempre me ha parecido más de revista de decoración que de hogar, mientras se pintaba las uñas de rojo. Me informó de que había hecho limonada pero no llegué con sed. Llegué ansiando encerrarme en mi habitación y lo hice.

Quería que Cristian se quedara al otro lado de la puerta, pero entró a través de mí. Abrí las ventanas para que se fuera pero no se marchó. Era el amor, que se disfraza de fantasma y ocupa el otro lado de la cama, haciendo que tú no puedas ocupar el lado izquierdo y que, al no ver cuerpo presente, el colchón te dé la falsa impresión de haber agrandado su tamaño.

Las lavadoras no retiraron su olor de mi ropa. Mientras esta se secaba al sol, enchufé el móvil al portátil y metí en él todas las fotos que nos habíamos hecho las últimas semanas, en una carpeta que me prometí no abrir. Solo hice aquella copia para poder borrarlas de mi móvil sin llorar, porque así no las perdería pero no tendría que verlas cada vez que entrara en la galería.

Estaba ordenando la colección de cojines que había en mi cama cuando la puerta se abrió de par en par y apareció Elia, emocionada y con una tarta de bienvenida. «Y llevo un cuchillo en el bolso, como tú» anunció, feliz.

Sonreí porque la había echado mucho de menos. Me alegré tanto de verla que los ojos se me humedecieron y acabé cubriéndomelos para llorar, casi avergonzada. Fue suficiente para que supiera lo que había pasado.

—Paula —musitó, dejando la tarta en el escritorio. Se acercó y me dio un abrazo que contenía amor digno de una madre.

—No sé cómo ha pasado.

—Tranquila. Estoy aquí.

Asentí, hundiéndome en su abrazo.

Capítulo 42

EL REGRESO Y LA AUSENCIA

Aquel martes fue el primer día de toda mi vida que me miré al espejo y me dije a mí misma: «Paula, intenta parecer tú». Así que Cola Cao garganta abajo, minifalda vaquera, camiseta que se me ciñera al cuerpo y pintalabios en la boca. Perfume en el cuello y en las muñecas. El cabello lacio, pero revuelto. También una sonrisa, aunque fuera un pelín forzada.

Quedé con Elia a las nueve en la puerta de la pastelería. Había encargado una tarta con fresas para mi llegada y una de chocolate para el cumpleaños de Víctor, que fue al día siguiente. La recogimos, le pusimos las velas y llamamos a su timbre. Entre él y Sam, teniendo en cuenta las horas, solo el cumpleañosero podía dignarse a abrir.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz! —canturreamos, entrando en el piso mientras él sonreía—, te deseamos todos, ¡cumpleaños feliz!

—Estáis locas. —Y me miró—. Ven aquí, rubia.

Me acerqué con una sonrisa, aquella vez de lo más sincera. Recibí su beso en la sien y su abrazo como la mejor medicina del mundo.

Sam apareció por el recibidor, recién levantado.

—Anda..., pero si han venido las niñas de *El resplandor*...

—Venga, Víctor —sonrió Elia, sujetando la tarta—, sopla y pide un deseo.

—Sí. Que el friegaplatos vuelva a funcionar, por ejemplo... —dejó caer Sam, y me acerqué para darle un beso—. Te hemos echado un poco de menos, que lo sepas.

—Seguro que has llorado por mí todas las noches. —Y fruncí el ceño—. ¿Eso que tienes en la cara son grapas?

—Sí. Es que me metí en una pelea con un tipo que quería robarle el bolso a una señora en el metro. Ya sabes cómo soy.

—Mmh... No quiero saber más. —Señalé la tarta—. Adelante, Víctor.

Él se inclinó para soplar las velas. El fuego que las coronaba se apagó, dejando aquel olor especial en el aire mientras nosotros aplaudíamos y Elia manifestaba su entusiasmo con unos saltitos.

Nos sentamos en la mesa del salón. Sam y Víctor prepararon café y trajeron platos y cucharillas al tiempo que nosotras repartíamos la tarta en porciones, comiéndonos algunos pedazos de chocolate que la decoraban.

—Bueno, y contadme... —empecé—. ¿Me he perdido mucho? Además del heroico acto de Sam en el metro, claro.

Elia, de pronto, tragó el pedazo dulce que tenía en la boca con dificultad. Alargó la mano sobre la mesa, llamando nuestra atención.

—Antes de que alguien saque el tema de que Sam y yo nos hemos estado acostando..., hay algo que quiero explicar. —Y le miró a él, tratando de medir su reacción—. El sábado me encontré con Diego y estuvimos hablando. Quiere que lo arreglemos.

Alcé las cejas, atónita. Miré a Sam. Víctor ya le miraba. Sus ojos solo apuntaban a ella, sin una expresión clara. Pero parecía desconcertado.

—¿Vas a volver con ese idiota? —preguntó.

Víctor y yo volvimos a mirar a Elia, como si fuéramos cámaras apuntando de un extremo a otro de la mesa.

—Dice que me echa de menos, y yo creo que me precipité al dejarle. No estaba en un buen momento y ahora, después de estas semanas... No quiero ofenderte, Sam, pero creo que no encajo en esto del sexo esporádico. Al final Diego busca lo mismo que yo y creo que eso tiene que ser bueno para los dos.

—Pero no estás enamorada de él —intervine.

—Lo haremos funcionar.

Pues quizá sí, pensé, porque yo acababa de descubrir que enamorarse no asegura ningún éxito. Elia miró a Sam con ojitos de matadero.

—Si lo que te preocupa es que vaya a cabrearme, tranquila. Pero te digo de él lo mismo que te decía antes de que nos acostáramos: es un imbécil que no tiene nada que aportarte. Pensaba que te habías dado cuenta, pero eres una ingenua.

—Chicos... —empezó Víctor cuando el ambiente se crispaba.

—Si ser inteligente es pasarme la vida follando con tíos como tú, entonces prefiero ser ingenua y creer en los que aparentan valorarme.

—¡Hostia, Elia! Pero si al final va a resultar que tienes mala leche de verdad —soltó él, sorprendido—. Por lo menos conmigo sí tienes narices de sacarla. Con ese debes de ir con pies de plomo para no intimidarle si piensas un poco.

—¿En serio es necesario? —pidió Víctor—. Ya está bien, ¿no? Los dos.

—Sí, ya está bien —asintió Sam, mirándola—. Tú sabrás lo que haces.

—Mejor que tú. Al menos a mí no vienen a casa a partirme la cara.

—Elia —la reñí—. Ya.

Silencio. Sam se mordió la mejilla por dentro y Elia suspiró. Pensó que debería de haber hablado con él en privado antes de sacar el tema en la mesa.

Seguimos comiendo tarta sin decir nada, hasta que Víctor me miró.

—¿Y tú qué tal en la playa?

Entonces la que tragó con dificultad fui yo.

—Prefiero no hablar del tema —omití.

—Sí, vaya, que nos han jodido a todos. —Sam alzó su taza hacia Víctor—. Por estadística, eres el siguiente.

—No creo, yo ya me he ganado el cielo cuidando de ti. Anda, termínate el café que tenemos que ir al médico a que te quiten las grapas. Luego nos está esperando mi madre para comer. Por cierto, si te pregunta sobre la cicatriz, intenta contestar algo más creíble que lo del metro y menos cierto que la verdad.

—Vale, tranqui, te escribo una historia borrador y me la corriges en la sala de espera del ambulatorio. *Cap problema, noi*.

Víctor puso los ojos en blanco y le dio otro sorbo al café.

No obstante, Sam no se equivocaba. La estadística tuvo peso y la catástrofe de Víctor ocurrió horas más tarde, en aquel mismo piso.

Lara estaba cocinando. No era la mejor cocinera del mundo, pero tampoco la peor. Aprovechó el tiempo que Víctor pasaba en casa de sus padres para hornear la mejor cena que había preparado nunca, viendo el sol irse despacio. Paró la mesa y, cuando todo parecía perfecto, oyó una llave meterse en el cerrojo.

Supuso que sería él, pero apareció una chica de ojos verdes y mechones oscuros que aparentemente se había quedado con todos los genes buenos. Era Catalina, que miró a Lara guardándose las llaves en el bolso. Frunció el ceño.

—Hola.

—Hola. —Lara parecía incluso más confundida—. No te conozco.

—Ya, yo a ti tampoco. ¿Quién eres?

Lara inclinó la cabeza, dudando de que realmente fuera ella la que tuviera que aclarar su identidad primero. Entonces Catalina decidió explicarse, casi dando por hecho que Lara sería alguna chica a la que Sam se tiraba.

—Soy la novia de Víctor. ¿Está?

Lara se quedó en blanco, petrificada en el sitio. Trató de decir algo, pero se calló por miedo a tartamudear. Dio un paso atrás como si tuviera pánico. Quería sentarse en el sofá y enterrar el rostro entre las manos, ocultándose detrás de sus dedos hasta saber qué hacer. Por su parte, Catalina, que era menos emocional y distaba de ser empática, pudo comprender la situación desde la frialdad. Y lo único que hizo fue morderse el labio y mirar a otro lado, negando con la cabeza.

—Qué hijo de la gran puta.

En el instituto solíamos decirle a nuestra profesora de alemán que su asignatura era difícil. Ella se quitaba las gafas de cerca y respondía: «¿Y acaso creéis que para un alemán es sencillo aprender español? Frases como “yo me voy a ir yendo” nos convierten en uno de los idiomas más pesados de aprender».

Estuve un tiempo retándome a mí misma a encontrar una frase todavía más jodida que aquella. En su momento no lo conseguí, pero hoy tengo una: «Y, de repente, vi que ya no estabas».

¿Cómo se ve la ausencia de alguien? ¿Dónde está? ¿Dónde se palpa? Pues ahora sé que, como las grandes cosas de la vida, la ausencia de alguien nos ocupa medio cuerpo y la vemos quienes la sentimos.

No es igual para todo el mundo. Aquella tarde, paseando por el barrio Gótico, Elia la sentía cuando veía a una madre con su hijo; yo, cuando veía a una pareja de la mano. Ya no será, ni para ti ni para mí. Pero por lo menos nos teníamos la una a la otra para pasear con los dedos entrelazados.

Acabamos en el cine viendo una película y, al salir, seguimos perdiéndonos por las calles hasta terminar sentadas en la terraza de un bar. Nos pedimos un par de gofres de Nutella y nos los sirvieron enormes, con azúcar *glas* por encima. Estaba cortando el primer pedazo cuando Elia me miró, un poco más seria.

—¿De verdad no quieres contarme lo que ha pasado con Cristian?

Mi primera reacción fue no responder. Seguí masticando y tragué un sorbo de agua fresca.

—Fue bien —dije al fin—. Todo iba bien, demasiado. Me gustaba todo.

—Te gustaba él —comprendió.

—Mucho, pero no debes interesarte por el chico que desde el principio te vetó para todo lo

que no fuera sexo.

—Cristian no te vetó para todo lo que no fuera sexo. Erais amigos.

—Éramos —asentí.

Elia suspiró.

—¿Ha sido un cabrón?

—No ha sido culpa de nadie.

—Si quieres le pegamos.

—No —me reí—. Solo..., no sé. Cuando me voy a dormir pienso: «¿Por qué coño tuve que decírselo?». Pero después me levanto y estoy en calma, porque sé que lo sabe. Si lo sabe y no está aquí, entonces ya no hay nada que yo pueda hacer. Y, si no hay nada que pueda hacer, ¿qué quieres que le haga? Poco a poco su recuerdo se irá. Si él ha permitido que le olvide yo también tengo que permitírmelo.

—Entonces, ¿se quedará en el recuerdo de un amor de verano?

Fruncí el ceño. ¿Lo mío con Cristian había sido amor? ¿Amor en minúsculas o en mayúsculas? ¿En cursiva o en redonda? Porque había sido piel, carcajadas, sexo, conversaciones y conexión. Había sido todo lo que siempre deseé sin saberlo, pero es que yo nunca deseé amor. Solo a él, solo a Cristian ensuciándome. Solo él y lo que hacía conmigo cuando estábamos juntos, se llamara como se llamara.

—Se me hace raro hablar contigo de esto —sonrió de pronto—. Pensé que eras un hueso demasiado duro de roer.

—Oye, soy un hueso duro de roer. Lo que pasa es que las chicas duras también encontramos nuestra Kryptonita, ¿vale? —Traté de decirlo con humor, pero quise cambiar de tema—. ¿Y tú qué? ¿Después de enredarte entre las sábanas de Sam vas a volver con Diego?

—Sí, porque creo que me he perdonado a mí misma. He entendido que el hecho de no poder tener hijos no implica que deba renunciar a la vida que quiero vivir. Lo mío con Sam ha sido una aventura que, poco a poco... —Hizo un gesto, quitándole importancia—. Lo iremos olvidando, porque es puro humo. Lo que tengo con Diego es duradero, y de verdad. Y ya sé que no es de vuestro agrado, pero me gustaría que pudierais llegar a celebrarlo por mí.

Tomé aire profundamente. Puse los ojos en blanco y alcé mi vaso para proponerle un brindis, asintiendo. Iba a decir algo como «por ti y por Diego, entonces» pero no me salió. Sin embargo, Elia sonrió de todas formas, chocando su vaso contra el mío.

Capítulo 43

NOSOTROS, PERO SIN MÍ

Catalina tenía el kit completo de novia: llaves de casa de Víctor, productos de aseo en el baño, espacio para ropa en su armario... Y hay cosas que pueden ser retiradas de un piso. De hecho, Víctor tenía las cosas de Catalina en una caja, guardadas en el altillo. Pero no pensó que ella volvería a hacer uso de las llaves, ni un día cualquiera ni para darle una sorpresa por su cumpleaños.

Esperaba encontrarse con Lara pero, nada más entrar, percibió el aroma de su exnovia en el recibidor. Confundido, cerró la puerta y se adentró en el piso. Despacio, dudando de estar perdiendo la cabeza por las copas de media tarde que le habían endiñado Marie y Sam.

El instinto le dijo que tenía que actuar con prudencia, como cuando el vigilante del Zoo ve que la jaula de los leones ha quedado abierta por accidente. Y la encontró, sentada en el sillón, esperándole.

Víctor miró a un lado y después a otro. Sus ojos aterrizaron sobre los de Catalina, que llevaba veinte minutos preparándose para la guerra.

—¿Dónde está Lara? —le preguntó, serio.

—Lara —asintió—. Así se llama. Enhorabuena.

—Catalina... —le advirtió—. ¿Qué le has dicho? ¿Dónde está?

Ella se mantuvo en silencio, mirándole fijamente. Y Víctor empezó a perder los nervios. Lo sabía: la visita de Catalina había roto a Lara, y con Lara rota su relación también lo estaba. Quería entender qué había sucedido.

—Catalina.

—Se ha ido a su casa. —Se levantó, conteniendo la rabia—. Pero yo no me voy a mover de aquí hasta que me des una explicación.

—La explicación me la darás tú a mí —rugió, quitándole las llaves de un tirón y echándolas a un lado—. ¿Qué cojones haces aquí?

—Arruinarle tu cena de cumpleaños, por lo visto. Y ahora haz el favor de explicarme cómo has podido hacerme esto.

—Yo no te he hecho nada.

—Ah, ¿no? —alzó las cejas, indignada—. ¿Entonces explícame quién es esa tía con la que te has estado viendo todos estos meses! Meses en los que he estado jodida, gastándome una pasta en terapia y trabajando en mí misma con la esperanza de poder solucionar nuestros problemas de una vez.

—Catalina, tú y yo rompimos. Lo nuestro no se sostenía, no hay forma de arreglarlo. ¿No lo ves? Ya no nos queremos.

—¡Yo sí he intentado arrojárselo! ¿No me estás escuchando? ¡Venía a pedirte perdón! Eres la última persona en el mundo que esperaba que me hiciera una cosa así, Víctor.

Él se frotó la cara, ansioso por salir corriendo a por Lara. No obstante, el pasado lo mantenía anclado en el suelo de aquel salón, frente a la chica a la que tanto había querido y que ahora..., ahora no le hacía sentir nada.

—¡Mírame a la cara! —chilló ella—. ¡Es lo mínimo, Víctor!

—Catalina. —Trató de sonar sereno—. Lo siento. Yo he seguido haciendo mi vida, lo necesitaba. En ningún momento pensé que volverías. No quería hacerte daño.

Ella se retiró unas lágrimas, negando con la cabeza.

—¿Y esa chica? ¿Quién mierdas es?

—Estamos juntos.

—Ella ni siquiera sabía que yo existía. ¿Tan poco te importo? ¿Eh? Después de todo... No me lo merezco.

—¿De verdad crees que yo no lo he pasado mal? —De pronto, se indignó—. ¿Crees que no me he esforzado mil veces con la intención de salvar lo nuestro? ¡Cata, cuando estábamos juntos estaba hecho una mierda y aun así te quería a mi lado! Te he querido muchísimo, pero eso tiene que acabarse ya.

—¿Y a ella? —exigió—. ¿A ella la quieres?

—Sí.

—Es imposible, ¡no tienes ni puta idea de lo que es querer a alguien! —Se llevó las manos a la cabeza, alterada—. ¡Ni la quieres a ella ni me quisiste a mí! Eres un mentiroso.

—Si sigues así tendrás que irte, Catalina.

—¡¿Me vas a echar?! —Y se rio—. Claro, en cuanto salga por esa puerta irás corriendo a llamarla. Te disculparás, con tu cara de niño bueno... Y ella te perdonará como una gilipollas, como yo he hecho tantas veces.

—¡¿Qué tú qué?! ¿Cuántas veces has tenido que perdonarme tú algo a mí?

—¡Ahora! ¡Hoy mismo!

—¡No tienes que perdonarme nada porque no estamos juntos! Estoy con Lara, ¡te estoy diciendo que la quiero! No le he hablado de ti porque ella no tiene nada que ver con lo nuestro, porque quería que fuéramos solo ella y yo y lo he conseguido. Tenemos una relación sana, ¡¿sabes lo que es eso?!

Y, antes de que pudiera añadir más, Catalina le dio una bofetada. El dolor del impacto apenas le había atravesado cuando siguió gritando, alterado.

—¡De puta madre, Catalina! ¡Pégame, es lo único que te dejaste por hacer conmigo cuando saliste por esa puerta!

—¡Yo te quería muchísimo! Has olvidado todas las cosas buenas, Víctor.

—Las cosas buenas se perdieron en las malas.

Catalina le golpeó el pecho, fuerte. Perdió los nervios. Repitió los golpes y Víctor dio cuatro pasos atrás. Finalmente, la sujetó y forcejeó con ella hasta inmovilizarla, llevándose un arañazo a la altura de la barbilla, despeinándola.

—¡Suéltame, suéltame! —gritó ella—. ¡Te odio tantísimo!

—Tú no estás bien —dijo al soltarla—. No estás bien.

—¡Claro, joder, dile a todo el mundo que hiciste lo posible por salvarme de mí misma! Diles a todos que estoy loca, que te agredía. Píntate de bueno y di que yo fui la mala.

Catalina siguió gritando por un largo rato, destrozándole con palabras que Víctor nunca quiso explicarle. Solo sé que se sentó en el sofá, con la cabeza hundida en las manos, oyéndola.

Pasaron los minutos, casi una hora. Él no había vuelto a decir nada. Ella se movía de un lado a otro, hablando y hablando, hasta que se dio cuenta de que ya no le quedaba nada por decir. A él tampoco, porque Víctor nunca necesitó aquel reencuentro. Él ya la había dejado en el pasado. Y, cuando no quedaban palabras, ella cogió su bolso y se despidió con un «lo siento mucho. Recuerda que te quise, ahora sé que se ha acabado». Se fue cerrando la puerta, sin llevarse las llaves. No querría volver a entrar en el alma de Víctor nunca más.

Él se quedó allí, intacto, como un cuadro. Con ganas de llorar pero sin lágrimas. Y... hablando de cuadros y lienzos, pinturas y regalos..., vio la bolsa. La bolsa del regalo de Lara, al alcance de sus manos. Y la cogió.

En el interior había un sobre con dos entradas para un festival de música de la que solían escuchar en casa, aunque el regalo que le rompió el corazón a Víctor fue el cuaderno que ella le había pintado.

Cada página, llena de talento, color y de un momento que habían compartido juntos. Desnudez, música, desayunos, charlas en el sofá. Se había inspirado en lo que explicó Marie, cuando contó que Víctor le pintó un cuaderno con su propia versión de *¿Dónde está Wally?* Y lo peor de todo fue la dedicatoria.

«Pinté estos momentos pensando en ti, en nosotros. Con un poco de ganas, seguro que puedes encontrarte en todos. Yo ya he tenido la suerte de dar contigo. Te quiero, justo de la forma en la que no quería querer a nadie más, justo de la forma en la que necesitaba hacerlo, Lara».

Cristian llegó a casa con la camiseta revuelta y el alma arrugada. Un poco ido por el alcohol, dejó las llaves en el mueble del recibidor y subió las escaleras, quitándose la ropa.

Se había desnudado tantas veces en aquellos escalones que le era imposible perder el equilibrio al hacerlo, incluso después de chupitos y copas con Iván y otros amigos. Algunas veces sus prendas habían caído sobre la tarima acompañadas de vestidos y sujetadores, de camino al dormitorio con una chica mona a la que había conocido de fiesta. Pero lo cierto es que cada vez tenía menos ganas de compartir su colchón, de modo que se había vuelto más selectivo con las chicas que invitaba a casa.

Desde que me vio parada en aquella acera supo que a mí sí me llevaría a su cama. Me delató la mirada ansiosa, y él tuvo tal certeza de que volveríamos a vernos que ni siquiera se molestó en buscarme.

Fui yo quien le encontró, aunque él se dejó encontrar. Tuvimos sexo vaporoso en los asientos de su coche, por los que perdí un anillo. Después coincidimos en aquel vestuario y el siguiente recuerdo era mi piel manchándole las sábanas. Llegado aquel punto ya quería hacerme de todo.

Le flipaban mis mechones rubios y el color acaramelado que me tintaba los ojos. Y mi olor; le chiflaba *Miami blossom* de Escada y mi champú. Le flipaba que a veces me pintara las uñas de azul oscuro, sin ni siquiera saber que era su color favorito. Le flipaba que me flipara tanto el sexo; que pudiera correrme más de una vez en un mismo asalto y que supiera dónde acariciarme para alcanzar de nuevo el orgasmo. Le gustaba que mi cuerpo reaccionara tan bien al suyo, que no me diera miedo el mar y que estuviera un poco loca. Le molaba cuando me pintaba los labios, cuando se la chupaba en la cocina, cuando me quedaba dormida con la boca entreabierta y cuando chasqueaba la lengua contra el paladar porque el móvil me iba lento.

Se había acostumbrado a mi presencia, pero ahora yo ya no estaba. Solo me sentía volar de vez en cuando, perdida entre el polvo y el ritmo de las canciones que sonaban en casa. *Aunque tú*

no lo sepas, aquella semana, le estaba matando.

Cuando llegó al dormitorio solo llevaba el bóxer negro y se sentó en el suelo, sin ganas de echarse en la cama. Solo se apoyó en su estructura, tendiendo una pierna sobre el parqué y flexionando la otra. Fumó con el cenicero sobre el regazo. Se llevó la boquilla a los labios pensando en mí, en mi boca... y en que no era el cenicero lo que quería tener encima. Pero ¿por qué?

¿Por qué me echaba de menos? ¿Por qué a mí? Si los esmaltes azules se venden por todas partes. Las mujeres huelen bien y el color de sus mechones siempre es hermoso. ¿Por qué yo? Si el sexo siempre le había funcionado con las otras, si alguna de ellas también le había parecido interesante... ¿por qué el silencio sonaba a mi voz? ¿Por qué el aire tenía que oler a mí? ¿Por qué a mí? ¿Por qué yo?

Tenía que ser yo y tenía que dolerle, porque nos encontramos para detenernos el uno al otro. Cristian no quería a una chica. Yo no quería a un chico. Cristian me quería a mí y yo le quería a él. No queríamos fidelidad, es que no nos veíamos con nadie más. No sentíamos celos porque sabíamos que el sexo solo es sexo, pero el corazón se nos aceleraba de angustia al pensar que en aquellos momentos el contrario estaría revolcando su cuerpo con el de otra persona.

No podía ser nadie más que él, no podía ser nadie más que yo. Nadie podría ocupar el lugar que yo le di, porque se lo hice a medida; porque para entrar en mi pecho no tuvo que renunciar a nada y por eso me amaba. Que sí, que no cunda el pánico: el amor es como la cola de un reptil y puede volver a nacer. Pero, aunque un día yo esté allí y tú estés allá y seamos felices, no seremos quienes fuimos con quienes estemos.

Cristian marcó mi número varias veces, para borrarlo y no llegar a llamarme. Puto orgullo. Puto lo que pudo ser y no fue. Ansiada catarsis que no llegaba. Mis ganas de olvidarte y las tuyas de llamarme. Mis ganas de que llamaras y las tuyas de descubrir que todo había sido un sueño y yo nunca llegué a existir.

Pero existí, y ahora todo te recuerda que no estoy.

Capítulo 44

LOS CORAZONES ROTOS TAMBIÉN LATEN

Víctor volvió a llamar al timbre de Lara, aun a consciencia de que ella no quería abrir la puerta. Estaba tan cerca de la madera que por poco podía apoyar la frente en ella, al igual que hacía con la palma de la mano. Tan cerca que podía escucharla, sintiéndola de pie al otro lado.

—Lara —la llamó—. Abre.

Ella no contestó. Solo cerró los ojos, queriendo llorar.

—Lara... —insistió—. Deja que pase, deja que te lo explique. Sé que estás ahí.

Lo estaba, pero no quería verle. No se sentía preparada para aquella conversación. No se sentía preparada para ver cómo terminaba su historia con Víctor.

—Te dije que teníamos que hablar si queríamos que esto funcionara, Lara. Te dije que si hablamos las cosas duelen mucho menos, y no estoy bien. Necesito que abras la puerta y me dejes explicártelo, por favor.

—No quiero que me mientas —contestó, apoyada en la pared del recibidor—. No quiero hablar contigo si vas a ocultarme las cosas hasta que estas salgan a la superficie por sí solas.

—Yo no te he mentado nunca. Abre, por favor.

Lara se retiró las lágrimas de las mejillas antes de abrir, despacio. Se notaba en su cara que había estado llorando toda la noche, encogida en sí misma. Le miró.

—¿Tú recuerdas lo que yo te dije? Porque te confesé que no estaba preparada para una relación y que, en el momento en el que las cosas se torcieran, me joderías.

—Déjame pasar —pidió, casi en un susurro.

—Cuando empezamos a tener algo todavía eras de ella, ¿verdad? Por eso te apartaste cuando nos besamos por primera vez, por eso no querías estar conmigo. Hasta los putos condones, Víctor. Todo lo que he tenido de ti me lo has dado de prestado —continuó, casi escondida detrás de la puerta.

—Eso no es verdad, Lara.

—¿Por qué no me hablaste de ella? ¿Por qué te lo callaste? Yo te hablé de Alex y tú en ningún momento dijiste nada sobre Catalina.

Víctor tragó saliva, con un nudo en la garganta.

—No quería pedazos de ella entre nosotros. Cuando empezamos a vernos no hacía mucho que Catalina y yo habíamos terminado, pero llevábamos muchos meses malos. No eres una sustitución, no he estado contigo para desengancharme ni nada de lo que estás pensando. Si me dejas entrar, lo hablaremos el rato que haga falta. Por favor.

Ella negó con la cabeza y el corazón de Víctor se tensó.

—Lara, no hagas esto.

—Es que no va a funcionar. Los dos hemos salido de relaciones demasiado recientes y estamos intentando construir algo juntos con los ladrillos rotos. Hasta que no nos arreglemos a nosotros mismos, ¿cómo quieres arreglar esto?

—Soy feliz contigo —le recordó—. Somos felices juntos.

—Sí, pero si algo vuelve a romperse entonces yo ya no me creeré nada, y no quiero dejar de creer en las cosas. Estoy muy triste —lloró.

—Lara... —Se acercó, pero ella se echó a atrás—. Lo siento muchísimo.

—Yo también, pero creo que tenemos que estar separados un tiempo.

Víctor negó con la cabeza, ansiando gritarle a la vida. No quería apartarse de ella, no quería perderla. No quería dejar que se desvanecieran entre toda la gente de allí fuera, pero ¿qué iba a decir si no? Así que se encogió de hombros, todavía lidiando con el nudo en la garganta.

—Vale. Lo dejamos, entonces. —Y le tembló la sangre.

—Es lo mejor. Te prometo que solo busco simplificar las cosas. —Se retiró una lágrima de la mejilla—. Tal vez, más adelante podamos...

—Sí. Tal vez, más adelante.

Lara tragó saliva con dificultad.

—Vuelvo dentro, ¿vale?

Víctor asintió, y el sonido que hizo la puerta al cerrarse fue lo que terminó de destrozarle. Ya estaba: Lara le había dejado en una conversación de tres minutos. Tres putos minutos para arruinar los tres meses que llevaban juntos.

De todos modos, aunque la decisión hubiera sido suya no dolió menos. Lo que consideraba correcto nunca se había sentido tan mal. Se quedó encogida, sola de nuevo, llorando en la cama con las rodillas pegadas al pecho.

Le quería muchísimo y no estaba preparada para hacerlo. No estaba preparada para volver a sentirse tan sola. No estaba lista para recibir el fugaz pensamiento de que las relaciones siempre terminan mal, que todos los que mueren casados nunca quisieron de verdad a su cónyuge. Porque el amor no hace prisioneros.

Aquellos que aman están destinados a perder al amor de sus vidas, porque así funciona el juego y ninguna ley te proporciona un contrato para que lo leas antes de que te citen a jugar la partida. En el amor, se pierde o se deja de sentir, pero nunca se gana. Al menos así lo pensó Lara en aquellos momentos.

La sensación que le oprimía el pecho llegaba acompañada de un eco que le recordaba que había estado allí antes, con otro chico, con Alex. Él le advirtió de que esto ocurriría: «Crees que otro tío te pondrá las cosas más fáciles, pero no te conocen como yo. Lo que tenemos no sucederá dos veces. Cualquiera tío con el que te cruces ya tendrá a otra que signifique para él lo que tú significas para mí. Solo queremos una vez en la vida». Pensó en él, mucho y muy fuerte. Y, para cuando quiso darse cuenta, ya había marcado su número para que volviera a salvarla.

Porque Alex siempre dijo que podría salvarla de todo y pudo, aunque después él mismo la hundiera.

No tengo ni idea de cómo Sam convenció a Víctor para no anular la salida del sábado. Supongo que habían hablado mucho de Lara, hasta el punto en el que consideraron oportuna la búsqueda de una distracción.

Íbamos a ir a un restaurante que servía aperitivos, comidas y cenas, además de unos cócteles de la hostia. Aquella noche había música en directo en la terraza interior y, cuando llegamos,

estaba abarrotado de gente. Por suerte, Sam y su labia nos consiguieron una mesa.

—Me parece que esto solo podría animarse con unas rayas de coca —comentó, cuando el camarero ya nos había retirado las cartas y seguíamos en silencio—. En serio, ¿si os pinchan sangráis o tampoco?

Víctor y yo nos miramos, decidiendo ignorarle.

—Sí, la verdad es que se respira un poco de carga emocional negativa... —añadió Elia, apreciando el estilo provenzal del local.

—Hombre, *princess*. ¿Me estás dando la razón en algo?

—Sí, y tú has vuelto a llamarme *princess*. ¿Ya no estamos enfadados?

—Lo que estamos es tensos. —Nos miró—. Todos.

Apoyé la cabeza en el hombro de Víctor, sentado a mi lado.

—Mi vida... —le ronroneé, acariciándole con la nariz—. No estés triste. Se supone que estamos celebrando que ha sido tu cumpleaños.

—Sí, el peor cumpleaños de la historia.

—No digas eso —protestó Sam—. La comida en casa de tus padres estuvo estupenda, y tu madre cada día está más buena.

—Sí, cuando te pusiste a canturrear *La madre de José* casi te doy un guantazo.

Noté que Elia, por un segundo, cerraba los ojos y reía un poco. La miré y sonreí. Estaba tan mona... Con esas trencitas ocupándole mechones de la melena suelta, su vestido rosado y los pendientes de margaritas. Había vuelto a ser mi niña, como la reina que se desliza de nuevo a la casilla inicial del tablero.

Pedimos hamburguesas y compartimos varias raciones de tapas. Más tarde, nosotras pedimos *coulant* con helado de canela de postre y los chicos ojearon la carta de cócteles. Cuando las notas de lima del mojito me llenaron la boca la cosa empezó a coger un poco más de forma. ¿Sabéis? Aquel que dijo que el alcohol ayuda a olvidar estaba borracho, pero tampoco tan loco... Y, sorbito a sorbito, el frescor me terminó llenado por dentro y pedí otra copa. Carísima y llena de hielo, claro, pero me dio igual. Solo bebí y, cuando empezó a sonar música mientras la banda se preparaba para actuar y algunos empezaron a bailotear, me levanté de la silla y le tendí la mano a Elia para que se acercara conmigo.

—¿Qué? No, no. Solo bailo bien borracha, espera un poco.

—Porfa —insistí—. Me encanta esta canción.

Era *Solo los amantes sobreviven*, de Rayden. Al final, la convencí para bailar y lo hizo conmigo, sosteniendo nuestras copas entre la gente que también se animó a acercarse al escenario.

Fueron pasando canciones y canciones. Al cabo de varios minutos dejé a Elia agitando sus trencitas al ritmo de *In my head* de Maisie Peters con los chicos entre la multitud y me alejé para pedir otra copa. Tuve que entrar al interior del local, que era enorme. Allí también se oía la música, pero mezclada con las voces. Y, entre todos aquellos comensales, le vi a él.

He de admitir que el primero al que reconocí fui a Iván, que tenía un tono de voz alto. Me giré y le encontré sentado en una mesa de seis chicos, entre los cuales estaba Cristian. Allí sentado, con una camiseta negra y los ojos igual de verdes. Se acercaba la cerveza a los labios mientras seguía la conversación de sus amigos con desinterés. Parecía cansado, distraído e irrefutablemente atractivo.

Put a publicidad que el restaurante había hecho de la música en directo, que nos había traído de nuevo al mismo lugar. Ni siquiera seguí caminando hacia la barra; en lugar de eso retrocedí, tensa, rezando para que él no me hubiera visto a mí. Solo me sentí segura cuando regresé a la

terrazza, rodeada de personas detrás de las que camuflarme.

Respiré hondo y traté de tranquilizarme. Me dije a mí misma que no pasaba nada, que no era la única interesada en fingir que éramos dos extraños y que él me lo pondría fácil. Y me autoconvencí, pero necesitaba otro trago.

—¿A que me vas a buscar una copa si te lo pido por favor? —le pregunté a Sam, alzando un poco la voz para que me oyera a través de la música.

—¿Qué quieres?

—No sé. Algo cargadito.

—Uy..., cuidado, rubia —se rio—. Ya te he visto tomarte más de una.

—Advertencia recibida. ¿Me traes la copita?

Asintió. Me besó la frente y le perdí de vista. En aquel momento, sonaba *¿Cómo te va?* de Lola Indigo y Beret. Un chico y una chica estaban en el escenario terminando de colocar un micrófono en el piano para que pudiera empezar la música en directo y, entre la gente, Víctor sostenía la mano de Elia y la hacía dar vueltas, riendo. Les miré y, justo cuando iba a sonreír, alguien me puso el brazo sobre los hombros. Un olor familiar. Me tensé entera, pero al girarme comprobé que era Iván.

—Sabía que eras tú. ¿Qué tal?

Quise que me tragara la tierra, en serio. Puto cosmos.

—Bien. ¿Habéis venido a cenar?

—Sí, y a celebrar el ascenso de un amigo. ¿Por qué has salido corriendo?

—¿Yo? —fingí sorprenderme—. ¿Por qué lo dices?

Sonrió, como dando por hecho que era mejor obviar el tema. Y entonces apareció Sam, con una copa tan grande que tuve que sostenerla con ambas manos.

—Toma, rubia. Pero si te la terminas toda creo que tendré que llevarte en brazos a la cama.

—Gracias. —Me acerqué la pajita a los labios.

Bebí. Bebí fuerte, mirándolos mirarse. Creo que Sam creyó que estaba ligando e Iván creyó que Sam era mi ligue. Yo solo bebí, sin pestañear. No quería decir nada, ni siquiera quería seguir en aquel local (sobria). Finalmente, Sam se despidió con un gesto, volviendo con nuestros amigos y lanzándome una mirada de «suerte con este, que parece rarito».

—Vaya... —pensó Iván, y me miró—. No paras, ¿eh?

—Solo es un amigo.

—Ya, muchos amigos tienes tú...

—Este no incluye sexo en el contrato —aclaré, un tanto irritada por el tono.

Seguí bebiendo. Apenas recuerdo saborear los sorbos, solo tragarlos. Los impulsaba garganta abajo mientras Iván me hablaba de su nuevo tatuaje, que me interesaba entre poco y nada. Y de pronto alzó la mirada por encima de mi cabeza e hizo un gesto con la mano.

—¡Eh, aquí! —los llamó.

Me giré hacia sus amigos, que habían salido a la terraza y se acercaron. Por suerte, Cristian me vio y decidió mantener las distancias, lo que me confirmó que me había visto salir pitando al encontrármelo. En lugar de acercarse, me miró a los ojos por unos instantes y siguió encendiéndose el cigarrillo.

—Ella es Paula, una amiga.

Les sonreí, con la pajita entre los labios. Succioné hasta que el alcohol dejó de trepar y me di cuenta de que solo quedaba hielo. Necesitaba más.

—Perdón. —Me retiré, mirando a Iván—. Ahora vuelvo.

Volví a escabullirme al interior del local y, en el proceso, miré a Cristian porque él estaba

muy cerca de la puerta. Me miró también, apartando el cigarrillo de sus labios. Le sentí reseguir mis movimientos hasta que entré al baño.

Dejé el enorme vaso decorativo en el que Sam me había traído la copa en la repisa que sujetaba las plantas (lo siento por quién tuviera que recogerlo) y me mojé las manos con agua fría para frotarme la nuca y el escote.

Estuve a punto de mandarle un mensaje a Elia para decirle que Cristian estaba allí. Si les decía a mis amigos que quería irme habrían aceptado seguir la fiesta en otra parte. Pero... es que el corazón me iba muy rápido. Llevaba a Cristian en la sangre y me circulaba por el torrente sanguíneo en cada latido. Dios, ¿en qué momento ocurrió exactamente? ¿En qué momento me atravesó la piel? Y me pedí otra copa, sin ganas de quedarme y sin ganas de marcharme.

Cuando regresé a la terraza la iluminación era más tenue. Ya había empezado la música en directo y una chica tocaba el piano al tiempo que empezaba a interpretar una versión melancólica de *Fiebre*, de Bad Gyal. Eso y la brisa fresca que corría me erizó la piel.

Apoyé la copa en una barra, distraída. No obstante, noté cómo una mano se acercaba, cogiendo el cenicero de cerámica que había a mi lado y arrastrándolo hasta él para restregar la boquilla y apagar el cigarrillo. Le miré, tan al fondo del espectáculo que casi me sentí ajena a la multitud que teníamos enfrente.

—Solo por curiosidad... —Y creo que aquello que hizo Cristian al hablarme fue esforzarse por no sonreír—, ¿cuántas copas llevas?

—Esta es la primera —contesté, a sabiendas de que me había visto con más de una—. ¿Tú no bebes?

Me mostró las llaves del coche, colgando de uno de sus dedos. Joder, justo cuando empezaba a olvidar lo bonitas que eran sus manos.

—Qué prudente. ¿Tardarás mucho en irte?

Sonrió.

—¿Incómoda?

—¿Por encontrarnos aquí? ¡Para nada! Es que Iván es un poco pesado.

Sonrió todavía más, acomodándose contra la barra.

—Llevas el mismo vestido que llevabas la noche que nos conocimos.

Apenas recordaba qué llevaba puesto la noche que nos conocimos, no hasta que me dijo aquello. Sí, era el mismo vestido, incluso bajé la mirada a la prenda para corroborarlo. Sin embargo, lo que realmente me pilló por sorpresa no fue que lo recordara, sino el tono en el que lo dijo. Era... íntimo.

—Tal vez —contesté.

—Y hueles exactamente igual.

Mmh... Vale, allí ya sí me perdí. Le miré y fruncí el ceño.

—¿Estás jugando a algo?

—No. ¿Por qué?

—Ahora sí estoy incómoda.

—Perdona. Es solo que... te he visto y...

—¿Y?

—Y me he acordado.

—¿De qué?

Cristian hizo una mueca, como si tratara de resumirlo todo en una sola palabra. Y lo consiguió.

—Del magnetismo.

Sí, el magnetismo. Yo también lo sentía, tirando de mí hacia él. Su cuerpo era un imán que atraía al mío. También sentía su olor, llamándome, diciendo mi nombre. Olía a mí sin tener detalles de mi aroma, solo estando hecho para atraerme a través de todos los sentidos. Y me molestó, porque yo llevaba días huyendo del recuerdo y él no tuvo ni la decencia de no recordarme que era su piel la que me calmaba la sed, no las copas.

—¿Qué pasa, Cristian? —le sonreí—. ¿No hay más chicas monas en el local para llevártelas a la cama?

Negó con la cabeza, tranquilo.

—Sabes que no se trata de eso. Estás intentando enfriar lo que te digo porque no quieres escucharlo.

—Pues no, no quiero escucharlo. Me está de más saber si llevo o no un vestido que te suena o si huelo a dulce o a salado. No me he arreglado para que me veas y, si hubiera sabido que estarías aquí, me habría quedado en casa.

Aquella vez su mirada se volvió más intensa, lamiéndose la mejilla por dentro.

—Perdona. Es que te veo aquí y se me hace difícil no acercarme, igual que cuando me acerqué a ti en aquella acera. Aunque ahora es peor, porque somos desconocidos con recuerdos. Ahora sé que besas increíble, que desayunas como una niña sin padres y que la última vez que te vi ni siquiera me merecí que me respondieras a ese «cuídate». ¿Se supone que tengo que quedarme con eso y ya está?

—Tranquilo, solo es una pataleta. En el fondo no te importa lo que yo haga porque, estando de nuevo en la ciudad, seguro que las salidas con tus amigos y las otras tías te están llenando más que yo. Seguro que así no te ahogas.

Se me quedó mirando y entonces asintió, apretando los labios.

—Me lo tenías guardado, ¿eh?

Cogí mi copa, un poco más chula de lo que lo hubiera hecho si fuera la primera de la noche.

—Y ahora sí que me da igual no volver a verte. —Me aparté—. Ah, y cuídate.

Dicho eso, me fui con el alcohol substituyendo a Cristian en mi sangre, dándole un sorbo largo y repitiéndome que no debía voltear la cabeza para mirarle.

No debía volver a mirarle nunca más.

Capítulo 45

ANTIGUOS AMANTES

Era extraño ver a Alex en casa, pero no terminaba de ser sorprendente. Una parte de Lara se había estado preparando para verle en aquel salón desde que se mudó a la ciudad, porque lo que más le gustó y desagradó siempre de él fue la certeza de que no la dejaría escapar fácilmente.

Manteniendo una distancia de seguridad, salieron a dar un paseo y cenaron en un restaurante tranquilo. Leyeron la carta de postres y, cuando el camarero se retiró habiéndoles tomado nota, ella lo dijo.

—Gracias por haber venido. Me sentía un poco sola.

—Sabes que siempre puedes llamarme, aunque no estemos juntos.

—Ya, pero es un poco raro. ¿No te ha importado venir?

—Qué va. Me has librado de una buena —comentó, dejando la copa tras darle un sorbo—. Mi hermana se iba hoy de noche romántica con su novio y mis padres iban a darle «la charla». Le han comprado condones y un folleto de cómo se ponen, con dibujos. Mejor no estar allí para verlo.

Ella sonrió.

—A ti no te dieron esa charla.

—No les di tiempo. Todo lo acabé aprendiendo contigo, ¿te acuerdas?

—Sí..., qué desastre.

—¡Por tu culpa! Te dije que te relajaras —replicó, recordándolo con humor—. Me acuerdo a la mañana siguiente, que me miraste muy seria y me dijiste que nunca, jamás de los jamases, volverías a dejar que tuviéramos sexo con penetración.

—Y lo cumplí.

—Sí, por tres semanas. Después te me metiste en la cama y me dijiste aquello de «anda, ven aquí...», en ese tono que solo tú sabes poner. Y ahora, si no recuerdo mal, creo que te gusta.

Ella sonrió, casi sonrojándose. Bajó la vista al mantel y lo acarició con las yemas. Se había esmaltado las uñas en una tonalidad discreta porque sabía que a Alex no le gustaban los colores vivos. Cuando se dio cuenta de que también había escogido aquel vestido a consciencia porque él venía, supo que estaba retrocediendo en el tiempo, renunciando a la Lara que se había permitido ser aquellos meses. La chica que dormía desnuda y dejaba que sus mechones se secaran al aire; la que trepaba sobre Víctor en la cama, meciéndose y arrancándole una sonrisa de devoción. Tragó saliva, casi temiendo que Alex pudiera leer sus pensamientos.

Recordó que a Víctor nunca le importó que sus manos estuvieran manchadas de pintura. Poseía una pulsión artística, dibujando con ella y advirtiéndoselo: «Si algo sale mal, una parte de ti querrá que vuelva a buscarte». Y era cierto, ansiaba tanto ser encontrada que ni siquiera le dio

tiempo a Víctor antes de compartir su ubicación con Alex.

—¿Cómo fue? —le preguntó él entonces—. Con ese tío.

—¿El sexo? —dudó, volviendo a la conversación.

Él asintió, sin prestarle atención al postre.

—No sé, Alex. No veo claro que tenga que hablar contigo de esto.

—Nosotros siempre nos dijimos muchas cosas durante el sexo. ¿Con él era igual?

—No. Víctor y yo hablábamos para solucionar las cosas y nos acostábamos por placer. Tú y yo follábamos cuando nos cansábamos de discutir y lo llamábamos «reconciliación».

—Víctor —señaló, con una mueca de irritación—. Ese era justo el dato que me faltaba por saber.

Lara puso los ojos en blanco, mirando a otro lado. Después cortó un pedazo de tarta, sin hambre. Y él continuó.

—No se os debe de dar muy bien lo de hablar para solucionar las cosas si me llamaste para que viniera.

—Hemos decidido darnos espacio. Los dos acabamos de salir de relaciones complicadas.

—¿Le dejaste por mí?

—No. Es que me dio vértigo porque me estaba enamorando de él muy rápido.

Escuchar aquello, para Alex, fue como morder un cristal roto. Incluso le cambió la cara, ensombreciéndose.

—¿Enamorada? Enamorada de un tío al que apenas conoces, será. Si de ese te has enamorado en meses, explícame, ¿yo qué coño he sido todos estos años?

—Si no estás preparado para saber lo que he estado haciendo, no preguntes.

—Sí, sí estoy preparado para saberlo. Por eso te lo estoy preguntando. —Se inclinó hacia ella—. ¿Me contestas, por favor?

—Alex..., no lo he dicho para molestarte. De verdad.

Él negó con la cabeza, resignado. De todos modos, insistió en pagar la cuenta y se marcharon al piso de Lara. Una vez allí ella se dejó caer en el sofá y se quitó los zapatos para quedarse mirando a la nada, en silencio. Él salió a la terraza a fumar y, cuando volvió a entrar, ni la miró a los ojos. No hasta que ella le detuvo.

—¿En serio vas a convertir tu visita en una pelea?

—¿A ti cómo te sentaría si ahora te dijera que me he enamorado de otra? ¿Eh, Lara? ¿Te gustaría escucharlo?

—No, pero nosotros rompimos, Alex. Yo tendría que aprender a gestionar sola lo que no me gusta.

—¿Cuándo has gestionado tú sola algo, Lara? —se quejó—. ¿Sabes quién ha gestionado las cosas difíciles por ti? Yo. Siempre he estado allí para ayudarte con toda esa oscuridad que estoy seguro de que a él no has tenido agallas de enseñarle. No, todo lo malo lo tienes reservado para mí. Todos tus demonios, toda tu mierda. Y lo peor es que me culpas por ello.

—No quiero discutir —pidió.

—Es que me toca los cojones todo lo que has olvidado que hice por ti. Mierda, Lara, siempre llegué el primero. Siempre estuve allí cuando te rompiste para volver a juntar todos los pedazos. Cuando tu madre...

—Alex —le paró.

—Cuando tu madre murió y tú parecías más muerta que ella yo estaba contigo, levantándote de la cama cuando parecías una puta esquelética. ¿Te acuerdas, Lara? Cuando te temblaban hasta los dientes de la cantidad de pastillas que tomabas. Si no hubiera sido por mí te habrías acabado

muriendo, tú misma lo dijiste.

Ella enterró el rostro en las manos, sintiéndose muy desgraciada. ¿Cómo podía sacarle aquel tema ahora? ¿Cómo podía quebrarla tan fácilmente? Y entonces se levantó del sofá, empezando a llorar. Negó con la cabeza.

—Yo quería morirme y te quedaste porque quisiste. Te lo he agradecido siempre, pero llevas desde entonces haciéndome sentir que te debo algo por haber estado conmigo cuando me quedé sola.

—¿A él se lo has dicho? —insistió—. ¿A él le has dicho que querías morirte?! Él no sabe lo que eres, yo sí. A mí me dejaste verlo porque sabías que te querría de todas formas. Te querré haga lo que haga, maldita sea.

—¡Ese es el problema! ¡No puedes quererme pase lo que pase, Alex! Todo tiene unos límites y nosotros los cruzamos continuamente. Esto no es amor.

—No tienes ni puta idea de lo que es el amor, ¡no sabes lo que es querer a alguien incondicionalmente! Lara, ¡yo lo daría todo por ti! Y siempre he intentado que te sientas de la misma forma conmigo, pero has sido incapaz.

—¡Porque es antinatural que tenga que sentirme mal por dejar de quererte cuando me haces daño! ¡Que el amor no es incondicional porque sí, Alex, que hay que cuidar las cosas!

—¿¿Quién cojones te ha cuidado más que yo?! ¡¿Por qué soy el único al que parece importarle que lo nuestro se esté yendo a la mierda?!

—¡Porque eres el único que todavía no ha visto que ya no existe un nosotros!

—¡Porque yo sí te quiero de verdad, joder!

Lara cogió un libro de tapa dura que reposaba en la mesa y lo lanzó en dirección a Alex. Este chocó contra la pared, en un crujido que por poco partió el lomo.

—¡Deja de decir eso!! —gritó, fuera de sí—. ¡Deja de decir que me quieres! El tiempo que creí en lo nuestro te acostaste con otras, me insultaste, me mentiste, ¡me denigraste! Me soltaste el discurso de «somos nosotros contra el mundo» y me aislaste de todo lo que no fueras tú. ¡¿Cómo coño quieres que sepa qué es el amor si así llamaste a todo eso?! Alex, nos hemos querido muy mal.

Él se frotó las sienes y tomó aire, sin saber por dónde continuar. Por su parte, Lara se dejó caer en el sillón y se quedó mirando al suelo, agotada. Los últimos días habían sido horribles y difíciles, de modo que se abrazó a sí misma y se encogió para llorar.

Un seguido de lágrimas cayó al suelo hasta que Alex se arrodilló frente a ella y le alzó el rostro, sujetándola con las manos.

—No llores más... —le pidió.

—Me he roto, me he roto otra vez. Siempre estaré sola.

—Eso no es verdad. —Le besó los pómulos, retirando las lágrimas.

Poco a poco, los labios de Alex fueron llegando a los de ella. Se encontraron y se besaron, lento. Lo habían hecho tantas veces antes que Lara apenas sintió emoción alguna al sentirle encajar en su boca, pero... de repente un cosquilleo. La cercanía. El olor masculino de alguien a quien quiso.

Sus manos se perdieron por el cuerpo de Lara hasta bajarle la cremallera del vestido. Coló una por debajo y profundizó en el beso, requiriéndola. Ella hizo un amago de acercarse más y fue suficiente para que Alex la levantara y la echara con él al suelo, tumbándola boca arriba.

Ella dejó que pasara. Le vio desabrocharse los vaqueros y se arqueó para que pudiera deslizar las braguitas por sus piernas, retirándolas. Le arremangó el vestido y se deslizó despacio en su interior. Una, dos, tres penetraciones... Un gemido.

El cuerpo de Lara le recibió con cortesía, como cuando te encuentras con un viejo amigo en la estación y no te da tiempo a esconderte. No obstante, la sensación no era tal y como la recordaba. Se quedó tendida, a la espera de que tenerle dentro le produjera placer, pero solo le sentía deslizándose, sin más.

Bajó la mano para acariciarse e intentó buscar a su primer amor en aquel cuerpo, aunque solo pudo añorar lo bien que a Víctor le olía el pelo. Lo bien que olía él, en general, y cómo sonreía cuando hacían el amor. El simple recuerdo la aceleró un poco, pero cuando dejó de tocarse el placer volvió a esfumarse.

—Espera. —Le puso una mano en el hombro, parándole—. Espera...

—¿Qué pasa? —se apartó, confuso.

—No me está gustando. —Se echó atrás, bajándose el vestido para cubrirse.

Alex se quedó de piedra, alzando las cejas.

—¿Lo estás diciendo en serio?

Ella asintió, avergonzada. Se apoyó en el sofá, se puso de pie y al mirar a su exnovio se dio cuenta. De pronto tuvo miedo. ¿Cuántas vidas la alejaría de Víctor lo que acababa de permitir que sucediera en aquel salón?

—Vale, vuelve... Podemos hacerlo de otra manera. ¿Quieres...?

—Es que no quiero hacerlo —le interrumpió—. No quiero.

Cubrieron la desnudez y se apartaron el uno del otro, como si Alex no acabara de estar dentro de ella. Y la miró. Vio en su expresión el arrepentimiento y el rechazo que sentía por lo que acababa de ocurrir y supo que estaba pensando en otro. Fue la gota que colmó el vaso.

—Lara... —le dijo—, si no arreglamos esto me voy, y esta vez no querré que me llames nunca más. Nunca, para siempre.

Ella le miró con los ojos húmedos. Quiso llorar, pero no por él. O quizá sí, quizá aquella sería una herida que nunca cerraría y siempre sangraría un poco. Pero sabía perfectamente lo que tenía que responder a eso.

—Ha sido la última vez. Lo prometo.

Alex no necesitó más. Se levantó y cogió sus cosas. Las llaves del coche, el móvil y la cartera. Y se marchó.

El sonido de la puerta fue lo último que dejó en la vida de Lara.

Capítulo 46

EL LUJO DE LAS NOCHES SALVAJES

En las siguientes horas bailé hasta la saciedad y bebí como si fuera mi último día en la tierra. Recuerdo que Iván me levantó del suelo en volandas y reí muy fuerte para que Cristian nos oyera porque, para ser alguien que tenía las llaves del coche en la mano, estaba tardando en irse... Y yo tampoco quería hacerlo.

—Paula, son las tres y media de la madrugada —imploró Sam, no sin una sonrisa. En el fondo le encantaba que alguien aguantara tanto como él en una fiesta—. Tenemos que irnos a casa. Elia está cansada y Víctor deprimido.

Hice una mueca de desagrado, balanceándome sobre mí misma.

—¿Qué? No, no, no te vayas —apareció Iván, abrazándome por los hombros. Le cogí las manos—. Quédate. Luego te llevamos nosotros a casa.

—Arreglado. Iván me lleva —sentenció.

—Madre mía, estás loca —opinó el otro—. Haz lo que quieras, pero si este tío acaba siendo un capullo me llamas y vengo a buscarte.

Asentí, satisfecha. Todo era felicidad, un arcoíris sobre unicornios con alas montándoselo sucio al lado de una cascada. Y seguí bailando, agitada por unos desconocidos que, de repente, eran mis amigos.

Cuando anunciaron que la coctelería cerraría pronto miré a los chicos y me dirigí especialmente a Iván.

—Voy a por la última copa. —Alcé un dedo—. Juro que será la última que consuma en todo lo que queda de año, pero quiero otra.

—¡Joder, sí! ¿Me traes una?

Chasquéé los dedos, asintiendo. Después me aparté de ellos a pasos inestables, alejándome de la multitud que seguía el ritmo de las canciones. Lo cierto es que, sin el bailoteo, mis movimientos evidenciaban que aquella noche iba a acabar vomitando. Pero me daba tan, tan igual todo... Y era tan placentero ver a Cristian mirándome con aquella expresión tan seria...

Habiendo sacado la tarjeta de crédito de la funda de mi móvil, volví a entrar al local. Caminé hasta la barra y me acerqué a la chica que hacía los cócteles.

—Relinda —la llamé, convencida de que su nombre real era Relinda y yo lo sabía porque era muy lista—. ¿Me pones dos copas? De lo que quieras, pero que estén ricas. Ah, ¡y que tengan de estas sombrillas que usáis para decorar!

—Madre mía... —la oí susurrar, echando hielo en un vaso—. Espero que no sean para ti, guapa.

—No, son para un amigo. Yo no bebo.

Cuando pasé la tarjeta por el datáfono la sentí temblar. Cada copa valía alrededor de ocho pavos y a mí, mientras pasara la tarjeta, me daba igual. Ni siquiera era consciente de que todo aquello podía tener consecuencias, solo quería que durara.

Relinda me dio las copas y atendió al siguiente en la cola. Yo me mordí el labio, mirando los vasos con concentración para sujetarlos sin que se derramaran. Dios mío, ¡pesaban un montón! Y, por no mirar al frente, acabé chocando con el pecho de un chico que también llevaba una copa. Al final, tres vasos rotos en el suelo y un charco enorme de distintos colores líquidos.

—¡No! —me alarmé, dejándome caer de rodillas y manchándome las piernas—. ¡Las sombrillas! ¡¿Tú eres idiota?!

—¡¿Perdona?!

Le ignoré, recogiendo las sombrillas de cóctel para salvarlas. Estaba segura de que iban a ahogarse si no lo impedía, y me daba mucha lástima. De todos modos, antes de que pudiera alcanzar la última, sentí unas manos sujetarme. Cristian se colocó en cuclillas a mi lado y le miré. Llevaba mi bolso.

—Vale, Paula. Se acabó.

—Ala, ¿tú no te habías ido? —Me levanté con su ayuda y cerré los ojos, presumida—. A ver... ¿qué te has dejado?

—Oye, págame la copa —exigió el tío con el que había chocado.

—Sí, claro, ahora mismo —ironicé, y le tendí las sombrillas—. Puedes quedártelas, si quieres. Y estamos en paz.

—Pero... ¡¿estás de coña?! —Me azotó las manos, indignado.

Las sombrillas salieron volando y cuando las vi perderse de nuevo por el suelo quise gritar. De hecho, creo que grité. Le miré con rabia y le di un golpe en el pecho. Acababa de romper mi cosa favorita en el mundo.

—¡¡Hijo de...!!! —chillé, y todos empezaron a mirarnos.

—Paula, Paula —me paró Cristian, sujetándome—. Ya está.

—¡Ha roto mis sombrillas! ¡Ha roto mis sombrillas! ¡¡Tú lo has visto!!

—¡Puta borracha! ¡Me has hecho daño! —se quejó el otro. Trató de agarrarme pero Cristian le echó atrás.

—¡No la toques!

—¡¿Qué le pasa a tu novia?! Igual hay que darle medicación.

—¡¡Que yo no soy su novia!! —chillé más fuerte, agarrando su camiseta entre mis puños y zarandeándole—. ¡Págame mis sombrillas! ¡Te voy a matar!

—¡Paula! —insistió, tratando de sujetarme.

No tengo del todo claro cómo terminó aquello, pero sé que no le pagué la copa y que, cuando el camarero trajo la fregona y tiró las sombrillas empapadas a la basura, me puse a llorar. Entonces Cristian me sentó en uno de los taburetes y me dio un vaso de agua. Me calmé, pero tuvo que sacarme a rastras del local.

Me quedé echada en los asientos de atrás de su coche mientras conducía. Para entonces ya no había unicornios follando, ni arcoíris ni cascadas. Solo yo, con unas náuseas horribles en el estómago y la firme sospecha de que mis manos eran de otra persona.

—Cristian... —empecé, mientras tiraba de mí por el pasillo de su casa—. Mírame las manos, por favor. No son las mías.

—Dios mío, menuda curda llevas. ¿Si te cojo en brazos volverás a darme patadas o quieres matarte intentando subir las escaleras?

—Yo nunca me emborracho. Tolero muy bien el alcohol.

—Ay, angelito...

Me levantó y me agarré a su espalda, prácticamente terminando de dormirme en su hombro. No obstante, me desperté cuando me dejó en el colchón.

—Joder... Tu cama... —me restregué.

—Sí, ¿eh? Pura gloria. —Empezó a quitarme las sandalias—. Deberías de vivir en ella.

También me quitó el vestido. Me dio la vuelta como si fuera una merluza de la pescadería y me desató el sujetador, que me había dejado la marca en la piel. Yo alcé el trasero, tratando de restregarlo a la altura de su miembro para excitarle. De pronto, quería sexo. Aunque creo que lo hice tan mal que ni siquiera notó que estaba alzando el culo.

Regresó de su armario con una camiseta y me la puso. Después deshizo la cama y me enterró bajo las sábanas, acomodándose la cabeza en la almohada.

—¿Puedo quedarme aquí contigo o me toca ir al sofá? —preguntó entonces, acariciándome la sien.

—No, hombre, quédate. —Apenas abrí los ojos—. Quiero vomitarte encima, por cabrón.

Y él, pese a todo el alcohol que había bebido, pareció tomarme en serio.

—¿Crees que soy un cabrón? ¿Solo eso?

—Y tú crees que soy un coño con patas. Solo eso.

Sentí su mano sobre mi cara, acariciándome con delicadeza la frente y retirando un mechón para descubrirme.

—Paula..., no lo has dicho en serio, ¿verdad?

—Oh, no. Soy mucho mejor que eso. —Me cubrí la nariz con las sábanas para olerlas, porque olían tan bien...—. Soy un coño que te deja meterla sin condón.

No dijo nada, así que abrí un ojo. La luz de la habitación me molestaba, mucho, pero me ayudó a apreciar su expresión. Sería, incluso triste.

—Yo... —empezó—. Nunca lo había hecho sin condón, con nadie. No lo hubiera hecho con otra persona que no fueras tú y no me veo haciéndolo. Contigo fue de verdad, íntimo. Creo que es lo que más placer me ha dado en la vida.

Le escuché, pero estaba demasiado ida para responder. Poco a poco, la almohada se convirtió en una nube tan apacible que me sucumbió. Todo cogió un color oscuro y dormí hasta que la cama me dio mil vueltas. En serio, el colchón estaba encima de una placa giratoria y me desperté dolorida.

—Cristian... —gimoteé, cogiéndole el brazo—. Voy a vomitar.

—¿Vamos al baño?

Fuimos y me sujetó el cabello, sentado en un pedazo de la bañera a la espera de que me volvieran a entrar las arcadas. Sin embargo, no pude vomitar y la cabeza siguió doliéndome, pero no más que el estómago. Cristian me frotó una toalla mojada por la cara y el cuello para refrescarme y volvió a tumbarme en la cama.

Del resto recuerdo poco, pero sé que me quejé mucho, tipo «me voy a morir», «esto es horrible», «me arde el estómago», «tengo frío», «la cama da vueltas y me voy a caer». Me quedé dormida y me desperté varias veces, abrazándole y llorándole hasta que por fin pude soñar con sombrillas pequeñas de colores, bailando sobre cócteles. Y no volví a despertarme.

Capítulo 47

MI PROBLEMA CON LAS DECLARACIONES DE AMOR, VOLUMEN III

Recuerdo pensar, en sueños, lo mucho que me molestaba que mi cama oliera a Cristian. «Vete de aquí» pensé, porque le sentía entre las sábanas, envolviéndome la nariz y colándoseme dentro. «¿Hasta dónde quieres llegar?».

—Paula... —su voz, también su voz. Y su mano en mi pelo—. Nena.

De repente lo recordé: mi cama no olía a él, es que estaba en la suya. Abrí los ojos y le vi sentado a mi lado en el colchón. Vestido, arrancándose de los brazos de Morfeo.

—Son casi las tres del mediodía. Si quieres seguir durmiendo, sigue. Pero ¿te encuentras bien?

—Hostia... Las tres... —Cerré los ojos con dolor.

Los recuerdos de la noche anterior me fueron llegando a la cabeza en forma de notificaciones. El magnetismo, mi «me da igual no volver a verte»; el alcohol, el bailoteo, las sombrillas, la pelea con el tipo al que le tiré la copa y Cristian sujetándose el cabello mientras intentaba vomitar en su baño.

Me froté la cara con malestar general, blasfemando. Y él sonrió, porque aquel gesto era la prueba de que me encontraba lo suficientemente bien como para avergonzarme de todo lo sucedido.

—He traído *croissants* salados. ¿Quieres?

—No..., Cola Cao.

—También, también. Pero después de lo que te metiste anoche no creo que puedas alimentarte únicamente de eso. Además, te tengo una sorpresa.

Separé los dedos de la mano con la que me cubría el ojo derecho y le miré por el agujero, frunciendo el ceño con desconfianza.

—¿Qué sorpresa?

—Baja a la cocina.

Dicho eso, me palmeó la pierna con cariño y se fue dejando la puerta del dormitorio abierta, invitándome a ir tras él.

Me removí un poco más por el colchón, que era enorme. Maldita sea, me encantaba la cama de Cristian y me odié a mí misma por haber encontrado la forma de volver a acabar en ella. Por lo menos no habíamos tenido sexo, pensé.

Me levanté y tuve un pequeño dilema: ¿quitarme su camiseta o dejármela puesta? Era más cómoda y ancha que mi vestido, pero suya. Olía a él y llevarla me hacía sentir como si nunca hubiéramos llegado a despedirnos. Y fue bonito pensarlo por un momento, de modo que decidí dejármela puesta y bajé los escalones de la casa hasta la cocina. Allí le encontré trasteando.

—Esto... Cristian... —empecé, frotándome el pelo.

Iba a decirle que sentía lo de anoche, que gracias por todo pero que yo tenía que irme. Sin embargo, no llegué a hacerlo. Me entró la risa cuando vi que se giraba hacia mí con un vaso de Cola Cao adornado con una sombrilla de cóctel.

—¿Esa es la sorpresa?

—¿Qué pasa? Anoche parecían encantarte.

—Ahora me traen malos recuerdos, pero son muy monas —acepté el vaso.

Le di el primer sorbo y vi que me había cortado un melocotón en un plato, con cerezas y un *croissant* salado con una pinta exquisita. Jodido mamón, todo aquello lo sabía porque yo se lo conté en la playa. Mis frutas favoritas y que mi padre solía llevarme años atrás a desayunar *croissants* salados a un Viena que cerraron.

—Gracias.

Me sonrió, y alzó la mano para acariciarme la mejilla mientras yo masticaba. Solo esperaba no haberme manchado la comisura de la boca con mantequilla, pero sí. Así que me acaricié con la lengua, limpiándome.

—Me siento como una niña pequeña —admití.

—¿Por lo de anoche?

—No. Porque estoy comiendo un *croissant*, en braguitas y en tu cocina.

—¿Y eso te hace sentir como una niña pequeña?

—Sí. Porque delante de ti, ahora, me siento incómoda con las ingles al aire.

—Pues qué mierda, porque tienes unas piernas preciosas. Y las ingles.

—Ya, y todo lo demás. Está visto que te pongo cachondo.

—Sí, muy cerdo. Pero tranquila, estoy jugando el papel de caballero.

—¿Es esto lo que hace un caballero? —pregunté, acercándome el *croissant* a la boca. Estaba riquísimo—. ¿Comprar Cola Cao y sombrillas de cóctel?

—Sí, es que a ti no te gustan los que van en corcel blanco y tienen espada —me recordó—. Tú prefieres los que tienen espalda y la lengua un poco sucia.

—Tampoco es que tú tengas la lengua del todo sucia...

—Ah, ¿no?

—No. Me los he encontrado que sueltan mejor las guarradas. —Y di otro bocado.

—No me digas.

—Sí. Hay chicos muy creativos por allí fuera.

—Vaya. Y si yo no soy creativo, ¿qué soy?

—Guapo, a secas.

—Guapo a secas —asintió—. Entiendo.

—Sí. También tienes un tamaño de polla generoso, por si te consuela.

Cristian se me quedó mirando por un segundo y, entonces, soltó una carcajada.

—Eres una descarada de cuidado.

—Te gustaba por eso.

—Me *gustas* por eso.

—No, acuérdate de que no te gusto. Es el vestido de anoche, que te confunde.

—Eso no es verdad. Me gustas.

—¿Por qué?

—Tienes un tamaño de tetas generoso —imitó mi tono.

—Bah, seguro que las has visto de más grandes.

—Sí. Hay chicas muy dotadas por allí fuera.

—Entiendo. —Me apoyé en la encimera y cogí una cereza—. Y las tías con las que te has acostado desde que volvimos de la playa... ¿cómo las tenían?

—No me he acostado con nadie desde que volvimos de la playa.

—Mmh, interesante... —Cogí otra cereza y encesté el hueso de la anterior en la basura—. Debes de estar ansioso. La abstinencia no es el estilo de vida que recuerdo que te guste.

—Lo dices como si necesitara tener un harén.

—Ah, es verdad, que no te gustan los tríos.

—Ni los harenes —añadió.

—¿No serías feliz follándote a una tía distinta cada día de la semana?

—En absoluto. Que me guste el sexo y lo disfrute más en compañía no significa que fantasee con tener a una chica nueva en mi cama a diario, ni siquiera cada fin de semana.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Y serías capaz de acostarte solo con una chica?

—Obviamente.

—Pero no conmigo —le recordé, y volví a encestar el hueso de una cereza—. Yo no soy suficiente para un caballero con espalda y lengua sucia.

—¿Quién dijo eso?

—Me lo dijo la hostia que me pegué cuando te declaré que sentía algo más por ti.

—¿Sigues sintiéndolo?

—No —mentí—. Tenías razón: fue una pataleta.

Se humedeció el labio, asintiendo.

—Ya no quieres estar conmigo, entonces.

—No.

—Ni quieres que te lo haga por las noches —se acercó.

—En absoluto.

—Ni quieres que me acueste solo contigo.

—No, prefiero que te aguante otra.

Se acercó un poco más.

—Ya no te acostarías solo conmigo, si te lo pidiera.

—Buf, eso sería tan aburrido...

—Te ponen otros tíos cachonda, como yo.

—No, como tú no. Más.

—Follando con ellos no pensarías en mí.

—No me acordaría ni de si tus ojos son verdes o negros, fíjate.

Se acercó más, mucho. Dios, en aquel punto de la conversación ya estaba bastante encendida...

—Si nos acostáramos sería como al principio. No te quedarías a dormir, ni me dejarías metértela a pelo.

—A ti no. Tal vez a otros...

—¿Fui el primero que se corrió dentro de ti?

—Sí.

—Y te gustó.

—Bah, ni lo noté —mentí.

—Sí lo notaste. Me acuerdo: gemiste más fuerte.

—Debió de ser casualidad.

—¿Casualidad como la de encontrarnos anoche?

—Quizá sabía que estarías y me presenté allí para joderte la cena.

—No eres tan mala como para dejarte ver con ese vestido sin dejarme quitártelo.

—Al final me lo quitaste.

—Pero no te dejé tan desnuda como me habría gustado.

Enredé su camiseta en mi puño y tiré de él hacia mí, sintiéndole de verdad a mi merced. Le pegué tanto a mi cuerpo que noté su erección.

—¿Tan desnuda te gusto?

—Absolutamente... desnuda... —acarició mis labios con los suyos.

Le lamí la boca y él me devolvió el beso con pasión, apretándose contra mí y clavándome el culo en la encimera. Me levantó y me sentó en ella, donde me quitó la camiseta de un tirón. Tomó mis pechos con ambas manos y nuestras lenguas se encontraron. Húmedo, despacio y experto. En la vida me habían besado con tantas ganas contenidas.

—En la cama... —le gemí—. Quiero estar encima. Encima de ti...

Me levantó de nuevo y me llevó al dormitorio. En el proceso golpeamos dos muebles y, cuando me apoyó contra la pared del pasillo para seguir devorándome la boca, tiré un cuadro al suelo sin querer.

Finalmente llegamos a la habitación. Se echó en la cama conmigo encima y me restregué, tratando de hacerlo lo más sucio posible.

—Paula... —sonrió.

—Fóllame.

Giramos y se quitó la camiseta; al tiempo, yo le desabrochaba el cinturón de los vaqueros, bajándoselos. Acaricié su polla del modo en el que sabía que le gustaba y jadeé. Él gimió, me quitó las braguitas y tiró de mis muslos para abrirme más las piernas y penetrarme. Pero, antes de que lo hiciera...

—Cristian..., ponte un condón.

—No... —gimió solo con rozarse entre mis pliegues—. Déjame hacértelo así... Te necesito.

—Sin condón no. —Y me costó decirlo, casi tanto como tragar aquel «te necesito».

Cristian cedió, claro. Acabó alargando el brazo hasta la mesita de noche para abrirla y rebuscar en su interior. Yo repartí besos por su pecho y empecé a pensar... Al final había acabado de nuevo allí, entre su cuerpo y el colchón. Después de prometerme sanar desde la distancia, después de batallar por dejar de tener *I need your body* de Brooke Bentham en mi lista de «en bucle» de Spotify. ¿Dónde había quedado mi fuerza de voluntad?

—No tengo —dijo entonces.

—¿Qué? ¿Cómo no vas a tener?

—No. Los gastamos en la playa y no volví a comprar.

—Pues qué puntería... —Me llevé una mano a la cabeza.

Se acercó de nuevo, mimoso. Su cuerpo, tendido junto al mío, era espectacular. Me daba miedo porque se suponía que yo no iba a volver a sentirle tan cerca. ¿Qué iba a hacer? ¿Follar hasta engancharme más y volver a escucharle decir que no sentía lo mismo que yo? Tal vez Cristian no quería un harén, tal vez podía disfrutar del sexo de la misma forma acostándose con una única persona... Pero sospechaba que esa persona no era yo.

—No hace falta que haya penetración... —su mano me resiguió el vientre, cercana.

Sí, vamos, lo que me faltaba. Que me acariciara con su lengua y sus dedos hasta correrme, lo que siempre me había parecido tan íntimo. No, yo quería volver a ser la chica de los «aquí te pillo, aquí te mato». Quería volver a ser cerecita, con mi ramillete suelto y nada que me llegara al hueso. Y aquel no era el camino porque, el rumbo que me llevaba a él, me alejaba de mí misma.

—Mejor no, Cristian... —pedí con un hilo de voz—. Vamos a dejarlo, ¿vale?

—¿Qué? ¿Por qué?

Alcancé mi vestido, doblado en la mesita de noche. Me levanté de la cama y me lo puse, cubriéndome. Cristian siguió mirándome con confusión.

—¿Paula?

—Vístete, por favor.

Se subió los vaqueros. Se los ató y recuperó su camiseta del suelo. Se cubrió en silencio y yo me senté en la cama para ponerme las sandalias. Cogí mi sujetador y, cuando me giré hacia él, todavía estaba esperando una explicación.

—Es que esto no es lo que necesito —contesté—. Es justo que te diga que estoy empezando a sentir algo por ti y me digas que no, pero meterme ahora en tu cama... solo me confundiría. No quiero que ocurra.

Se frotó los mechones de pelo, revueltos. Negó con la cabeza.

—Vale, sin sexo. Pero quédate.

—¿Para qué?

—Para hablar.

—No nos queda nada que decirnos, Cristian.

—A mí sí —replicó, como si no le estuviera teniendo del todo en cuenta—. Paula, no tuve tiempo ni de plantearme las cosas. Esto no se trata de sexo, se trata de que te echo de menos. Desde que volví aquí, desde que dejaste de estar presente..., creo que desde entonces todo ha sido echarte de menos.

Me acerqué, mirándole con el ceño muy fruncido.

—Cristian, ¿sientes algo por mí?

Hizo un gesto de asentimiento, con los ojos cubiertos de un verde sincero. Allí estaba: el motivo por el que las declaraciones de amor siempre me han puesto nerviosa. ¿Qué se suponía que tenía que decirle yo ahora? ¿Tenía que dejar que las mariposas me trepan del estómago a la boca para responder? Qué asco, no me gustan las mariposas. Tampoco me gustaba él, tan guapo y oportuno. Yo ya me había decidido a olvidarle. Y si decidía no hacerlo, si Cristian sentía algo por mí... ¿dejaría de ser cerecita? ¿Dejaría de ser mía para ser suya? ¿Estaba preparada para eso?

—Entonces, ¿por qué me dijiste que no? —me quejé—. Cristian, dijiste que no podías. Dijiste que te ahogabas.

—¡Porque me ahoga, joder! —saltó—. Paula, nunca he tenido que gestionar la necesidad de que alguien se quede en mi vida; es como gestionar un mundo. Me gustan las cosas sueltas, pero a ti no quiero soltarte. No quiero echarte de menos, ni necesitarte o vaciarme si no estás. No quiero escapar de ti, quiero que vuelvas. Quiero que ocupes los espacios que estás haciendo dentro de mí, que los llenes. Y si la condición es fidelidad y nomenclaturas entonces también quiero eso.

Me humedecí los labios, negando con la cabeza.

—Lo siento, yo... Ahora necesito pensarlo.

Mi respuesta pareció dejarle un tanto decepcionado, pero asintió. Y no dije nada más, solo salí del dormitorio y de su casa con el sujetador en la mano y el vestido puesto del revés.

Capítulo 48

ANTES DE LLEGAR A SEPTIEMBRE

Las últimas semanas de agosto fueron calurosas e intensas. Estuvieron llenas de nada y a la vez de todo.

Pasé mucho tiempo con Elia y los chicos, bebiendo cerveza fresca en la terraza mientras charlábamos. Fuimos a la playa un par de veces, salimos a bailar un par de noches. Cantamos *Great wide open* de Thirty Seconds to Mars a todo pulmón con un par de copas de más encima y volvimos a ser cuatro amigos que se sientan a divagar sobre cualquier tema. Sin embargo, todos teníamos algo cociéndonos dentro.

A ratos Sam miraba a Elia de una forma distinta. No le culpo: supongo que no se vuelve a mirar exactamente igual a alguien después de verla jadear bajo tu cuerpo mientras se deja llevar. Le gustaba esa Elia, la que se arqueaba y gemía. A momentos la echaba un poco de menos. Incluso se había encariñado con la que se apretaba a él después del sexo, acogida en su pecho como si necesitara un poco de calor humano para no sentir que había disfrutado de algo que no estaba bien. Y tenía que estar bien, porque fue la primera chica con la que Sam entrelazó las manos y me niego a pensar que eso no significaba algo más.

Aun así, pasaron del calor al frío. De pronto evitaban el contacto físico y Elia, en su presencia, procuraba no hablar de Diego. No quería incomodarle y mucho menos comparar, aunque lo cierto es que no había color. Porque sí, Diego era bueno; guapete, alto, estilo príncipe azul. A Elia le encantaba cómo vestía y su forma sofisticada de remover el azúcar en la taza de café, pero no era Sam.

Sam era jodidamente atractivo, no solo por su físico sino además por su forma de andar, provocar y sonreír de lado. Era sexi y, para Elia, saber lo bien que funcionaba en la cama rozaba lo insoportable. No podía deshacerse del placer que había sentido, como si el recuerdo habitara en sus poros. Lo cierto es que a veces, cuando estaba a solas, (muy a solas, con la luz apagada, su familia durmiendo, la puerta cerrada y escondida bajo las sábanas de su cama), se acariciaba y pensaba en él. En Sam, en cómo gemía sobre sus labios y sonreía mientras ella se corría. Tenía que viajar a ese recuerdo para que llegara el orgasmo.

En el proceso se sentía culpable y pensaba en Diego, pero cuando intentaba sexualizarle para excitarse se le bajaba la libido. No comprendía cómo podía ser posible si era guapo y educado, pero no había manera y era frustrante. Se sentía sucia, idiota, incapaz de escuchar *The way I loved you* de Taylor y de montárselo con Diego, ni dentro ni fuera de su mente. Y lo llamó «ir despacio». Sin sexo, dijo, sin besos apasionados. Solo salían a tomar café y a dar paseos.

—¿Y eso es una relación? —inquirí, sentada en el sofá mientras me preparaba un mini canapé con una patata frita y una aceituna—. ¿Sin morreos ni calentones? Qué poca gracia.

—Es que no quiero ir deprisa. No se trata de sexo, sino de volver a encajar. Cuando encajemos volveremos a hacer el amor y todas esas cosas.

Suspiré, porque empezaba a tirar la toalla con el tema de Diego. No, no me gustaba para ella. Pero no era yo la que decidía y él parecía no estar causándole ningún daño, así que supuse que no podía quejarme.

Víctor nos miraba un poco desinteresado, sentado en el sillón con un botellín de cerveza abierto. Me giré hacia él.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Ya sabes lo que me pasa.

Hice una mueca, encogiendo los labios porque Víctor llevaba ya muchos días sin saber nada de Lara.

—No dejo de pensar que podría haber hecho mejor las cosas —continuó—. Tal vez debería de haberle hablado de Catalina. Quizá no me expliqué bien cuando fui a su casa la última vez, quizá no insistí lo suficiente.

—Víctor, no es culpa tuya. A veces las cosas se rompen por usarlas, pero eso no significa que no se arreglen. Confía un poco en el paso del tiempo.

No me creyó, claro. Nada de lo que pudiéramos decirle iba a consolarle. Ninguna conversación cambió el rumbo de su historia hasta que una tarde, regresando de casa de sus padres, se encontró con el ascensor parado. Tuvo que subir por las escaleras y en el rellano se encontró con Lara, discutiendo para sacar las bolsas de la compra. Sonrió.

—¿Te ayudo?

Ella le miró y no contestó, pero su expresión fue suficiente para que Víctor cogiera un par de bolsas y las entraran juntos en su piso. Allí, en la cocina, le preguntó si la había perdido para siempre. Lara no hablaba, apenas parecía ella.

Estaba más delgada. Se había recogido el cabello en un moño y dos mechones se escaparon hasta adornarle las sienes. De todos modos, se los colocó detrás de las orejas para que se quedaran quietos. Estaba... desanimada, distinta. Fue como entrar en una casa que conoces muy bien, pero en la que han cambiado el color de las paredes. Ni siquiera llevaba uno de sus vestidos, solo aquellos vaqueros desgastados y una camiseta básica de tirantes.

—Lara, ¿estás bien?

No contestó, detenida en el proceso de subir la bolsa de la compra a la encimera. No llegó a vaciarla, solo se quedó sujetando las asas y tomó aire por la boca, soltando un sonidito nada alegre. ¿Un sollozo?

—¿Lara? —se acercó más.

Ella se cubrió el rostro y empezó a llorar. Víctor se quedó de piedra y sintió que una substancia fría empezaba a circularle por el cuerpo. Apenas tuvo tiempo de decidir qué hacer antes de que Lara le abrazara.

—Lo siento mucho —lloró.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?

—No quería joderlo todo.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué has hecho?

—No me odies.

—Lara, mi vida... —Se retiró un poco para mirarla a los ojos y le acarició la barbilla—. ¿Cómo voy a odiarte yo a ti?

Lloró más, negando con la cabeza.

—Lara, por favor, en serio. Ahora me estás preocupando.

Ella trató de serenarse, porque no quería empezar a hablar y que se le rompiera la voz en medio de una frase. Tomó aire.

—Llamé a Alex —murmuró—. Me acosté con él.

Las lágrimas volvieron a brotar como ríos por sus mejillas y Víctor se la quedó mirando, petrificando en el sitio. No pestañeó. De repente, las manos con las que la sostenía perdieron fuerza. Dio un paso atrás.

—Víctor... —le llamó—. Me siento muy culpable, yo no... No sé cómo... Paré, te lo prometo. Paré porque pensé en ti y...

—Pensaste en mí —la detuvo, indignado—. Pensaste en mí, pero dejaste que él te tocara. Yo estaba aquí, echándote de menos a rabiar, pero le llamaste a él.

—Me sentía muy sola.

Víctor se frotó la boca y el mentón con rabia, mirando a otro lado. No sabía si sentía más pena, miseria o enfado. Y en momentos así lo más fácil es dejar fluir el enfado.

—¿Cuándo llegaste aquí también te sentías sola? ¿Por eso me buscaste? ¿Le hiciste conmigo lo mismo que me has hecho a mí con él?

—No, claro que no. Ya sabes lo que es salir de una relación complicada y...

—Tú no has salido de una relación complicada, sigues en ella. ¡He sido el puto parche de ese tío!

—¡Eso no es verdad! No pienses así de mí.

—¿Y qué quieres que piense? ¿Qué quieres que sienta? Te has acostado con él, Lara, has cruzado el límite. Lo has jodido todo.

—¿Vas a dejar de quererme solo porque me haya acostado con él?

Al oírla le sostuvo la mirada con intensidad. Lara, su Lara. La vio. La encontró incluso detrás de todas aquellas lágrimas, detrás de los vaqueros desgastados y su apariencia desgredada. Encontró a la Lara que bailaba, que reía y que le hacía el amor con el cabello cubriéndole los pechos de forma salvaje. La quería tanto que supo que era absolutamente capaz de perdonarla, pero se detuvo. No podía hacerlo porque el día que dejó ir a Catalina se hizo una promesa.

No quería volver a aguantar lo que aguantó. No quería soportar el dolor y reciclarlo en amor solo para no perder a la persona que amaba. Sí, la amaba pero, aunque fuera falso, tenía que anteponerse a sí mismo hasta que lo hiciera de verdad. Hasta que querer a una mujer dejara de costarle la vida.

El primer pecado capital que le perdonó a Catalina se convirtió en dependencia y amor del feo, camuflado en un «te quiero hagas lo que hagas y seas lo que seas». El primer error de Catalina les convirtió en rencorosos y poco a poco en extraños. Solo podía desear que con Lara no le ocurriera lo mismo, así que era el momento de dar un paso atrás o tirarse por un barranco. Y Víctor ya había aprendido a dejar de amar los barrancos.

Llegó a casa roto. Dejó las llaves tiradas en el mueble del recibidor y se encerró en su dormitorio. Quería estar solo, pero el sonido de sus pasos bruscos atravesó los tabiques y Sam no tardó en llamar a su puerta, abriéndola.

—Tío... —se asomó—. ¿Estás bien?

—Si cierro es por algo. Vete —gruñó triste, dándole la espalda desde la cama.

Pero Sam era Sam, así que entró en el cuarto. Se tumbó a su lado y se colocó un cojín detrás de la espalda. Le miró.

—¿Me lo cuentas, por favor?

—Se ha acostado con su ex.

Suspiró sin hacer ruido, comprendiéndolo.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé, pero creo que no quiero estar con nadie nunca más.

Estaba convencido de que se llevaría el amor al entierro. Cargaría la añoranza como si fuera una medalla y potenciaría su faceta artística para expresarla. Y, aun así, no lograría sacarse a Lara de la boca por más que la escupiera.

Hay cosas que nos metemos en la boca y no podemos tragar ni escupir nunca. Se quedan ahí, dándole sabor a nuestra lengua y haciendo que nuestros besos tengan el rastro de todo aquello que nos hicieron. Aunque, hablando de besos, hay una cosa que no te quiero contar...

Un día me levanté y conseguí volver a sentirme yo en mi propia piel. Sí, volví a sentirme una cereza con ganas de fiesta y movimiento. Volví a sonreír con una piruleta entre los labios y me compré dos faldas vaqueras nuevas, de las cortas y descaradas. Y una noche, antes de que terminara agosto, me morreé con un tío que me puso vergonzosamente cachonda mientras bailábamos.

Besaba bien y me gustó. No obstante, ahora que conocía la sensación eché de menos que me temblaran los huesos al hacerlo. Por supuesto, me refiero de nuevo al hueso que escondemos las cerezas, aquel al que llegan aquellos que nos devoran a mordisquitos y nos sobreviven, mostrándonos una nueva faceta de nuestra propia naturaleza.

Con esa faceta de mí descubierta, besándole, pensé en Cristian. Sonreí porque recordé su boca. Quería que bailara conmigo, que me tocara como sabía y me recordara lo bien que se nos daba encajar en aspectos que distaban del físico. Y al llegar a casa quise que estuviera en mi cama.

Quise olerle el pelo y el pecho. Que me abrazara, dormir en su cuello. Ansié pasarme la vida jodiendo con él, bebiendo cerveza y morreándonos con descaro hasta los cincuenta. Hasta los sesenta, hasta los noventa... Ay, mierda; pensando en él casi se me olvida que siempre he dicho que no quiero pasar de los ochenta. Pensando en él casi se me olvida que siempre he dicho que las historias de amor son inadaptables a los amantes de la vida real porque, de pronto, Cristian y yo parecíamos capaces de adaptar el amor a nosotros.

Nunca busqué, pero le encontré. Aquella noche sonreí contra la almohada porque supe que era capaz de volver a atrás, de ser yo misma sin él, pero no quise.

No, no quería dejarle atrás. No quería estar con otros chicos. No quería perder lo que teníamos, porque lo que teníamos nunca me obligó a perder lo que yo era antes de conocerle. No tenía miedo a estropearlo porque algo dentro de mí me recordaba que soy valiente. Y es que de pronto toda aquella bacanal de libertad, sexualidad, faldas y mechones rubios... era suya.

Capítulo 49

MI DECLARACIÓN DE AMOR

El calendario estaba ocupado por la primera semana de septiembre. El material escolar llenaba los escaparates y las heladerías promocionaban ofertas para vender todo lo posible antes de que llegara el frío. Algunos empezaban a cansarse de la playa mientras otros la aprovechaban al máximo, conscientes de que el verano se nos escapaba de las manos.

Me presenté en casa de Cristian una tarde de jueves. La verja estaba abierta y atravesé el caminito que rodeaba el jardín hasta el porche. Llamé al timbre y no ocurrió nada, así que fruncí el ceño y volví a llamar. Dos veces.

—Que sí —oí su voz a lo lejos, con una nota de agobio—, que ya va.

Cuando abrió la puerta y me encontró allí, le cambió la cara. Su expresión se relajó, mezclada con el asombro. Sabía que volvería, tarde o temprano, para decir blanco o negro, pero después de aquellas semanas se había ido acostumbrando a no vivir esperándome. Y me recibió por sorpresa.

—Paula...

—¿Te pillo ocupado? Tienes cara de problemas.

Suspiró, apoyando la frente en el quicio de la puerta. Me miró como un gato martirizado.

—Estoy intentando montar un mueble de Ikea.

Apreté los labios para no reírme, pero se me escapó una carcajada y me cubrí la boca. El pobre estaba hasta sudando.

—Sí, sí, tú riéte. Te juro que creía que era bueno para estas cosas.

—Anda, trae —entré y dejé el bolso en el recibidor—. Te ayudo.

—Uy, uy... No sé yo si quiero darte un martillo...

—Que sí, pesado, que vengo en son de paz.

Subí al piso de arriba con total naturalidad. Una vez allí, Cristian me indicó una habitación que tenía la puerta abierta, al fondo del pasillo. Por el camino tuve que apoyarme en la pared para esquivar cajas y cajas de muebles.

—Pero... ¿se te ha ido la olla y has decidido redecorar la casa o cómo va esto?

—No, ha sido mi hermana con la tarjeta de mi padre —se quejó—. Esta mañana he abierto la puerta y han aparecido cuatro cachas cargados con muebles y un «firme aquí». No me he atrevido a decirles que no.

Alcé las cejas al descubrir una estancia de su casa que no había visto antes. Era amplia, con dos ventanales generosos que daban al jardín y dejaban entrever parte del verde de los árboles. Y estaba vacía, aparentemente recién pintada y con las piezas de una cama de matrimonio desperdigadas por el suelo.

—¿Estás montando una habitación?

—Sí, para mi hermana. Se muda a vivir conmigo.

Alcé todavía más las cejas ante tal noticia. Cristian se dejó caer en el suelo, entre herramientas, tornillos y pedazos de madera.

—¿Y eso?

—Bueno, el tema llevaba un tiempo sobre la mesa. Acordamos que se mudaría conmigo cuando empezara la universidad, pero al parecer ha decidido adelantarlo y entre una cosa y otra... Mírame. ¿Crees que me apetece tener a una adolescente bajo mi techo? Pero si no tengo energía ni para cuidar de un gato. —Hizo una mueca de desesperación y no pude evitar sonreír, sentándome a su lado. Tomó un mechón de mi pelo y lo acarició—. Yo ya me he acostumbrado a vivir solo, es como si estuvieran alterando mi hábitat natural.

—Sobrevivirás —me reí, y miré la estructura de la cama a medio montar—. ¿Este es el mueble que se te resiste?

—Entre otros...

Sonriente, me coloqué de rodillas para alcanzar los pedazos de madera y seguir uniéndolos con los tornillos. Empezamos a distribuirlos para tener el espacio más organizado y leímos las instrucciones. Se me acercó para ver los dibujos y seguí leyendo en voz alta sin enterarme de lo que yo misma decía, porque la cercanía me hizo recordar lo bien que olía siempre...

Pasados unos minutos seguía más allá que acá. Mi cerebro parecía no ponerse de acuerdo en qué estímulos merecían más mi atención: ¿el martillo que tenía en la mano y podía fracturarme un dedo o el hecho de que Cristian, acalorado, se estuviera quitando la camiseta a escasos metros? Maldita sea, es que me encantaba su pecho. Duro, suave, marcado... Y sus brazos en tensión mientras sujetaba la estructura para que yo ajustara los tornillos... Qué diabólico.

Le dimos la vuelta a la cama para montarla sin partirnos la espalda y Cristian se colocó boca arriba en el suelo, encajando cada perno en los agujeros que venían hechos de serie.

Fue el vaquero de tiro bajo lo que me pudo, dejando al descubierto los huesitos de su cadera cuando se estiró para encajar las piezas. Me puse tonta y acabé colocándome sutilmente a su lado (quien dice sutilmente, dice descaradamente encima) para alcanzar un tornillo que fingí haber visto suelto.

—Ehm... Paula —paró, mirándome.

—Ay, perdón. Es que me ha dado la impresión de que este tornillo...

La expresión de Cristian se movió entre la gracia y la queja.

—Te estoy viendo la ropa interior.

—¿Mis braguitas? ¿No te las conoces?

—Eres mala.

Me reí, toqueteando el tornillo. Y en el proceso agité un poco las caderas... Empecé a notar que algo se me clavaba justo donde debía.

—Para.

—¿Qué pasa?

—No soy de piedra, y no compré condones cuando te fuiste. ¿Me explico?

—Pues para no ser de piedra... —Me froté un poco más contra el vaquero, clavándome su erección—. ¿Y cuánto tiempo dices que llevas sin...?

Se frotó la cara, riendo desde el lamento.

—En serio, para. Se me pone dura y duele.

—La noto...

—Paula...

Finalmente bajé de su regazo, aunque lo hice para descender y desabrocharle los vaqueros. Los bajé un poco y le lamí por encima de la ropa interior, despacio. Cristian me miró y gimió, jalándome del pelo.

—Hazlo otra vez —ordenó.

Lo hice, trepando por su polla y siguiendo hasta su boca. Allí le besé con ganas y fueron sus manos las que me colocaron encima. Me restregué como una culebra y acabé quitándome la ropa interior, haciendo malabares con mis piernas.

Los dedos de Cristian se hundieron en mis muslos hasta acariciar mi humedad y, tocándome, gimió otra vez.

—No voy a durar.

—Todavía no hemos empezado. —Le mordí el cuello.

Sentí dos de sus dedos colándose en mi interior y moví las caderas en busca de más fricción. Los arqueó, gemí y mi mano tomó su erección para empezar a agitarla, cada vez más rápido... Hasta que me paró, excitado.

—Sssh —sonreí, y he de admitir que me flipaba verle así de desesperado.

Abrí un poco más las piernas. Me apoyé en su pecho y entre los dos le dirigimos a mi interior, despacio. Al sentir mi calor, Cristian puso los ojos en blanco y echó la cabeza hacia atrás. Yo gemí y noté cómo se me erizaba la piel de la espalda antes de empezar a moverme, balanceándome sobre él lo suficiente como para que sonara el tintineo de mis pulseras.

—Joder... Joder... —fue todo lo que pude decir, contrayéndome con los ojos cerrados. Bajó la mano y empezó a acariciarme—. Dios...

—Sigue, nena. Quiero que me folles toda la vida.

—¿Yo...?

—Tú.

Me incliné para besarle. Gemí, jadeé, y entonces apoyó una mano en mi pecho izquierdo y la otra en la curva de mi trasero y empujó desde abajo. Su polla se me coló todavía más, haciéndome gritar de alivio.

Me dejé hacer y abrí la boca sobre su piel mientras seguía follándome. Apenas lo hacía rápido, solo..., solo despacio. Abrazándome la espalda y meciéndose conmigo, besándome el hombro con amor y su boca, que de repente eran lo mismo.

—Quiero quedarme... —le susurré.

Cristian me besó en los labios y sonrió. Giró conmigo y se colocó encima, desde donde empujó más fuerte. Su lengua le hizo sexo oral a la mía y me concentré en aquel gesto, sintiendo cómo sus caderas seguían embistiéndome y el bombardeo en mi interior se mezclaba con sus gemidos. Su dedo trazó un par de círculos sobre mi clitoris y lo sentí: el placer de mi existencia concentrado en mi columna vertebral, extendiéndose y obligándome a explotar.

Solté un gemido que sonó a muerte dulce y Cristian no levantó los ojos de mí. Le gustaba mirarme cuando me corría, tanto como a mí sentir que se dejaba ir en mi interior. Lo hizo tan pronto como yo acabé, penetrándome a un ritmo continuo hasta que se quedó quieto y apoyó la cabeza en mi pecho, agotado.

—Te quiero —dijo, así de simple.

Epílogo

Noto unos besos en el vientre y sonrío, despertándome. No sé qué le ha dado esta semana a Cristian con despertarme así, pero no tengo previsto quejarme.

Me arremanga un poco más la camiseta, que es suya, y trepa hasta mis pechos. Los besa con mimo y entonces me río.

—Para, bestia hambrienta. —Le miro—. ¿Qué hora es?

—Las ocho. —Rodea mi pezón con los labios.

—Paaaara —me remuevo, porque se me está erizando la piel—. No tengo tiempo. He quedado con Elia para desayunar.

Ronronea. Y ese ronroneo... Tiro de su camiseta, le beso y le echo atrás para levantarme.

—Me voy a la ducha. —Y, cuando lo digo, finjo no estar esperando que venga detrás de mí.

Cristian sonrío y acabamos duchándonos juntos. Me enjabona el pelo y yo le manoseo el pecho con jabón. Se ríe porque lo hago fatal, pero es que no quiero lavarle. Quiero que siga oliendo a mí y a lo que hicimos anoche todo el día.

Cuando salimos de la ducha, entre una cosa y otra, son casi las nueve. Me seco el pelo con secador porque ya ha llegado el frío y Cristian se toma el segundo café del día. Le toqueteo el brazo y le pido que me acerque en coche al local en el que he quedado con Elia. Lo hace, y al salir del vehículo golpeo la ventanilla con los nudillos. Cuando la baja meto la cabeza y le enrojeczo los labios con la boca, prácticamente levantando los pies del suelo al inclinarme. Él sigue riéndose.

Después camino y, para cuando llego, todavía quedan siete minutos para las diez. Es la hora a la que he quedado con Elia, en un local que evidentemente ha escogido ella. Es la primera vez que vengo y las tazas con florecitas, las paredes rosas con dibujitos de *muffins* amarillos y la camarera vestida a lo Melanie Martínez con la sonrisa de Annabelle me están dando mucho miedo.

—Soy yo. Oye... ¿vas a tardar mucho? —la llamo, cuando el enorme reloj inspirado en *Alicia en el país de las maravillas* que cuelga de la pared está a poco de marcar las diez y media—. Me siento como si estuviera atrapada en una casa de muñecas.

—Lo siento, yo... —Sueno confusa y asustada—. ¿Puedes venir a mi casa? Me ha pasado algo.

—¿Estás bien?

—No. Ven, rápido. Te necesito.

Y el corazón me bombardea casi con dolor. Le prometo llegar lo antes posible y me levanto de la mesa. Pago el chocolate caliente con el que he pretendido sustituir al Cola Cao a precio de sangre de unicornio y me marcho hasta la boca de metro más cercana.

Creo que es el viaje más largo que he hecho en toda mi vida. ¡Este tren va demasiado lento! Me toco el pelo, las piernas, los brazos, las manos... En mi cabeza se cuecen mil teorías y a la

vez ninguna.

Acelero el paso a medida que me acerco a su calle. Los pies se me mueven solos hasta llegar a su casa, donde llamo dos veces seguidas al timbre. Cuando abre tiene los ojos húmedos y unas pintas curiosas. ¿Desde cuándo Elia abre la puerta en braguitas y tirantes? En pijama, vaya. Sea lo que sea que le haya pasado, no le ha dado tiempo a vestirse.

—¿Me lo vas a contar ya, por favor? —imploro, cerrando la puerta.

—Sube a mi habitación.

Dejo el bolso tirado en el recibidor y la sigo escaleras arriba. Nunca lo había pensado, pero la casa de Elia tiene muchas escaleras. Al principio creo que me hace subir a su dormitorio para que no nos oigan sus padres, pero no tardo en darme cuenta de que no están, ni ellos ni su hermana pequeña... Vale, ahora empiezo a pensar que ha matado a alguien. «Ay, Señor, que sea Diego».

Sin embargo, en su habitación no hay cadáver aparente, así que la miro a la espera de una explicación. Ella me mira muy seria.

—Tienes que prometerme que no se lo vas a contar a nadie.

—No puedo contárselo a nadie si no me explicas qué te pasa. Elia, me estás asustando, joder.

Ella, aparentemente más nerviosa, se muerde los nudillos y asiente.

—Quería que quedáramos para hacérmelo contigo, pero mi familia se ha ido antes de tiempo y no he podido esperar.

—¿Hacerte el qué? ¿A qué te refieres? —Y abro mucho los ojos—. ¡No te habrás intentado hacer un *piercing* tú sola, ¿verdad?!

La analizo en busca de gotas de sangre, pero «Elia» y «*piercing*» son dos conceptos demasiado opuestos para unirse en un mismo cuerpo. Al final, me froto las mejillas con desesperación y alzo la mirada al techo.

—Elia, ¿me vas a contar ya qué narices te pasa?!

Y ella, en contestación, me lanza una cajita de cartón. La cojo de puro milagro antes de que se estampe contra el suelo y la miro. Se me corta la respiración al comprobar que es la caja de un predictor. Siento que se detiene el tiempo.

—No puede ser...

—¡Sí! —Se echa a llorar—. ¡Y en esa mierda pone que estoy de más de tres semanas!

—¡No puede ser! —repito, aterrorizada.

—¡¡Sí!!

—¡¡No!!

Elia se deja caer en el borde de la cama y esconde el rostro entre las manos. Yo miro de nuevo la caja del predictor y después a ella, a ella y después a la caja... No sé qué hacer, así que intento mantener la calma por las dos.

—A ver, estas cosas fallan... —empiezo—. Y en tu caso, Elia, es imposible. La ginecóloga dijo que no podías quedarte embarazada.

—Por eso no me había preocupado, Paula. Pero hace mucho que no me baja la regla y el mes pasado tuve unas náuseas muy raras. ¿Y si no es un falso positivo?

—¿Es la única prueba que te has hecho?

—Sí.

—Pues venga, vístete. Vamos a la farmacia, compramos más y te los haces todos. Ya verás que dan negativo.

Asiente y se viste rápidamente.

Salimos de su casa y, cuando volvemos, llevamos tres marcas diferentes de pruebas de embarazo en el bolso. Elia se las hace todas y yo espero sentada en su cama. Agito las piernas,

nerviosa. Al cabo de treinta minutos somos dos chicas paralizadas frente a cuatro pruebas positivas.

—Puedes volver a decirme, por favor, eso de que estos bichos fallan —me pide.

—Estos bichos fallan.

—¿Los cuatro?!

La miro, notándome los ojos secos por la falta de pestañeo.

—Elia, llama a tu ginecóloga. Pide hora lo antes posible.

—¡Ay! —grita.

Coge su móvil y espera alrededor de diez minutos, escuchando una musiquita hasta que por fin la atiende un ser humano. Dando vueltas de un lado a otro de la habitación, ansiosa, acuerda verse con su ginecóloga el lunes siguiente. Cuando cuelga nos miramos, tensas.

—Paula... —lloriquea.

—No te preocupes, cariño —la acaricio—. Todavía no sabemos qué está pasando.

—Paula, ¿qué han dado positivo los cuatro! ¡¡Los cuatro!! Y mírame las tetas, por el amor de Dios. ¡Pero si parecen globos! Y te juro que si me toco los pezones chilló de dolor. Y... y... ¡tócame el vientre! ¿Tú no me lo notas durísimo?

Me cubro la boca y la miro, impresionada. Esto es lo último que esperaba vivir con ella, tan cuidadosa que a veces incluso peca de ello. No sé qué decirle.

—¿Se lo has contado a Diego? —pregunto.

—No lo entiendes. —Se sienta de nuevo en el borde de la cama, decaída—. Con Diego no he tenido sexo desde que volvimos.

Alzo las cejas.

—¿Entonces? —Me confundo—. Si no has tenido sexo, ¿por qué te preocupas?

Me mira, y solo con la forma en la que lo hace lo comprendo todo. Abro tanto los ojos que me duelen los párpados.

—¡¡¡¿Sam?!!!

—Es el único con el que lo he hecho sin condón. —Me muestra las palmas, como si todo fuera un desastre muy simple—. Pensábamos que no había manera de que me quedara embarazada, así que lo hicimos a pelo y acabó dentro todas las veces. Si estoy embarazada solo puede ser de él, Paula.

—Dios mío... —susurro, llevándome las manos a la cabeza.

—Ay, hijos... —sonríe Mirta, frotándose las manos después de abrir el transportín y liberar a los gatos—. Cuánto me alegro de que no os importe volver a quedároslos. Me hacéis un gran favor.

—Sí nos importa —corrige Sam, cruzando los brazos—, pero a ti no te importa que nos importe.

Mirta no tarda en despedirse con un par de besos sonoros y los chicos se quedan mirando a Mozzarella y a Brownie explorando el territorio ya conocido. Al cabo de cinco minutos se desata el caos gatuno. El primero empieza a jugar con las cortinas y Sam trata de levantarlo del suelo para evitarlo. Por su parte, Brownie corretea hasta la cocina y Víctor se apresura a cerrar el ventanal del patio de luces.

Antes de hacerlo, ve a Lara en su cocina. Está ahí, igual que la primera vez que la vio. Lleva el cabello recogido en un moño desordenado y corta fruta en un bol, distraída. Sus ojos vuelven a estar tristes, pero Víctor solo se humedece el labio inferior y, dejando de mirarla por miedo a que ella lo note, cierra la ventana.

Nota de la autora

Cuando era niña tuve una conversación con una mujer mayor. No sé quién era, pero le pregunté cuál habría sido su profesión soñada y me respondió que hubiera deseado ser escritora. Es curioso cómo solo recuerdo su contestación y lo decepcionada que me sentí, porque me pareció la respuesta más aburrida que podría haberme dado.

El siguiente recuerdo que tengo es el mío, en el altillo de mi casa, escribiendo hasta que me dolieran los dedos porque no tenía edad para tener ordenador. Y cuando me ardía sujetar el bolígrafo, siempre podía un poco más. Era una necesidad visceral que sigo sin poder describir.

Solía esconder todo lo que escribía y, a día de hoy, todavía aparecen papeles manchados en el altillo que no permito que nadie lea. No porque me avergüence, sino porque la escritura fue mi respuesta existencial a uno de los grandes consejos que me ha dado mi madre: encuentra algo en el mundo que te haga feliz y no dependa de nadie. Ese «que no dependa de nadie» incluye el hecho de que no suela compartir gran parte de lo que escribo. Me aterran las críticas, tanto las negativas como las positivas.

El problema, una vez más, es que ya no soy esa niña. El tiempo me ha expuesto al mundo y aquí estoy, compartiéndote la primera novela que he decidido publicar. Le dedico mi coraje a los personajes principales de este manuscrito que, si has llegado hasta aquí, bien conocerás. Las personas que los han inspirado llegaron a mi vida y causaron un gran impacto, así que no podría ser de otra manera. Solo espero que esta especie de inmortalización les haya hecho justicia, porque se la merecen.

Todos merecemos justicia. Así que, si puedo pedirte algo, será que valores el esfuerzo que ha supuesto ya no el escribir esta novela, sino el haber salido de mi altillo para compartir contigo trazos de mi primer amor, mis amistades y mis miedos infantiles. Te agradeceré todo tipo de apoyo, en público o en privado; apóyame o ignórame, confío en tu criterio. Pero, si te ha gustado esta historia y el final no te ha parecido el adecuado, nos encontraremos pronto en su continuación: *La naturaleza de la cereza*.

Mientras, encuéntrame en...
INSTAGRAM @juliajornet
TIKTOK @julietajornet

Copyright © 2023 Júlia Jornet
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798396754300